

JOSEFO

GUERRAS DE LOS JUDÍOS.

BIBLIOTECA CLASICA.

TOMO CXLVI.

HISTORIA

DE LAS

GUERRAS DE LOS JUDÍOS

Y DE LA DESTRUCCIÓN

DEL TEMPLO Y CIUDAD DE JERUSALÉN

FOR

FLAVIO JOSEFO

TRADUCIDA DEL GRIEGO

FOR

JUAN MARTÍN CORDERO

TOMO II

MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESOSES DE HERNANDO

Calle del Arenal, núm. 11.

1923

GUERRAS DE LOS JUDÍOS.

LIBRO TERCERO.

(Continuación.)

IX.

Cómo Vespasiano combatió á Jotapata: de los ingenios y otros instrumentos de guerra que para ello tenía.

Pareciendo, pues, á Vespasiano, por lo que pasaba del tiempo y muchas salidas de los eneunigos, que él mismo era el cercado; llegando ya sus bastiones á la altura de los muros, determinó servirse entonces de aquel ingenio que llamaban el ariete. Este ariete era un madero grueso como un mástil de nao; el un cabo está guarnecido con un hierro muy grande y muy fuerte, hecho á manera de un carnero, de donde le vino el nombre. Cuelga de unas cuerdas fuertes, con las cuales está atado por medio con dos grandes vigas, de las cuales cuelga como una balanza de peso, y muchos hombres juntos por la parte de atrás, lo echan con fuerza hacia delante; y con la cabeza de carnero, que es de hierro, da con gran fuerza en los muros, y no hay fuerza tan fuerte, ni muro, ni torre que no sea finalmente con él derribada, aunque á los primeros golpes resista. Quiso el capitán romano

venir á esto, por el deseo y prisa grande que ponía en tomar la ciudad, pareciéndole que le era dañoso estar en el cerco tanto tiempo, no reposándose los Judíos en algo.

Tiraban, pues, los Romanos sus ballestas, y todas las otras cosas que para pelear tenían, por herir más fácilmente á los que quisiesen resistirles desde el muro: los ballesteros y los que tiraban piedras no estaban lejos de allí, por lo cual, no pudiendo ni osando alguno subir al muro, allegaban ellos el ariete; cercáronlo de pieles, tanto porque no lo destruyesen, cuanto por defenderse los que lo movían. Al primer impetu rompieron el muro, y levantóse de dentro tan gran ruido y grito, como si ya fueran presos.

Viendo Josefo que daban continuamente en un mismo lugar, y que no podían dejar de derribar todo el muro, pensó algo con que impidiese y estorbase la fuerza de aquel ingenio que tanto daño hacia: mandó llenar unas sacas grandes de paja, y ponerlas delante de la parte adonde daba el impetu y fuerza del ariete, para que, ó no acertasen los golpes, ó cuando acertasen, no hiciesen mal ni daño alguno con la flojedad de la paja. Esta cosa detuvo mucho á los Romanos, porque donde quiera que asentasen su máquina ó ariete, aquellos que estaban encima del muro, mudaban allá los sacos y poníanlos delante en la parte adonde él había de dar; y de esta manera no podían hacer alguna señal en el muro con su ingenio, ni con sus golpes; hasta tanto que los Romanos inventaron también otra cosa contra esto; porque aparejaron unos palos largos, y ataron en ellos unas hoces para cortar las cuerdas en las cuales estaban atadas aquellas sacas. Como, pues, hecho esto, los golpes que el ariete daba aprovechasen, y el muro que estaba nuevamente edificado fuese derribado, Joséfo y sus compa-

fieros acudieron al fuego, que era el remedio postrero que tenían, y quemaron todo lo que pudieron, poniendo fuego por tres partes en lo que se podía quemar, y quemaron con él las máquinas y reparos de los Romanos; deshiciéronles los montes que tenían hechos: no podían impedir esto los Romanos sin gran daño suyo, espantándose mucho y aun amedrentándose al ver el grande atrevimiento de los Judíos; las llamas y fuego, por otra parte, les estorbaba y era gran impedimento, el cual, como llegó á las cuerdas, que estaban secas, y á toda la otra materia, que era betún, pez y piedra azufre, todo lo quemaba y hacía volar por el aire. De esta manera lo que los Romanos habían trabajado con tanto trabajo é industria, fué todo en espacio de una hora destruído.

Un varón judío hubo aquí, digno de loor y memoria; hijo fué de Sameo, y llamábase Eleazaro, el cual era natural de Snab, lugar de Galilea: éste, pues, levantó una piedra muy grande muy en alto, y dejola caer con tanta fuerza encima de la cabeza del ariete, que rompió la cabeza de aquella máquina; y saltando en medio de sus enemigos, la sacó de entre ellos, y sin miedo alguno se la trajo consigo al muro. Saliendo después para dar señal que peleasen á sus enemigos, desnudo en carnes, fué pasado con cinco saetas, y sin tener miramiento á los golpes ni á las heridas que tenía, subióse encima de los muros, en parte que pudiese ser visto por todos, y estúvose allí un rato con grande atrevimiento; y forzado con el gran dolor de sus llagas, cayó con el ariete.

Además de éste fueron también muy valerosos dos hermanos, Netira y Filipino, galileos ambos, de un lugar llamado Roma, los cuales, saltando en medio de los soldados de la décima legión, entraron por ellos con tan gran ímpetu y con tanta fuerza, que rompieron el es-

cuadrón de los romanos é hicieron huir á todos aquellos contra los cuales habían ido.

Demás de esto Josefo y todos los otros pusieron fuego á todas las máquinas é ingenios, y á todas las obras de la quinta legión, y de la décima, que había huído. Los otros que después de éstos siguieron, echaron á perder y destruyeron sus ingenios y fortalezas que tenían los Romanos hechas. Llegando la noche, los Romanos volvieron á poner su ariete en aquella parte del muro que había sido poco antes roto; y aquí uno de los que defendían el muro hirió con una saeta á Vespasiano en el pie; pero fué pequeña la herida, porque la fuerza que traía le faltó con venir de tan lejos. Perturbó mucho á los Romanos esto, porque los que cerca estaban, espantados al ver la sangre, divulgáronlo, hicieron correr la fama por todo el ejército, y muchos dejaban el lugar que tenían en el cerco, y corrían á ver al capitán Vespasiano: fué Tito el primero que á él vino, temiendo por la vida de su padre. De aquí sucedió que el amor que tenían á su capitán y el temor del hijo, desbarató el ejército y lo confundió todo; pero el padre libró fácilmente al hijo del temor grande que tenía, y puso en orden su ejército; pues venciendo el dolor que la llaga ó herida le daba, y deseando que todos los que por su causa habían temido, lo vieses, movió más cruel guerra contra los Judíos; porque cada uno parecía querer ser el vengador de la injuria que había sido hecha á su capitán, é incitando con gritos y amonestaciones unos á otros, venían todos contra el muro.

Josefo y su gente, aunque muchos de ellos eran derribados con las muchas saetas que tiraban, y con las otras armas, no por esto se espantaban ni se movían del muro; antes les resistían con fuego, armas y con muchas

piedras, y principalmente á los que movían el ariete, aunque estaban cubiertos con aquellos cueros que arriba dijimos. Pero ya no aprovechaban algo, ó muy poco, porque morían sin cuenta puestos delante de sus enemigos, á los cuales ellos, por el contrario, no podían ver, porque estaba tan claro con el fuego que tenían, como si fuera al mediodía, y daban señal cierta con la luz á los enemigos, á dónde habían de acertar sus tiros; y no pudiendo ver de lejos las máquinas que contra sí tenían puestas, no podían guardarse de las armas de los Romanos. Así eran heridos con las saetas y dardos que tiraban, y muchos derribados. Las piedras grandes que echaban con sus máquinas, aseguraban á los Romanos, porque no había judío que osase pararse delante: derribaban también las torres, y no había hombres tan bien armados ni tan fortalecidos, que no fuesen derribados todos.

Podrá cualquiera entender la fuerza de esta máquina llamada ariete por nombre, por lo que aquella noche se hizo. Uno de los que estaban junto á Josefo perdió la vida de una pedrada en la cabeza, quitándosela de los hombros y echándola á tres estadios lejos de allí, como si la hubieran echado con una honda; otra dió en el vientre de una mujer preñada, y echó el infante que tenía dentro medio estadio lejos; tanta fué la fuerza de esta máquina; pues aun era mayor la fuerza de la gente romana, la muchedumbre de saetas y tiros que tiraban, que no la de las máquinas. Derribando, pues, tantos por los muros, hacían gran ruido y levantaban muy grandes gritos las mujeres que dentro estaban; y por de fuera se oían también llantos y gemidos de los que morían, y estaba todo el cerco del muro adonde peleaban lleno de sangre, y podían ya subir al muro por encima de los cuerpos que había muertos. Á las voces resonaban

los montes de tal manera, que aumentaban el temor de todos, sin que faltase algo en toda aquella noche, que dejara de dar espanto muy grande á los ojos y oídos de los hombres.

Muchos, peleando valerosamente, murieron por defender su ciudad: muchos fueron heridos; y con todo esto apenas pudieron hacer señal con los golpes de sus máquinas en el muro hasta la mañana. Entonces ellos, con los cuerpos muertos y sus armas guarnecieron aquella parte del muro que había sido derribada, antes que los Romanos pudiesen sus puentes para entrar por allí en la ciudad.

X.

De otro combate que los Romanos dieron á los de Jotapata.

Venida la mañana, llegábase ya Vespasiano á tomar la ciudad con todo su ejército, después de haber descansado algún tanto del trabajo que habían pasado aquella noche. Y deseando echar á los que defendían el muro por la parte que de él había derribado, ordenó la gente más fuerte de á caballo de tres en tres, dejados atrás los caballos, haciendo que cercasen aquella parte que habían derribado, por todas partes, para que comenzando á poner los puentes, entrasen ellos primero; y luego ordenó tras ellos la gente de á pie más esforzada y fuerte: extendió toda la otra caballería que tenía por el cerco del muro, en aquellos lugares montañosos, para que no pudiese alguno huir de la matanza pública. Puso después, para que los siguiesen, los flecheros, mandando á todos que estuviesen con las saetas aparejadas, y los que tiraban

con honda también, y puso á éstos cerca de las máquinas é ingenios que para combatir tenia. Mandó llegar muchas escalas á los muros, para que acudiendo los Judíos á defender éstos, desamparasen la parte que estaba derribada, y los demás fuesen forzados á recogerse con la fuerza de la gente que entrase.

Entendiendo este consejo Josefo, puso por la parte del muro que estaba entera, los más viejos y más cansados del trabajo, como casi seguros de no ser dañados; pero en la parte que estaba derribada, puso la gente más esforzada y poderosa, y eligió de todos principalmente á seis varones, entre los cuales se puso él mismo en la parte más peligrosa, y mandóles que se tapasen las orejas, porque no fuesen amedrentados con la vocería y grito de los escuadrones, se armasen con fuertes escudos contra los tiros de las saetas, y se fuesen recogiendo atrás hasta tanto que á los enemigos les faltasen las saetas; y que si los Romanos querian ponerles puentes, les saliesen al encuentro para impedirlo, persuadiéndoles á resistir á los enemigos con sus mismos instrumentos de ellos, diciendo á todos que habían de pelear, no como por conservar la patria, pero como por cobrarla y sacarla de manos de los enemigos: díjoles también que debían ponerse delante de los ojos, ver matar los viejos, padres, hijos y mujeres, y ser todos presos por los enemigos; y habían de mostrar sus fuerzas contra la fuerza de los enemigos, y contra las muertes hechas en los suyos; y de esta manera proveyó á entrambas partes.

El vulgo y gente del pueblo de la ciudad, los que no eran para las armas, las mujeres y muchachos, cuando vieron la ciudad cercada con tres escuadrones, sin ver alguno de los que estaban de guardia mudado de su lugar, y vieron los enemigos con las espadas desenvainadas, que

hacian gran fuerza en aquella parte del muro que estaba derribada, cuando vieron también todos los montes que estaban cerca relucir con la gente armada, y á un árabe con diligencia proveer de saetas á todos los ballesteros, dieron todos muy grandes gritos, no menores que si fuera tomada la ciudad, de tal manera, que parecía estar ya todo el mal con ellos no cerca, pero dentro. Cuando Josefo sintió esto, encerró todas las mujeres dentro de las casas amenazándolas mucho, y mandándolas callar: porque siendo oídas por los suyos, no se moviesen á misericordia, y faltasen á lo que la razón les obligaba con los grandes clamores y gritos que todos daban, y él se pasó á la parte del muro que por suerte le cupo: no quiso ocuparse en resistir y rechazar á los que trabajaban en poner las escalas á los muros; tenía sólo cuenta de la muchedumbre de saetas que les tiraban.

Entonces comenzaron á tañer todas las trompetas de todas las legiones y escuadrones del campo: comienzan también á dar gran grito todos, y haciendo señal para dar el asalto á la villa, comenzaron á disparar las ballestas de tal manera por ambas partes, que obscurecían la luz; tantas ecllaban.

Acordábanse los compañeros de Josefo de lo que él les había aconsejado: y con los oídos tapados por no oír los clamores grandes que todos daban, y armados muy bien contra los golpes y heridas de las saetas, al llegar las máquinas que los Romanos acercaban para hacer sus puentes, saltáronles ellos delante, y antes que los enemigos pusiesen los pies en ellas, ocupáronlas los Judíos, y trabajando los Romanos por subir, eran fácilmente echados con sus armas: mostraron estos Judíos gran fuerza, así en sus brazos como fortaleza en sus ánimos, con muchas hazañas que hicieron, y trabajaban en no parecer

menos valerosos en tan gran necesidad y aprieto como ellos estaban, que eran fuertes y esforzados sus enemigos, no estando en algún peligro, y no podían ser antes apartados de los Romanos, que, ó muriesen ó los matasen á todos.

Peleaban, pues, continuamente los Judíos, sin tener otra gente que pudiesen poner en su lugar, como hacían los Romanos, que siempre quitaban la gente cansada y ponían luego otra; y á los que la fuerza de los Judíos derribaba, luego les sucedían otros en su lugar, los cuales, esforzándose unos á otros, juntábanse todos, y cubiertos por encima con unos escudos algo largos, hízose como un montón de ellos; y haciéndose todo el escuadrón un cuerpo, venían contra los Judíos, y ya casi ponían los pies en el muro. Entonces, viéndose tan apretado Josefo, puso consejo y trabajó en remediar aquella necesidad tan grande: dióse prisa en inventar algunas máquinas, desesperando ya de la vida: mandó tomar mucho aceite hirviendo, y echarlo por encima de todos los soldados, aunque estaban defendidos contra el aceite con los duros escudos con que tenían sus cuerpos muy bien armados. Muchos de los Judíos, que tenían gran abundancia de aceite y muy aparejado, hicieron presto lo que Josefo mandaba, y echaron encima de los Romanos las calderas del aceite hirviendo. Esto arredró y dispersó todo el escuadrón de los Romanos, y con muy cruel dolor los echó del muro. Porque pasaba el aceite desde la cabeza por todo el cuerpo, y quemábales las carnes no menos que si fueran llamas de fuego: porque de su natural se calentaba fácilmente y se resfriaba tarde, según la gordura que de sí tiene. No podían huir el fuego, porque tenían las armas y cascos muy apretados, y saltando unas veces y otras encorvándose con el dolor que sentían, caían del

punte. No podían, además de lo dicho, recogerse seguramente á los suyos que peleaban, porque los Judíos, persiguiendo, los maltrataban.

Pero no faltó virtud ni esfuerzo á los Romanos en sus adversidades, ni tampoco faltó prudencia á los Judíos: porque aunque parecían y mostraban sufrir muy gran dolor los Romanos con el aceite que les echaban encima, todavía movíanse con furor contra los que lo echaban, corrían contra los que les iban delante, como que aquellos detuviesen sus fuerzas.

Los Judíos los engañaron con otro engaño que de nuevo hicieron, porque cubrieron los tablados de los puentes de heno griego muy cocido, y queriendo subir los enemigos, deslizaban resbalando, de manera que no había alguno, ni de los que venían de nuevo, ni de los que querían huir, que no cayese: unos morían pisados debajo de los pies encima de las mismas tablas de las puentes, y muchos eran derribados y echados encima de los montes que los Romanos habían hecho; y los que allí caían eran heridos por los Judíos, los cuales, viéndose ya libres de la batalla por huir los Romanos y caer de los puentes, fácilmente les podían tirar y herirlos con sus armas.

Viendo el capitán Vespasiano que su gente padecía mucho mal en este asalto, mandóles recogerse á la tarde, de los cuales fueron no pocos los muertos, pero muchos más los heridos y maltratados.

De los vecinos de Jotapata fueron seis muertos y más de trescientos los heridos. Esta fué, pues, la pelea que tuvieron el 20 de Junio.

Consoló á todo el ejército Vespasiano, excusando lo que había acontecido; y viendo la ira grande y furor que todos tenían, conociendo también que buscaban más pelear que no reposarse, levantó sus montes más de lo que

ya estaban, y mandó alzar también tres torres, cada una de cincuenta pies, cubiertas de hierro por todas partes, porque estuviesen firmes, y fuesen de esta manera defendidas del fuego, y púsolas encima de los montes que había levantado, llenas de flecheros y ballesteros, y de todas las otras armas que ellos solían tirar. Como, pues, no pudiesen ser vistos los que dentro de ellas estaban, por ser tan altas y tan bien cubiertas estas torres, herían fácilmente y muy á su salvo á los que veían estar encima de los muros con sus saetas.

No pudiendo los Judíos guardarse, ni aun ver fácilmente por dónde les venían tantas saetas; y no pudiendo vengarse de los que no podían ver, ni descubrir la altura de ellas, les hacía dar en vano todo cuanto ellos les tiraban, y la guarnición que tenían de hierro las defendía y resistía del fuego que les ponían, por lo cual hubieron de desamparar la defensa del muro; y vinieron á pelear contra los que trabajaban por entrar dentro de la ciudad.

De esta manera trabajaban por resistir los de Jotapata, aunque muchos morían cada día sin que hiciesen algún daño á sus enemigos; porque no podían combatir sin peligro muy grande.

XI.

Cómo Trajano y Tito ganaron combatiendo á Jafa, y la matanza que allí hicieron.

En estos mismos días fué llamado Vespasiano á combatir una ciudad muy cerca de Jotapata, la cual se llamaba Jafa por nombre, porque trabajaba en innovar las cosas, y principalmente por haber oído que los de Jota-

pata resistian, sin que de ellos tal confiase, se ensoberbecian y levantaban. Envió allá á Trajano, capitán de la legión décima, dándole dos mil hombres de á pie y mil de á caballo. Hallando éste muy fuerte la ciudad, y viendo que era muy difícil tomarla, porque además de ser naturalmente fuerte, estaba cerrada con doble muro, y que los que en ella habitaban habían salido muy en orden contra él, dióles la batalla; y resistiéndole al principio un poco, á la postre volvieron las espaldas y huyeron. Persiguiéndolos los Romanos, entraron tras ellos en el cerco del primer muro; pero viéndolos venir más adelante, los ciudadanos les cerraron las puertas del otro, temiendo que con ellos entrasen también los enemigos. Y por cierto Dios daba tantas muertes de los Galileos á los Romanos de su grado, el cual dió á los enemigos todo aquel pueblo echado fuera de los muros de su propia ciudad, para que todos pereciesen: porque muchos, echándose juntos á las puertas y dando voces á los que las guardaban que les abriesen, mientras estaban rogando que les abriesen, los Romanos los mataban, teniéndoles ellos cerrado el un muro, y el otro los mismos ciudadanos que dentro estaban, por lo cual tomados entre el un muro y el otro por las mismas armas de sus amigos, unos á otros se mataban; pero muchos más caían por las armas de los Romanos, sin que tuviesen esperanza de vengar tantas muertes en algún tiempo; porque además del miedo y temor de los enemigos, les había hecho perder el ánimo á todos ver la traición que los mismos naturales les hacían. Finalmente, morían maldiciendo, no á los Romanos, sino á los Judíos, hasta que todos murieron, y fué el número de los muertos hasta doce mil Judíos: por lo cual, pensando Trajano que la ciudad estaba vacía de gente de

guerra, y que aunque hubiese dentro algunos no habían de osar hacer algo contra él, con el gran temor que le tenían, quiso guardar la conquista de la ciudad para el mismo capitán y emperador Vespasiano.

Así le envió embajadores que le rogasen quisiese enviarle á su hijo Tito, para que diese fin á la victoria que él había alcanzado. Pensó Vespasiano que había aún algún trabajo, y por esto envióle su hijo con gente, que fueron mil hombres de á pie y quinientos caballos.

Llegando, pues, á buen tiempo á la ciudad, ordenó su ejército de esta manera. Puso á la mano izquierda á Trajano, y él púsose á la mano derecha en el cerco. Allegando, pues, los soldados las escalas á los muros, habiéndoles resistido algún tanto por arriba los Galileos, luego desampararon el muro; y saltando Tito y toda su gente con diligencia dentro, tomaron fácilmente la ciudad, y aquí se trabó con los que dentro estaban juntados una fiera batalla, echándose unas veces por las estrechuras de las calles los más esforzados y valerosos soldados, otras veces echando las mujeres por los tejados las armas que hallar podían. De esta manera alargaron la pelea hasta la seis horas de la tarde; pero derribada ya toda la gente de guerra que había, todo el otro pueblo que estaba por las calles y dentro de las casas, mancebos y viejos, todos los pasaban por las espadas y eran muertos.

De los hombres no quedó alguno con vida, exceptos los niños y las mujeres que fueron cautivadas: el número de los que en esto murieron, así dentro de la ciudad como entre los muros, al primer combate llegó á quince mil hombres, y fueron los cautivos dos mil ciento treinta.

Toda esta matanza fué hecha en Galilea, á los veinticinco días del mes de Junio.

XII.

Cómo Cercalo venció á los de Samaria.

Pero tampoco quedaron los Samaritas sin ser destruidos, porque juntados éstos en el monte llamado Garizis, el cual tienen ellos por muy santo, estaban esperando lo que había de ser: este ayuntamiento bien pretendía y aun amenazaba guerra á los Romanos, sin quererse corregir, por los males y daños que sus vecinos habían recibido; antes sin considerar las pocas fuerzas que tenían, espantados porque todo les sucedía tan prósperamente á los Romanos, todavía estaban con voluntad pronta para pelear con ellos.

Holgábase Vespasiano con excusar estas revueltas y ganarlos antes que experimentasen los Judíos sus fuerzas; porque aunque toda la región de Samaria era muy fuerte y abastecida de todo, temíase más de la muchedumbre que se había juntado, y temía también algún levantamiento.

Por esta causa envió á Cercalo, tribuno y gobernador de la legión quinta, con seiscientos caballos y tres mil infantes. Cuando éste llegó, no tuvo por cosa cuerda ni segura llegarse al monte y pelear con los enemigos, viendo que era tan grande el número de ellos. Pero los soldados pusieron su campo á las raíces del monte, é impedíanles descendiesen.

Aconteció que no teniendo los Samaritas agua, los aquejaba gran sed, porque era en medio del verano, y el pueblo no se había provisto de las cosas necesarias; y fué tan grande, que hubo algunos que de ella murieron:

había muchos que querían más ser puestos en servidumbre y cautivados, que no morir: éstos se pasaban huyendo á los Romanos, por los cuales supo Cercalo cómo los que arriba quedaban tenían ánimo de resistirle, sin estar aún con tantos males vencidos y quebrantados: subió al monte, y puesto su campo alrededor de sus enemigos, al principio quisose concertar con ellos y tomarlos con paz: rogáales que preciasen y tuviesen en más la vida y salud propia que no sus muertes: asegúráales también la vida y bienes si dejaban las armas; pero viendo que no podía persuadirles aquello, dió en ellos y matólos á todos.

Fueron los muertos once mil seiscientos; la matanza fué hecha á veintisiete días del mes de Junio: con estas muertes y destrucciones fueron los Samaritas vencidos.

XIII.

De la destrucción de Jotapata.

Permaneciendo los de Jotapata y sufriendo las adversidades contra toda esperanza, pasados cuarenta y siete días, los montes que los Romanos hacían fueron más altos que eran los muros de la ciudad.

Este mismo día vino uno huyendo á Vespasiano, el cual le contó la poca gente y menos fuerza que dentro había, y cómo fatigados y consumidos ya con las vigili-
as y batallas que habían tenido, no podían resistirles más; pero que podían todavía ser presos todos con cierto engaño, si querían ejecutarlo; porque á la última vigilia de guarda, cuando á ellos les parecía tener algún reposo de sus males, los que están de guarda se vienen á dor-

mir, y decía que esta era la hora en que debía dar el asalto.

Vespasiano, que sabía cuán fieles son los Judíos entre sí, y cuán en poco tenían todos sus tormentos, sospechaba del huido, porque poco antes, siendo preso uno de Jotapata, había sufrido con gran esfuerzo todo género de tormentos; y no queriendo decir á los enemigos lo que se hacía dentro, por más que el fuego y las llamas le forzasen, burlándose de la muerte, fué ahorcado. Pero las conjeturas que de ello tenían daban crédito á lo que el traidor decía, y hacían creer que por ventura decía verdad. No temiendo que le sucediese algo de sus engaños, mandó que le fuese aquel hombre muy bien guardado, y ordenaba su ejército para dar asalto á la ciudad. A la hora, pues, que le fué dicha, llegábase con silencio á los muros: iba primero, delante de todos, Tito con un tribuno llamado Domicio Sabino, con compañía de algunos pocos de la quincena legión, y matando á los que estaban de guarda, entraron en la ciudad: siguiólos luego Sexto Cercalo, tribuno, y Plácido con toda su gente.

Ganada la torre, estando los enemigos en medio de la ciudad, siendo ya venido el día, los mismos que estaban presos no sentían aún algo, ni sabían su destrucción; tan trabajados y tan dormidos estaban; y si alguno se despertara, la niebla grande que acaso entonces hacía, le quitara la vista hasta tanto que todo el ejército estuvo dentro, despertándolos solamente el peligro y daño grande en el cual estaban, no viendo sus muertes hasta que estaban en ellas.

Acordándose los Romanos de todo lo que habían sufrido en aquel cerco, no tenían cuidado ni de perdonar á alguno ni de usar de misericordia; antes, haciendo bajar

y salir de la torre al pueblo por aquellos recuestos, los mataban á todos, en partes á donde la dificultad y asperidad del lugar negaban la ocasión de defenderse á cuantos eran, por muy esforzados que fuesen, porque apretados por las estrechuras de las calles, y cayendo por aquellos altos y bajos que había, eran despedazados y muertos todos.

Esto, pues, movió á que muchos de los principales que estaban cerca de Josefo se matasen, por librarse ellos mismos de toda sujeción, con sus propias manos: porque viendo que no podían matar alguno de los Romanos, por no venir en las manos de éstos, prevenían ellos y adelantábanse en darse la muerte, y así, juntándose al cabo de la ciudad, ellos mismos se mataron.

Los que primero estaban de guarda y entendieron ser ya la ciudad tomada, recogióndose huyendo en una torre que estaba hacia el Septentrión, resistiéronles algún tanto; pero rodeados después por los muchos enemigos, rendíanse y fué tarde, pues hubieron de padecer muerte por los enemigos, que á todos los mataron.

Pudieran honrarse los Romanos de haber tomado aquella ciudad sin derramar sangre y haber puesto fin al cerco, si un centurión de ellos no fuera á traición muerto, el cual se llamaba Antonio, porque uno de aquellos que se habían recogido á las cuevas (eran éstos muchos) rogaba á Antonio que le diese la mano para que pudiese subir seguramente, prometiéndole su fe de guardarlo y defenderlo. Como, pues, éste, sin más mirar ni proveerse, lo creyese y lo diese la mano, el otro lo hirió con la lanza en la ingle, y lo derribó y mató.

Aquel día gastaron los Romanos en matar todos los Judíos que públicamente se hallaban; los días siguientes buscaban y escudriñaban los rincones, las cuevas y lu-

gares escondidos, y usaron de su crueldad contra cuantos hallaban, sin tener respeto á la edad, excepto solamente los niños y mujeres. Fueron aquí cautivados mil doscientos, y llegaron á número de cuarenta mil los que murieron estando la ciudad cercada y en el asalto.

Mandó Vespasiano derribar la ciudad y quemar todos los castillos: de tal manera, pues, fué vencida la fuerte ciudad de Jotapata á los trece años del imperio de Nerón, á las calendas de Julio, que es el primer día del mes.

XIV.

De qué manera se libró Josefo de la muerte.

Hacian diligencia los Romanos en buscar á Josefo por estar muy enojados contra él, y por parecer digna cosa á Vespasiano, porque siendo éste preso, la mayor parte de la guerra era acabada; trabajaban en buscarle entre los muertos y entre los que se habían escondido, pero él en aquella destrucción de la ciudad, sirvióse de lo que la fortuna le ayudó; huyóse del medio de sus enemigos y escondióse saltando en un hondo pozo, que está junto con una grande selva por un lado, á donde no lo pudiesen ver por más que trabajasen en buscarlo, y aquí halló cuarenta varones de los más señalados escondidos, con aparejo de las cosas necesarias para hartos días. Pero habiéndolo todo rodeado los enemigos, estábanse de día muy escondido, y saliendo cuando la noche llegaba, estaba aguardando tiempo cómodo para huir. Y como por su causa todas las partes estuviesen muy bien guardadas y no hubiese ni aun esperanzas de engañarlos, descendióse otra vez á la cueva y estuvo allí escondido

dos dias enteros. Al tercer dia, prendiendo una mujer que con ellos habia estado, lo descubrió.

Luego Vespasiano envió dos tribunos con diligencia: el uno fué Paulino, y el otro Galicano, los cuales prometiesen paz á Josefo, y le persuadiesen que viniese á Vespasiano, á los cuales no quiso él creer ni obedecer por mucho que se lo rogaron, y le prometieron dejarle sin hacerle daño alguno. Temíase él mucho más por lo que veía ser razón, que aquel más padeciese que más habia errado y cometido, que no se confiaba en la clemencia y mansedumbre natural de los que le rogaban, y pensaba que iban tras él por castigarle y darle la muerte, hasta tanto que Vespasiano envió el tercer tribuno, llamado Nicanor, amigo de Josefo, y que solía tener con él antes mucha familiaridad. Éste, pues, le hizo saber cuán mansos eran los Romanos contra los que habian vencido y sojuzgado, diciéndole como era Josefo más buscado por su admirable virtud y esfuerzo, que aborrecido, y tenía el Emperador voluntad no de hacerlo matar, porque esto fácilmente lo podía hacer sin que se rindiese, si queria; pero que queria guardar la vida á un varón esforzado y valeroso. Añadía más: que si Vespasiano queria hacerle alguna traición, no habia de enviarle para ello á un amigo, es á saber, una cosa buena, para poner por obra y ejecutar otra mala, dando á la buena amistad nombre de quebrantamiento de fe y traición; mas ni aun él mismo le habia de obedecer por dar lugar que engañase un amigo suyo.

Habiendo dicho esto Nicanor, Josefo aun dudaba, por lo cual enojados los soldados querian poner fuego á la cueva, pero deteníalos el capitán, que preciaba mucho prender vivo á Josefo. Dándole tanta prisa Nicanor, en la hora que Josefo supo lo que los enemigos le amena-

zaban, acordáronsele los sueños que había de noche soñado, en los cuales le había Dios hecho saber las muertes que habían de padecer los Judíos, y lo que había de acontecer á los príncipes romanos. Era también muy hábil en declarar un sueño, y sabía acertar lo que Dios dudosamente proponía, porque sabía muy bien los libros de los profetas, porque también era sacerdote, hijo de padres sacerdotes. Así, pues, aquella hora, como hombre alumbrado por Dios, tomando las imaginaciones espantables que se le habían representado, comienza á hacer oraciones á Dios secretamente diciendo: «Pues te pareció á ti, criador de todas las cosas, echar á tierra y deshacer el estado y cosas de los Judíos, pasándose la fortuna del todo y por todo á los Romanos, y has elegido á mí para que diga lo que ha de acontecer, yo me sujeto de voluntad propia á los Romanos, y quiero vivir y póngote, Señor, por testigo, que quiero parecer delante de ellos, no como traidor, pero como ministro tuyo.»

Dichas estas palabras, concedió á lo que Nicanor le pedía; pero los Judíos, que habían huido junto con Josefo, cuando supieron cómo Josefo había consentido con los que le rogaban, daban todos alrededor grandes gritos, y lloraban en gran manera las leyes de sus patrias. ¿A dónde están las promesas, dijeron todos, que Dios hace á los Judíos, prometiendo dar eterna vida á los que despreciaren sus muertes? ¿Ahora, Josefo, tienes deseo de vivir, y quieres gozar de la luz del mundo puesto en servidumbre y cautiverio? ¿Cómo te has olvidado tan presto de ti mismo? ¿A cuántos persuadiste la muerte por conservar la libertad? Falsa semejanza y apariencia de fortaleza tenías, por cierto, y prudencia era la tuya muy falsa, si confías ó esperas alcanzar salud entre aquellos con quienes has peleado de tal manera; ó por ven-

tura, aunque esto sea verdad y sea muy cierto, ¿deseas que ellos te den la vida? Pero aunque la fortuna y prosperidad de los Romanos te haga olvidar de tí mismo, aquí estamos nosotros que te daremos manos y cuchillo con que pierdas la vida por la honra y gloria de tu patria. Tú, si murieres de tu voluntad, morirás como capitán valeroso de los Judíos, y si forzado, morirás como traidor.»

Apenas hubieron hablado estas cosas, cuando desenvainando todos sus espadas, hicieron muestras de quererlo matar si obedecía á los Romanos. Temiendo, pues, el ímpetu y furor de éstos Josefo, y pensando que sería traidor á lo que Dios le había mandado, si no lo denunciaba, viéndose tan cercano de la muerte, comenzó á traerles argumentos filosóficos para quitarles tal del pensamiento. «¿Por qué causa, dijo, oh compañeros, deseamos tanto cada uno su propia muerte? ¿Ó por qué ponemos discordia entre dos cosas tan aliadas, como son el cuerpo y el alma? ¿Dirá, por ventura, alguno de vosotros, que me haya yo mudado ó que no sea aquel que antes ser solía? Mas los Romanos saben esto. ¿Es linda cosa morir en la guerra? Sí, mas por ley de guerra, es á saber, morir peleando por manos de aquel que fuere vencedor; por tanto, si yo pido misericordia á los Romanos y les ruego que me perdonen, confieso que soy digno de darme yo mismo con mi propia espada la muerte; mas si ellos tienen por cosa muy justa y digna perdonar á su enemigo, cuánto más justamente debemos nosotros perdonarnos los unos á los otros. Locura es por cierto y muy grande, cometer nosotros mismos contra nosotros aquello por lo cual estamos con ellos discordes, es á saber, quitarnos nosotros mismos la vida, la cual ellos querian quitarnos. Morir por la libertad, no niego yo que no sea

cosa muy de hombre, pero peleando, y en las manos de aquellos que trabajan por quitárnosla; ahora todos vemos que la guerra y batalla ya pasó, y ellos no nos quieren matar. Por hombre temeroso y cobarde tengo yo al que no quiere morir cuando conviene, y tengo también por hombre sin cordura al que quiere morir cuando no le es necesario. Además de esto, ¿qué causa hay para temer de venir delante de los Romanos? ¿Por ventura el temor de la muerte? Pues lo que tenemos miedo nos den los enemigos y no dudamos de ello, ¿por qué no lo buscaremos nosotros mismos? Dirá alguno que por temor de venir en servidumbre, muy libres estamos ahora ciertamente. Diréis que es cosa de varón animoso y fuerte matarse; antes digo yo ser cosa de hombre muy cobarde, según lo que yo alcanzo: por mal diestro y por muy temeroso tengo yo al gobernador de la nao, que temiéndose de alguna gran tempestad, antes de verse en ella echa la nao al hondo.

»También matarse hombre á sí mismo, ya sabéis que es cosa muy ajena de la naturaleza de todos los animales, además de ser maldad muy grande contra Dios, criador nuestro; ningún animal hay que se dé él mismo la muerte, ó que quiera morir por su voluntad. La ley natural de todos es desear la vida; por tanto, tenemos por enemigos á los que nos la quieren quitar, y perseguimos con mucha pena á los que tal nos van acechando. ¿No tenéis por cierto que Dios se enoja mucho cuando ve que el hombre menosprecia su casa y edificio? De su mano tenemos el ser y la vida; debemos, pues, también dejar en su mano quitárnosla y darnos la muerte. Todos, según la parte inferior que es nuestro cuerpo, somos mortales y de materia caduca y corruptible; pero el alma, que es la parte superior, es siempre inmortal, y una par-

tecilla divina puesta y encerrada en nuestros cuerpos. Quienquiera, pues, que maltratase ó quitare lo que ha sido encomendado al hombre, luego es tenido por malo y por quebrantador de la fe. Pues si alguno quisiere echar de su cuerpo lo que le ha sido encomendado por Dios, ¿pensará, por ventura, que aquel á quien se hace la ofensa lo ha de ignorar ó serle escondido?

»Por justa cosa se tiene castigar un esclavo cuando huye, aunque huya de un señor que es malo; pues huyendo nosotros de Dios, y de tan buen Dios, ¿no seremos tenidos por muy malos y por muy impíos? ¿Por dicha ignoráis que aquellos que acaban su vida naturalmente y pagan la deuda que á Dios deben, cuando aquel á quien es debido quiere ser pagado, alcanzan perpetuo loor, y tanto su casa como toda su familia gozan y permanecen? Las almas limpias que puramente invocan al Señor, alcanzan un lugar en el cielo muy santo; y después de muchos tiempos, andando los siglos, volverán á tomar sus cuerpos. Pero aquellos cuyas manos se levantaron contra sí mismos, los tales alcanzan un lugar de tinieblas infernales, y Dios, Padre común de todos, toma venganza de ellas por toda la generación; por tanto, es cosa la cual Dios aborrece mucho, y la prohíbe el muy sabio fundador de nuestras leyes.

»Si acaso algunos se mataren, determinado está entre nosotros que no sean sepultados hasta que las tinieblas y noche vengan, siéndonos lícito enterrar aún á nuestros enemigos; y entre otros, les mandan cortar las manos derechas á los que de esta manera mueren, por haberse contra ellas mismas levantado, pensando no ser menos ajena la mano derecha que tal comete, de todo el cuerpo, que es el alma del propio cuerpo. Cosa es, pues, linda, compañeros míos, juzgar bien de este negocio, y no aña-

dir, además de las muertes de los hombres, ofensa contra Dios nuestro criador con tanta impiedad.

»Si queremos ser salvos y sin daño, seámoslo; porque no será mengua vivir entre aquellos á quienes hemos dado á conocer nuestra virtud con tantas obras. Y si nos place morir, cosa será muy honrosa para todos morir en las manos de aquellos que nos prendieren. No me pasará á mis enemigos, por ser yo traidor á mí mismo, porque mucho más loco y sin seso sería, que son los que de grado se pasan á sus enemigos, porque estos tales hácenlo por guardar sus vidas, y yo haríalo por ganar mi propia muerte. Es verdad que busco y deseo que los Romanos me quiten la vida; y si ellos me mataren, habiéndome asegurado la vida, y después de habernos dado las manos por amistad, moriré muy aparejado y esforzadamente, llevándome por victoria y consolación mía la traición y perfidia que conmigo usaron.»

Muchas cosas tales decía Josefo, por apartarles de delante á sus compañeros la voluntad que de matarse tenían; pero teniendo ellos ya cerrados los oídos á todo con la desesperación que habían tomado, determinados muchos á darse á sí mismos la muerte, movíanse á ello y reprendíanse, corriendo los unos á los otros con las espadas como cobardes; acometíanse unos á otros como hombres que se habían sin duda de matar. Llamando Josefo al uno por su nombre, al otro mirando como capitán severo y grave, á otro tomando por la mano, á otro trabajando en rogarle y persuadirle, turbado su entendimiento, como en tal necesidad acontece, detenía las armas de todos que no le diesen la muerte, no de otra manera que suele una fiera rodeada volverse contra aquel que á ella más se allega, por hacerle daño. Las manos de aquellos que pensaban deberse guardar reverencia al

capitán, en aquel postrer trance eran debilitadas, y caíanseles las espadas de ellas, y llegándose muchos para sacudirle, venían á dejar de grado las armas.

Con tanta desesperación, no faltó á Josefo buen consejo; antes, confiado en la divina mano y providencia de Dios, puso su vida en peligro. «Pues estáis, dijo, determinados á mataros, acabemos ya, echemos suertes quién matará á quién, y aquel á quien cayere, que muera por el que le sigue, y pasará de esta manera por todos la misma sentencia, porque no conviene que uno se mate á sí mismo, y sería cosa muy injusta que, muertos todos los otros, quede alguno en vida, pesándole de matarse.» Parecióles que decía verdad, y pusieronlo por obra; según la suerte á cada uno caía, así recibía la muerte del otro que le sucedía, como que, en fin, había luego de morir también con ellos su capitán; porque parecíales más dulce cosa morir con su capitán Josefo, que vivir. Vino á quedar él y un otro, no sé si por fortuna ó por divina providencia, y proveyendo que no se pudiese quejar de su suerte, ó que si quedaba libre no hubiese de ser muerto por manos de un gentil, dióle la palabra y concertóse con él que entrambos quedasen vivos.

Librado, pues, de esta manera de la guerra de los Romanos y de la de los suyos, llevábalo Nicanor á Vespasiano. Salíanle todos los Romanos al encuentro por sólo verle, y como saliese tanta muchedumbre de gente, llevábanlo en gran aprieto, y había muy gran ruido entre todos. Unos se gozaban por verle preso; otros le amenazaban; otros se querían llegar y verle de más cerca; los que estaban lejos daban grandes voces, diciendo que debían matar al enemigo; los que estaban cerca, teniendo cuenta con lo que Josefo había hecho, maravillábanse de ver tan gran mudanza. De los regido-

res, ninguno hubo que viéndolo no se amansase, por más que antes estuviese contra él airados.

Tito, además de todos los otros, se maravillaba y movía á misericordia por ver el gran ánimo que en tantas adversidades había tenido, y por verlo también ya de mucha edad, acordándose de lo que antes había hecho en las guerras, y qué tal se mostraba á quien lo veía en manos de sus enemigos puesto; demás de esto, veníale también al pensamiento el gran poder de la fortuna y cuán mudables sean los sucesos de las guerras. Pensaba también que no había en el mundo cosa alguna sujeta al hombre que fuese firme y estable, antes todo corruptible y mutable. Con esto movió á muchos que tuviesen compasión de él, y la mayor parte de su vida y salud fué Tito ciertamente delante de su padre; pero Vespasiano mandó que fuese muy bien guardado, como que querían enviarlo á César. Oyendo esto Josefo, dijole que quería hablar algo á él solo.

Haciendo, pues, apartar de cerca de ellos á todos, excepto Tito y otros dos amigos, dijo:

»Tú no piensas, Vespasiano, tener cautivo á Josefo; sepas, pues, que te soy embajador enviado por Dios, y por tal vengo de cosas mucho mayores y más altas, porque de otra manera muy bien sabía yo lo que la ley de los Judíos manda, y de qué manera conviene que un capitán de un ejército muera. ¿Envíame á Nerón? ¿Por qué causa? ¿Cómo que haya de haber otro entre los sucesores de Nerón, sino tú solo? Tú eres Vespasiano, César y Emperador, y este hijo tuyo, Tito; guárdame, pues, tú muy atado, porque hágote saber que eres, oh César, señor no de mi solo, pero también de la tierra y de la mar y de todos los hombres. Conviene que sea jo guardado para mayor castigo si miento en lo que digo

ó si lo finjo súbitamente por verme apretado y en peligro.»

Cuando hubo dicho esto, Vespasiano luego no le quiso creer, y pensaba que Josefo fingía aquello por librarse; pero poco á poco se movía á darle crédito, por ver que Dios lo levantaba ya mucho había al imperio, mostrándole con muchas señales haber de ser suyo el cetro y el Imperio, y había hallado ser verdad lo que Josefo había dicho en todas las otras cosas.

Decía uno de los amigos que allí estaban en aquel secreto, que se maravillaba mucho de qué manera, si no era burla lo que decía, ó por qué causa no había avisado á los de Jotapata de las muertes y destrucción que les estaba aparejada, y cómo no se había él provisto por no ser cautivo, adivinándolo antes. Respondió Josefo que dichos había que después de cuarenta y siete días habían de ser muertos y destruidos, y que él había de quedar vivo, cautivo en poder de ellos.

Hizo diligencia Vespasiano por saber esto de los que estaban cautivos, y sabiendo ser verdad lo que decía, tuvo también por cosa creible lo que de él había dicho; pero no por eso mandó que librasen á Josefo, antes lo tenía muy bien guardado, no dejando con todo de hacerle todo buen tratamiento y darle vestidos y otros dones muy benignamente, ayudando Tito mucho porque fuese honrado.

A los cuatro días del mes de Julio, habiéndose vuelto Vespasiano á Ptolemaida, partió luego por los lugares hacia el mar, y vino á parar á Cesárea, que es la mayor ciudad de Judea, caya gente es la mayor parte de ella Griegos. Recibieron, pues, los naturales de allí con voluntad buena y con mucha amistad á él y á su ejército: parte, porque querían bien á los Romanos, y mucho más

por el odio grande y aborrecimiento que tenían á aquellos que habian sido muertos, por lo cual había muchos que rogaban y pedían á grandes voces que diesen la muerte al capitán de ellos, Josefo.

Satisfizo á esta petición y demanda Vespasiano callando, por ver que le pedía el pueblo una cosa mal considerada; dejó dos legiones que invernasen en Cesárea, por ser bueno el alojamiento; y envió á Scitópolis la décima y la quinta, por no dar trabajo á los de Cesárea con todo su ejército. No era menos recogida esta ciudad en el invierno, que caliente en el verano, por estar en llano y cerca de la mar.

XV.

Cómo Joze fué tomada otra vez y destruída.

Estando en este estado las cosas, juntóse mucha gente de los que habían huido de las ciudades destruídas, y de los que habían también huido de los Romanos, por discordias y sediciones; renovaron á Joze, destruída antes por Cestio, y pusieron allí dentro su asiento. Por estar apretados en aquella tierra que había sido antes tan destruída, determinaron entrar por la mar; y haciendo naos y galeras de cosarios, pasaban á Siria, Fenicia y á Egipto, y hacían allí grandes latrocinios: de tal manera iba esto, que no había ya quien osase salir contra ellos, ni aun navegar por la mar de aquellas partes.

Pero sabiendo Vespasiano lo que habían éstos determinado hacer, envió gente de á caballo y de á pie, y entraron de noche en la ciudad, la cual estaba sin guarda alguna.

Sintiendo esto los que dentro vivían, espantados con temor grande, recogieron huyendo á las naos, por no hacer fuerza á los Romanos; y estuvieron dentro de ellas toda la noche mar adentro un tiro de saeta. Mas como de su natural no tuviese puerto Jope, porque viene á dar en una áspera orilla, corvada algún tanto por ambas partes, y extendiéndose á lo ancho, se mueve gran tempestad en esta mar, adonde también se muestran aún las señales de las cadenas de Andrómeda, por fe de la fábula antigua, y el viento Aquilonal llamado Nordeste da en aquella marina y levanta las ondas, dando en las peñas que allí hay muy altas, y la soledad es causa de que el lugar sea menos seguro.

Estando los Jopenos ondeando en aquel mar, á la mañana algo más fuertemente, por sobrevenir á estas horas un viento que llaman los que por allá navegan Melamborea, dieron las unas con las otras, y otras en aquellos peñascos que por allí había; y entrándose otras por fuerza, contra el viento, mar adentro, porque temían la orilla, que estaba llena de peñas y piedras, y temían también á los enemigos que allí estaban; levantadas en alta mar se hundían y no tenían lugar para huir, ni esperanza de salud si quedaban, siendo echados de una parte por violencia de los vientos, y de la ciudad por la fuerza de los Romanos.

Oíanse muchos gemidos de los que estaban dentro las naos, que se encontraban unas con otras; y oíase también el ruido que quebrándose hacían. Muerta, pues, parte de ellos en las ondas del mar de Jope, y otros ocupados en salvarse, morían: algunos se mataban con sus espadas adelantándose en darse la muerte, teniendo por mejor aquella que no morir ahogados; y muchos, levantados con la braveza de las ondas, daban en aquellos peñascos;

iba esto de tal manera, que la mar estaba llena de sangre, y todas las orillas de la mar estaban tambien llenas de cuerpos muertos; porque los Romanos ayudaban en ello y quitaban la vida á cuantos llegaban á las orillas; halláronse echados cuatro mil doscientos cuerpos muertos.

Tomando, pues, sin guerra y sin resistencia alguna los Romanos aquella ciudad, la derribaron toda, y de esta manera en breve tiempo fué presa y destruída dos veces la ciudad de Jope por los Romanos.

Dejó allí Vespasiano, porque no viniesen otra vez ladrones y cosarios á recogerse, gente de á caballo con alguna de á pie en un fuerte, para que la gente de á pie estuviese allí sin moverse y defendiese el fuerte; y los de á caballo buscasen todas aquellas tierras de Jope, y quemasen todos los lugares y aldeas que por alli hallasen. Obedecióle la caballería, y corriendo, todos los días talaban y destruían todas aquellas tierras.

Cuando los de Jerusalén supieron el caso adverso que habia acontecido á los de Jotapata, al principio ninguno lo creía, por ser la desdicha tan grande como habían oído; y también por no ver alguno que se hubiese hallado en ella, ni hubiese visto lo que entonces se decía, porque no había quedado alguno que pudiese ser embajador de lo que había sucedido; pero la fama sola divulgaba la gran destrucción que había sido hecha, la cual suele ser mensajera diligente de las cosas tristes y adversas. Mostrábase ya la verdad entre todos los lugares allí vecinos y en todas las ciudades cercanas, y era ya entre todos más cierto que dudoso.

Añadíanse á lo hecho y sucedido muchas cosas, ni hechas jamás, ni sucedidas; y decíase que Josefo había sido muerto en la destrucción de la ciudad, por lo cual hubo grandes llantos dentro de Jerusalén. Cada casa

lloraba su pérdida; pero el llanto por el Capitán era común á todos: unos lloraban á sus huéspedes, otros á sus deudos, otros á sus amigos, algunos otros á sus hermanos, y todos en general á Josefo; en tanta manera, que duraron los llantos treinta dias continuamente, uno tras otro, y para cantar sus lamentaciones pagaban gran dinero á los tañedores.

Pero sabiéndose la verdad con el tiempo, y sabiendo cómo pasaba en verdad lo de Jotapata, y que lo divulgado de la muerte de Josefo era mentira, hallándose claramente que vivía y estaba con los Romanos, y cómo éstos le hacian mayor honra de la que á un cautivo debían, tomaron tanta ira contra él, cuanta era la voluntad y benevolencia que le tuvieron antes, pensando que era muerto. Unos lo llamaban cobarde, y otros lo llamaban traidor; la ciudad toda estaba muy indignada contra él, y decíanle muchas injurias. Con estas adversidades se movían voluntariamente, y eran más encendidos con ver tan grandes llagas, y la ofensa que suele dar ocasión á los prudentes de guardarse, por no sufrir otro tanto, los movía y era como aguijón para mayor ruina y destrucción, comenzando nuevos males al terminar otros. Por tanto, era mayor la saña que contra los Romanos tomaban, como que juntamente se hubiesen de vengar de ellos, y principalmente de Josefo: éstas, pues, eran las revueltas que había en Jerusalén.

XVI.

Cómo se rindió Tiberiada.

Movido Vespasiano con deseo de ver el reino de Agripa, porque el mismo Rey le convidaba y mostraba

querer recibir al regidor, capitán de los Romanos, con todas las riquezas que posibles le fuesen y en su casa tenía, y apaciguar allí lo que demás quedaba del reino, hizo marchar su ejército de donde lo había dejado, que era de Cesárea, junto al mar, y pasó á la otra Cesárea que dicen de Filipo; y habiendo rehecho y refrescado su ejército por espacio de veinte días, él mismo quiso hacer gracias á Dios por lo que hasta allí le había sucedido, y darse á banquetes y convites.

Pero después que entendió cómo Tiberiada andaba tras innovar el estado de las cosas, y sabiendo que Tarichea se había rebelado, ambas ciudades eran sujetas al reino de Agripa, determinando de quitar la vida á cuantos judios hallase y destruirlos, pensó que sería cosa oportuna y buena mover contra ellos su campo, por satisfacer á la buena acogida que Agripa le había hecho, entregando las ciudades en sus manos y poder.

Para hacer esto envió su hijo á Cesárea, que pasase la gente que allí estaba á Scitópolis: ésta es una ciudad la mayor de las diez, y vecina de Tiberiada. Cuando él aquí llegó, aguardaba en esta ciudad á su hijo; y pasando después con tres legiones de gente más adelante, asentó su campo treinta estadios de Tiberiada, en un muy buen lugar, y que podía ser muy bien visto por los que son amigos de novelades, el cual se llama Enabro; de aquí envió su capitán Valeriano con cincuenta caballeros, porque hablase pacíficamente á los de la ciudad y les mostrase toda amistad.

Había ya antes oído que el pueblo no pedía sino paz; mas era forzado y estaba en discordia por algunos que los revolvían con guerras y discordias. Cuando Valeriano llegó al muro, saltó del caballo y mandó á sus compañeros que hiciesen lo mismo, por no mostrar ni dar á

entender que habia venido por moverles á la guerra. Antes que hablase una sola palabra, los amigos de sediciones y revueltas corrieron hacia él, siendo por cierto más poderosos, trayendo por capitán uno llamado Jesús, hijo de Tobías, príncipe y capitán de los ladrones.

No osó Valeriano pelear con ellos por no traer para ello licencia de su capitán, aunque fuese muy cierto que habia de ser vencedor, viendo ser peligroso el pelear, siendo pocos y sus enemigos muchos, y estando los enemigos muy armados, y los suyos no: espantado también mucho por el atrevimiento de los Judíos, recogióse á pie como estaba, y otros cinco con él, dejando todos sus caballos, los cuales trajo Jesús y sus compañeros con alegría grande, como que fueran presos en batalla, y no por traición, dentro de la ciudad.

Temiendo por esto los más viejos y más principales de la ciudad y de todo el pueblo, vinieron corriendo al campo de los Romanos, y juntos con el Rey llegaron humildes de rodillas á Vespasiano, suplicándole no los despreciase ni pensase haber consentido toda la ciudad en la locura que algunos pocos habian cometido, sino que perdonase y quisiese amistad con el pueblo que habia siempre sido amigo de los Romanos y procurado su amistad, y que quisiesen más vengarse de los que eran causa de aquel levantamiento, que los habian detenido, mucho tiempo habia, á todos para que no viniesen á tratar amistad y concierto con ellos.

Consintió Vespasiano con lo que éstos le rogaban, aunque por haberle sido robados los caballos, estaba contra toda la ciudad muy enojado; y veia también que Agripa temblaba por causa de esta ciudad; prometiendo, pues, á éstos no hacer daño alguno á todo el pueblo. Jesús y sus compañeros no se tuvieron por seguros que

dando en Tiberiada, antes determinaron ir á Tarichea. Al día siguiente, Vespasiano envió con gente de á caballo á Trajano á la torre y fuerte, por saber del pueblo si querian todos paz; y sabiendo cómo el pueblo era del mismo parecer que aquellos que por él habían rogado, traía su ejército á la ciudad.

Abrióronle todas las puertas y salióronle al encuentro con grandes alegrías y señales de bienvenido, llamándole todos autor de la salud y vida de ellos, reconociendo las mercedes que en ello les hacía. Y como los soldados se hubiesen de detener, por ser estrecha la entrada, mucho tiempo, mandó derribar una parte del muro hacia la parte del Mediodía, y de esta manera ensanchó la entrada, y por causa del Rey, y por hacerle favor, mandó á su gente, so pena de gran pena, que no robasen ni injuriasen al pueblo, y por causa de él mismo no quiso derribar los muros, porque prometía hacer que los ciudadanos de esta villa serian de allí en adelante muy concordes con todos, y así reparó de otras maneras la ciudad, que había sido muy afligida con infinitos males.

XVII.

De cómo fué cercada Tarichea.

Partiendo de Tiberiada Vespasiano, puso su campo entre esta ciudad y Tarichea, y fortaleciólo con un muro que mandó hacer con diligencia, viendo que se había de detener en esta guerra, porque veía que todo el pueblo que buscaba revueltas se recogía en esta ciudad, confiando en su fuerza y en su guarnición, y en un lago que se llama, entre los naturales de allí Genasar.

La ciudad tiene el mismo asiento de Tiberiada, á la falda de un monte; y por la parte que no la cercaba aquel lago de Genasar, Josefo la habia cercado de un muro muy fuerte, pero menor que era el de Tiberiada, y habiala provisto al principio que se comenzaron á rebelar, de mucho dinero y de todo lo necesario para defenderse, y habían las sobras también aprovechado á Tarichea. Tenían muchas barcas aparejadas en el lago, para que, si eran vencidos por tierra, se pudiesen recoger en ellas y salvarse; y también estaban provistas de armas, para que, si fuese necesario, pudiesen pelear en el agua. Estando los Romanos ocupados en asentar y guarnecer su campo, Jesús y sus compañeros, sin considerar la muchedumbre de enemigos, ni las fuerzas y uso de sus armas, vinieron contra ellos, y en la primer arremetida desbarataron los que edificaban el muro, y derribaron alguna parte de lo que estaba edificado; pero viendo que la gente de armas que dentro estaba se comenzaba á juntar antes de sufrir y padecer algún mal ó daño, recogiéronse á los suyos, y persiguiéndoles los Romanos, les fué forzado recogerse á sus barcas ó navíos dentro del agua. Y recogidos hacia dentro del lago, tanto que no pudiesen herirlos con sus saetas, echaron áncoras, y juntando muchas naos entre sí, no menos que suelen hacer los escuadrones, peleaban con sus enemigos.

Sabiendo Vespasiano cómo gran parte de ellos se había juntado en un llano cerca de la ciudad, envió allá á su hijo con seiscientos caballos escogidos; hallando éste infinito número de enemigos, envió luego á la hora mensajeros á su padre para hacerle saber que tenía necesidad de más gente y de mayor socorro. Y antes que éste viniese, viendo muchos de sus caballeros muy alegres y muy animosos, y viendo que algunos estaban amedren-

tados por ver tan gran muchedumbre de Judíos junta, púsose en un lugar del cual pudiese ser oído por todos, y dijo: «Romanos, por cosa tengo muy buena amonestaros al principio de mi habla que os queráis acordar de vuestra virtud y linaje, y sepáis quiénes sois, y quiénes son aquellos con los cuales hemos de pelear; ningún enemigo nuestro ha podido escapar de nuestras manos en todo el universo. Los Judíos, á fin que de ellos digamos también algo, hasta ahora han sido siempre vencidos, y jamás se han cansado; conviene, pues que siéndoles á ellos la fortuna y sucesos tan contrarios, pelean todavía tan constante y esforzadamente, que nosotros peleemos y trabajemos con mayor perseverancia, siéndonos la fortuna en todo muy próspera. Mucho me huelgo por ver y conocer claramente la alegría grande que todos tenéis, pero témonme que alguno de vosotros tenga temor por ver tanta muchedumbre de enemigos; piense, pues, cada uno de vosotros otra vez quién ha de pelear y con quién, y por qué los Judíos, aunque sean harto atrevidos y menosprecien la muerte, sabemos todos que son gente sin orden y poco experimentados en las cosas de la guerra, y merecen más nombre de pueblo desordenado que de ejército; pues de vuestro orden, saber y destreza en las cosas de la guerra, ¿qué necesidad hay que yo me alargue ahora en hablar de ello? Por esta causa nos ejercitamos ciertamente en el tiempo de paz nosotros solos en las armas, por no tener cuenta en la guerra del número de nuestros enemigos. Porque ¿qué provecho, ó qué bien nos viene de ejercitar siempre la milicia y las armas, si salimos con igual número de gente que los que no están en esto ejercitados? Antes pensad que salimos armados con gente de á pie, y seguros con consejo y regimiento de Capitán entendido, contra hombres

sin regidor y sin regimiento: y que estas virtudes engrandecen nuestro número, y los vicios dichos quitan gran parte y gran fuerza del número de los enemigos. Sabed también que en la guerra no vence la sola muchedumbre de los hombres, sino la fortaleza, aunque sea de pocos, porque éstos se pueden ordenar fácilmente y ayudarse unos á otros; los grandes ejércitos, más daño reciben de sí mismos que de sus propios enemigos. Los Judíos se mueven por audacia, por ferocidad y desesperación ó crueldad de sus propios entendimientos y dureza de corazón; estas cosas, cuando todo es muy próspero, suelen aprovechar algo; pero por poco que sea esto ofendido, y por poca resistencia que sienta luego, está todo muy marchito y muerto: á nosotros nos rige la virtud, la voluntad conforme á razón, y muy obediente la fortaleza, y esto suele florecer cuando la fortuna es próspera, y no suele ser quebrantado por la adversa y contraria. Nosotros tenemos mayor causa de pelear que los Judíos, porque si ellos sufren por su libertad y patria tantos peligros, ¿qué tenemos nosotros más excelente ó de más estima que la inclita fama y nombre? ¿Y que después de haber alcanzado el imperio de todo el orbe, no parezcamos tener por enemigos y contrarios á los Judíos solamente? Considerada demás de todo esto dicho, que no tenemos miedo de sufrir cosa que sea intolerable, porque tenemos muchos que nos ayudarán, y están muy cerca de nosotros. Podemos alzarnos con la victoria, y conviene adelantarse antes que venga la ayuda y socorro que esperamos de mi padre, á fin que sea nuestra mayor virtud, y no tenga su efecto más compañeros en quienes repartirse; pienso yo que vosotros hacéis de mi y de mi padre un mismo juicio, y que si él es digno de nombre y de gloria por las cosas hechas hasta aquí

gloriosamente, sabed que yo le soy hijo y vosotros sois soldados míos; él tiene costumbre de vencer, ¿y yo podré llegarme á él vencido? ¿De qué manera, pues, vosotros no os avergonzaréis en no vencer, viendo á vuestro capitán ponerse en medio de los enemigos, y correr delante á todo peligro? Creed que yo mismo buscaré el peligro, y romperé primero con los enemigos. Ninguno de vosotros se aparte de mí, teniendo por muy cierto que mi fuerza será guiada y sustentada con la ayuda y socorro de Dios, y tened por muy cierto que haremos mucho más mezclados con nuestros enemigos, que si peleásemos de lejos.»

Habiendo Tito tratado esto con su gente, los soldados recibieron alegría casi divina, y pesábales mucho que Trajano viniese con cuatrocientos de á caballo antes de darles la batalla, como si la victoria se disminuyese con la compañía que venía.

Envió también Vespasiano á Antonio Silón con dos mil flecheros, para que, ocupada la montaña que estaba delante de la ciudad, echasen de allí los que quisiesen defender los muros, y cercaron á sus enemigos como les fué mandado, los cuales estaban procurando socorrer á sus fuerzas.

Partió primero de todos con su caballo corriendo contra los enemigos, Tito; siguiéronle luego los que con él estaban, con gran grito, tan derramados como era necesario para tomar á los enemigos en medio, y esto fué causa de que pareciesen muchos más.

Los Judíos, aunque espantados con la arremetida de los Romanos y con la manera que tenían de pelear, todavía resistieron al principio algún poco; heridos con lanzas, y desordenados con la fuerza de los caballos, fueron desbaratados, y matando á muchos de ellos entre

los pies de los caballos, huyeron á la ciudad según cada uno más podía.

Tito perseguía á unos que huían, á otros mataba de pasada, y corriéndoles delante á muchos, dábales por delante, y mataba á muchos, echando los unos sobre los otros, y saltándoles delante, cuando todos se recogían á los muros, los echaba al campo, hasta tanto que, cargando tanta muchedumbre tuvieron lugar para recogerse; y entrevino allí gran discordia entre todos, porque á los naturales les pesaba en gran manera la guerra hecha del principio, parte por causa de sus bienes, y parte también por causa de la ciudad, y principalmente viendo que no les había sucedido bien, sino malamente, y que el pueblo de los extranjeros y advenedizos, que eran muchos, hacían fuerza en ello; y así había entre todos clamores, como que ya tomasen todos armas y se aparejasen para pelear.

Tito, que no estaba lejos de los muros, cuando les oyó comenzó á gritar: «Este es el tiempo, compañeros míos, ¿por qué nos detenemos? Recibid la victoria que Dios os envía, dando en vuestras manos los Judíos: ¿no oís los grandes gritos? Discordes están los que han escapado de nuestras manos. La ciudad es nuestra si nos damos prisa; pero es necesario tener gran ánimo juntamente con ser diligentes, porque debéis saber no poderse hacer cosa señalada, en la cual no haya peligro; y no sólo debemos trabajar por prevenirlos y adelantarnos antes que los enemigos se concorden, los cuales, viéndose en necesidad, no podrán dejar de concordar todos y venir en amistad; mas también debemos procurar dar en ellos antes que nuestro socorro venga, para que además de la victoria, en la cual vencemos tan pocos á tan gran muchedumbre, podamos también gozar solos de la ciudad.»

Dicho esto, sube en su caballo, y corre hasta la laguna, y éntrase por allí dentro de la ciudad siguiéndole toda la otra gente suya.

La osadía grande que tuvo puso gran miedo en los que estaban por guardas del muro, de tal manera, que no hubo alguno que pudiese pelear ni impedir que entrase.

Jesús y sus compañeros, dejando la defensa de la ciudad, huyeron á los campos, y otros corrieron á recogerse á la laguna; daban en las manos de sus enemigos que les salían por delante; unos eran muertos, queriendo subir en sus naves, y otros trabajando por alcanzarlas nadando.

Mataban también los Romanos dentro de la ciudad mucha gente de los advenedizos que no habían huído, antes trabajaban por resistirles, y los de allí naturales morían sin pelear, porque las esperanzas de concertarse y saber qué no habían sido aconsejados en aquella guerra, los detenía sin que peleasen, hasta tanto que Tito, muertos los que resistían, teniendo compasión y misericordia de los naturales, hizo cesar la matanza; los que habían huído al lago, cuando vieron que era tomada la ciudad, alejáronse mucho de los enemigos.

Tito envió caballeros por embajadores que contasen á su padre todo lo que había hecho. Cuando el padre lo supo, proveyó de lo que era necesario, alegre en gran manera por la virtud que de su hijo había entendido, y por la grandeza de aquella hazaña, porque le parecía haberle quitado gran parte de la guerra.

Mandó luego rodcar de gente de guarda la ciudad, porque ninguno pudiese huir escondidamente y librarse de la muerte; y luego, esotro día, habiendo bajado á la laguna, mandó hacer naves para perseguir los que ha-

bían huido, las cuales, con la materia que tenían abundante, y oficiales muchos y muy diestros, fueron presto hechas y puestas en orden.

KVIII.

De la laguna de Genasar, y las fuentes del Jordán.

Esta laguna se llama Genasar, tomando el nombre de la tierra que contiene; tiene de ancho cuarenta estadios, y ciento de largo; el agua es dulce y buena de beber, porque con ser gruesa la de la laguna, ésta es algo más delgada de lo que en las otras suele ser. Viene á hacer orilla arenosa por todas partes, suele ser muy limpia y muy templada para beber; es más delgada que las aguas del río ó de las fuentes, y está siempre más fría de lo que la anchura de la laguna permite. En las noches que hace gran calor dejan entrar el agua, y de esta manera se refrescan, lo cual tienen por costumbre, y lo suelen así hacer los que son de allí naturales.

Hay aquí muchas maneras de pescados, diferentes de los pescados de otras partes, tanto en sabor como en su género, y pártese por medio con el río Jordán.

Parece ser del Jordán la fuente Panio, pero á la verdad viene por debajo de tierra de aquel lugar que se llama Fiala, y éste está por aquella parte que suben á Tracónitida, á ciento veinte estadios lejos de Cesárea, hacia la mano derecha, no muy apartado del camino. Y de la redondez se llama el lago de Fiala, por ser redondo como una rueda: detiénese siempre dentro de sí el agua, de tal manera, que ni falta, ni en algún tiempo crece; y como antes no se supiese ser esto el principio del río Jordán,

Filipo, tetrarca que solía ser, ó procurador de Tracónitida, lo descubrió, porque echando éste mucha paja en Fiala, la vino á hallar después en Panio, de donde pensaban antes que manaba y nacía este río.

Panio, de su natural solía ser muy linda fuente, y fué embellecida con las riquezas y poder de Agripa.

Comenzando, pues, en esta cueva el río Jordán, pasa por medio de las lagunas de Semechonitis, y de aquí ciento veinte estadios más adelante, después de la villa llamada Juliada, pasa por el medio del lago Genasar, de donde viene á salir al lago de Asfalte por muchos desiertos y soledades: alárgase la tierra con el mismo nombre del lago Genasar, muy lindo y admirable, tanto de su natural, como por su gentileza. Ningún árbol deja de crecer con la fertilidad que de sí da, y los labradores la tenían muy llena de todas suertes de plantas y árboles, y la templanza del cielo es muy cómoda para diversidad de árboles: las nueces, que es fruta que desea mucho el frío, aquí abundan y florecen; las palmas también que requieren calor y verano; las higueras y olivos que quieren el tiempo más blando; de manera que dirá alguno haber mostrado aquí Naturaleza su magnificencia y fertilidad, haciendo fuerza en que convengan entre sí, y concorden las cosas que de sí son muy repugnantes y discordes, favoreciendo á la tierra en la contrariedad de los tiempos del año con particular favor.

No sólo produce diversas pomas ó manzanas en mayor diversidad que es posible pensar, sino aun también las conserva que parezcan ser en su propio tiempo siempre: hállanse en esta tierra uvas los diez meses del año, y muchos higos y pasas, y todos los otros frutos duran todo el año; porque además de la serenidad del viento, que es muy manso, riégase también con una fuente muy abundante.

dante, la cual llaman los naturales de allí Capernaon. Pien-san algunos que es alguna vena del Nilo, porque produce y engendra pescados semejantes á las corvinas de Ale-jandria: esta región se alarga treinta estadios por la parte que se llama Laguna, y se ensancha veinte, cuya natura-leza es la que hemos dicho.

KIX.

De la destrucción de Tarichea.

Acabados los barcos y puestos en orden, Vespasiano puso dentro la gente que le pareció necesaria, y junta-mente con ella él mismo también partió en persecución de los que por la laguna habían huido. Estos, ni podían salir á tierra salvamente, siéndoles todo contrario, ni podían pelear en el agua con igual condición, porque sus barcas eran pequeñas, y lo que estaba aparejado para los cosarios era muy débil contra los barcos que los Roma-nos habían hecho, y habiendo poca gente en cada una, temían llegarse á los Romanos, que eran muchos y esta-ban muy juntos. Pero andándoles alrededor, y algunas otras acercándose algo más, de lejos tiraban muchas pie-dras á los Romanos, y heríanlos á las veces de cerca: más daño recibían de ambas maneras ellos mismos, porque con las piedras que ellos tiraban no hacían otra cosa sino solo gran ruido, estando los Romanos contra quien ellos tiraban, muy bien armados: los que algo se acercaban, luego eran heridos con sus saetas, y los que osaban lle-gar más cerca, antes que ellos dañasen ni hiciesen algo,

eran heridos y derribados, y eran echados al hondo con sus mismas barcas: muchos de los que tentaban herir á los Romanos, á los cuales podían alcanzar éstos con sus dardos, derribaban con sus armas á los unos en sus mismas barcas, á otros prendían con ellas, cogiéndoles en medio con sus barcos.

Los que caían en el agua, y levantaban la cabeza, ó eran muertos con saetas, ó eran presos y puestos dentro de los barcos, y si desesperados tentaban librarse nadando, quitábanles las cabezas, ó cortábanles las manos, y de esta manera morían muchos de ellos, hasta tanto que, siendo forzados á huir, los que quedaron en vida llegaron á tierra, dejando rodeados sus navichuelos de los enemigos. De los que se echaban en el agua, muchos hubo muertos con las saetas y dardos de los Romanos, y muchos saliendo á tierra fueron también muertos: así que estaba toda aquella laguna llena de sangre y de cuerpos muertos, porque ninguno se escapó con la vida.

Pasados algunos días, se levantó, en estas tierras un hedor muy malo, y una vista muy cruel y muy amarga de ver: estaban las orillas llenas de bascas quebradas, de hombres ahogados y de cuerpos hinchados. Calentándose después y pudriéndose los muertos, corrompían toda aquella región, en tanta manera, que no sólo parecía este caso miserable á los Judíos solos, pero también los que lo habían hecho lo aborrecían y les era muy dañoso.

Este fué, pues, el suceso y fin de la guerra naval hecha por los Taricheos. Murieron, entre éstos y los que fueron muertos antes en la ciudad, seis mil quinientos.

Acabada esta pelea, Vespasiano quiso parecer en el tribunal de Tarichea, y apartaba los extranjeros de los

naturales de la ciudad, porque aquéllos parecían haber sido causa de aquella guerra, y tomaba consejo de los regidores y capitanes suyos, si debía perdonarles; respondiéndole que si los libraba le podrían hacer daño, y que dejándolos vivos no reposarían, por ser hombres sin patria y sin lugar cierto, y estaban prontos todos, y eran bastantes para hacer guerra contra cualesquiera que hubiesen y se recogiesen. Vespasiano bien conocía que eran indignos de quedar con vida, y veía bien que se habían de levantar y revolver contra los mismos que les diesen la vida; todavía estaba dudando cómo los mataría; porque si los mataba allí mismo, sospechábase que los naturales no sufrían que fuesen muertos aquellos que les pedían perdón y suplicaban por la vida, y avergonzabase de hacer fuerza á los que se habían rendido por medio de su fe y promesa; pero vencíanlo sus amigos, diciendo ser toda cosa lícita acontra los Judíos, y que lo que era más útil, debía ser tenido también en más que lo que era honesto, cuando no podían hacerse entrambas cosas.

Concedióles, pues, licencia para salir por el camino de Tiberiada solamente, y creyendo ellos fácilmente aquello que tanto descaban, se iban acompañados, sin temer algo contra si, ni sus riquezas: los Romanos ocuparon todo el camino para que ninguno pudiese salir ni escaparse, y encerrados en la ciudad, luego Vespasiano fué con ellos, y púsolos todos en un lugar público, y mandó matar los viejos y los que no podían pelear, que eran hasta mil doscientos, y envió á Isthmon, donde Nerón entonces estaba, seis mil hombres los más mancebos y más escogidos; vendiendo toda la otra muchedumbre, que eran treinta mil cuatrocientos, además de otros muchos que había dado á Agripa: porque permitió á los que eran de

su reino hacer lo que quisiese Agripa, y el Rey también los vendió.

Todo el pueblo era de los de Trachonitide, Gaulanitida, Hipenos y muchos Gadaritas sediciosos, revolvedores y gente huidiza, hombres que no pueden ver la paz, antes todo lo hacen y convierten en guerra: éstos fueron presos á 8 de Septiembre.

LIBRO CUARTO.

I.

De cómo fueron cercados los Gamalenses.

Todos los galileos que, después de destruida Jotapata, se levantaron contra los Romanos, después de vencidos los Taricheos se volvían á juntar con ellos: y tenían ya tomados los Romanos todas las ciudades y castillos, excepto á Giscala, y aquellos que habían ocupado el monte Itaburio.

Habíase con éstos rebelado la ciudad de Gamala, fundada más allá de la laguna, y que pertenece á los términos y señorío de Agripa, y con ésta también Sogana y Seleucia. Entrambas eran de las tierras de Gaulanitida: Sogana está de la parte alta que se llama Gaulana, y en la baja inferior Gamala. Seleucia está junto á la laguna llamada Semechonita, que tiene treinta estadios, que son casi cuatro millas, de ancho, y cuarenta estadios de largo, y tiene sus lagunas que se extienden hasta Dafne. Esta región suele ser muy deleitable; principalmente tiene fuentes que sustentan al Jordán que llaman Menor, y lo llevan por debajo del templo Áureo de Júpiter, hasta dar en el Mayor.

Agripa, cuando estas tierras se comenzaron á rebelar, juntó en su amistad á Sagana y á Seleucia. Gamala estaba soberbia sin querer obedecerle, confiándose en la dificultad y aspereza de las tierras, aun más que Jota-

pata. Tiene una aspera bajada de un alto monte levantada en medio algún tanto; y á donde se levanta, allí se alarga no menos hácia abajo que por las espaldas, á manera de lomo de un camello, de lo cual alcanzó el nombre que tiene; pero los naturales no pueden retener la significación expresa del vocablo en la pronunciación. Por los lados y por la parte de delante, pártese en ciertos valles muy dificultosos é imposibles para caminar por ellos, y por la parte que pende del monte es algún poco menos difícil. Pero los naturales que allí vivían la habían hecho muy dificultosa é imposible, con un foso atravesado y muy hondo. Había muchas casas edificadas y muy juntas por aquellas cuestas, y parecía que venía á tierra toda la ciudad dentro de sí, hacia la parte del Mediodía. El collado que está hacia la parte austral, es tan alto, que sirve á la ciudad como de torre ó fuerte sin muro; y la peña que está más alta, tiene ojo á defender el valle. Había una fuente dentro, en la cual venía á acabar la ciudad. Aunque fuese esta ciudad naturalmente tan fuerte que no se pudiese tomar, todavía Josefo la fortaleció más cuando la cercaba de muro, haciéndola muy buen foso y minándola. Los naturales de aquí confiábanse más, por saber que era el lugar más fuerte que los de Jotapata; pero había mucha menos gente y menos ejercitada; y confiados en la aspereza del lugar, pensaban ser muchos más que eran los enemigos, porque la ciudad también estaba llena de gente que se recogía allí, por saber que la ciudad era muy fuerte. Y habiendo enviado antes Agripa gente que la cercase, le resistieron siete meses continuos.

Partiendo Vespasiano de Amaunta, á donde había asentado su campo por tomar á Tiberiada (quien quisiere declarar lo que este nombre significa, sepa que

Amaus quiere decir aguas calientes: porque aquí hay una fuente tal, muy buena para sanar enfermos y lisiados), llegó á Gamala y no podía cercar toda la ciudad por estar edificada de la manera que hemos arriba dicho; pero puso su guarda y ordenó su gente como mejor fué posible, ocupó el monte que estaba en la parte alta, y puesto allí su campo, según acostumbraba, al fin trabajaron en alzar sus montezuelos.

Por la parte del Oriente, en un lugar que daba encima de la ciudad, muy alto, había una torre, á donde estaba la quincena legión y la quinta, que trabajaban en dar contra el medio de la ciudad: la décima hizo diligencia en rellenar los fosos y valles.

Estando en esto, el rey Agripa llegóse á los muros procurando hablar con los que defendían la ciudad, por hacer que se rindiesen: uno de los que tiraban con hon-das le sacudió con una piedra en el codo: por esto sus amigos le detuvieron.

Los Romanos fueron movidos á poner cerco á la villa; parte por la ira que tenían contra ellos por causa del Rey, y parte también por tener miedo, pensando que los Judíos no dejarían de usar de toda crueldad contra los enemigos y extranjeros; pues contra su mismo natural, que es persuadir lo que les convenía y les era de provecho, se habían mostrado tan fieros y tan crueles. Levantados con diligencia los montes, y con la continuación que en ellos pusieron, fueron acabados presto, y ponían ya en ellos sus máquinas.

Chares y Josefo eran los principales de la ciudad y ordenaron la gente de armas, aunque estaban todos muy amedrentados, y aunque pensaban no poder defenderse mucho tiempo, por ver que les faltaba el agua y muchas otras cosas necesarias; pero en fin, animándolos

á todos, los sacaron al muro. Resistieron algún poco á los golpes de las máquinas; pero heridos con la muchedumbre de saetas y dardos que les tiraban, hubieron de recogerse dentro de la ciudad. Habiendo, pues, los Romanos dado el asalto á la ciudad por tres partes, derribaron el muro con sus ingenios; y por las partes que estaba derribado entraron todos con gran furia de armas; y tañendo las trompetas, dando también ellos grandes voces, pelcaban con los de la ciudad. A los primeros encuentros estuvieron los de la ciudad firmes, y resistieron, impidiendo á los Romanos que pasasen más adelante. Pero vencidos por la fuerza y muchedumbre que cargaba, huyeron todos á las partes altas de la ciudad, volviendo después á dar sobre sus enemigos; y echándolos por allí abajo, los mataban sin poderse librar, por ser el lugar muy difícil y muy estrecho. Como, pues, los Romanos no pudiesen resistir á los que los herian de lo alto, ni se pudiesen librar por alguna parte, con el aprieto en que los enemigos los ponían en aquella cuesta, recogíanse en las casas de sus propios enemigos, las que estaban en lo llano de la ciudad; y como cargase en ellas tanta gente, daban con todo en tierra, por no poder sostener el peso; y una que caía, derribaba muchas de las que debajo estaban, y éstas muchas otras. Esto fué causa que muchos romanos pudiesen, porque estando inciertos y sin saber lo que hiciesen, aunque veían caer los techos y paredes sobre sí, no por eso dejaban de recogerse allí; creo que más por morir por cualquier otra cosa, que por manos de los Judíos: de esta manera muchos morían. Muchos de los que huían eran lisiados en sus miembros, y muchos morían ahogados con el polvo. Pero todo esto pensaron los naturales de Gamala que sucedía en provecho de ellos; y menospreciando el daño que por

esta parte les venía, peleaban con mayor esfuerzo y hacían mayor fuerza, y hacían recoger en sus propias casas á los enemigos; y los que caían por las estrechuras de las calles, eran muertos con las saetas y dardos que de lo alto por encima les tiraban. La destrucción de las casas derribadas les daba abundancia de piedras, y los enemigos muertos abundancia también de armas, porque quitábanles las armas y daban con ellas á los demás que estaban medio muertos. Muchos, cayendo los techos de las casas, morían echándose de allí abajo ellos mismos, y queriendo volver atrás, no podían fácilmente. Porque no sabiendo las calles y con el gran polvo que se levantaba, unos daban en otros sin conocerse ellos mismos, y quedaban rendidos y muertos; pero hallando con gran pena puerta para salir, alejéronse de la ciudad.

Vespasiano, que siempre estuvo con los suyos en todos los trabajos, sintió gran dolor en ver que la ciudad caía sobre sus soldados; y no teniendo su vida en algo, antes menospreciando la muerte con ánimo esforzado, halló lugar escondidamente para ganar la parte alta de la ciudad, y fué dejado casi solo con muy poca gente en medio de aquellos peligros.

No estaba con él su hijo Tito entonces, el cual había sido antes enviado á Muciano, en Siria. Volver las espaldas y huir no lo tenía por cosa segura ni honesta, acordándose de las cosas que desde su juventud había hecho; y teniendo memoria de su virtud, pareció que divinamente juntó su gente y las armas que pudo; y descendiendo de lo alto con su compañía, resistía y hacía guerra á sus enemigos, sin temer la muchedumbre que de ellos había, ni sus armas, hasta tanto que los enemigos, viendo la obstinación que en su ánimo tenía contra ellos, pensaron que divinamente la tenía, y alojaron su

fuerza: por lo cual, peleando ellos ya algo menos, y más flacamente de lo que habían acostumbrado, poco á poco Vespasiano se recogia; pero con tal miramiento, que no les mostró las espaldas hasta que se vió fuera de los muros.

Mucha gente de los Romanos murieron en este asalto y pelea: fué entre ellos uno, el gobernador Ebucio, varón ciertamente muy conocido y de gran esfuerzo, no sólo en esta pelea, pero probado por muy valeroso en muchas otras antes, y que habia hecho mucho mal á los Judíos. Estuvo también escondido en esta pelea un centurión ó capitán de cien hombres, llamado por nombre Galo, con diez soldados, dentro de una casa; y como los que allí dentro vivían cenasen una noche y tratasen entre sí del consejo que el pueblo de los Judíos habia tenido contra los Romanos, y él lo oyese, siendo él sirio y los que con él estaban también, en la misma noche dió en ellos, y matándolos á todos, libróse salvo con todos los suyos, y vino á los Romanos.

Viendo Vespasiano el dolor y tristeza que su ejército tenía por los casos adversos y tan contrarios que le habían acontecido, y por ver que no le habían acontecido tantas muertes en guerra alguna como en ésta, y viéndolos aún más afrentados y con vergüenza por haber dejado á su capitán en el campo y peligros solo, pensó que los debía consolar sin decir algo de sí, por no parecer que daba culpa y se quejaba de alguno. Dijoles: que convenia sufrir valerosamente y con esfuerzo las adversidades comunes, acordándose de lo que naturalmente suele acontecer cada día en las guerras; cómo sin sangre es imposible haber alguna victoria, y que no habia dado la fortuna todo lo que tenía, antes sí hasta allí habia sido contraria, ser podía que volviese atrás y se mudase en próspera; y que

habiendo muerto entonces tantos millares de Judíos, no era maravilla que pidiese la fortuna enemiga el diezmo de los nuestros ó la parte que se le debía. Y como es de hombres soberbios y arrogantes ensobrecerse con la demasiada prosperidad, así no menos es cosa de hombres de poco amedrentarse en las adversidades. «Porque, dijo, fácil y ligeramenta se mudan estas cosas ahora en lo uno y luego en lo otro, y aquel es tenido por varón esforzado, que tiene ánimo valeroso en las cosas que no le suceden prósperamente; y queda con su mismo esfuerzo para corregir con consejo las desdichas y adversidades que le habrán acontecido. Aunque estas cosas no nos han sucedido ahora á nosotros por nuestra flojedad, ni por la virtud y esfuerzo de nuestros enemigos, porque la dificultad del lugar les ha concedido á ellos buen suceso y á nosotros malo. En esta cosa bien veo claramente que podría cualquiera reprender la osadía vuestra como temeraria, porque habiéndose recogido los enemigos á lo alto, debíais todos vosotros refrenaros entonces, y no ponerlos en peligro que había en perseguirles hasta arriba: antes, pues, habíais tomado la parte baja de la ciudad, debíais trabajar en hacer salir á los enemigos que se habían recogido, á que peleasen en lugar que fuese más cómodo y más seguro para todos vosotros. No tuvisteis cuenta con mirar cuán fuera de consejo fuese esto, por prisa demasiada que pusisteis en proseguir vuestra victoria: el ímpetu y fuerza sin consejo en la guerra, no es de los Romanos, ni suelen hacer ellos algo de tal manera; antes nada hacemos que no sea con gran orden y destreza; á los Bárbaros conviene aquello y á los Judíos, por cuya causa hemos ganado lo que de ellos tenemos. Conviene, pues, que recurramos á nuestra virtud, y enojarnos más con la adversidad y ofensa que

indignamente la fortuna nos ha hecho, que entristecernos por ella. Cada uno procure en buscar con su esfuerzo el descanso, porque de esta manera nos vengaremos de los que hemos perdido, en aquellos por quienes han sido muertos. De mi parte os prometo que haré no menos que me habéis visto hacer hasta ahora; antes peleando vosotros, y haciendo lo que debéis, yo me pondré siempre el primero y seré el postrero que de la pelca partirá.»

Con estas palabras esforzó Vespasiano su ejército.

Los Gamalenses, por otra parte, con el suceso próspero que habían tenido, cobraron mayor ánimo, por haber sido sin razón grande, y haberles sucedido todo tan próspera y magníficamente. Poco después, pensando que habían ya perdido todas las esperanzas de trabar amistad con los Romanos y de hacer algún concierto, y viendo que no les era posible salvarse, porque ya les faltaba el mantenimiento, tenían gran pesar y dolor por ello, y habían perdido parte del buen ánimo que antes tenían. Con todo, no dejaban de hacer lo que posible les era en defenderse, guardando tan bien las partes del muro muy fuerte que había sido derribado, como las que estaban enteras.

Los Romanos estaban haciendo sus montes, y procuraban otra vez darles el asalto, por lo cual había muchos de los de dentro la ciudad que procuraban salirse por los valles y fosos apartados, adonde no había ninguno de guarda, y huían también por los albañales: los que quedaban allí por miedo que fuesen presos, eran consumidos por pobreza y por falta de mantenimiento, porque solamente eran proveídos los que podían pelear. Todavía, con todas estas adversidades, permanecían.

II.

Cómo Plácido ganó el monte Itaburio.

Con el cuidado que Vespasiano tenía del cerco, no dejó de proveer en lo demás contra aquellos que habían ocupado el monte Itaburio, el cual está entre la ciudad de Scitópolis y un gran campo; levántase treinta estadios en alto por la parte de Septentrión: no es posible llegar á él en lo alto; extiéndese lo llano hasta veinte estadios, y estaba todo cercado de muro. Este cerco tan grande mandó hacer Josefo dentro de cuarenta días, dándole materia y aparejo necesario para ello los lugares que abajo estaban, porque arriba no tenían otra agua sino la que del cielo venía. Habiéndose, pues, juntado aquí gran número de Judíos, Vespasiano envió allá á Plácido con seiscientos caballos.

Éste no podía hallar manera para tomar este monte: á muchos aconsejaba que se concertasen, y prometiéndoles perdón, los amonestaba que quisiesen la paz. Ellos también descendían á él, pero con asechanzas y para hacerle daño; porque Plácido les hablaba mansamente y con toda amistad, por moverles á que descendiesen á lo bajo y allí tomarlos á su voluntad; y ellos, mostrando quererle obedecer y complacerle en lo que quería, llegábanse á él por tomarlo descuidado. Pero el saber y astucia de Plácido pudo más y venció, porque comenzando la pelea los Judíos, hizo como que huyese; y moviendo con esto á los Judíos que le persiguiesen hasta llegar al campo grande, vuelve contra ellos con todos los de á caballo, y haciendo huir muchos, mató también algunos, y

detuvo á la otra muchedumbre para que no subiese. Por esto los otros, dejando el monte Itaburio, recogíanse hacia Jerusalén. Los naturales de allí tomaron la palabra de Plácido, y por haberles faltado el agua, rindiéronse y entregáronle también el monte.

III.

De la destrucción de Gamala.

Los más atrevidos de Gamala se habían esparcido huyendo y estaban muy escondidos; y los que no eran para pelear, se morían de hambre. Los que peleaban sostenían el cerco, hasta tanto que á los veintidós de Octubre aconteció que tres soldados de la décimaquinta legión, por la mañana se hallaron con una torre más alta que todas las otras que en la parte de ellos había, y escondidamente la minaron, sin que los que estaban en ella de guarda lo sintiesen, ni cuando venían ni cuando entendían en la obra, porque era noche. Estos mismos soldados, guardándose mucho de hacer ruido, saltaron de presto, quitando cinco piedras que había muy grandes, y súbitamente la torre cayó con gran ruido, y fueron derribados los que de guarda estaban juntamente con ella. Espantados los que en las otras partes estaban, y turbados con esto, huyeron, y los Romanos mataron á muchos de los que osaban salir de dentro, entre los cuales Josefo, que estaba encima de la parte del muro derribada, fué muerto por un soldado que lo hirió con una saeta.

Los que dentro de la ciudad estaban, amedrentados con el estruendo grande, tenían gran temor y corrían

por todas partes, no menos que si los enemigos hubieran ya ganado la ciudad. Entonces murió Chares, que estaba enfermo en la cama, ayudándole á morir el gran temor que tenía. Pero los Romanos, acordándose muy bien de las muertes pasadas, no entraron en la ciudad hasta los veintitrés días del susodicho mes.

Tito, que allí estaba, indignado por la llaga que los Romanos habían recibido estando él ausente, entró diligentísimamente en la ciudad con doscientos caballos los más escogidos, además de la gente de á pie; y habiendo entrado, cuando los que de guarda estaban lo sintieron, venían con grandes clamores á las armas por resistirles. Sabiendo los de dentro cómo los Romanos habían entrado, los unos se recogían á la torre arrebatando sus hijos y mujeres con gritos y clamores grandes que daban; otros salían al encuentro á Tito, y eran allí todos muertos; y los que no podían recogerse á la torre, no sabiendo qué hacer de sí mismos, daban en la guarnición de los Romanos, y en todas partes se oían los gemidos de gente que moría: la sangre que corría por aquellos lugares, que estaban altos y recostados, llenaba toda la ciudad.

Vespasiano pasó todo su ejército contra los que se habían recogido á la torre: era lo alto de aquella torre muy peñascoso y muy alto, y estaba muy lleno de rocas alrededor, que parecía estar para dar en tierra. De aquí los Judíos trabajaban, parte con saetas y dardos, y parte con piedras, por echar á los Romanos, que contra ellos venían con fuerza, sin que los pudiesen á ellos alcanzar ni hacer daño alguno las saetas y armas de los Romanos, por estar en un lugar muy alto. Pero levantóse un viento por la voluntad de Dios, para muerte y destrucción de éstos, el cual llevaba las saetas y dardos de los

Romanos contra ellos, y echaba las de ellos de tal manera, que no dañaban á los Romanos: ni podian estar en las alturas de las peñas, tan movable estaba todo con la violencia y fuerza del viento; ni podian tampoco ver cuando sus enemigos llegaban. Saltanlo, pues, los Romanos allí arriba, rodeáronlos á todos, y tomaban á unos antes que se valiesen, y á otros rindiéndose; pero con todos mostraban su ira y crueldad, acordándose de la gente que habían perdido en el primer asalto. Muchos, rodeados por todas partes y cercados, desesperando de alcanzar salud, se dejaban caer en el valle que estaba debajo de la torre muy hondo.

Aconteció también que los Romanos eran más mansos contra ellos que no ellos mismos entre sí, porque los muertos con armas fueron cuatro mil, y los que se echaron desesperados de lo alto abajo llegaron á número de cinco mil: y no escapó alguno, excepto dos solas mujeres, las cuales eran hermanas, hijas de Filipo, hijo de Joachimo, varón señalado, el cual había sido capitán del ejército de Agripa. Éstas escaparon, por haberse escondido al tiempo de la matanza, de las manos de los Romanos, porque no perdonaron ni aun á los niños que mamaban, de los cuales fueron echados muchos de la torre abajo.

De esta manera, pues, fué destruida Gamala á los veintitrés del mes de Octubre, la cual se comenzó á rebelar á los veintiuno de Septiembre.

IV.

Cómo Tito tomó á Giscala.

Sólo quebaba por tomar un lugarejo de Galilea llamado Giscala. El pueblo pedía la paz, porque la mayor

parte de él eran labradores y tenían siempre sus esperanzas en los frutos; pero estaban corrompidos con un gran escuadrón de ladrones que se había mezclado entre ellos, y algunos de los principales ciudadanos se picaban de lo mismo.

Moviales que se rebelasen un hijo de Levias, llamado por nombre Juan, hombre engañador, hombre de costumbres muy mudables y muy varias, aparejado para esperar lo que no tenía razón ni moderamiento; hombre para hacer cuanto le venía á la cabeza, y sabido por todos que, por hacerse poderoso, movía la guerra.

La compañía de los sediciosos y amigos de maldades obedecía á éste, y hacían todo lo que éste mandaba, y por causa de éste todo aquel pueblo, que cierto hubiera enviado á los Romanos embajadores para rendirse con toda paz, estaba esperando en parte la pelea con ellos.

Vespasiano envió contra éstos á su hijo Tito con mil de á caballo; la décima legión á Scitópolis, y él se volvió á Cesárea con las otras dos, pensando que convenia dar algún tiempo á esta gente para que descansase y se recibiese con la abundancia que en las ciudades hallase, teniendo por cierto que convenia dejarles espacio para que se diesen algún buen rato, para tomar ánimo para las batallas que esperaba tener y dar, porque sabían no quedar poco trabajo aun en conquistar á Jerusalén, que era ciudad Real, más fuerte y más abastecida que todas las de Judea.

Veía que los que huir podían, se recogían allí; y además de esto, la fuerza que de sí tenía y guarnición y los muros fuertes, hacían estar muy solícito á Vespasiano, pensando en la fuerza y atrevimiento de los Judíos, y que era ciudad inexpugnable también, aun sin la fuerza de los muros; por tanto, sabía convenirle tener mucho

cuidado en que fuesen sus soldados antes muy puestos en orden y muy bien proveídos, no menos que suelen hacer los luchadores antes que salgan á la pelea.

Pareciale á Tito cosa difícil tomar por asalto la ciudad de Giscala, porque cabalgando se había llegado allá; pero sabiendo que si la tomaba por fuerza, los soldados matarían todo el pueblo, estaba ya harto de ver muertes, teniendo compasión de este pueblo que había de morir sin perdonar á alguno entre los malos que allí había, y sin que alguno fuese de ellos exceptuado. Quería pues, probar de tomar esta ciudad por amistad, y concierto antes que por fuerza.

Estando los muros llenos de hombres, de los cuales era la mayor parte de los perdidos y revolvedores, les dijo que se maravillaba mucho con qué consejo confiados, tomadas ya todas las tres ciudades, determinaban ellos solos querer probar también las armas y fuerzas de los Romanos, viendo muchas otras ciudades más fortalecidas y más proveídas de toda cosa, derribadas todas; y que aquellos que habían creído á los Romanos y se habían confiado en la fe que les prometían, estaban salvos. La misma, pues, dijo estaba aparejado para darles con toda amistad, sin que se enojase por la soberbia que le habían mostrado, por pensar y saber que se debía perdonar aquello por la esperanza de la libertad; pero no si alguno perseveraba en querer alcanzar lo que le era imposible. Y que si no querían obedecer á estas palabras de tanta clemencia y benignidad, ni creer sus promesas, experimentarían las crueles armas romanas; y luego conocerían que sus muros eran cosa de juego y de burla para las máquinas romanas, en los cuales ellos tanto se confiaban, mostrándose entre los Galileos ellos solos arrogantes y soberbios cautivos. Dicho esto, no fué lícito á

alguno de los del pueblo responder, pero ni aun subir al muro, porque todo lo habían ocupado los ladrones: había guardas puestas á las puertas, porque ninguno pudiese salir á concierto, ni recibir alguno de los caballeros dentro de la ciudad.

Respondió Juan, que él recibía el pacto y lo daba por hecho; y que ó él lo persuadiría á todos, ó que les mostraría serles necesario pelear, si rehusaban condescender con lo que les diría. Pero dijo que convenía no tratarse algo aquel día por la ley de los Judíos, porque como tenían por cosa nefanda y contra ley pelear aquel día, así también pensaban no serles lícito hacer conciertos de paz: porque los Romanos sabían cómo el séptimo día solía ser á todos los Judíos muy gran fiesta; que si la quebrantaban, cometían gran pecado, no menos ellos que aquellos por cuya causa era quebrantada, y el mismo Tito también; que no debía temerse por la tardanza de una noche, ni pensar que lo había hecho porque la gente huyese, siéndole principalmente lícito tener miramiento y guardas sobre ello, estando él reposado; que él ganaba mucho en no menospreciar en algo las costumbres de la patria; y que á él convenía, pues ofrecía tan de voluntad la paz á los que no la esperaban, guardar también la ley á los cercados.

Con estas palabras trabajaba Juan por engañar á Tito, no tan cuidadoso de que se guardase el séptimo día, que era la fiesta, como por procurar su salud. Temiase que tomada la ciudad fuese dejado solo, habiendo él puesto toda la esperanza de su vida en la noche y en huir; pero cierto por voluntad de Dios, que deseaba la vida de Juan para la destrucción de Jerusalem: no sólo creyó y admitió Tito lo que pedía de las treguas por todo aquel día, mas aun quiso asentar su campo en la parte alta de la ciudad,

cerca de Cidesa, que es un lugar de los Tirios mediterráneo, y muy fuerte y muy aborrecido siempre por los Galileos.

Como, pues, venida la noche viese Juan que los Romanos no tenían algunas guardas cerca de la ciudad, no dejando perder esta ocasión, tomó su camino huyendo á Jerusalén; y con él no sólo aquella gente de armas que tenía consigo, pero aun muchos de los más viejos con todas sus familias. Hasta veinte estadios bien le parecía á él que le seguirían las mujeres y niños, y toda la otra gente que consigo llevaba, aunque era hombre que tenía miedo de ser cautivo y de no salvarse; y pasando más adelante, dejaba su gente, y levantábanse aquí llantos muy tristes de los que atrás quedaban; porque cuanto más lejos cada uno estaba de los suyos, tanto más cerca les parecía estar de los enemigos. Pensando que estaban ya muy cerca los que habían de prenderles, mostrábanse ciertamente muy amedrentados; y con el ruido que ellos hacían corriendo, volvíanse muchas veces á mirar atrás; como si aquellos de los cuales ellos huían, les estuviesen ya encima: y así huyendo, caían muchos y había pelea entre ellos mismos sobre quién más huiría, pisándose unos á otros. Las muertes de las mujeres y niños era cosa muy miserable. Si alguna voz daban ellas, era rogar algunas á sus maridos, y otras á sus parientes, que las esperasen; pero más podía la exhortación de Juan, que gritaba á voces que se salvaran y huyesen allá todos; porque si los Romanos los prendían, además de cautivar los que quedasen, los habían también de matar.

Todos los que huyeron se esparcieron según les fué posible, y según era la fuerza de cada uno.

Venida la mañana, Tito estaba ya junto á los muros, por causa de aquel concierto que arriba dijimos, y abrien-

dole el pueblo las puertas, salieron todos con sus mujeres como á hombre que les había hecho gran bien y había librado de guardas la ciudad, con voces muy altas; y haciéndole saber cómo Juan había huído, rogaban á Tito que á ellos les perdonase, y diese castigo á los revolvedores de la ciudad que allí quedaban. Por satisfacer á lo que el pueblo le rogaba, envió parte de su caballería al alcance de Juan; no pudiendo alcanzarle, porque antes que éstos llegasen él ya se había recogido dentro de Jernsalén; pero todavía mataron dos mil de los que huían, y tomaron pocas menos de tres mil mujeres y niños, y trajéronselas consigo.

Pesaba mucho á Tito, y sentía en gran manera no haber luego dado el castigo á Juan, según merecía; y aunque estaba muy airado, por ver sus esperanzas burladas, pensó que le vengaba la muchedumbre de gente que había sido muerta y los que habían sido traídos cautivos: así entró con gran furor dentro de la ciudad, y mandando á los soldados rompiesen parte de los muros, con amenazas castigaba á los revolvedores de la ciudad, antes que con darles la muerte, porque creía que muchos habían de fingir acusaciones sin culpa ni causa, por el odio que entre sí muchos se tenían; y tenía por mejor dejar sin castigo al culpado, que matar al que no tenía culpa.

Pensaba también que el culpado sería en adelante más honesto y remirado en sus cosas, ó por miedo que fuese castigado, ó por avergonzarse de lo que hasta allí había cometido; pero la pena que se daba á los que sin causa morían, no podía ser pagada de alguna manera, ni corregida: Puso guarnición á la ciudad, que tuviese cargo de castigar á los que estudiaban en levantar novedades, y para confirmar en su propósito á los que querían la paz, pues los había de dejar allí.

De esta manera, pues, fué tomada y destruida toda Galilea, después de haber dado tanto trabajo á los Romanos.

V.

En el cual se comienza á contar el principio de la destrucción de Jerusalén.

Derramado estaba todo el pueblo de Jerusalén con la venida de Juan; y mucha gente, junta con cada uno de los que habian huido, preguntaban todos cómo les habia ido por fuera, y qué matanza habia sido hecha. Apenas podian ellos todos resollar, de lo cual se podia harto claramente entender la necesidad que habian padecido; pero aun en sus males estaban soberbios, y decian que no los habia forzado la fuerza de los Romanos, antes habian venido de voluntad propia, por poder pelear con ellos de lugar que fuese más seguro: porque cosa era de hombres mal considerados, inútiles y desproveidos de consejo, ponerse en peligro por unos lugares ó ciudades pequeñas, conviniendo tomar las armas con esfuerzo por la ciudad principal y guardarlas para esto; y descubriendo la destrucción de los de Giscala, descubrieron también haber sido huída la partida honesta que decian ellos de Giscala.

Oyendo lo que aquel pueblo cautivo habia sufrido y padecido tristemente, estaban todos muy perturbados; pensaban ser esto gran argumento para creer la destrucción de ellos mismos. No se avergonzaba Juan por causa de aquellos que habia dejado huyendo; antes, yendo por todas partes, incitaba á todos á la guerra, trayéndoles delante la flaqueza de los enemigos, y levantando las

propias fuerzas, y con esta cavilación y engaño engañaban á los simples que no sabían algo en las cosas de la guerra, diciendo que aunque los Romanos volasen, no podrían jamás entrar dentro de los muros, por haber sufrido tanto daño en tomar las ciudades y villas de Galilea, y que todos los ingenios y máquinas que tenían de guerra, estaban ya gastados en derribar los muros.

Con estas palabras corrompía gran parte de los mancebos; pero ninguno había de los viejos ni de los prudentes, que no llorase ya la ciudad como perdida, juzgando bien lo que había de suceder. De esta manera, pues, estaba todo el pueblo confuso: la compañía de los labradores y gente rústica, vecina de Jerusalén, antes de la revuelta y sedición que en Jerusalén se levantó, comenzó á discordar y á mover riñas entre sí.

Tito había venido de Giscala á Cesárea, y Vespasiano, partiendo para Jamnia y Azoto, tomó entrambas ciudades, y poniendo guarnición en ellas, volvíase, trayendo consigo gran parte de aquellos que se habían juntado con él por amistad y concierto. Todas las ciudades estaban revueltas con guerra que entre sí tenían, y las horas que los Romanos aflojaban contra ellas su fuerza, ellos mismos se mataban los unos á los otros, teniendo grande y cruel contienda entre sí los que deseaban la paz y los que amaban la guerra y la procuraban; y esta discordia encendíase luego dentro de las casas, y después los más amigos del pueblo estaban discordes, y cada uno se juntaba con su parcialidad y con los que querían defender: así estaba todo el pueblo dividido en ayuntamientos, y se rebelaban.

Había, pues, grandes disensiones entre todos: los que deseaban revueltas y las armas, eran más mancebos y más atrevidos que los viejos y que aquellos que procura-

ban la paz. Los naturales, pues, comenzaron á robar é iban haciendo latrocinios á manadas por toda aquélla tierra de tal manera, que en lo que toca á la crueldad é injusticia no diferían de los Romanos; y los que eran en esto destruidos, mucho más deseaban la muerte por manos de los Romanos, porque les parecía ser mucho menos que lo que de sus naturales sufrían. Los que estaban de guarnición en la misma ciudad, parte por no fatigarse, y parte también por tener esta nación muy aborrecida, no ayudaban en algo, ó en muy poco, á los que eran maltratados; hasta que, juntándose las compañías de aquellos robos y los principes de latrocinios tan grandes, y haciendo todos juntos un escuadrón, entraron por fuerza en Jerusalén.

Esta ciudad no era regida por alguno particularmente: acogía, según la costumbre de la patria, á todos los que quisiesen morar en ella. Pensaban los naturales, viendo entrar tanta gente, que todos venían, por la benevolencia y amor que les tenían, á ayudarlos. Esto castigó después á la ciudad, y le fué muy gran trabajo, sin discordia ni disención alguna, por haber acogido gente inútil y sin provecho, la cual se comió los mantenimientos que hubieran bastado para los hombres de guerra; y con ellos, además de la guerra, ganó hambre, mayor sedición y revuelta; y algunos otros ladrones que entraron también por aquellos lugarejos y campos, juntándose con los que dentro hallaban, que eran más crueles, no dejaban de cometer toda maldad por cruel y por grande que fuese.

No se contentaba el atrevimiento de éstos con robar y desnudar los hombres; pero aun se alargaban á matar, no escondidamente ni de noche, ni á gente particular ó cualquiera, antes á los más nobles. Primero prendieron á Antipa, varón del linaje real, y ciudadano tan pode-

roso, que le habían sido encomendados los tesoros públicos. Después de éste, á cierto Lenia, varón muy señalado, y á Sofa, hijo de Raguel, ambos de familia real, y más todos los que parecían ser más nobles que los otros.

Estaba el pueblo en gran manera muy amedrentado, y cada uno procuraba su salud, no menos que si la ciudad fuera ya tomada por los enemigos. Éstos, con todo, no se contentaron con tener aquella gente en la cárcel y muy cerrada, ni pensaban serles cosa segura tener cerrados varones tan poderosos, porque veían que muchos hombres entraban y salían en las casas de éstos y que eran muy visitados, por lo cual fácilmente podían ser vengados; y por otra parte, por ventura el pueblo se levantaría, movido por maldad tan grande.

Enviaron, pues, con determinación de matarles, á cierto Juan, hombre de la compañía de ellos, muy pronto para dar muerte á todos, el cual en la lengua de la patria se llamaba hijo de Dorcades; y juntándose con él otros diez muy bien armados, le siguieron hasta la cárcel, y mataron á cuantos hallaron. Dieron por excusa de maldad tan grande, que habían concertado entregar la ciudad á los Romanos; y que habían muerto á los que eran traidores contra la libertad de todos, honrándose y gloriándose con su atrevimiento, como si hubiesen guardado y defendido la ciudad.

Vino el pueblo á sujetarse tanto y á tanto amedrentarse, y vinieron éstos á tanto ensorberbecerse, que estaba en mano de ellos la elección del pontífice. Dejando, pues, las familias de quienes eran los pontífices sucesores criados y elegidos, hacían nuevos, que ni eran nobles, ni eran tampoco conocidos, por tener compañeros de sus maldades: porque los que habían alcanzado mayores

honras y dignidades de lo que merecían necesariamente, obedeciesen á los mismos que se las habían dado; y con palabras y ficciones engañaban á los que podían prohibirles, cometiendo de esta manera cualquier maldad, hasta que, hartos ya de perseguir á los horubres, quisieron injuriar á Dios, y comenzaron á entrar con sus pies sucios y dañados en el lugar que les era prohibido.

Levantado el pueblo contra ellos, por autoridad de Anano, el mayor de los pontífices en el tiempo, es á saber, el primero y el más sabio, y el que por ventura conservara la ciudad, si pudiera huir ó librarse de los que tanto le acechaban, del templo y de la casa de Dios hicieron castillo y fuerte para defenderse contra el pueblo, y así les era éste como habitación y casa adonde se recogían aquellos tiranos.

Mezclábase con estos males tan grandes otro engaño que movía mayor dolor que todo lo hecho. Quisieron tentar el miedo que el pueblo tenía y probar sus fuerzas; y para hacer esto, trabajaron en elegir pontífices por suertes, cuando, según arriba dijimos, era esta dignidad por sucesión y linaje. Para este engaño echaban por argumento la antigua costumbre, diciendo que antiguamente se solía dar por suertes esta dignidad; pero á la verdad, era solamente destruir la ley más firme y más recibida, por causa de aquellos que se tomaban licencia para poder señalar los magistrados y dar aquellos oficios á quien querían.

Juntándose, pues, una de las tribus consagradas, la cual se llama Eniachin, echaban suerte en quién sería pontífice: cayó por caso la suerte en un hombre, por cuyo medio mostraron todos la maldad grande que en el corazón tenían; llamábase Fanie, era hijo de Samuel, natural de un lugar llamado Afthago, el cual no sola-

mente no era del linaje de los pontífices, pero que ni aun sabía qué cosa fuese ser pontífice: tan rústico y grosero era. Haciéndolo, pues, venir á pesar suyo de sus campos, hiciéronle representar otra cosa de lo que solía, no menos que suele hacerse en las farsas: y así, vistiéndolo con las vestiduras de pontífice, presto trabajaron en mostrarle lo que debía hacer, y pensaban que era cosa de burlas y juego tan gran maldad.

Todos los otros sacerdotes miraban de lejos; y viendo que se burlaban de la ley, apenas podían detener las lágrimas y gemían entre sí todos, por ver que la honra de sus sacerdocios y sagradas cosas fuese tan escarnecida y burlada.

No pudo sufrir el pueblo tan grande atrevimiento, antes todos procuraban desechar y quitarse de encima tan gran tiranía: porque los que se mostraban tener alguna excelencia más que los otros, Gorión, hijo de Josefo, y Simeón, hijo de Gamaliel, tomando á cada uno particularmente, y tomándolos á todos juntos, les amonestaban con muchos consejos y razonamientos que les hacían, que tomasen ya venganza de aquellos que les quitaban la libertad, y que se diesen prisa por echar hombres tan malos del santo lugar, y trabajasen para limpiarlo. Los pontífices que estaban entre ellos muy abonados, Gamala, hijo de Jesús, y Anano, hijo de Anano, movían el pueblo en sus ayuntamientos contra los Zelotas, reprediendo la flojedad que todos mostraban. Este nombre habían tomado estos revolvedores de la ciudad, como queriendo decirse celosos de la libertad y profesiones buenas, y no hombres más malos que la misma maldad.

Juntado ya todo el pueblo para oír el razonamiento, estaban todos muy enojados viendo el templo y las cosas

sagradas ocupadas, las rapiñas, hurtos y muertes que se hacían; pero no se veían aun bastantes para tomar venganza, por tener á los Zelotas, y era así á la verdad, por muy inexpugnables.

Estando en medio de ellos Anano, y mirando muchas veces sus leyes, dijo con los ojos llenos de lágrimas: «Más razón sería que yo muriese antes de ver cosas tan malas y nefandas en la casa de Dios, y antes que ver los lugares santos y secretos, tan frecuentados por pies de hombres malos; pero aun vivo yo vestido con vestidura sacerdotal, tengo y poseo el nombre y oficio de los nombres santos y venerables; aun me detiene el amor de mi vida, sin que sufra por mi vejez la muerte que me sería gloriosa. Sólo, pues, yo iré y daré mi ánima, ofreciéndola á Dios como en soledad. ¿Qué cumple vivir entre un pueblo que no siente su propio daño, ni el estrago que se le hace; y entre hombres de los cuales no hay alguno que ose prohibir tantos males como al presente padecemos? Sufrís ser desnudados, y siendo azotados cerráis vuestras bocas, y no hay alguno que llore ni dé algún gemido por los que han sido muertos. ¡Oh señoría muy amarga! ¿Qué me he de quejar de los tiranos? ¿Por ventura no han sido levantados y criados con vuestro propio poder? ¿Por ventura no habéis vosotros acrecentado el número de ellos, pues siendo en tiempo que los podíais corregir y menospreciar, por ser ellos pocos, los quisisteis sufrir? ¿Y habéis vuelto las armas de ellos contra vosotros, cuando convenia quebrantarles las fuerzas al principio, cuando injuriaban á vuestros propios parientes y cercanos? Menospreciando vosotros á los culpados, los habéis movido é incitado á robar, no teniendo cuenta con las casas que ellos destruían. Prendían á los principales, llevábanlos presos delante de vuestros ojos,

y ninguno les ayudaba. Pues vosotros los entregasteis, ellos los encarcelaron, no quiero decir quiénes fueron ni cuáles; pero digo que, viéndolos sin ser acusados y sin ser condenados estando en la cárcel, ninguno les ayudó. ¿Pues qué otra cosa faltaba sino sólo verlos degollar y despedazar públicamente? También hemos visto que, siendo sacados como del rebaño de los otros los principales para ser sacrificados y muertos, ninguno dió una sola voz, pero ni aun alzó la mano. ¿Sufriréis, pues, sufriréis vosotros ser las cosas sagradas pisadas y puestas debajo de los pies? Y habiendo permitido que hombres tan malos se atreviesen á toda maldad, ¿os avergonzáis ahora de verlos tan altos y tan acatados? Ciertamente, ahora algo más adelante pasaria el atrevimiento de ellos, si veían algo que poder destruir. Tienen ellos ahora la parte más fuerte de la ciudad y más proveida de toda cosa, solíase llamar templo; pero á la verdad ahora no es sino una torre fuerte ó un castillo. Viendo, pues, tan gran tiranía levantada y armada contra vosotros, y viendo sobre las cabezas ya los enemigos, ¿qué cosa pensáis, ó qué determináis hacer? ¿Aguardáis por ventura á los Romanos que os ayuden á librar vuestras cosas? Así van, pues, las cosas de nuestra ciudad, y hemos llegado ya á tan mal punto, que nos convenga que nuestros enemigos se compadezcan de nosotros. ¿No os levantaréis, pues, oh miserables, y vistas y consideradas vuestras llagas, porque las fieras bestias esto hacen, no iréis á tomar venganza de los que os han hecho tanto daño? ¿No se acordará cada uno de las muertes que le han sido hechas, y poniéndose delante de los ojos lo que cada uno ha sufrido, no será parte para moveros á procurar vuestra venganza?

»Creo ciertamente, si no me engaño, que pereció

entre vosotros la cosa que debe ser más amada y más deseada por ser la más natural; es á saber, la libertad: somos ahora amigos de servidumbre, y nos hemos acostumbrado á estar sujetos á señores. Ellos, pues, han sufrido muchas guerras y muy grandes por sólo vivir en su libertad, por no someterse á la sujeción y mando de los Egipcios ni de los Medos, y por no hacer lo que éstos les mandaban. Mas ¿qué necesidad hay que me alargue en hablar de nuestros antepasados? Esta misma guerra que tenemos ahora con los Romanos, no quiero decir si nos es cómoda y provechosa, ni si nos es dañosa; ¿qué otra causa la mueve sino sola la libertad? Pues no pudiendo sufrir que sean señores de nosotros los que lo son de todo el mundo, ¿hemos de sufrir la tiranía de nuestra propia gente? Los que obedecen á señores extraños, culpan á la fortuna, por cuya injuria han sido vencidos; pero dejar señorear los malos entre los propios naturales, es cosa muy abatida, y es cosa de hombres que desean estar en servidumbre.

»Pues hemos hecho mención de los Romanos, no quiero encubriros lo que estando hablando con vosotros se ha hecho, y me ha turbado algún poco; porque aunque seamos presos por éstos (guárdenos Dios de ello), no podemos experimentar lo más crueles que han sido contra nosotros nuestros naturales. ¿De qué manera queréis que no llore, viendo en el templo dones de los Romanos, y viendo robos de los naturales que nos han robado la nobleza de esta ciudad, que era la mayor de todas, y más rica, y ver despedazados y muertos tales varones, á los cuales los Romanos mismos, aunque salieran vencedores, les obedecían?

»Los Romanos no osaron jamás pasar los límites, ni entrar en los lugares nuestros secretos, no osaron violar

nuestras costumbres, antes de lejos se amedrentaban sólo en mirar nuestros santuarios, y algunos de nuestros naturales, nacidos entre nosotros, criados con nuestras leyes y costumbres y con el mismo nombre de Judíos, se pasean por medio de los lugares santos, que á ellos les son prohibidos, con las manos calientes aun de las muertes de sus mismos naturales? ¿Quién, pues, temerá la guerra de los extranjeros, si considerase la de los mismos ciudadanos naturales. Mucho más justamente se han con nosotros nuestros enemigos: porque si debemos acomodar los vocablos propiamente según son las cosas, por ventura se hallará que los Romanos han sido conservadores de nuestras leyes, y los enemigos de ellas son los nuestros naturales; pero cierta cosa es que no se puede pensar castigo tan grande, cuanto merecen las maldades de éstos.

»Lo mismo sé que tenéis persuadido vosotros, sin que yo de ello hablase, y que estáis todos movidos contra ellos por las cosas que de ellos habéis sufrido: y puede ser que los más teméis la grande audacia y fuerza de éstos, parte por ser muchos, y parte también por verlos en el lugar alto; pero como estas cosas han sucedido por negligencia vuestra, así también más se valdrán de ella, si nos detenemos y no trabajamos de resistirles. El número les crece cada día más, porque no hay bellaco que no busque su semejante; levántales también mayor atrevimiento ver que no les han hecho hasta ahora ningún impedimento ni resistencia, y servirse han cierto del lugar que tienen con toda provision y aparejo, si no proveemos y si les dejáremos tiempo para ello.

»Si comenzamos á resistirles é ir contra ellos, cierto humillaránse, porque sus propias conciencias, y pensar la maldad grande que hacen, les hará perder lo que por

causa de tener el lugar más alto han ganado. Podrá también ser que la Divina Majestad de Dios, viéndose menospreciada por ellos, convertirá contra ellos mismos las armas que contra nosotros tienen, y con sus mismos dardos y saetas, ellos serán muertos: para que sean vencidos, basta que nos vean, aunque también es cosa muy digna que si hay algún peligro, muramos por defender las cosas nuestras sagradas, y si no por nuestras propias mujeres é hijos, aventuremos nuestras vidas á lo menos por Dios y por sus cosas: serviré yo en ello con mi parecer y con mis fuerzas, y no os faltará consejo ni cosa alguna para provisión y guarda vuestra, y no veréis que yo me excuse de algún trabajo.»

Con estas cosas levantaba y amonestaba Anano al pueblo contra los que arriba dijimos Zelotas, no porque no supiese ser casi imposible vencerlos por el gran número y muchedumbre que se había juntado, sino por ver la juventud y pertinacia de sus ánimos, y mucho más por saber lo que cometían, porque no confiaban alcanzar perdón jamás de los pecados hasta entonces cometidos; pero todavía quería antes sufrir cualquier cosa, que dejar á su República en tanta necesidad y aprieto. El pueblo lo esforzaba contra aquéllos, y daba prisa en querer venir contra los que Anano había rogado, y todos estaban muy prontos para sufrir todo peligro; pero estando Anano ocupado en apartar y escoger los más aptos é idóneos para la guerra, sabiendo los Zelotas lo que éste determinaba, porque tenían ya espías puestas, que todo se los hacían saber, vinieron contra el pontífice, unas veces escondidamente, y otras en compañía, todos juntos salieron contra él, y no perdonaban á cuantos podían encontrar.

En seguida juntó Anano el pueblo, cuyo número era

mayor, pero en las armas no eran menores los Zelotas, y la alegría suplía por cada parte lo que le faltaba: los ciudadanos habían tomado mayor ira con las armas, y los que habían salido del templo tenían mayor audacia y más grande atrevimiento que cuantos había, porque pensaban no poder vivir en la ciudad si no quitaban la vida á cuantos Zelotas había; y éstos, por otra parte, pensaban que si no eran vencedores no podían dejar de recibir todo castigo de manos del pueblo.

Trabóse, pues, entre éstos la pelea, obedeciendo todos á la ira y movimiento de sus ánimos como á capitán: al principio comenzaron á tirar piedras algo lejos delante del templo, los unos contra los otros, y si algunos huían, los vencedores entonces con sus espadas los perseguían, y como los heridos de ambas partes fuesen muchos, las muertes eran también muchas. Los del pueblo, cuando caían, eran llevados á sus casas por su gente; pero cualquiera de los Zelotas que fuese herido, subíase al templo y mojaba la tierra y el suelo consagrado con su sangre, de tal manera, que podría bien decir alguno haber sido la religión violada con sola la sangre de éstos: los ladrones podían siempre más en sus corridas, pero los del pueblo, tomando gran ira contra ellos, y acrecentándoseles más el número, reprendiendo á los perezosos y cobardes, y á los que los seguían, forzábanles á pelear sin dejarles lugar ni ocasión para recogerse, y de esta manera movieron á todos á que peleasen.

Íbanse recogiendo en este tiempo, no pudiendo los enemigos sufrir ya la fuerza, hacia el templo; pero Anano, con sus compañeros, dió en ellos, de lo cual sucedió, que aquellos se amedrentaron que estaban por el cerco de fuera, por lo cual, recogidos huyendo dentro el muro interior, cerraron oportunamente las puertas. No

estaba contento Anano, ni le parecía bien hacer fuerza alguna contra las puertas del templo sagrado, estando también los enemigos por encima tirando muchas saetas, y pensaba ser cosa ilícita y muy nefanda, aunque ciertamente fuese vencedor, hacer que su pueblo entrase dentro sin proveerse según costumbre. De toda aquella gente que con él tenía, escogió seis mil hombres muy bien armados, y púsolos que guardasen las puertas y entradas de las calles: puso otros que después les sucediesen en la guarda; pero los principales escogieron muchos de los más honestos y más hombres de bien, y éstos buscaron gente pobre para ponerla en guarnición, dándole sueldo. Sobrevino entre éstos Juan, el que dijimos arriba haber huido de Giscala, el cual los echó á perder á todos y los hizo morir: porque éste, lleno de engaños, y con el deseo que tenía tan grande de mandar y ser señor de todos, estaba acechando ya mucho había al bien común. Fingiéndose éste que era del mismo parecer del pueblo, juntábase con Anano, tanto en el tomar consejo entre día con la gente principal, como de noche, entretanto que daba vista por todas las guarniciones. Éste hacía saber á los Zelotas todos los secretos de Anano, y cuanto el pueblo determinaba, en la hora, por causa y medio de éste, los enemigos lo sabían. Lisonjeaba en gran manera á Anano y á todos los principales del pueblo, procurando no venir ni caer en alguna sospecha; pero esta honra al contrario se entendía, porque por la variedad de sus lisonjas sospechaban de él mucho, y también por ver que se metía en todo, aunque no le llamasen, era tenido por traidor y descubridor de los secretos que entre sí trataban.

Veía Anano claramente que todos sus consejos y cuanto se trataba entre él y los suyos era sabido por los enemigos, y lo que Juan hacía daba claramente testimo-

nio de sus traiciones; mas no era cosa fácil echarlo de entre ellos, ni aun era posible, porque podía mucho su malicia y maldad; y además de esto, no le faltaba favor de muchos nobles que entraban en los consejos. Parecióles, pues, por tanto, pedirle y hacer juramento por confirmación de su amistad y benevolencia; no dudando él en hacerlo, juró que sería muy fiel y guardaría toda lealtad con el pueblo, y que no descubriría á los enemigos hechos ni consejos algunos de los que entre ellos se tratasen, y que juntamente con su consejo, con su fuerza y vida, trabajaría en echar y resistir á los rebeldes. Creyéndolo, pues, Anano y sus compañeros, después de su juramento recibíanlo en todos sus consejos, y luego enviáronlo ellos mismos por embajador á los Zelotas, porque tenían gran cuidado que por culpa propia de ellos no se ensuciase el templo con la sangre, ni se contaminase, si alguno de los Judíos perecía allí dentro.

Éste, como que no hubiera hecho aquel juramento sino por los Zelotas, entrando á hablarles, púsose en medio de ellos y dijo que muchas veces había estado por causa de ellos en gran peligro, porque no ignorasen lo que secretamente trataban entre sí Anano y sus compañeros; y que ahora se había de poner en un trabajo muy grande, juntamente con ellos, si presto no era divinamente socorrido; porque Anano venía con gran prisa, y había persuadido al pueblo que enviase embajadores á Vespasiano que se diese prisa en venir á tomar la ciudad; que para el día siguiente estaba concertado cierto alarde; que entrando con ocasión de hacer lo que á su religión debían, habían de pelear por fuerza con todos, y que él no sabía ni alcanzaba hasta cuándo habían de sufrir el cerco, ó cuándo ni de qué manera habían de pelear con aquella muchedumbre, siendo ellos tan pocos.

Añadía además de esto, que él habia sido enviado, como por divina providencia, con la embajada de quererse pasar como amigos, porque Anano quería con esta esperanza cebarlos y súbitamente acometerlos, sin que tal pensasen; y que por tanto convenia, si alguno determinaba deberse guardar la vida, ó rendirse á los que los cercaban, ó pedir algún socorro por defuera; y que los que tenían esperanza, si acaso eran vencidos, de ser perdonados, él los tenia por olvidados de su atrevimiento si pensaban también haber de hallar toda amistad con aquellos contra quienes habian hecho y cometido tantas cosas; porque el arrepentimiento, por grande que sea, siempre suele ser aborrecido en aquellos principalmente de quien se ha recibido daño alguno, y la ira se encrudecia en los que habian sido enojados, con la licencia y poder que alcanzaban contra ellos. Dijoles también que los parientes y deudos de los que ellos mismos habian muerto, les estaban ya encima, y todo el pueblo muy airado por ver sus leyes quebrantadas, entre los cuales, aunque hubiese algunos que los recibiesen con amistad y misericordia, todavia habia de poder más la ira y furor de la mayor parte. Estas cosas, pues, trataba Juan, contrarias de las á que habia sido enviado, amedrentando á todos los que allí dentro estaban, y no osaba mostrarles ni descubrirles la ayuda y socorro de los de fuera que les habia señalado, diciéndolo por los Idu-meos, y para mover los príncipes y capitanes de los Zelotas, particularmente argüia á Anano, y decia que era muy cruel, mostrando y confirmando cuantas amenazas les hacia.

VI.

De la venida de los Idumeos en socorro de los de Jerusalén,
y de lo que hicieron.

Estaba allí Eleázaro, hijo de Simón, el cual, además de muchos otros, era hombre de muy buen consejo y sabía muy bien ejecutar lo que determinaba, y Zachârias, hijo de Anficalo, ambos del linaje de los sacerdotes. Habiendo sabido éstos, además de lo que comunmente se decía, lo que particularmente habían amenazado, y que por hacerse Anano poderoso él y su parte, habían llamado á los Romanos que los socorriesen, porque entre las mentiras de Juan ésta era una, dudaban mucho lo que mejormente harían, apretados con el tiempo que tenían tan corto. Veían el pueblo no menos pronto para pelear con ellos que ellos mismos, y que les había sido quitada la libertad de llamar ó enviar por algún socorro, con la diligencia que los enemigos habían hecho en poner en ello guardas: todavía quisieron llamar á los Idumeos que los ayudasen, y escribiéndoles una breve carta, diciendo la mayor parte de lo que querían á los mensajeros de palabra, hiciéronles saber cómo Anano quería entregar la Metrópoli, que era la ciudad principal, á los Romanos, y que ellos estaban encerrados en el templo por haber discordado con ellos, por defender la libertad, y que no confiaban vivir mucho tiempo, según lo poco que Anano les prometía: por lo cual decían que si no les socorrían presto, todos se entregarían en manos de Anano y de los enemigos, y la ciudad también sería presto entregada á los Romanos.

Para llevar esta embajada escogieron dos varones esforzados, muy elocuentes en el hablar, bastantes para persuadir toda cosa que quisiesen y lo que más provechoso era en negocios semejantes, muy diligentes en hacer su camino. Tenían ellos por cierto que los Idumeos les habían de obedecer y ayudarles luego, sabiendo que era gente muy amiga de revueltas y fiera, y sabiendo también que se alegraban con toda mutación; que por pocos ruegos que les hiciesen estaban prontos para la guerra, y que venían tan de voluntad á ella, como á ver alguna fiesta muy solemne.

Dijeron á sus mensajeros que se fuesen muy diligentes, y ellos estaban por ello con toda alegría: ambos se llamaban Ananías.

Venido habían ya delante los regidores de Idumea, los cuales, viendo la carta y lo que por los embajadores les demandaban, comenzaron todos como furiosos á convocar la gente, á armarse y pregonar la guerra: apenas fué dicho, la gente estuvo junta, y todos tomaron armas por defender la Metrópoli; es á saber, la ciudad principal de Judea y su libertad. Habiéndose, pues, juntado casi veinte mil hombres, con cuatro capitanes, llegaron á Jerusalén. Fueron éstos Juan y Diego, hijos de Sosa, Simón de Gathla y Finea, hijo de Clusoth.

No supo Anano ni sus guardas la partida de estos embajadores; pero bien supieron el ímpetu de los Judíos: porque entendiéndolo antes, cerróles las puertas y puso guardas á los muros; pero no les pareció pelear con éstos, sino persuadirles con palabras la paz y la concordia general. Estando, pues, Jesús en una torre contraria, el cual era el pontífice más antiguo de todos, excepto Anano, dijo:

«Entre muchas revueltas que esta ciudad ha tenido, de

cosa ninguna nos debemos maravillar de la fortuna, tanto como de ésta, que es ver que aun á los malos ayuda lo que no confían.

»Vosotros habéis venido para ayuda y socorro de los hombres más perdidos del mundo, contra nosotros, con tanta alegría, cuanta os conviniera venir contra los más bárbaros del universo, aunque toda la República os llamara; y si viese ciertamente que vuestra venida era semejante al ánimo que tienen los que os han rogado que vinieseis, no dudaría en decir que era vuestra fuerza é ímpetu loco y sin razón.

»Porque yo os hago saber que no hay cosa en el mundo que tanto conserve la concordia entre los hombres, como es la semejanza en las costumbres. Ahora, pues, éstos, si queremos mirar á cada uno por sí, hallaremos que son dignos de mil muertes: porque después que han usado de su muy sobrado atrevimiento en todos los lugares y ciudades, comiendo con su demasiada lujuria sus patrimonios, y siendo la más civil gente del pueblo, más rústica y más apocada, se han entrado escondidamente en la ciudad sagrada como ladrones, y han ensuciado el suelo sagrado con maldades muchas y muy grandes: y los veréis fácilmente beodos de vino entre las cosas que tenemos por sagradas, y consumen los despojos de los muertos con la codicia insaciable de sus vientres. Pues la muchedumbre de vuestra gente, y tantas armas, no vienen de otra manera que viniera si por dicha la ciudad y consejo os pidiera socorro contra los extranjeros; que podrá, pues, decir alguno: ¿Qué es esto sino injurias grandes de la fortuna? viendo que os juntáis por favorecer á gente tan dañada, y para ello juntáis las armas todas de vuestra nación.

»Mucho ha que no puedo hallar cuál haya sido la causa

por la cual os habéis movido tan de rebato: porque bien creo no ha podido ser pequeña, pues habéis todos tomado armas para venir contra el pueblo, que os ha sido siempre muy amigo, en favor de tales ladrones. Pues qué, ¿habéis oído, por ventura, algo de los Romanos, ó de alguna traición? Algunos de los vuestros lo decían ahora, y se enojaban poco ha, diciendo que habían venido por librar la ciudad: nos hemos maravillado ciertamente, además de muchas otras cosas, por saber tan gran maldad; porque contra los hombres que naturalmente aman la libertad y están aparejados á pelear con los extranjeros enemigos, por defenderla, no os podíais levantar vosotros con tanta fiereza, si no os hubieran mentido muy falsamente, y dicho que la queríamos entregar á los Romanos; pero debéis considerar vosotros quiénes son nuestros acusadores, y sacar la verdad no de las mentiras de éstos, sino juzgarla por el estado de las cosas de todos en común.

»¿Por qué razón ó causa nos habíamos de entregar ahora á los Romanos, pues desde el principio podíamos ó no rebelarnos contra ellos, ó ya que nos habíamos rebelado, presto podíamos tornar en amistad, antes que permitir que toda esta comarca fuese destruída? Porque aunque quisiésemos, ya no nos es posible pasarnos á ellos, habiéndose ellos ensoberbecido con haber sujetado y destruído á toda Galilea, y también porque más feo nos sería que la muerte, querer amansarlos ahora que se acercan.

»Yo, cuanto á lo que á mí me toca, en más tengo y mucho más querría la paz que la muerte; pero habiéndose ya una vez puesto en la guerra, después de dada ya la batalla, mucho más precio morir gloriosamente, que vivir cautivo en miseria.

»Pero dicen que nosotros hemos enviado, como principales entre todo el pueblo secretamente alguno, á los Romanos, ó que también fué hecho por consentimiento común de todo el pueblo. Digannos, pues: ¿qué amigos hemos enviado, qué criados han sido ministros de la traición que nos levantan? ¿Por ventura prendieron ellos alguno, ó yendo, ó viniendo, ó han alcanzado algunas cartas nuestras? ¿Cómo, pues, nos podíamos esconder de tantos ciudadanos tratando con ellos siempre y todas las horas del día? Siendo concierto de pocos, y aun estando esos cerrados en el templo, porque no pudiesen salir á lo público de la ciudad, ¿cómo pudieron saber lo que fuera de la ciudad secretamente se trataba? ¿Por ventura hanlo sabido ahora, cuando han de ser castigados por sus atrevimientos?

»Entretanto que estuvieron sin temor, no pensaban que alguno de nosotros fuese traidor. Si echan la culpa de esto al pueblo, consejo se tuvo público sobre ello; todos fueron presentes en este ayuntamiento, por lo cual más manifiesta corriera la fama como mensajero presto. ¿Pues qué necesidad había de enviar embajadores para ello, teniendo determinado ciertamente entregarnos á ellos? Digan quién fue señalado para tal embajada. Pero excusas son éstas de los que malamente han de perecer, y de los que trabajan por excusarse de la pena que les está muy cerca. Y si estaba ya ordenado, por acaso, que hubiésemos de entregar la ciudad, también pienso que lo hicieran los mismos que nos acusan, á cuyo atrevimiento no le falta sino el mal de traición solamente.

»Conviene, pues que vosotros ya estáis juntados con las armas, ayudéis á vuestra ciudad principal, lo cual es cosa muy justa, y trabajéis en echar por tierra, junta-

mente con nosotros, á estos tiranos, que han quebrantado todos nuestros derechos; y menospreciando las leyes, han querido sujetarlas á sus pies con la fiereza de sus armas: prendieron á los varones nobles, sin ser acusados, de miedo de la ciudad, y pusieronlos en cárceles muy injustamente; y después, sin doblarse ni perder su fuerza con los ruegos y consejos que les daban, los mandaron matar.

»Lícito os será á vosotros, entrando en esta ciudad no como hombres de guerra, ver señal de esto que digo claramente, y ver las casas desoladas y destruidas con los robos: las mujeres de los muertos, parientes y familia, todos llenos de luto; oiréis los gemidos y llantos que hay por toda la ciudad, porque no hay alguno que no haya sufrido algo de la persecución de estos impíos y perversos. Los cuales se han atrevido á tanta locura, que han mostrado el atrevimiento de ladrones, no sólo en los lugares y ciudades extranjeras, sino en ésta, que es la principal y cabeza de toda Judea y de toda nuestra gente; pero aun también lo que de la ciudad misma robaban, lo pasaban al templo: éste habían escogido para recogerse; aquí se confiscaba lo que de nosotros y contra nosotros malamente ganaban: y el lugar venerable á todo el universo, honrado por todos cuantos extranjeros de los fines del mundo venian sólo por verlo, es ahora pisado y destruido por los malos que entre nosotros mismos son nacidos.

»Gózanse en vernos, ya desesperados, cómo un pueblo se levanta contra el otro, y una ciudad contra otra, y en ver que los extranjeros tienen cabida y entrada tan fácil en sus propias cosas, debiendo vosotros, según dije que seria lo mejor y más conveniente á todos, dar muerte, con nosotros juntamente, á los que tanto daño causan, y tomar

venganza de tan gran engaño, que se han atrevido á pedir y tomar socorro de vosotros, á los cuales debían todos temer como vengadores de tan gran maldad.

»Si pensáis, por ventura, que los ruegos de tales hombres deben ser tenidos en mucho y reverenciados, lícito os es entrar en la ciudad con hábito de amigos y parientes, dejando las armas á una parte, y ser jueces de nuestras discordias, como medios entre los enemigos y nosotros, aunque debéis pensar el provecho que podrán traer, pues han de hablar delante de vosotros de pecados y culpas tan manifiestos y tan grandes, los que no han querido permitir que los que no eran acusados hablasen una palabra. Alcancen ahora esta gracia con vuestra venida.

»Si no queréis enojaros con nosotros, ni ser de nuestra parte, queda, pues, que seáis lo tercero; es á saber, que dejando entrambas partes, no ayudéis á nuestra matanza, ni quedéis con los que acechan á la salud de la ciudad: porque aunque pensáis que alguno de nosotros ha hablado con los Romanos, licencia tenéis de mirar todo el camino, y defender entonces vuestra ciudad, cuando algo tal hallarais de lo que hemos sido acusados, y tomar venganza de los que nos han caluniado, hallando no ser así. No os amenazan los enemigos teniendo vuestros asientos cerca de la ciudad.

»Si nada de esto os agrada ni os parece razonable, no os maravilléis que os hayan cerrado las puertas, entretanto que estuviereis con las armas.»

Estas cosas estaba hablando Jesús. La muchedumbre de los Idumeos no advertía todo esto, ardiendo con la ira, por no haberles sido lícito entrar como querían; y los capitanes entre sí se enojaban por lo que tocaba á dejar las armas, pensando y teniéndose por no menos que cautivos si, por mandarlo algunos de ellos, las dejaban.

Uno de los capitanes, llamado Simón, hijo de Cathla, cuando apenas estaban los suyos apaciguados, poniéndose en un lugar adonde lo pudiesen fácilmente oír los pontífices, dijo:

«No me maravillo yo ya que los defensores de la libertad fuesen cercados y encerrados en el templo, habiendo cerrado la puerta que solía ser común antes á toda aquella gente, y estaban por ventura aparejados para recibir á los Romanos con fiesta, y hablaban con los Idumeos por las torres y por los muros, y les mandaban echar las armas que por la libertad han tomado; y no encomendando ni fiando de sus parientes y cercanos la guarda de la ciudad, quieren que sean jueces de sus discordias, y acusando á los otros de que han muerto á los ciudadanos sin culpa, afrentan y condenan con deshonra á toda la nación; y habéis ahora, finalmente, cerrado la ciudad á nuestros domésticos y amigos, que solía siempre estar abierta á todos los extranjeros por la religión. Gran prisa nos dábamos, ciertamente, en venir contra vosotros, y por hacer guerra contra los Gentiles, habiéndonos dado prisa en ser aquí muy presto, por defender y guardar vuestra libertad. Yo pienso que los que cercáis os han dañado de la misma manera; y que vosotros ahora buscáis y andáis cogiendo sospechas semejantes contra ellos. Además de esto, tenéis presos dentro á los que defienden vuestra ciudad, y tenéisla cerrada á todos los que os son muy adeudados en sangre y linaje, y decís que sufris gran tiranía, mandándonos obedecer á mandamientos de tanta afrenta, y echais á los otros el nombre siendo vosotros mismos los tiranos. ¿Quién, pues, sufrirá vuestro hablar tan engañoso, viendo la contradicción y repugnancia de las cosas? Porque echando vosotros de la ciudad á los Idumeos, pues también nos prohibís las

cosas sagradas que tenemos en nuestras tierras acostumbradas, alguno podrá reprender buenamente á los que están presos y detenidos en el templo: porque habiendo osado castigar á los traidores, que vosotros, por ser compañeros de vuestra maldad, llamáis varones nobles, no han comenzado el castigo por vosotros y por no haber cortado los miembros principales de esta gran traición.

» Pero sea así, que ellos hayan sido algo más flojos de lo que el caso requería, nosotros, que somos Idumeos, guardaremos la morada de Dios y peharemos por el bien común de la patria, teniendo también cuenta en los que por defuera osaren armarnos algunas asechanzas, tomando de todos venganza como de enemigos nuestros. Quedaremos aquí armados en guarda y defensa de los muros hasta que, ó los Romanos, teniendo cuenta con vosotros, os den la libertad que pedís, ó hasta tanto que vosotros mismos mudéis de parecer recobrando el cuidado que debéis tener por vuestra libertad.»

VII.

De la matanza de los Judíos hecha por los Idumeos.

Dichas estas cosas, los Idumeos todos con voz alta asintieron en ello, y Jesús se fué triste viendo que los Idumeos no podían venir ni consentir en cosa alguna moderada y de razón, y viendo también que la ciudad estaba combatida por dos partes y por dos diversas gentes. La soberbia y ánimo levantado de los Idumeos no podía reposarse, no pudiendo sufrir la injuria que les había sido hecha en haberles prohibido la entrada de la ciudad: y temiéndose que la fuerza de aquellos Zelotas

era muy firme y era muy grande, pesábales ya de haber venido, pues vieron no tener algo que pudiese ayudarles; pero la vergüenza que tenían de volverse sin haber hecho cosa alguna, vencía su pesar. Puestos, pues, sus alojamientos allí mismo cerca del muro, determinaron quedar.

Sucedió que aquella noche hizo muy gran frío, levantáronse vientos muy bravos, y vino grande agua, muchos rayos y horribles truenos: sintieron que la tierra temblaba, por lo cual todos estaban ya muy ciertos que por destrucción de los hombres el estado del mundo se confundía, porque aquellas señales no manifestaban haber de ser algo que poco importase. Los Idumeos y los de la ciudad conformaban en esto, pensando que Dios estaba enojado contra aquéllos por haber venido para hacer la guerra, y que no podían escapar si determinaban pelear contra la ciudad. Anano y sus compañeros, por otra parte, pensaban haber ya sin batalla vencido, y creían que Dios quería hacer la guerra por ellos. Ciertamente declaraban mal lo que había de ser, y atribuían lo que ellos habían de padecer, á los enemigos.

Estaban los Idumeos repartidos y rehaciéndose lo mejor que podían á camaradas y ayuntamientos, y habiendo puesto sus escudos encima de sus cabezas, no eran tan enojados por el agua. Los Zelotas tenían más el peligro y se fatigaban más por ellos que no por sí mismos; y así determinaban juntos buscarles alguna máquina si la pudiesen hallar, con la cual los pudiesen amparar y socorrer. A los que más con la juventud ardían, parecíales acometer por fuerza de armas á las guardas, y haciendo fuerza contra la ciudad, abrir públicamente las puertas á los que venían de socorro: porque pensaban que la mayor parte de las guardas estaba sin armas, y eran hombres no ejercitados en la guerra, y que, por tanto,

serían fácilmente desbaratados: además de esto, los ciudadanos dificultosamente se podían juntar, porque cada uno se estaba recogido á causa del frio y tempestad grande que hacía; y aunque interviniese en ello algún peligro, querían más sufrir toda cosa, que menospreciar el provecho de tanta gente, y permitir que feamente pudiesen.

Los que eran más prudentes y asesados, trabajaban en persuadirles que no les hiciesen fuerza, porque no acrecentaban el número de las guardas por causa de ellos solamente; pero veían también que guardaban con mayor diligencia el muro, porque los Idumeos no entrasen; y que Anano no faltaba en algún lugar, antes todas las horas del día estaba con las guardas y se recataba mucho, lo cual había sido verdad todas las otras noches; pero aquélla se había reposado, no por pereza ni negligencia suya, sino por morir él y las guardas también todas, según estaba en su hado ordenado: porque pasada ya gran parte de la noche, con el gran frio que hacía, estando las guardas ordenadas en sus puertas, se durmieron.

Vinoles un consejo á los Zelotas que con los cierres que estaban consagrados para el servicio del templo, cerrasen las puertas: para este hecho tuvieron en favor, porque no fuesen oídos, el ruido grande de los vientos, los muchos truenos que había, y saliendo del templo, vinieron secretamente al muro, y abrieron la puerta que estaba á la parte donde los Idumeos estaban.

Al principio sospecharon éstos que era algún ardid que Anano les armaba: pusieron con tiempo todos mano á sus armas, como para resistirles; pero después que fueron conocidos, entraron poco á poco. Si quisieran ejecutar y mostrar su fuerza contra la ciudad, no había

quien les prohibiese que matasen todo el pueblo: tan grande era la ira que todos traían consigo. Dábanse los Zelotas al principio gran prisa en librarse de las guardas: rogábanles también, pues les habían recibido dentro, que no los menospreciasen estando cercados de tantos males, pues no habían venido sino por favorecerles, y que se guardasen de causarles mayor peligro y más amarga pérdida: porque presas una vez las guardas, más fácilmente podrían combatir la ciudad; pero si por ventura los movían, no podrían impedir que, en sintiéndolos, se juntasen y quisiesen prohibirles la subida.

Pareció bien esto mismo á los Idumeos, y así venían ya subiendo por medio de la ciudad al templo, estando suspensos los Zelotas aguardando la venida de ellos. Habiendo finalmente entrado, osaron salir del recogimiento del Templo también ellos, y mezclándose con los Idumeos, vinieron contra las guardas. Muertos algunos de los que hallaron durmiendo, despertóse toda la muchedumbre con los gritos y clamores de los que velaban; y tomando armas para resistirles, dábanse prisa no sin gran miedo y espanto.

Sospecharon primero que los Zelotas querían hacer algo: confiaban vencerlos, con ser muchos más ellos en número; pero viendo los otros que de fuera entraban, que los Idumeos habían también entrado, la mayor parte de ellos, dejando las armas y perdiendo el ánimo, comenzó á querellarse: pocos de los mancebos, muy bien armados y muy en orden, oponiéndose á los Idumeos, defendían algún tanto al pueblo, que estaba con muy poco ánimo: otros hacían saber á todos la destrucción de la ciudad, pero ninguno osaba socorrerles ni ayudarles, sabiendo que los Idumeos habían entrado: respondían ellos también, con llantos grandes, ser ya por demás todo socorro:

levantábanse grandes gritos de las mujeres, siempre que veían en peligro alguno de los que estaban de guarda.

Por otra parte, los Zelotas doblaban los clamores de los Idumeos; y la tempestad grande que hacía era causa que las voces de todos pareciesen más horribles y espantosas. Los Idumeos á ninguno perdonaron, porque de su natural son éstos muy crueles en dar la muerte, y érales muy enojoso aquel frío y tempestad, y tenían por enemigos á los que los habían hecho padecer fuera de la ciudad tanto tiempo, enojándose no menos con los que les rogaban, que con los otros que les resistían. Muchos, poniéndoles delante que eran sus parientes, y rogándoles que tuviesen reverencia al templo común de todos, eran muertos. No tenían lugar para huir ni tenían alguna esperanza de salvarse; y no teniendo espacio para apartarse ni para irse, morían más con la fuerza de juntarse unos con otros que con la de los enemigos, aunque los matadores jamás se amansaban.

Estando, pues, inciertos y sin saber qué hiciesen, echábanse dentro de la ciudad, causándose ellos mismos, según mi parecer, más crueles muertes, porque huían, hasta tanto que todo el cerco del Templo por defuera estuvo lleno de sangre. Cuando llegó el día, halláronse ocho mil quinientos hombres muertos.

No se hartó con esto la ira de los Idumeos, antes volvieron sus manos y sus fuerzas contra la ciudad, y robaban todas las casas; y al que acaso hallaban, luego lo mataban. Pensaban ser por demás las muertes de todo el pueblo, por lo cual hacían diligencia en buscar á los pontífices: en esto se ocupaba la mayor parte; y en la hora que los hallaban, luego eran despedazados: y poniéndose de pies encima de los cuerpos de estos muertos, burlábanse y escarnecían ahora la amistad y amor de

Anano para el pueblo, y luego lo que Jesús les había dicho desde el muro.

Llegaron á mostrar su impía crueldad, hasta echarlos sin sepultar, teniendo principalmente tanto cuidado los Judíos de la sepultura, que aun los que por malhechores son ajusticiados, suelen ser sepultados cuando el sol es puesto: y no pienso que erraria, ciertamente, si decía haber sido principio de la destrucción de la ciudad la muerte de Anano; y que aquel día fueron destruidos los muros, y pereció el público bien de los Judíos, cuando vieron delante de sus ojos al pontífice y regidor de la salud de todos en medio de la ciudad degollado.

Además de la dignidad que éste tenía, era por sí varón muy justo y digno de loor; y demás de la nobleza, dignidad y honra suya, era varón que se holgaba mucho en mostrarse igual con todos, por bajos que fuesen. Era gran favorecedor de la libertad, y deseaba mucho ver á su pueblo señor. Tenía siempre en más el provecho y utilidad común, que el propio y particular; y trabajaba principalmente en ganar la paz y conservarla. Sabía que los Romanos no podían ser vencidos; y consideraba que si los Judíos no sabían vivir pacíficamente, ciertamente habían de perecer del todo: y para que brevemente concluya, vivieran si Anano viniera á rendirseles y pasarse á los Romanos.

Era maravilloso en tratar una cosa, y más maravilloso en persuadir al pueblo todo lo que quería. Tenía ya vencidos á los que lo impedían y querían la guerra, por lo cual creo que bajo de tal capitán gran trabajo dieran á los Romanos, y mucho más tiempo les hicieran gastar.

Estaba con él Jesús, no mejor que Anano, si con él se comparaba; pero mayor que todos los otros, y pensaría ciertamente que Dios quiso quitar la vida á estos

dos defensores que tanto amaban á su ciudad, queriendo que, como suoa y contaminada, pereciese con fuego, y con incendio grande fuesen limpiadas las cosas santas y sagradas de ella.

Vieras, pues, en tierra, desnudos, echados á los perros y á las fieras, los que poco antes estaban vestidos con las vestiduras sagradas, autores de la religión célebre por todo el universo, los cuales solian ser honrados y muy acatados por cuantos extranjeros en la ciudad entraban. Pienso que gimió la virtud por estos varones, doliéndose lastimada por haber tenido entonces los vicios tanta fuerza.

LIBRO QUINTO

I.

De otro estrago hecho en Jerusalén, y cómo los Idumeos se volvieron, y de la crueldad de los Zelotas.

Anano, pues, y Jesús, tal fin hubieron, como hemos arriba contado. Después de éstos, así los Zelotas como los Idumeos echábanse todos contra el pueblo, y mataban á todos cuantos hallaban; no menos que si fueran manadas de sucios animales, eran muertos doquiera que fuesen hallados; prendían á todos los mancebos nobles que podían haber, y poníanlos en la cárcel muy bien atados, confiando ganar la amistad de algunos de ellos, difiriendo la muerte; pero con estas cosas ninguno se movía, antes todos deseaban la muerte por no levantarse contra su propia y común patria de todos: fueron todos azotados muy cruelísimamente antes de darles la muerte: fueron con las llagas y con los tormentos todos abiertos, y no pudiendo ya sostener mayor pena los cuerpos de éstos, eran á la postre degollados.

Los que de día prendían, de noche los encarcelaban, y sacándolos de allí, si acaso acontecia que algunos muriesen, luego los echaban, porque los otros que quedaban atados tuviesen lugar.

Estaba todo el pueblo tan amedrentado, y con tanto temor, que no había alguno que osase llorar públicamente, ni sepultar el cuerpo por más cercano que le fuese:

los encarcelados también lloraban secretamente, y porque alguno de los que los guardaban no los oyese, gemían entre sí, y secretamente se entendían, porque luego en la hora eran castigados y muertos los que lloraban, de la misma manera que fueron aquellos por los cuales ellos derramaban sus lágrimas.

De noche cubrían con algún poco de tierra los muertos que podían; y algunos que eran más osados, atrevíanse á ello alguna vez de día: de esta manera murieron doce mil hombres de los nobles.

Estando ya éstos hartos de matar por sus propias manos sentenciábanlos sin vergüenza, como por juicio y justicia. Habiendo, pues, así determinado matar á uno de aquellos varones nobles, llamado Zacarías, hijo de Baruch, porque enojábanse de verlo tan enemigo de los malos y amigo de los buenos, y que además de esto era rico, y no sólo confiaban robarle sus bienes, pero pensaban que quitarían la vida á un varón harto poderoso para derribarlos á ellos, convocaron setenta varones del pueblo, los más honestos de todos, á manera de jueces, aunque no tenían tal poder, y fué delante de ellos acusado Zacarias por descubridor de sus cosas á los Romanos, y decían haber enviado, por hacerles traición, á Vespasiano; pero ni había argumento para creer tal, ni aun tampoco para probar tal cosa, aunque ellos dijeron haber sido enviado y tratado esto, y querían que fuese creído y tenido por muy cierto.

Viendo Zacarías que no tenía esperanza de alcanzar salud de alguna manera, fué traído con engaños, no á ser juzgado, sino á ser puesto en la cárcel, y con estar desconfiado de alcanzar salud ni tener más vida, tuvo mayor libertad para hablar, y comenzando, burlóse de todas las acusaciones, como fingidas y no verdaderas,

deshizo todo aquello de lo cual era acusado, y convirtiendo después su habla contra sus acusadores, prosiguió con orden contando todas las maldades de ellos, y daba muchas quejas por haber sido las cosas tan perturbadas y revueltas. Ensañados los Zelotas, apenas se podían contener ni dejar de hacer fuerza con sus armas, deseando que los engaños y cavilaciones que habían hecho quedasen y alcanzasen lo que pretendían, y además de esto querían experimentar si en tiempo peligroso los jueces tenían cuenta con la justicia. Así, pues, todos los setenta jueces juzgaron en favor de él, y quisieron más morir por él, que no que se les pudiese achacar después que había sido muerto por causa de ellos.

Librado que fué éste, luego las voces y clamores de los Zelotas se levantaron; enojábanse todos con los jueces porque no habían entendido á qué causa les había sido dado tal poder. Acometiendo dos de los más atrevidos á Zacarías, matáronlo en medio del templo, y burlándose de él dijeron: «Ahora tienes mejor sentencia de nosotros, y estás mejor y más ciertamente librado.» Y luego sacándolo del templo, lo echaron en el valle. Volvieron después su furor contra los jueces, hiriéndolos con sus espadas; echáronlos del templo, dejando de matarlos, porque echados, y esparcidos por toda la ciudad, fuesen mensajeros á todos de la servidumbre general en que habían venido.

Ya les pesaba ciertamente á los Idumeos haber venido, y no les contentaba lo que había sido hecho. Estando todos juntos, uno de los Zelotas secretamente les descubrió todo el consejo que habían malamente tenido aquellos que los habían llamado; dijo que habían tomado las armas contra ellos, como porque los pontífices querían entregar á los Romanos la ciudad, pero que ninguna

señal habían hallado de esta traición, ni habían descubierto algo por lo cual lo hubiesen de creer: y que aquellos que fingían quererla defender de esto, debían ser ya desde el principio prohibidos de ello como tiranos y revolvedores; pero pues habían entrado en la compañía de las muertes que entre ellos se habían cometido, debían trabajar en dar fin á tantas culpas y delitos tan graves, y no ayudar á hombres que no iban sino tras destruir la costumbre de los Padres antiguos; porque aunque sintiesen ellos mucho haberles cerrado las puertas y haberles prohibido el entrar en la ciudad, ya habían sido castigados los que de ello habían sido causa: muerto era ya Anano, y casi muerto y consumido todo el pueblo en una noche.

Bien sabía que había muchos que se arrepentían de estas cosas, mas debían mirar la gran crueldad de aquellos que los habían llamado en su socorro, que aun no tenían vergüenza de aquellos por los cuales habían sido librados, ni de cometer tantas maldades delante de los mismos que habían venido para ayudarles, y atribuir las á los Idumeos, porque no las prohibían ni se apartaban de ellos.

Debían, pues, siéndoles ya manifiesto haber sido maldael grande lo que de traición habían inventado, y pues estaban sin algún temor de los Romanos, porque el poder que se había juntado y fortalecido contra la ciudad era inexpugnable, volverse todos ellos á sus casas, y guardándose de la compañía de los malos, deshacer la culpa de tan grandes maldades, de las cuales ellos habían sido parte, no de grado, antes muy engañados.

Persuadido fué esto á los Idumeos: así, libertaron primero á los que estaban presos, que eran casi dos mil hombres del pueblo, y dejando luego la ciudad, vinieron

á Simón, de quien después hablaremos, y de allí fuéronse á sus casas, dejando á Jerusalén. A entrambas partes pareció haber sido sin pensar en ella la partida de éstos, porque el pueblo, que no sabía de qué les habia de pesar, rehizose y recreóse algún tanto con la esperanza, como ya libre de los enemigos, y acrecentóse la maldad y atrevimiento de los Zelotas, como que no les habia faltado todo socorro, antes habian sido librados de aquellos por cuya vergüenza y empacho dejaban de cometer muchas maldades: así, pues, ya no habia ley alguna, ni templanza en cometer todo engaño y toda maldad, sirviéndose de consejo poco y muy arrebatado de todo; antes era hecho cuanto querian, que pensado. Señalábanse más en dar muerte á los varones más ilustres, consumían toda la nobleza de la ciudad con gran envidia, por miedo de la virtud, teniendo por seguridad única y muy grande quitar la vida á todos los principales: así fué muerto Gorión con otros muchos, hombre muy principal en dignidad y linaje, y hombre que se holgaba en ver al pueblo más poderoso, hombre de gran espíritu y entendimiento, amador de la libertad más que cuantos Judíos habia; y así, entre las otras virtudes suyas, la libertad principalmente lo echó á perder.

No pudo tampoco huir de las manos de éstos Pirayta Nigro, varón muy conocido en las guerras hechas con los Romanos; era llevado éste por medio de la ciudad muchas veces, gritando y mostrando las llagas que le habian sido hechas; llegando ya fuera de las puertas, desconfiando de su salud y vida, suplicaba que, por lo menos, después de muerto lo sepultasen: al principio dijéronle, que ni aun la tierra que él tanto deseaba le seria concedida, y luego después lo mataron; pero estando ya cerca de la muerte, suplicó á Dios que los Romanos lo

vengasen de ella, y maldijoles con hambre, y además de la guerra, con pestilencia, y más de todo esto, con discordia y enemistad entre ellos mismos los unos contra los otros; y todo lo cumplió Dios con estos impíos, haciendo lo que fué muy justo, que primero unos se levantasen contra los otros, y con la discordia entre si, experimentasen sus atrevidas fuerzas.

La muerte de Nigro les quitó el miedo que tenían de ser oprimidos: ninguna parte habia del pueblo á la cual no le fuese buscada la muerte: unos eran muertos por haber resistido y contradicho á los otros ciudadanos, y para los que no habían ofendido en algo, no les faltaban sus causas en tiempo de paz: á los que no se ofrecian á ellos libremente y de voluntad propia, pensaban que los menospreciaban; los que les obedecian eran tenidos por traidores; una era, y muy semejante, la pena, asi de los graves delitos, como de los que poco importaban, la cual era la muerte, y no se escaparon de esto sino los que ó eran muy bajos, ó tenían muy pocos bienes.

II

De la discordia que había entre los de Jerusalén.

Todos los Romanos tenían el ánimo en la ciudad, juzgando que la discordia de los enemigos era ganancia para ellos, y por tanto, incitaban á Vespasiano, que tenía el poder y regimiento de todo, diciendo que por providencia divina los enemigos tenían entre sí tal discordia; pero que breve y fácilmente se podían mudar de aquel estado, y luego habían de volver en concordia los Judíos,

ó por estar cansados de los daños que de ellos mismos recibían, ó por arrepentirse.

Respondió á éstos Vespasiano, que ignoraban ciertamente en gran manera lo que hacer convenía, deseando más mostrar como en teatro lo que con sus armas y esfuerzo podían con peligro, que pensar entre sí lo que más conveniente fuese, más útil y más provechoso: porque si luego daban asalto á la ciudad, ellos mismos habían de ser causa que los enemigos se concordasen y aviniesen, y levantarían las fuerzas de ellos contra sí mismos, las cuales aun estaban en su vigor y fortaleza; pero si se aguardaban, tendrían menos enemigos y menos resistencia cuando por discordia interna de ellos mismos fuesen consumidos. Dios, ciertamente, ordena mejor las cosas que vosotros, pues quería entregar los Judíos á los Romanos, sin que en ello tuviésemos trabajo, y quería dar á nuestro ejército la victoria sin algún peligro, y que por tanto, pues los enemigos con sus propias manos se mataban con tan gran daño, es á saber, tan revueltos, debémoslos nosotros mirar y dejarlos en tal peligro, antes que pelear con hombres que desean la muerte, y que están con la rabia de sus corazones enloquecidos.

Si alguno pensare que la gloria de la victoria se disminuye y es menoscabada por no haber batalla, debe saber que es mucho mejor acabar cómodamente lo que se determina, que ponerlo en esperanza de las armas y en fin incierto; porque no son de menos loor dignos los que con prudencia, consejo y moderación dan fin á un negocio, que son aquellos que con hechos de su mano lo acaban: y él pensaba que entretanto que los enemigos se disminuían, tenían los soldados tiempo para esforzarse y rehacerse de sus trabajos.

Este tiempo también, además de lo dicho, no era con-

veniente para lograr con sazón la honra de la victoria, porque los Judíos no se ocupaban en edificar muros ni hacer armas, ni en juntar socorros, de lo cual pudiese proceder daño, si se detenían, antes estaban en guerra ellos entre si mismos, y cada día se empeoraba su estado mucho más que los Romanos mismos podrian, ni bastarian á hacer después de entrados: por tanto, pues, los que consideraren nuestro bien y nuestra seguridad, dirán que los debemos dejar que se consuman ellos mismos, y los que tuvieren cuenta con la gloria de nuestros hechos, hallarán no deber poner nosotros las manos entre los que padecen por si mismos, porque fácilmente y con razón se diría después, que la causa de nuestra victoria habia sido estar los enemigos en discordia, y no nuestro esfuerzo.

Diciendo estas cosas Vespasiano, los regidores y capitanes consentían, y eran del mismo parecer, y luego se conoció cuán provechoso fué su consejo y determinación, porque cada día muchos se pasaban á su parte, huyendo de la crueldad de los Zelotas; pero era muy difícil huir de éstos, porque todas las salidas y lugares por donde se podian salvar, estaban con muchas guardas; y si alguno, por cualquiera causa que fuese, era allí preso, en seguida lo mataban, diciendo que queria pasarse á los enemigos; mas quien les daba dineros, éste se libraba, y sólo era tenido por traidor aquel que no lo daba. Así, pues, salvando sus vidas los ricos con el dinero, los pobres solamente eran los muertos: juntaban por todas las calles los muertos, que eran muchos, y muchos de los que querian huir á los Romanos, no osaban, y deseaban más morir en su ciudad, porque pareciales algo mejor morir en su patria, por la esperanza que de ser sepultados tenían.

Habianse encrudecido estos Zelotas en tanta manera,

que ni á los que dentro, ni á los que por los caminos mataban, permitían sepultura ni que fuesen enterrados, antes parecía que, además de querer quebrantar las leyes de su patria, querían también romper todo derecho natural, y ensuciar las cosas sagradas con su injusticia contra los hombres; de tal manera sufrían que los muertos se pudriesen delante de los ojos de todos.

Los que osaban sepultar á los cuerpos muertos de los suyos, caían en el mismo peligro que aquellos que huían, y así luego tenía necesidad de sepultura aquel que osaba sepultar á otro. Para decir lo que conviene brevemente, ninguna calidad del entendimiento estaba más perdida entre éstos, que era la caridad y la misericordia, y con estas cosas los malos más se indignaban, viendo la misericordia que los vivos tenían con los muertos, y pasaban la ira que á los muertos tenían, con los que quedaban vivos.

Estando los que quedaban en vida tan amedrentados, parecían los muertos haber alcanzado más reposo que los vivos, y más bienaventuranza; y los que estaban presos, considerando los tormentos que padecían, tenían por mucho más dichosos aquellos que eran muertos y estaban sin sepultura, que á ellos mismos: quebrantaban todo derecho de hombres, reíanse de Dios y de sus cosas; burlábanse de los profetas y de cuanto habían profetizado, no menos que si fueran respuestas fabulosas. Habiendo, pues, ya menospreciado todas las leyes y ordenanzas que tenían hechas por sus antepasados en las cosas pertenecientes á la virtud, comprobaron con la experiencia lo que mucho antes había sido profetizado de Jerusalén: iba entre ellos aquella antigua profecía de que la ciudad había de ser presa, y que sus leyes santas, y las cosas sagradas, habían de ser quemadas por ley de

guerra, naciendo revuelta y sedición entre ellos, habiendo ellos mismos primero ensuciado y violado el templo con sus propias manos. De estas cosas se quisieron mostrar ministros y ejecutores los Zelotas, como hombres que en ello no dudaban.

III.

Del estrago de los Hadarenses, y cómo se rindieron.

Pretendiendo Juan hacerse tirano, tenía por afrentado en no ser tenido en más que los otros, y juntándose con los peores que podia hallar, trabajaba en apartarse de aquellos con los cuales estaba. Hacíase conocer y sentir en no obedecer á los pareceres y determinación de los otros y en mandar más seberbiamente lo que quería.

Juntábanse con él algunos por miedo, otros de grado, porque era hombre maravilloso en engañar y persuadir lo que quería; muchos por ver que les era más seguridad seguirlo y hacer que la causa de las culpas cometidas se atribuyese á uno y no á todos: también, porque era hombre muy esforzado y de buen consejo, tenía muchos de su guarda, aunque muchos de la otra parte contraria lo habían ya dejado por tenerle envidia, pensando ser cosa grave sujetarse á uno que poco antes era igual con ellos: tenían por cierto que, si una vez él tomaba fuerzas, seria muy difícil derribarle, y temían que, por haberle ellos resistido al principio, no tomase ocasión fácilmente contra ellos para darles la muerte: por tanto, pues, cada uno preciaba más sufrir cualquiera cosa en la guerra, que entregándose de voluntad, perecer como esclavo. En esto, pues, se levantaron las parcialidades y revueltas, y

Juan reinaba en la parte contraria y discordante con la otra: tenían éstos todas sus cosas muy en orden y muy fuertes con sus guardas, y así nada se hacía, ó ciertamente poco, cuando alguna vez acontecia trabarse en alguna pelea ó escaramuza: tomaron principalmente contienda contra el pueblo, y todos trabajaban por quién más robaría. Estando, pues, la ciudad muy trabajada con estas tres cosas, guerra, señorío y revueltas ó sediciones, parecióle al pueblo el menor mal de todos estos tres, comparados entre sí, el de la guerra; por lo cual, dejando los asientos de su patria natural, huían á los extranjeros, y por beneficio de los Romanos alcanzaban salud, la cual no hallaban entre los mismos suyos naturales.

El cuarto mal que padecían, y que se movió por destrucción de esta gente, fué que cerca de Jerusalén había un fuerte castillo, hecho para poner en él las riquezas necesarias para la guerra, edificado por los reyes antiguos para defender en él sus vidas y curar sus cuerpos: llamábase por nombre Masada; había sido éste ocupado por aquellos matadores, porque deteníanse y recogíanse allí con temor de robar cosas que fuesen más importantes. Viendo éstos que el ejército de los Romanos estaba ocioso, y que los Judíos habían salido de Jerusalén, por temor de venir en servidumbre y por la discordia que entre ellos tenían, atreviéronse á peores cosas y á mayores maldades.

El día de la fiesta de la Pascua, que era fiesta solennemente celebrada por los Judíos en memoria de la libertad y salida de la servidumbre de Egipto, engañados una noche, los contrarios dieron asalto á un fuerte de Engad, de donde echaron peleando á todos los Judíos esparcidos, antes que pudiesen valerse ni to-

mar armas; pero de los que no pudieron huir ó se cansaron huyendo, entre muchachos y mujeres, mataron más de setecientos, y dando después saco á las casas, robaron los frutos que estaban ya maduros y lleváronselos á Masada, y éstos andaban rodando todos los lugarejos que estaban alrededor del castillo y destruyendo toda aquella región; llegándose cada día muchedumbre de aquellos hombres perdidos, moviéronse también á robar todos los lugares y partes de Judea que estaban aún sin revueltas: y como suele acontecer que cuando es fatigado el principal miembro del cuerpo con algún dolor, es necesario que todos los otros miembros lo sientan y se conduelan, así también por la revuelta de la ciudad, y por la discordia que tenían, hallaron ocasión y licencia los ladrones malos y perversos que de fuera estaban. Habiendo, pues, cada uno por sí dado saco á su propio lugar, huíanse después á la soledad ó al desierto; conjurándose á compañías y juntándose unos con otros eran menos que ejército, pero muchos más que una compañía de ladrones; acometían y entrábanse por todos los lugares y templos que había: seguiase de aquí, como ser suele en las guerras, que eran muchas veces maltratados por aquellos que ellos mismos acometían, pero proveíanse ellos antes de la venganza, huyendo luego después que habían robado, y de esta manera ninguna parte había de Judea, la cual, juntamente con Jerusalén, ciudad excelentísima, no pereziese.

Dieron nuevas de esto á Vespasiano los que se huían y se pasaban á él como mejor podían; porque aunque los revolvedores y amotinados guardaban todos los pasos, y cuando alguno se llegaba á ellos luego á la hora lo mataban, empero había siempre algunos que huían y se pasaban á los Romanos secretamente, y amonestaban

al Capitán romano que socorriese á la ciudad y conservase lo que del pueblo quedaba, porque muchos habían sido muertos por haber deseado bien á los Romanos, y muchos habia aún vivos en peligro por la misma causa.

Teniendo compasión Vespasiano, y misericordia de la destrucción de éstos, llegóse más cerca, como para poner cerco á Jerusalén, aunque á la verdad no venia sino por librarlos del cerco de aquellos malos, con esperanza principal de sujetarlos, sin dejar por defuera algún impedimento que pudiese obstarle é impedirle el cerco.

Como, pues, ya hubiese llegado á Gadara, ciudad principal y la más fuerte de la región de la otra parte del río, á cuatro dias del mes de Marzo entró en ella: la gente principal de esta ciudad habia ya enviado á Vespasiano embajadores, haciéndole saber cómo estaban prestos para rendirse, y esto no menos por deseo de tener paz, que por guardar sus bienes y patrimonios.

Habia muchos ricos en Galara, y los enemigos no sabian algo de la embajada que ellos habían enviado á los Romanos, sino que conocieronlo por ver que Vespasiano llegaba á la ciudad: desconfiaban de poder guardar la ciudad, por ser en número menor que los enemigos que dentro de ella habia, y por otra parte veían que los Romanos ya no estaban lejos. Si determinaban huir, teníanlo por deshonra irse sin dar castigo, y sin derramar sangre por los daños que habían recibido: por esta causa prendieron á Doleso; era éste, en su dignidad y nobleza, principe de la ciudad, y aun habia sido autor de darse á los Romanos, y luego lo mataron; y con la ira demasiada que tenían, habiendo azotado á éste después de muerto, salieron de la ciudad.

Llegándose ya después algo más cerca el ejército de los Romanos, con voces y alegrías grandes recibió todo

el pueblo á Vespasiano dentro de la ciudad, y tomáronle la mano y su fe por señal que serian libres de todo daño, y así envió parte de la gente que tenía de á pie y de á caballo contra los que huían: los muros habian sido destruidos antes que los Romanos llegasen, para dar fe y crédito de que deseaban la paz, si, aunque quisiesen hacer guerra, mostraban serles imposible. Vespasiano, enviando á Plácido con quinientos caballos y tres mil infantes contra los que de Gadara habian huído, volviase con toda la otra gente á Cesárea.

Los que huían, viendo los que venían detrás á perseguirles, antes de caer en manos de ellos, recogieron en un lugar que se llamaba Bethenabro; y hallando allí muchos mancebos, armaron á unos de grado y á otros por fuerza, y salieron locamente contra Plácido y contra la gente que con él venia. Al principio, cuando los Romanos los vieron, hicieron como que huían algún poco, y esto fué por hacer retirar á los enemigos de los muros; pero después cercándolos en un lugar oportuno, herianlos con sus armas bravaente. Los judíos que huían eran salteados por la gente de á caballo romana; y los que se trababan á pelear, eran muertos y despedazados por la gente de á pie, sin que pudiesen mostrar ya más atrevimiento; porque quisieron acometer á los Romanos, estando éstos juntos y muy en orden, rodeados con sus armas no menos que de un muro muy fuerte, de tal manera, que las armas y saetas que contra ellos echaban, no hallaban entrada ni cabida alguna; además de esto, no eran bastantes para romper el escuadrón, y eran muy heridos con las saetas y armas de los Romanos; y con todo se echaban á ellos, muriendo como crueles bestias, unos por las armas de los Romanos, y otros esparidos y derriuidos por la gente de á caballo, porque Plácido

hacía gran diligencia en cerrarles la vuelta al lugar, por lo cual corría muchas veces hacia aquella parte; y haciendo volver á los que iban hiriendo, aprovechábase también contra ellos de saetas y dardos: mataba con ellos á los que más cerca estaban, y ponía tan gran miedo á los que huían, que los hacía volver, hasta tanto que, escapándose los que pudieron ser más fuertes, recogieron al muro.

Las guardas de él no sabían lo que debían hacer. No podían sufrir que por causa de los suyos fuesen los Gadarenses echados, y si los recibían, veían que habían de morir juntamente con ellos, lo cual también sucedió como pensaban: porque siendo forzados á recogerse al muro, saltaron contra ellos los caballos romanos; cerrando las puertas antes.

Plácido allegó su gente, y estuvo combatiendo el muro hasta la tarde, hasta tanto que lo ganó, y con él también ganó el lugar. Aquí era entonces muerto el ignorante y desarmado vulgo; pero huían los que más fuertes eran: las casas eran robadas por los soldados, y el lugar fué todo quemado.

Los que se libraron huyendo de allí, movieron á que toda aquella región huyese; y levantaban más de lo que era su propia destrucción, diciendo que todo el ejército de los Romanos venía: llenáronlo todo de temor y todo lo amedrentaron, y juntándose gran número de ellos, huyeron á Jericó; esta ciudad les daba alguna esperanza de salud, por saber que era fuerte y muy bien poblada.

Plácido determinó seguirlos con su gente, confiado en el suceso próspero que había tenido, matando siempre á cuantos hallaba, hasta que llegó al Jordán. Y hallando toda la muchedumbre que huía juntada y detenida por el gran ímpetu y fuerza del río, que venía tan grande y

tan lleno con las aguas de las lluvias, no siendo posible pasar el vado, allí juntos los acometió.

Fueron, pues, forzados á pelear, porque no podían huir, y extendidos por lo largo de la ribera recibían las armas de los de á caballo, por las cuales muchos cayeron en el río heridos; los que por sus manos de ellos fueron muertos, llegaron á número de trece mil; otros, no pudiendo sostener tanta fuerza, echáronse ellos mismos de grado en el río Jordán; este número era infinito: fueron también presos dos mil doscientos hombres, con gran robo de ovejas, asnos, camellos y bueyes.

Esta llaga que los Judios recibieron, aunque era igual con todas las pasadas, pareció todavía mayor en sí de lo que era, no sólo por haber llenado toda aquella región, de la cual habian huido, de cuerpos muertos, pero aun también porque el Jordán no podía hacer su camino: tan lleno estaba de hombres muertos.

La laguna de Asfalte estaba también llena de ellos, los cuales después fueron esparcidos por muchas riberas.

Habiéndole sucedido á Plácido todo prósperamente, determinó ir á los lugares cercanos de allí y fuertes; y tomando á Juliada, Avila y Besemoth, que estaban hacia la laguna de Asfalte, puso en cada uno de ellos los que le parecieron idóneos de los que á él se habían pasado.

Poniendo después su gente en navíos, sujetó á los que se habian recogido al lago.

Toda aquella región se rindió á los Romanos de la otra parte del río, y todo fué hasta Macherunta sujetado.

IV.

De ciertos lugares que fueron tomados, y la descripción de la ciudad de Hierichunta.

Estando aquí las cosas en este estado, supose cierta revuelta que en la Gallia había, y cómo el juez ó regidor, juntamente con los principales naturales de allí, se habían rebelado contra Nerón, de los cuales en otro lugar hemos con diligencia más largamente escrito.

Movieron, con todo, á Vespasiano, sabidas estas cosas, á darse prisa en acabar aquella guerra, viendo que ya no habían de faltar guerras civiles y peligros á todo el Imperio romano, pensando que, pacificadas las partes de Oriente, Italia estaría mas segura y tendría menos que temer. Pero prohibiéndole el invierno ejecutar su propósito y determinación, ponía su gente por guarnición en los lugares y fuertes que había por allí sujetado; y poniendo ciertos regidores en las ciudades, á los cuales llamaban decuriones, trabajaba en restaurar muchas cosas de las que habían sido destruidas.

Vinose primero, acompañado de toda la gente con que había venido á Cesárea, á Antipatrida; y habiendo puesto orden en esta ciudad, deteniéndose en ella dos dias, el tercero veníase para Lida y Jamnia, destruyendo y que mando toda la región que estaba alrededor de la señoría de Thamna. Y habiéndose dado estas dos ciudades y sujetado á su fuerza, ordenó gente que quedase allí para habitarlas; él vino á Amaunta, y ocupando la salida para la Metrópoli, que era Jerusalén, cercó de muro su campo; y dejando allí la quinta legión, partió con toda

la otra gente hacia la tierra de Betleptón, y después de haber dado fuego y quemado toda la región vecina y cercana de Idumea, guarneció todos los castillos y proveyó los que estaban en buen lugar. Habiendo tomado dos lugares que estaban en medio de Idumea (era el uno Begabro, y el otro Cafartofo), mató allí más de diez mil hombres, y prendió casi mil; y sacando toda la otra gente que había, puso en ellos gran parte de sus soldados, los cuales iban destruyendo todos aquellos lugares y talando todas aquellas montañas.

Volvióse después él, con lo que le quedaba de su ejército, á Jamnia, y de aquí vino, por Samaritida y por Nápoles, la cual llamaban los naturales de allí Maborta, á los dos dias del mes de Junio, á Hierichunta, adonde uno de los regidores, llamado por nombre Trajano, juntó con el ejército de Vespasiano todos los soldados que pudo allegar por la otra parte del Jordán, habiendo ya vencido á cuantos allí estaban.

El pueblo de Hierichunta, ántes que los Romanos viniesen, se había recogido á una región montañosa que estaba frente á Jerusalén, y fueron muertos muchos que allí quedaron: halló desolada la ciudad, la cual está en un llano fundada. Levántase junto á ella una montaña alta, aunque estéril, y es muy larga: llega desde la parte de Septentrión hasta los campos de Scitópolis; y por la parte del Mediodía hasta Sodoma, y extiéndese por los terminos del lago del Asfalte: es todo muy áspero, y por no producir algún fruto, no se habita.

Hay cerca de este monte otro al rededor del Jordán; comienza desde Julia hacia el Septentrión, y alárgase por el Mediodía hasta Sacra, que aparta la ciudad de Arabia, llamada Petrea, de estos términos.

Está en esta parte aquel monte que se llama Ferreo:

extiéndese hasta la tierra de Mohab. Hay una región entre estos dos montes que se llama el campo grande; éste se ensancha desde el lugar llamado Gennabara, hasta la laguna del Asfalte: tiene de largo doscientos treinta, y de ancho ciento veinte estadios, y pártelo el Jordán.

Hay allí dos lagos grandes, el de Asfalte y el de Tiberia, y entrambos son contrarios de su naturaleza: el uno es salado y estéril, y el de Tiberia, vulgarmente, y por lo más, es muy dulce y muy fértil; en tiempo de verano aquel llano se enciende con el ardor del sol, y gástase cuanto ocupa con el mal aire que allí reina: secánsele todas las cosas que tiene alrededor de él, excepto el Jordán; de donde procede que las palmas que están en aquella ribera, florecen más y mejor, y las que están de allí lejos, mucho menos.

Hay cerca de Jericó una fuente muy grande y muy abundante para regar todos aquellos campos: nace cerca de la ciudad vieja que Jesús, hijo de Nava, capitán del pueblo de los Judíos, había primero ganado en la tierra de los Cananeos. Dícese de esta fuente, que no sólo solía corromper los frutos de la tierra y árboles, pero aun dañaba á las mujeres preñadas, y lo corrompía todo con enfermedades y pestilencia; pero después perdió este furor, y había sido hecha muy saludable y muy fértil por el profeta Eliseo, amigo y sucesor de Elías: porque habiéndole los de Jericó hecho buena acogida, y habiendo hallado en ellos toda amistad, satisfizo y pagólo á ellos y á toda su región con una gracia que les hizo, y fué que, partiendo para la fuente, tomó un vaso lleno de sal, y echólo en el agua. Después, levantando sus manos al cielo y echando algunos alientos suyos en la fuente, rogaba que se amansase y que mostrase sus aguas mas

dulces, convirtiendo la amargura en dulzura y fertilidad grande, y hacía oración á Dios que templase con mejor viento las aguas y aires de aquella tierra, y concediese que los vecinos de allí pudiesen gozar de la fertilidad de sus frutos, y dejasen sucesión de sus generaciones é hijos, y que no pudiese dañarles ni faltarles el agua, que suele ser el sustento de los hijos, entretanto que ellos fuesen buenos y justos. Con estos ruegos, habiendo hecho muchas más cosas que sabía hacer por sus manos, mudó las aguas de la fuente; y las que les solian ser antes causa de esterilidad y orfandad grande, les eran en este tiempo causa de abundancia en frutos, en sus hijos y generaciones.

Es, pues, ahora su regadío tan fértil y de tanta fuerza, que en tocar la tierra solamente se hace más fértil que quedando mucho encima de la tierra, de tal manera, que los que gastan mucho de este agua, éstos tienen menos provecho; y los que menos de ella gastan, éstos tienen mucho más. Regia esta fuente muchas más tierras que todas las otras; pasa setenta estadios de largo y veinte de ancho. Cria por allí huertos como paraísos, muchos y muy abundantes, principalmente de palmas diversas, no menos en el sabor que en el nombre, de las cuales hay algunas que son más fértiles, cuyo fruto, puesto en prensa, da de sí mucha miel no peor que la otra, aunque da también mucha miel esta región; y es muy fértil en bálsamo, que es el fruto mejor y más precioso que allí nace. Produce también mucha albeña y mirabolano, de manera que quien dijere ser esta parte de tierra muy mirada y amada por Dios, no errará, en la cual lo bueno y lo que es tan caro y tan preciado, nace tan fértil y abundantemente; pero ni aun en todos los otros frutos que produce hay región alguna en todo

el universo que se pueda comparar con ésta: en tan gran manera multiplica y acrecienta lo que en ella se siembra. La causa de esto, según yo creo, es la fuerza fértil del agua y el calor del aire, que recrea todo cuanto allí nace: aprieta este agua todas las raíces de los árboles: dales fuerza en el verano, en el cual dificultosamente, con el gran calor y ardor del sol, puede producir algo la tierra. Si sacan de este agua antes que nazca el sol, con el viento que corre se resfría, y toma contraria naturaleza de la del aire: en el invierno se calienta, y se hace muy buena para regar lo que está bajo de la tierra: es el cielo de esta región tan templado, que cuando en otras partes de Judea nieva, los naturales de aquí van vestidos de lino: está lejos de Jerusalén ciento cincuenta estadios, y á sesenta estadios del Jordán: el camino hacia Jerusalén es desierto y peñososo; hacia el Jordán y la laguna del Asfalte, aunque es tierra más baja, todavía no es menos estéril y menos cultivada que la otra. Pero basta lo dicho de la fertilidad de Jericó.

V.

De la laguna del Asfalte.

Digna cosa pienso será, que sea contada y declarada la naturaleza de la laguna Asfalte. Ésta es salada y muy estéril, y las cosas que de sí son muy pesadas, echadas en este lago se hacen muy ligeras, y salen sobre el agua, y apenas hay quien se pueda ahondar ni ahogar en el hondo de ella.

Vespasiano, que había venido allí por verla, mandó que fuesen echados en ella hombres que no supiesen nadar, con entrambas manos atadas á las espaldas; é

hízolos echar de alto que cayesen en la laguna, y sucedió que todos volvieron, como por fuerza del aire, á parecer encima del agua. Múdase también el color de esta agua maravillosamente tres veces cada día, y resplandece de diversos colores con los rayos del sol: echa de sí como terrones de pez en muchas partes, los cuales van nadando por encima del agua tan grandes como toros sin cabezas, ó por lo menos muy semejantes.

Los que conocen y saben de esta laguna, vienen á coger lo que haber pueden de la pez, y llévanse la á las naos; pero aunque cuando la touian y ponen en ellas está entonces más amiga y más blanda, después no pueden romperla, antes parece que tiene atado el navio, hasta tanto que con la orina y purgación de la mujer se despega.

No es sólo provechosa para las naos, sino también se pone de ella en muchas cosas para curas y medicinas del cuerpo humano: tiene este lago quinientos ochenta estadios de largo, y extiéndese hasta Zoara, ciudad de Arabia, y tiene de ancho ciento cincuenta estadios.

Vecina es de este lago la tierra de Sodoma, fértil en otro tiempo, tanto en sus frutos, como en la riqueza; ahora toda está quemada, y tiénese por cierto haber sucedido, y haber sido destruida por la impiedad é injusticia grande de los que allí habitaban, con rayos y con fuego del cielo. pues aun hoy hay señales y reliquias de este fuego enviado por Dios, y puédense ver aún las señales de los cinco lugares ó ciudades; y los frutos que nacen en aquellas cenizas son de los colores de ellas, no menos aparentes que si fuesen muy buenos para comer; pero en las manos del que los toma se resuelven en ceniza y en humo: por lo que parece ahora en la tierra de Sodoma, se cree fácilmente ser así lo que fué y pasó en ella.

VI.

De la destrucción de Gerasa, y juntamente de la muerte de Nerón, Galba y Othón.

Deseando Vespasiano cercar por todas partes los moradores de Jerusalén, levantó unos castillos en Jericó y en Adida, puso en ambas partes guarnición de gente romana y de la que le había venido en socorro. Envió también á Gerasa á Lucio Annio, dándole parte de su caballería y mucha infantería: éste, en el primer combate que dió á la villa, la tomó y mató mil mancebos que estaban en guarda, que no pudieron salvarse: llevó cautivas todas las familias, y permitió que sus soldados diesen saco á toda la ciudad: y habiendo después puesto fuego á todas las casas, dió contra los lugares que había por allí cerca.

Huían los que eran poderosos: los que no lo eran, eran muertos; y todo cuanto podían haber era puesto á fuego y destruidos todos los lugares por la fuerza de la guerra, así las montañas, como los que estaban por lo llano: los que vivían en Jerusalén no podían salir de allí, porque los que deseaban huir, eran detenidos por los Zelotas; y los que eran enemigos de los Romanos, estaban rodeados y cercados por el ejército.

Habiendo, pues, Vespasiano vuelto á Cesárea, y aparejándose para ir con todo su ejército contra Jerusalén, fuéle contada la muerte de Nerón, el cual había muerto después de trece años y ocho días de su imperio. Dejo de contar con cuántas deshonestidades afeó el Imperio, con aquellos bellacos Ninfidio y Tigilino, dejando la República romana á hombres muy indignos de ella: y

cómo, preso por asechanzas de sus mismos criados y libertos, desamparado de toda la ayuda de los senadores, huyó con cuatro criados suyos de los más fieles á un burgo, adonde se mató él mismo; cómo fueron después de mucho tiempo muertos aquellos que le acompañaron, y como se acabó la guerra de la Gallia, también cómo vino de España Sergio Galba, elegido por Emperador, y cómo fué muerto en medio de la plaza, reprendido por los soldados como hombre mujeril, afeminado y para poco, y fué declarado Othón por Emperador, y cómo trajo su gente contra el ejército de Vitelio.

No me alargo en contar todas las revueltas que Vitelio causó, ni la batalla que se dió cerca del Capitolio: menos cómo Antonio, Primo y Muciano mataron á Vitelio y apaciguaron los ejércitos de los Germanos: todo esto paso por silencio, confiado que muchos, así Griegos como Romanos, se han ocupado en dar de ello larga cuenta; pero por la orden y continuación del tiempo, por seguir la historia y por no cortarla en parte alguna, he tocado lo principal sumariamente.

Vespasiano, pues, alargaba y difería la guerra con los de Jerusalén, esperando á quién elegirían por Emperador después de Nerón: mas después que supo que Galba imperaba, no hacía cuenta de nada, antes tenía muy determinado no fatigarse ni trabajar en algo sin que el dicho Galba le escribiese primero sobre las cosas de la guerra. Todavía le envió á su hijo Tito para darle el parabién, y que supiese lo que mandaba que hiciese de la guerra que con los Judíos tenía comenzada.

Por esta misma causa navegó Agripa á verse con Galba, y pasando á Acaya con sus naos en el invierno, aconteció que Galba fué muerto después de siete meses y otros tantos días que era Emperador.

Sucedíole Othón en el imperio, y gobernó la República tres meses.

No se espantó con todas estas mutaciones Agripa, antes prosiguió su camino á Roma.

Tito pasó de Achaya á Siria casi movido por voluntad de Dios, y de allí yínose á Cesárea á su padre muy oportunamente y muy á tiempo.

Estando, pues, suspensos de todo, ondeando el imperio y señorío romano, sin saber en quién se sostendría, menospreciaban y no tenían tanta cuenta con la guerra de los Judíos; y teniendo miedo sucediese algo á su patria, temían acometer y emprender guerra contra los extranjeros.

VII.

De Simón Jesareno, Príncipe de la nueva conjuración.

En este medio se levantó otra guerra dentro de Jerusalén.

Había un hombre llamado Simón, hijo de Giora, natural de Jersa, mancebo en edad y menos viejo que Juan en sus astucias, el cual había mucho tiempo que se había apoderado de la ciudad; mas era mucho mas esforzado y atrevido que Juan. Por lo cual, después que fué echado de la Gobernación Acrabatena principal por el pontífice Anano, juntóse con los ladrones que se habían alzado con Masada. Al principio tenía de éste gran sospecha, y le mandaron pasar al castillo que estaba más bajo con las mujeres que había consigo traído, y ellos estaban en el más alto: otras veces, por ser tan conformes y tan parientes en las costumbres, parecía ser homi-

bre muy fiel, porque él era capitán de los que salían á robar: robaba y destruía todo aquel territorio de Masada juntamente con los otros, sin tener temor de ellos, esforzándolos para cosas mayores.

Era muy deseoso de señorear y codiciaba hacer grandes cosas; pero al saber la muerte de Anano, salióse hacia las montañas, y prometiendo con voz de pregón á sus esclavos la libertad y gran premio á los que eran libres, juntó consigo cuantos bellacos había en todas aquellas partes, y habiendo alcanzado ya bastante ejército, iba robando todos aquellos lugares que por los montes había. Y juntándosele siempre muchos en compañía, osaba bajar á los lugares que estaban por bajo; iba ya de tal manera, que las ciudades temían de él ciertamente: muchos de los más poderosos estaban amedrentados por ver su fuerza y cuán prósperamente le sucedían las cosas, y no era ya ejército de esclavos y ladrones solamente, sino aun muchos de los pueblos le obedecían, no menos que á rey.

Corrían toda la tierra Acrabatena, y toda la Idumea Mayor. Tenía un lugar llamado Naín por nombre, cercado de muro como castillo, para su guarda. En el valle que llaman de Farán ensanchó muchas cuevas, además de muchas otras que halló aparejadas y muy en orden, de las cuales se servía de lugar para guardar lo que robaba: ponía allí todos los frutos que hurtaba, y había muchas compañías que allí se recogían; no dudándose que daría que hacer á los de Jerusalén con su gente y aparejo.

Por esto, temiendo los Zelotas algunas asechanzas, y descando cortar el hilo al que veían subir demasiado contra ellos, salieron muchos armados. Vínoles delante Simón, y trabando pelea entre ellos, mató muchos, é hizo que se retirasen todos los demás á la ciudad; pero no osó

cercarlos por no confiar tanto en sus fuerzas, y así trabajó en sujetar primero á Idumea.

Venia con veinte mil hombres en orden de guerra contra ella: los principales Idumeos juntaron de aquellos campos y lugares casi veinticinco mil hombres, de los que eran más aptos para la guerra; y dejando muchos más que guardasen sus casas y haciendas, por causa de aquellos salteadores que estaban en Masada, vinieron á esperar á Simón en los términos de Idumea, adonde rompieron ambas partes; y peleando todo el día, fué después sin vencer y sin ser vencido.

Él fué á un lugar llamado Nain, y los Idumeos se volvieron á sus tierras.

No mucho después venia Simón con ejército mayor contra ellos, y puesto su campo en un lugar que se llama Thecue, envió á los que estaban en guarda del castillo Herodión (el cual estaba cerca) un compañero suyo llamado Eleázaro, para persuadirles que le entregasen el castillo: tomarónlo las guardas, no sabiendo aún la causa de su venida, aunque después que les hubo hablado y dicho que se rindiesen, desenvainaron contra él y persiguieronlo, hasta tanto que, no hallando lugar ni manera para huir, se echó del muro en el foso, y de esta manera luego murió.

Temiendo los Idumeos las fuerzas de Simón, parecióles, antes de salir á la batalla, probar y descubrir la gente que el enemigo traía; ofrecióse para hacer esto prontamente Diego, uno de los regidores, pensando hacerles traición.

Partiendo, pues, de Oluro, porque en este lugar estaba el ejército de los Idumeos recogido, vino á Simón, y concertóse primero con él de entregarle su propia patria; y tomándole la palabra y la fe, que sería siempre muy

su amigo, prometiéndole lo mismo de toda la Idumea.

Habiéndole Simón por estos conciertos dado un gran banquete con grande amistad, animado con grandes promesas, en la hora que volvió á los suyos, fingia con maldad que el ejército de Simón era mucho mayor; y habiendo después amedrentado á los capitanes y regidores, y á toda la otra gente popular, trabajaba en persuadirles que recibiesen á Simón, y le dejasen el señorío y mando sobre todos, sin pelear sobre ello.

Tratando estas cosas, enviaba también mensajeros que hiciesen que Simón saliese hácia ellos, prometiendo derribar y vencer á los Idumeos, lo cual también ejecutó: porque llegándose ya el ejército, saltó luego en su caballo, y huyó con todos los compañeros que en aquella maldad estaban corrompidos.

Amedrentóse con esto todo el pueblo, y antes que vienesen á pelear, rompieron el orden con que venian, y volvióse cada uno á su casa.

De esta masera, pués, entró Simón sin que tal pensase, en Idumea, sin derramamiento alguno de sangre: y acometiendo el primer fuerte, que era Hebrón, lo tomó improvisadamente; y alli hizo gran saco, y robó muchos frutos.

Los naturales de aqui dicen que Hebrón no sólo es más antiguo que todos los lugares y villas de Idumea, mas aun también que Menfis, en Egipto, y se cuentan dos mil trescientos años después de su edificacion: y cuentan que fué habitación de Abraham, padre de los judíos, después que dejó los asientos de Mesopotamia, y que sus descendientes pasaron de aqui á Egipto, cuyos monumentos y antigüedades aun parecen en la misma ciudad, hechos de mármol muy hermoso.

A seis estadios de este lugar está aquel grande árbol

Terebintho, y dícese que dura hasta ahora, criarlo desde el principio del mundo.

De aquí pasó Simón por toda la Idumea, robando no solamente las ciudades y lugares adonde entraba, pero aun talando y destruyendo las tierras; porque además de la gente de armas que lo seguía, iban con él cuarenta mil hombres, y por ser tantos no tenían bastante provisión de las cosas necesarias.

Añadíase la crueldad de Simón á todas estas necesidades, y además de ésta, su ira, con la cual causó mayor destrucción á toda Idumea. Y como suele parecer el campo sin bojas después que la langosta ha pasado por él, así también por donde quiera que el ejército de Simón pasase, cuanto atrás dejaba, todo quedaba desierto y destruido: quemaba lo uno, destruía y derribaba lo otro, y poniendo bajo de los pies cuanto dentro de la ciudad ó en los campos había nacido; caminando por la tierra labrada, la hacían más dura que si fuera la más estéril del mundo; de manera que por donde ellos pasaban y adonde echaban la mano, no quedaba señal para conocer haber sido algo en otro tiempo.

Todas estas cosas movieron á los Zelotas á que otra vez se revolviesen; pero temieron salir á pelear con ellos, y descubiertamente hacerles guerra: mas poniendo asechanzas y espías por los caminos, hurtaron la mujer de Simón, y muchos más de aquellos que le obedecían y estaban en su servicio, y luego se vinieron á su ciudad no con menor alegría que si hubieran preso á Simón, confiando que luego el dicho Simón dejaría las armas, y vendría á suplicarles por su mujer.

Por haberse llevado los enemigos á su mujer, no se amansó Simón, antes, mucho más airado, al llegar á los muros de Jerusalén, como una fiera herida y embravecida

por no poder coger á aquellos que la han herido, así mostraba su furia y su locura contra cuantos hallaba: y habiendo unos salido fuera de las puertas por traer hierbas, sarmientos y otras hortalizas, tanto los viejos como los mozos, á todos los azotaba hasta la muerte; de tal manera, que solamente parecía no quedarle otra cosa, según era la ira é indignación de su ánimo, sino comer y hartarse de los cuerpos de los muertos: á muchos cortaba las manos, y dejábalos volver á la ciudad, haciendo con esto que sus enemigos se amedrentasen y le tuviesen gran miedo, y también por excusar tantos daños y librar al pueblo de ellos.

Mandábales que dijese como Simón juraba por el Dios regidor de todas las cosas, que si no le volvían muy presto su mujer derribaría el muro de la ciudad, y daría el mismo castigo á cuantos dentro estaban, sin perdonar á viejo ni mozo de cualquiera edad que fuese; y los que no merecían pena, pagarían también la culpa con los pecadores; hasta tanto que hizo con estos mandamientos que se amedrentasen, no sólo el pueblo, pero aun también con él los Zelotas, y le enviaron á su mujer, con lo cual él ablandó su ira, su fuerza un poco, y cesó en la matanza grande que hacía.

VIII.

En el cual se cuenta el fin de Galba, Othón, Vitelio y lo que Vespasiano hacía.

No sólo había revueltas en Judea en este mismo tiempo, pero aun toda Italia estaba en discordia y guerras civiles: porque después que Galba fué muerto en medio de la plaza, Othón fué elegido por Emperador, y

éste guerreaba con Vitelio, el cual queria levantarse con el imperio, porque la gente germana lo había ya escogido y nombrado por Emperador. Y habiendo dado la batalla en Brebiaco, ciudad de Italia, á Valente y Cecina, capitanes de Vitelio, el primer día fué Othón vencedor; pero luego el siguiente los de Vitelio. Después de muchos muertos y de haber entendido que la parte contraria había alcanzado victoria, Othón mismo se mató estando en Brixelo, imperando dos años y tres meses.

Sucedió que la gente de Othón se juntó con los capitanes de Vitelio, y Vitelio ya venia á Roma, cuando á los cinco días de Junio, Vespasiano, partiendo de Cesárea, vino contra las tierras de Judea que no habia aún sujetado; así subió primero á las montañas, y sujetó dos señorías: la una era la Gosnitica, y la otra la Acrabatená; luego después á Bethel y á Efrem, que eran dos fuertes: y poniendo en ellos su gente de guarnición, veníase ya hacia Jerusalén.

A muchos que hallaba en el camino mataba, y á muchos otros prendía.

Uno de sus capitanes, llamado Cercalo, con parte de la caballería y parte de la infantería, destruía la Idumea que se dice Superior, y dió fuego al castillo Cafetra, el cual tomó de camino, y combatía con su gente el otro que se llama Cafaris, harto fuerte por estar cercado de un fuerte muro; y pensando que se detendría allí algún tiempo, los de la ciudad abrieronle las puertas, y humildes se entregaron.

Sujetados éstos, Cercalo partió para Chebrón, otra ciudad muy antigua, fundada, como dije, en las partes montañosas, no muy lejos de Jerusalén; y entrando por fuerza, mató á cuantos dentro hallar pudo, así mozos, como niños y viejos; y quemó después la ciudad.

Habiéndolo, pues, ya ganado todo, excepto el castillo llamado Herodio, Masada y Macherunta, que estaban entonces por los ladrones y salteadores, ya no tenían los Romanos otra cosa sobre los ojos sino á Jerusalén, la cual ciudad solamente faltaba por ganar.

IX.

De los hechos de Simón contra los Zelotas.

Habiendo Simón recibido de los Zelotas su mujer, púsose en camino para seguir lo que de Idumea le quedaba: afligidos, pues, por todas partes, hizo que muchos huyesen á Jerusalén, y él también aparejaba su camino para allá.

Cercando, pues, los muros, si hallaba que alguno de los trabajadores, viniendo del campo, se llegaba al pueblo, luego lo mataba. Más cruel era Simón con el pueblo que hallaba por defuera, que los Romanos: y los Zelotas por de dentro eran mucho más crueles que Simón y que los Romanos, porque los Galileos los incitaban y movían con nuevas invenciones y con hechos muy atrevidos. Ellos habían levantado y hecho poderoso á Juan, y Juan, por agradecerles lo que habían hecho por él, permitíales hacer cuánto querían.

Los hurtos, la codicia, y la inquisición que hacían en las casas de los ricos, eran insaciables en todo. Mataban los hombres y deshonoraban las mujeres por juego y pasatiempo; y comiendo la sangre y bienes de la gente sin temor y sin algún miedo, después de haberse hartado, ardiendo de lujuria y deseo desordenado de las mujeres, vestidos con hábito de mujeres, arreados los cabellos y

lavados con ungüentos, hermoseábanse los ojos por agradar con su forma y gentileza: imitaban no sólo la manera de las mujeres en el vestir, pero aun también la desvergüenza de ellas, y con fealdad y suciedad demasiada, hacían ayuntamientos contra toda ley y derecho: estaban como en un lugar deshonesto y público, y profanaban la ciudad con maldades y hechos muy sucios y sin vergüenza.

Todavía, aunque parecían mujeres en la cara, eran muy prontos para hacer matanzas y dar muerte á muchos: y perdiendo sus fuerzas con las cosas que hacían, todavía saliendo á pelear, luego estaban muy hábiles; y sacando las espadas debajo de los vestidos que de diversos colores traían, mataban á cuantos acaso les venían al encuentro.

Los que huían de Juan, daban en manos más crueles, es á saber, de Simón, y de esta manera el que huía del tirano de dentro, daba en poder del otro que cerca estaba, y era luego muerto. Estaba cerrado por todas partes el paso á los que quisiesen huir y recogerse á los Romanos.

Los Idumeos que estaban entre las compañías de Juan, discordaban: y apartándose de los otros, armáronse contra el tirano, no menos por envidia de verlo tan poderoso, que por odio de ver su gran crueldad; y peleando con la otra parte, mataron muchos de los Zelotas, é hicieron recoger todo lo restante de la gente al Palacio Real que había Grapta edificado: ésta era una parienta de Izata, rey de los Adiabenos. Entrando, pues, en él por fuerza los Idumeos, hicieron que los Zelotas se recogiesen en el templo, después de lo cual robaban el dinero que Juan allí tenía, porque él solía vivir en el palacio, y había puesto y dejado allí los despojos del tirano.

Estando en estas cosas los Zelotas, que andaban esparcidos por la ciudad, juntáronse con aquellos que habían huído al templo, y Juan determinaba hacerlos salir contra el pueblo y contra los Idumeos. No se había de temer tanto la fuerza de éstos, cuanto el atrevimiento de que saliesen de noche calladamente del templo, y desesperándose ellos mismos, pusiesen fuego á la ciudad. Por esto, juntos con los pontífices, buscaban manera para guardarse de esto; pero Dios mudó aún en peor el parecer de esta gente, que pensaba alcanzar remedio con cosa aun peor que la muerte; porque determinaron echar á Juan, recibir á Simón, y dar lugar al otro tirano, y aun suplicárselo con ruegos. Pusieron esta determinación en efecto, y enviaron al pontífice Matías que rogase á Simón, á quién antes habían muchas veces temido, que viniese y entrase: lo mismo también, juntamente con éstos, rogaban á aquellos que habían huído de Jerusalén por temor de los Zelotas, con deseo cada uno de recobrar su casa y hacienda.

Prometiéndoles él hacerse señor de todo demasiado soberbiamente, entró como por librar la ciudad de tantos agravios, gritándole todos delante como á hombre que les traía la salud; y al estar dentro con su gente, luego pensó en alzarse con todo, y tenía por no menos enemigos aquellos que lo habían llamado, que á los otros contra quienes había venido.

Siéndole prohibido á Juan salir del templo con la muchedumbre de los Zelotas que consigo tenía, habiendo perido cuanto tenía en la ciudad, porque Simón con sus compañeros lo había robado, desesperaba ya de alcanzar salud.

Acometió Simón el templo, ayudándole el pueblo: aquéllos trabajaban en resistirles por los portales y torres

que había, y muchos de la parte de Simón eran derribados, y muchos se recogían heridos, porque los Zelotas hacia la mano derecha eran más poderosos, y allí no podían ser heridos. Y aunque de sí el lugar les favorecía, habían también hecho cuatro grandes torres, por poder tirar de allí sus armas contra los enemigos: una á la parte Oriental, otra hacia el Septentrión, la tercera encima del portal: en la otra ladera, hacia la parte baja de la ciudad, estaba la cuarta sobre el aposento de los sacerdotes, adonde, según tenían costumbre, solía un sacerdote ponerse al mediodía como en un púlpito, y hacer saber, significándolo con son de trompeta, cuándo era el sábado de cada semana, y luego á la noche, cuándo se acababa: y hacían saber al pueblo cuáles eran los días de trabajo y cuáles los de fiesta.

Ordenaron por estas torres muchas ballestas é ingenios para echar grandes piedras, y pusieron también muchos ballesteros y hombres hábiles en tirar de la honda.

Con estas cosas, algo con menos ánimo se movía Simón á hacerles fuerza, como muchos de los suyos aflojasen; pero confiando que tenía mayor ejército, llegábase más cerca, porque las saetas é ingenios que tiraban, como alcanzaban á muchos, así también los mataban.

X.

De cómo Vespasiano fué elegido por Emperador.

No faltaron males á los Romanos en este mismo tiempo, porque Vitelio había venido de Germania con ejército y muchedumbre de otra gente; y como no pudie-

sen caber en el lugar y alojamiento que les había sido señalado, servíase de toda la ciudad como de tal, y llenó todas las casas de gente de armas. Como éstos viesan las riquezas de los Romanos, cosa muy nueva delante de ellos, espantados al ver tanto oro y tanta plata, apenas podían refrenar su codicia, de tal manera, que ya se daban á robar y mataban á los que trabajaban en defenderse é impedirselo. Las cosas, pues, de Italia, en tal estado estaban.

Habiendo ya Vespasiano destruido todo cuanto cerca de Jerusalén había, volvíase hacia Cesárea, y entendió las revueltas de los Romanos, y que Vitelio era el príncipe de ellas. Con esto recibió grande enojo, no porque no supiese también sufrir el imperio de otro como imperar el mismo, pero por tener por señor muy indigno aquel que se había alzado con el imperio. No podía, pues, sufrir este dolor con el tormento que le daba, ni podía tampoco entender ni dar razón en otras guerras, viendo que su patria era destruída.

Pero cuanto la ira lo movía á tomar venganza de esto, tanto también se detenía por ver cuán lejos estaba, y que la fortuna podía innovar mucho las cosas antes que él llegase á Italia, principalmente siendo invierno. Por esto trabajaba en refrenar algo más su ira. Los capitanes, juntamente con los soldados, trataban ya públicamente de aquellas mutaciones tan grandes, y daban gritos, muy indignados y con enojo, por saber que había alojado gente de guerra dentro de Roma, diciendo que estaba holgazana y perdían la reputación y nombre que de hombres de guerra tenían, pudiendo dar el imperio á quien quisiesen, y elegir emperadores, con la esperanza que de su propia ganancia tenían. Que ellos, que estaban envejecidos con las armas, después de tantos trabajos,

á otros daban el poder, teniendo entre ellos varón que más dignamente merecía el imperio; y que si dejaban perder esta ocasión, ¿cuándo podrían mejor, con más justa y razonable causa, hacerle gracias y pagarle según su amistad y benevolencia requería?

Y que tanto era más justo que fuese elegido por Emperador Vespasiano y no Vitelio, cuanto eran más dignos, y para más ellos mismos, que no aquellos que lo habían declarado y elegido; porque no habían ellos sufrido menos guerras que aquellos que habían venido de Germania; ni eran para menos en las cosas de las armas ellos, que aquellos que sacaba de Germania el tirano. Y que en elegir á Vespasiano no habría duda ni revuelta alguna, porque ni el Senadó ni el pueblo romano habrían de querer más las codicias y deshonestidades de Vitelio, que la bondad y vergüenza de Vespasiano; ni por un Emperador bueno, un cruel tirano; ni habrían de desear por Príncipe al hijo y desechar al padre; porque gran seguridad y defensa es de la paz la verdadera bondad en el Emperador.

Por tanto, si el imperio se debía dar á quien fuese viejo, sabio y experimentado, ya tenían á Vespasiano; y si á quien fuese mancebo y esforzado, con ellos estaba Tito; que de la edad de entrambos podían elegir lo que más fuese conveniente, y que no sólo mostrarían ellos haber de valer el Emperador que ellos habían declarado, teniendo tres legiones y más ayuda de tantos reyes; pero aun también todo el Oriente y parte de la Europa que no temían á Vitelio. Además de esto tenían en defensa de Vespasiano, en Italia, un hermano suyo y un otro hijo, el uno de los cuales confiaban que había do juntar consigo la mayor parte de los mancebos y juventud romana, y el otro era regidor de la ciudad, que es

parte muy principal en la elección del Emperador. Y si finalmente ellos cesasen; por ventura el Senado romano les declararía un tal príncipe á quien no tuviesen por bastante ni suficiente los soldados.

Estas cosas se hablaban al principio en secreto; y después, animando los unos á los otros, proclamaron por Emperador á Vespasiano, y rogábanle que defendiese el Imperio, que en tan gran peligro estaba. Éste habia tenido en otro tiempo cuidado de todo; pero, en fin, ahora no queria imperar, teniéndose por sus hechos por muy digno de ello; preciaba más tener segura su vida, que ponerse en peligro por ensalzar y engrandecer su fortuna.

Cuanto más él rehusaba, tanto más los capitanes lo importunaban y los soldados le amenazaban, rodeándolo y poniéndolo en medio de sus armas, que lo matarían si no quería vivir y recibir la honra que sus hechos merecian: mas, en fin, aunque lo rehusó mucho tiempo, hubo de recibir el Imperio, no pudiendo excusarse ni hacer otra cosa con aquellos que lo habían declarado por Emperador.

XI.

De la descripción de Egipto y de Faro.

Determinó dar primero razón á las cosas de Alejandría, aunque Muciano y todos los otros capitanes, regidores y todo el ejército, le daban grita y lo movían que los llevase contra los enemigos; y sabía que la mayor parte del Imperio era Egipto, por causa del mucho trigo que allí se cogia; y si una vez lo podia ganar y

apoderarse de él, confiaba derribar á Vitelio por fuerza, si aun perseveraba en su porfía de querer ser Emperador; porque el pueblo, muriéndose de hambre, no había de poderlo sufrir.

Deseaba también juntar con su gente dos legiones que estaban en Alejandría. Pensaba que aquellas tierras le servirían para defenderse contra toda adversidad, si algo sucedía de mal; porque es ésta una tierra muy difícil de entrar, porque no tiene puerto por la mar; tiene también por la parte occidental la Libia seca, y por el Mediodía tiene un límite que aparta á Siene de Etiopía; no es parte esta navegable, por causa de los grandes sumideros del rio Nilo.

Tiene por el Oriente el mar Bermejo, el cual se ensancha hasta la ciudad de Copton: tiene por la parte septentrional otra defensa y fuerte, que es la tierra hasta Siria y el golfo que llaman de Egipto, sin algún puerto. De esta manera, pues, está Egipto seguro por todas partes. Alárgase entre Pelusio y Siene por dos mil estadios; y de Pintina hasta Pelusio hay navegación de tres mil seiscientos estadios: por el Nilo se sube hasta una ciudad que se llama Elefantina, con naos; porque los sumideros, como arriba dijimos, prohíben el camino más adelante.

El puerto también de Alejandría, por mucha paz que haya, siempre suele ser muy difícil de entrar en él, porque su entrada es muy angosta; y con las rocas que tiene escondidas en sí, apártase de su camino derecho: por la parte izquierda se le hacen como unos brazos: á la parte diestra tiene la isla de Faro, adonde hay una gran torre que alumbra á los navegantes por trescientos estadios, para que de muy lejos se puedan guardar y proveerse en la necesidad que tienen para llegar y recoger sus naos. Al rededor de esta isla hay muros hechos con obra grande

y maravillosa, en los cuales bate la mar; y rompiendo en ellos las olas, hácese más dificultosa la entrada y tanto más peligrosa; pero ya cuando están dentro del puerto, están muy seguros: es grande más de treinta estadios, y llegan allí cuantas cosas faltan á esta tierra, y sale también de lo que ella tiene por todo el mundo.

Por esto, pues, no sin causa deseaba ganar Vespasiano las cosas de Alejandría, para confirmar todo el Imperio. Queriendo poner esto en efecto, envió cartas á Tiberio Alejandro, el cual regía estas partes y á todo Egipto, mostrándole en ellas la alegría de su gente; y que habiendo él recibido, por serle tan necesario, el Imperio, quería que le ayudase, y se quería servir de su diligencia.

En la hora que Alejandro leyó la epistola de Vespasiano, con ánimo muy pronto tomó el juramento á sus legiones y á todo el pueblo: obedeciéronle todos con pronta voluntad, conociendo la virtud y valor de Vespasiano, de lo que antes había hecho y administrado. Éste, pues, con el poder que le fué concedido, aparejaba lo que era necesario para la venida del Emperador, y todo lo que el Imperio requería.

XII.

Cómo el emperador Vespasiano dió libertad á Josefo.

Sabido, antes de lo que es posible pensar, que Vespasiano era elegido por emperador en el Oriente, luego la fama se divulgó en todas partes. Todas las ciudades hacían fiestas y celebraban sacrificios por la alegría de tal embajada. Las legiones y gente que había en Mesia y en Panonia, que poco antes se habían levantado por

saber el atrevimiento y audacia de Vitelio, prometieron servir á Vespasiano con mayor alegría y gozo.

Habiendo después Vespasiano vuelto de Cesárea y llegado á Berito, recibió allí muchos embajadores que le venían delante, de Siria y de otras muchas provincias, presentándole cada uno por sí las coronas, y dándole el parabién muy solemnemente.

Presentóse también Muciano, regidor de Egipto, denunciándole la general alegría y contentamiento de todos aquellos pueblos, y haciéndole saber el juramento que había hecho hacer, y cómo todos lo habían recibido por príncipe y señor.

Sucediale á Veapasiano su fortuna en todas partes conforme á sus deseos; y viendo la mayor parte de las cosas inclinadas á su parte, comenzó á pensar que no había recibido la administración del Imperio sin providencia de Dios, y que su justa suerte lo había traído y hecho llegar á ser el príncipe mayor del universo. Acordándose de muchas señales y otras cosas, porque muchas cosas le habían acontecido que le mostraban manifiestamente haber de ser emperador, acordóse también de lo que Josefo le había dicho, viviendo aún Nerón, dándole el nombre de emperador: maravillábase de este varón, que aun estaba en la cárcel ó con guardas, por lo cual, llamando á Muciano con sus amigos y regidores contóles cuán valeroso había sido Josefo, y cuánto trabajo había sufrido en vencer á los de Jotapata por su causa: después también les dijo como le había profetizado estas honras, las cuales él pensaba que por temor eran fingidas; más el tiempo había mostrado la verdad de ellas, y descubierto que habían sido hechas divinamente, confirmandolas y aprobándolas aquello que sucedido había.

Dijo entonces que era cosa deshonesta hacer que aquel

que primero habia sido buen agüero de su imperio, ministro y embajador de la voz de Dios, fuese detenido cautivo en adversa y contraria fortuna, y así llamó á Josefo y mandólo librar.

Viendo los regidores la gracia y favor que habia hecho á un extranjero, confiaban también para sí cosas maravillosas y excelentes.

Tito, que estaba con su padre en este mismo tiempo, dijo: «Justo es por cierto, padre mío, que además de libertar á Josefo de la cárcel, se le vuelva la honra que le ha sido quitada; porque será como si no hubiera sido cautivo jamás, si le quebrantamos las cadenas; y no quitándoselas solamente, porque con aquello le libraremos de la infamia, haciendo que sea como si no fuera encarcelado: esto se suele hacer á los que son injustamente encarcelados.» Plugó lo mismo á Vespasiano; é interviniendo uno con un hacha de armas, quebrantó sus cadenas: así fué Josefo puesto en libertad por lo que habia antes dicho á Vespasiano, y fuéle de esta manera vuelta su fama como por premio, y era ya tenido por hombre digno de crédito en cuanto dijese de las cosas que habían de acontecer.

. XIII.

De las costumbres de Vitelio y de su muerte.

Habiendo dado respuesta Vespasiano á todos los embajadores, y ordenado regidores para administrar aquellas tierras, según cada uno merecia, vino á Antioquia; y pensando á dónde iria primero, parecióle mejor entender en las cosas de Roma, que en el camino que habia determinado para Alejandria, porque Alejandria

estaba sosegada, y las cosas de Roma estaban por Vitelio perturbadas y en revuelta: envió, pues, á Italia á Muciano con mucha gente de á pie y de á caballo; pero temiendo éste ponerse en la mar por ser en el invierno, llevó su ejército por Capadocia y Frigia: en este medio, Antonio tomó la tercera legión de la gente, que estaba en Mesia, porque esta provincia tenía él en su regimiento, y determinaba venir á hacer guerra con Vitelio: cuando Vitelio lo supo, envió luego á Cecina con gran ejército para que le resistiese.

Partiendo, pues, éste de Roma, luego alcanzó á Antonio cerca de Cremona, por aquella parte que ahora es de la Italia, viendo allí el orden y muchedumbre de enemigos, no osaba darle la batalla, y pensando que volverse le sería cosa peligrosa, trataba de hacer traición: por lo cual, llamando á sus capitanes y á los tribunos de su gente, persuadíales que se pasasen á Antonio, menguando las cosas de Vitelio, y levantando el poder de Vespasiano, diciendo que el uno tenía solamente el nombre de emperador, y el otro tenía la virtud y la fuerza para serlo: que para ellos sería mucho mejor hacer de grado lo que era necesario, y sabiendo que habían de ser vencidos por la mucha gente, era cosa bien mirada excusar de voluntad todo peligro: porque Vespasiano mismo era muy bastante y poderoso, sin toda aquella fuerza, para tomar venganza de todos los otros; y que Vitelio no osaría parecer en su presencia con cuanto podía, aunque tomase en compañía á ellos todos.

Habiéndoles dicho muchas cosas tales á este propósito, persuadióles lo que quiso, y así se pasó con toda su gente á las partes de Antonio; la misma noche todos sus soldados se arrepintieron por temor de ser vencidos

por aquel quo los había enviado, y amedrentados con esto, sacaron sus espadas, y quisieron matar á Cecina, y ciertamente lo hicieran, si no fuera porque los tribunos se mezclaron entre ellos, y muy rogados, en fin, no lo hicieron, pero teníanlo muy atado para enviarlo á Vitelio que lo castigase como traidor.

Habiendo oído estas cosas Antonio, luego hizo que su gente marchase, é hizoles venir con todas sus armas contra aquellos que se rebelaban: ordenados ellos para dar la batalla, resistieron poco á poco, pero luego fueron echados del lugar donde estaban, y huyeron á Cremona. La compañía primera de la gente de á caballo les atajó el camino, y cerrándolos delante de la ciudad, mataron la mayor parte de ellos, y acometiendo todos los otros, permitió á sus soldados que saqueasen la ciudad, en la cual murieron muchos mercaderes extranjeros, y muchos también de los naturales, y todo el ejército de Vitelio, que eran más de treinta mil descientos hombres; también perdió Antonio Primo cuatro mil quinientos hombres de la gente que había sacado de Mesia, y librando á Cecina, enviólo por embajador á Vespasiano, el cual, habiendo llegado, fué muy bien venido y muy loado, y reparó la deshonra y afrenta que tenía de traidor, con honras que él no esperaba.

Cuando Sabino, que estaba en Roma, entendió que Antonio ya llegaba, cobró esperauza, y tomando las compañías de la gente de guarda, apoderóse una noche del Capitolio. Venida la mañana, muchos de los nobles se juntaron con él, y Domiciano, hijo de su hermano, fué gran parte para haber esta victoria. Pero no se curaba Vitelio de Primo, antes enojado con aquellos que con Sabino le habían faltado, sediento con la crueldad que de su natural tenía de la sangre de los nobles, en-

vió contra el Capitolio la gente que había traído consigo. Aquí fueron hechas muchas cosas esforzadamente, tanto por aquellos que habían venido, cuanto por Tos otros que tenían ya el templo; pero los Germanos siendo muchos más, ganaron el collado, y Domiciano, con muchos varones muy señalados de los Romanos, pudo huir divinamente, y salvarse: toda la otra muchedumbre que allí hallaron, fué muerta y despedazada: también, siendo Sabino llevado delante de Vitelio, fué muerto, y los soldados, dado saco al templo, pusieronle fuego, y todo lo quemaron: el otro día llegó con su ejército Antonio, y fué recibido por los soldados y gente de Vitelio, y trabando entre ellos por tres maneras batalla dentro de la ciudad, perecieron todos.

Viendo esto Vitelio, salió de su palacio beodo, y como suele acontecer en los que de tal manera viven, y tan pródigamente se quieren hartar, fué llevado por fuerza por medio de todo el pueblo, afrentado y deshonorado por todo género de afrentas y deshonras, y degollado en medio de la ciudad, habiendo gozado del imperio ocho meses y cinco días, el cual, si más tiempo pudiera vivir, ó si alcanzara más larga vida, no pudiera bastar á sus pródigos gastos todo el Imperio. Y fué aquí el número de los otros que murieron más de cincuenta mil.

Pasaron estas cosas á los tres días del mes de Octubre; el día siguiente, Muciano entró en la ciudad con su ejército, y deteniendo los soldados de Antonio de la matanza que hacían, porque aún andaba escudriñando los mesones, y mataban los soldados de Vitelio con otra mucha gente del pueblo que había con él consentido, adelantándose con la ira á la diligencia que en examinar debían hacer esto, mandó venir allí á Domiciano, y diólo por regidor al pueblo hasta que su padre vi-

niese. Librado, pues, ya el pueblo de todo temor, publicaba por emperador á Vespasiano, y juntamente se alegraban y regocijaban todos, celebrando fiestas por ser confirmado en el imperio, y ser Vitelio derribado y muerto.

XIV.

Cómo Vespasiano envió á su hijo Tito para acabar la guerra con los Judíos.

Cuando Vespasiano llegó á Alejandria, fuéle contado todo lo que en Roma había sido hecho, y tuvo allí embajadores de casi todo el universo, dándole el parabién del imperio. Siendo esta ciudad la mayor después de Roma, parecía muy pequeña, según era la muchedumbre de gente que había venido.

Confirmado, pues, ya por emperador en todo el universo, y conservadas las cosas del pueblo romano contra la esperanza que de ello tenían, determinó Vespasiano dar fin á la guerra de Judea.

Pasado, pues, el invierno, él se aparejaba á partir para Roma, y determinaba poner asiento y concordia en las cosas de Alejandria. Así, pues, envió su hijo Tito á que diese fin á la guerra de los Judíos, y tomase á Jerusalén: el cual se vino por tierra hasta Nicopolis, ciudad lejos de Alejandria veinte estadios de camino, y allí puso su gente en naos muy grandes, y vino hasta Thurno navegando por el Nilo, y dejando las tierras de Mendesio: saliendo á tierra, detúvose en la ciudad de Tanin: de aquí partiendo, hizo estancia en otra ciudad llamada Heraclea, y vino á hacer la tercera á Pelusio.

Dió tiempo á su gente de dos dias para descansar y rehacerse: al tercer día salió de los fines y términos de Pelusio, y pasando una jornada por los desiertos y solitudes, puso su campo cerca del templo de Júpiter Casio, y luego el día siguiente en Ostracine, que es también esta tierra muy falta de agua, por lo cual los que de allí son naturales se sirven de otra que hacen traer: de aquí se reposó en Rhinocolura, y saliendo de allí, vino á hacer su cuarta estancia ó jornada á Rafia, que es la ciudad primera que por aquella parte ocurre de Siria. La quinta jornada llegó su gente á reposar á Gaza, y luego de allí á Ascalona, de aquí á Jamnia, y luego á Jope, y de Jope llegó á Cesárea, determinando juntar consigo toda la otra gente de guerra.

LIBRO SEXTO.

I.

De los tres bandos en que estaba dividida Jerusalén, y de los males que por ellos se hacían.

Habiendo Tito pasado la soledad de Egipto hasta Siria, y llegado á Cesárea, venía determinado de ordenar allí su ejército; pero estando él aun con su padre Vespasiano, á quien Dios poco antes había concedido el imperio, ordenando sus cosas, aconteció que la revuelta y levantamiento que había en Jerusalén se partió en tres parcialidades, de tal manera, que los unos venían contra los otros; lo cual alguno dirá ser lo mejor entre los malos, y ser hecho justamente.

Arriba hemos declarado con diligencia de donde nació el principio de los Zelotas y el señorío que sobre el pueblo tenían, lo cual era causa principal de la destrucción de la ciudad, también dijimos por quienes fué acrecentado: y ciertamente no erraría el que dijese haber nacido aquí una revuelta y levantamiento de otro, no menos que suele una fiera rabiosa mostrar su crueldad contra sus mismas entrañas, no hallando de fuera algo en que asir: así Eleázaro, hijo de Simón, el cual desde el principio había apartado en el templo los Zelotas, fingiendo que se enojaba por las cosas que Juan cada día atrevidamente cometía, no dejando él por su parte de causar y buscar á muchos la muerte, y no sufriendo, á la verdad, estar él

sujeto al tirano que después de él se había levantado con el deseo de ser señor de todo, y con la codicia de su propio poder, faltó de los otros, habiendo tomado en su compañía á Judas, hijo de Chelcia, y á Simón, hijo de Ezron, ambos muy poderosos, además de los cuales también estaba con él Ezequías, hijo de Chobaro, varón noble: á cada uno de éstos seguían muchos de los Zelotas, y más principales, y habiéndose apoderado de la parte del templo de dentro, pusieron encima de las puertas sagradas sus armas, y tenían confianza que no les había de faltar lo necesario, porque tenían abundancia de todas las cosas sagradas, los que no tenían por impio y contra toda religión cometer todo flagicio y maldad; pero temiendo, por verse pocos, los más se estaban ociosos en sus lugares y sin hacer algo.

Cuanto Juan era más poderoso en la muchedumbre de gente que tenía, tanto era el lugar adonde estaba peor, y los enemigos lo vencían, porque teniendo éstos el lugar más alto, no podía acometer algo sin gran miedo, ni podía retirarse ni cesar con la ira grande que tenía; y padeciendo mucho mayor daño que no causaba ni hacía él á la parte de Eleázaro, todavía se estaba firme, y no aflojaba en algo, porque había muchas arremetidas y escaramuzas, echábanse muchos dardos, de manera que el templo estaba lleno de hombres muertos.

El hijo de Giora, llamado Simón, á quien el pueblo había llamado y hecho entrar dentro la ciudad como tirano, viéndose ya todos desesperados, por la esperanza que en su socorro quedaba, teniendo la parte alta de la ciudad, y aun buena parte también de la baja, acometía á Juan y á su gente más animosamente, como combatido por la parte de arriba, y estaba sujeto á las manos de aquéllos, no menos que estaban ellos á los de arriba, que

estaban en lo más alto; y de esta manera acontecía que Juan padecía dos guerras, y que dañaba y era dañado; y en cuanto era vencido por tener más ruin lugar, en esto mismo tanto más daño hacía, puesto en más alto lugar que Simón, defendiéndose de todas las acometidas que por abajo le hacian muy fácilmente y sin trabajo con su gente, y espantaba con sus máquinas á los que por arriba del templo le tiraban. Servíase de ballesteros y de lanzas también no pocas, y máquinas de piedras, con las cuales no sólo tomaba venganza de los que peleaban, pero aun mataban también á muchos de los que estaban ocupados en celebrar las cosas sagradas.

Y aunque no dejaban de acometer como rabiosos toda maldad, por impia que fuese, todavía recibian pacíficamente á los que venian á sacrificar, remirando con diligencia, con sospecha y como guardas, todos los naturales y los huéspedes y extranjeros que alcanzaban licencia de ellos para entrar: cuando después querian salir, los acababan y consumian con sus levantamientos y sediciones ordinarias. Las saetas y dardos que tiraban, con la fuerza de las máquinas é ingenios que tenian, llegaban hasta el templo y hasta el altar, y daban en los que estaban allí celebrando sus sacrificios; y muchos que habían venido de las últimas partes del mundo con gran diligencia, por ver el lugar santísimo, fueron muertos estando delante del altar y de los sacrificios: y llenáronlo de su sangre, como debiese ser muy adorado por todos los Griegos y los Bárbaros.

Con los naturales que había muertos, había también muchos extranjeros mezclados, y con los sacerdotes, muchos también de la gente profana; y lo que solía ser antes lugar divino, era hecho con la sangre que de los muertos había, estanque de diversos cuerpos muertos. ¡Oh ciudad

desdichada y miserable! ¿Qué sufriste de los Romanos para comparar con esto? los cuales entraron por limpiarte de tus cubiertas maldades con fuego y con llamas. No eras ya templo ni lugar donde Dios habitase, ni podías tampoco permanecer siendo hecha sepulcro de sus domésticos y naturales, habiendo hecho tu templo sepultura para la guerra civil de tus propios ciudadanos: bien podrás volver otra vez nuevamente á tu estado; podrás, ciertamente, si primero procuras aplacar la ira de Dios que te destruye; pero la ley del historiador manda que calle el dolor, pues no es tiempo éste de llorar el daño de los míos, si no de contar la cosa como pasa: por tanto, pues, proseguiré mi historia refiriendo todas las otras maldades que en estas revueltas y sediciones se cometían.

Repartidos, como dije, en tres bandos estos traidores, Eleázaro y sus compañeros, que guardaban las cosas sagradas y ofrendas, venían beodos contra Juan: los que seguían la parcialidad de éste, robando al pueblo, levantábanse contra Simón, que tenía en su ayuda toda la ciudad contra todos los que eran contrarios. Si algunas veces venían entrambas partes contra Juan, poníales delante sus compañeros; y saliendo de la ciudad, con lo que tiraban de los portales y del templo, con sus máquinas é ingenios que para ello tenían, se vengaba.

Y cuando los que por arriba lo podían apretar no le dañaban, porque muchas veces, de cansados y beodos, no hacían algo, entrábase por la gente de Simón más libremente con muchos de los suyos. Y siempre, cuanto ganaba en la ciudad, haciendo huir á sus enemigos, y las casas llenas de trigo, poníalas fuego, con todas las otras cosas que hallaba destinadas para el servicio: y volviéndose después, seguíalo Simón y hacía lo mismo, que-

mando y gastándolo todo; parecía que aparejaban todos camino y daban plaza á los Romanos, destruyendo todo cuanto estaba preparado y proveído contra el cerco de éstos y cortando todas las fuerzas que contra ellos tenían aparejadas.

Aconteció, pues, á la postre, que todo lo que había al rededor del templo fué quemado, y fué hecha la ciudad plaza ó campo para pelcar los mismos naturales y ciudadanos de ella; y fué quemado casi todo el trigo, que pudiera haber bastado para muchos años á los cercados: fueron finalmente vencidos y presos por hambre, lo que no fueran, si ellos mismos no se lo causaran y hubieran buscado.

El pueblo estaba dividido en partes, no menos que si fuera un cuerpo grande, siendo combatida la ciudad, parte por los bellacos y traidores que entre ellos había, y parte también por los vecinos y gente que cerca moraban.

Los viejos y las mujeres espantadas y atónitas con tantos males como dentro padecían, hacían solemnes votos por la victoria de los Romanos, y deseaban la guerra de los de fuera, por verse libres del daño que en sus casas de sus naturales recibían. Estaban con gran miedo y con terrible espanto, y no tenían ya tiempo para tomar consejo sobre lo que debían hacer, por mudar el parecer y voluntad, ni tenían esperanza de algún concierto, ni de poder huir de alguna manera: porque todo lo tenían muy guardado; y estando discordes aquellos príncipes de los ladrones, á cuantos hallaban que tenían paz con los Romanos, ó entendían que se querían pasar á ellos, los mataban, no menos que si fueran enemigos de todos; pero todos éstos estaban muy concordes en matar á cuantos buenos y dignos de la vida había. La grita y

voces de los que peleaban eran continuas de día y de noche; mas eran más amargas las quejas y más tristeza causaban los que lloraban por el miedo grande que tenían: daban por causa de tantos llantos y lamentaciones, las continuas destrucciones que padecían; pero el temor grande detenía el llanto y los gritos que todos daban, y enmudeciendo con el dolor, eran afligidos y atormentados con gemidos callados dentro de su corazón.

No respetaban ya los vivos á sus naturales y domésticos, ni se ponía diligencia en sepultar á los muertos: la causa de estas cosas era la desesperación que cada uno de sí y de sus cosas tenía. Los que no estaban con los revolvedores y sediciosos, habían ya perdido todo el ánimo y esfuerzo, como si ya les fuese imposible dejar de morir.

Los sediciosos y revolvedores de la ciudad, allegados los cuerpos muertos en uno, pisándolos peleaban; y tomando mayor atrevimiento por ver tantos muertos y todos debajo de sus pies, mostraban mayor crueldad: pensando siempre algo contra si que fuese dañoso, y haciendo todo cuanto les parecía sin alguna misericordia ni piedad, no dejaron de ejecutar toda crueldad y muerte; en tanta manera, que aun de las cosas que estaban consagradas al templo, Juan abusaba y se servía de ellas para hacer máquinas é ingenios para la guerra. Porque queriendo los pontífices y pueblo antiguamente fortalecer el templo y alzarlo veinte codos más de lo que ya estaba, el rey Agripa trajo del monte Libano la materia y aparejo para ello con grandes gastos; es á saber, la madera, digna de ver por ser tan grande y tan derecha como se requería para tal obra; pero cesando la obra por haber intervenido la guerra, Juan cortó lo que le pareció que le bastaba, y edificó de ello torres, y púsolas contra

los que peleaban contra él, por lo alto del templo, fuera del muro hacia la parte occidental, adonde solamente las podían asentar, porque las otras partes estaban ocupadas á la larga con las gradas.

Habiendo, pues, éste hecho estas máquinas impíamente, confió que había de vencer y sujetar á sus enemigos con ellas; pero Dios mostró haber sido su trabajo en balde y perdido; y antes de poner en ellas algo, trajo á los Romanos que lo echasen á perder, porque después que Tito hubo juntado y recogido parte de su ejército consigo, escribió á toda la otra gente que llegase á Jerusalén, y él partió para Cesárea.

Había tres legiones, las cuales, debajo del regimiento de su padre Vespasiano, habían ya destruído y arruinado á Judea; y la duodécima, cuyos sucesos antiguamente con Cestio, capitán de ella, había probado en las peleas; la cual, aunque por esto más se señalaba en esfuerzo, también acordándose de lo que antes había padecido, venía con mejor ánimo y más esforzadamente contra ellos. Mandó que la quinta legión le saliese al encuentro por Amaunta, y que la décima subiese por Hierichunta; y él con todas las otras salió, trayendo en compañía de ellas socorros de reyes mayores que ántes, y con ellos también le acompañaban muchos de los de Siria por el mismo efecto.

De esta manera se hizo cumplimiento, y se llenaron las cuatro legiones de los que con Tito vinieron, por aquellos que Vespasiano había escogido para enviar á Italia. Dos mil hombres escogidos del ejército de Alejandría, y tres mil de la gente del Eufrates, seguían á Tito, y con ellos venía también su grande amigo Tiberio Alejandro, varón muy prudente, el cual había tenido antes la administración y regimiento de Egipto; y fué

juzgado por digno que rigiese y gobernase el ejército, por la grande amistad que con Vespasiano había tenido el primero en el tiempo que su imperio comenzaba, y se juntó con muy entera fe, siéndole aún la fortuna y suceso muy incierto: y así éste mismo era el principal hombre de consejo en las cosas de la guerra, por la mucha edad, saber y experiencia que de ellas tenía.

II.

Del peligro en que Tito se vió queriendo poner cerco á Jerusalén.

Entrando ya Tito en la tierra de los enemigos, iba delante de él toda la gente que para su ayuda había tenido de los reyes: luego después los gastadores, que allanaban el camino y tomaban lugar para asentar el campo; después seguía el bagaje, y luego la gente de armas. Venía tras éstos Tito con gente de su guarda de la más escogida, y su alférez; después de ellos seguían los caballeros; éstos iban delante de sus máquinas é ingenios que de guerra traían; luego, cerca de esta gente escogida, seguían los tribunos y los capitanes con sus compañías; después, alrededor del Águila, que era como principal bandera, venían muchas otras: iban delante de éstas sus trompetas, y luego seguían los escuadrones de los más viejos soldados, por su orden, muy concertados.

Venía el vulgo de los criados detrás de cada legión de gente, y delante de ellos venía todo el bagaje; por treros iban los que ganaban sueldo, y por guardas de éstos los sargentos y cabos de escuadras.

Haciendo, pues, según tienen los Romanos por costumbre, muy en orden su camino, vino por Samaria á Gofna, la cual había sido antes ganada por su padre, y estaba aún en este tiempo con gente de guarnición. Habiéndose detenido allí una noche, luego á la mañana partió; y después de haber caminado todo el día, acabada su jornada, puso su campo en una parte que llaman los Judíos en lengua hebrea Acanthonaulona, cerca del lugar llamado por nombre Gbath Saúl, que quiere decir el valle de Saúl, lejos de Jerusalén casi treinta estadios.

Partió de aquí con seiscientos caballeros escogidos y de los más principales, por dar vista á la ciudad y descubrir la fortaleza que tenia, y saber lo que los Judíos en sus ánimos determinaban; si por ventura, viendo su presencia, se rendirían de miedo antes que pelcasen.

Habían oído lo que, á la verdad, pasaba: que todo el pueblo, muy afligido y trabajado por causa de los ladrones y sediciosos, deseaba mucho la paz; pero no osaba hacer algo, ni aun moverse, por verse menos poderoso que eran los enemigos y revolvedores. Entretanto que fué cabalgando á dar vista por los muros, ninguno pareció delante de las puertas; mas apartándose al camino de la torre Psefinon, y poniendo allí su escuadrón de gente de á caballo, salióle al encuentro infinito número de Judíos por la parte que se llama las torres de las mujeres, y saliendo por la parte que está de frente del monumento de Helena, rompen con la gente de á caballo, y prohibieron á los unos que se juntasen con los otros que estaban apartados, y atajaron á Tito con algunos pocos más.

No podía éste pasar más adelante, porque de allí hasta el muro había grandes fosos, había muchas puertas y muchas albarradas de piedras; y recogerse á los

suyos que estaban en la montaña juntados, érale imposible por causa de los enemigos que estaban en medio. La mayor parte de la gente no sabía el peligro en que Tito, capitán de ellos, estaba; sino que pensando que volvía también con ellos, todos huían.

Viendo que toda la esperanza de la salud general dependía de su esfuerzo y fortaleza, vuelve riendas á su caballo, y exhortando á voces á los suyos que lo siguiesen, échase por medio de los enemigos, trabajando en pasar por fuerza á los suyos que de la otra parte estaban. De esto sólo y de lo que en este tiempo sucedió, se puede colegir fácilmente tener Dios cuidado de los sucesos de las guerras y de los peligros de los capitanes y emperadores; porque habiendo tirado tantos dardos y saetas contra Tito, no estando armado ni á punto de guerra, porque, como dije, no había venido para pelear, sino para descubrir la fuerza de sus enemigos, con ninguno fué herido, antes parecía que todos volaban por el aire, como si no fuesen tirados para herirle; y echando lejos de sí con su espada los que á él se llegaban por los lados, y derribando muchos delante, corría con su caballo pisando los que caían.

Había grandes alaridos que los Judios daban, por ver el ánimo y audacia del Capitán; amonestaban los unos á los otros que le acometiesen; otros, llegándose hacia ellos Tito, se partían aprisa, huyendo de donde quiera que él llegaba. Habíanse juntado con él algunos que se quisieron poner en el mismo peligro, por ser echados, parte por las espaldas y parte por los lados, y no tenía más que una esperanza de alcanzar salud cada uno, que era abrir el camino juntamente con Tito, antes que morir en manos de aquéllos pisado ú oprimido. Así fueron de los más porfiados y pertinaces, uno herido, él y su ca-

ballo, y otro derribado y muerto, y su caballo fué tomado por los enemigos.

Tito se salvó con todos los demás y se vino á su campo. Habiendo visto los Judíos que en la primera escaramuza ó combate habían sido vencedores, levantaron sus ánimos ensoberbecidos con la esperanza mal considerada; y aquel breve acaecimiento y de poca importancia, les ganó para después atrevimiento y buena esperanza, pero poco duradera.

III.

De las escaramuzas y salidas de los Judíos contra los Romanos, mientras éstos asentaban su campo.

Después que Tito hubo tomado la legión que estaba en Amaunta en su compañía, en una noche, partiendo luego por la mañana de allí, llegó á Escopon, de adonde ya se descubría la ciudad y la grandeza del templo claramente por la parte que propiamente se llama Escopos, por ser lugar más bajo, el cual toca la ciudad por la parte septentrional, lejos de ella á siete estadios; y habiendo puesto allí legiones juntas, mandó que la quinta asentase su campo tres estadios más atrás, y parecióle que no pasasen los soldados más adelante por causa del cansancio que traían del camino, para que pudiesen hacer sin algún temor su muro.

Comenzado el edificio, vino la décima legión por Hierichunta, lugar ganado antes por Vespasiano, en el cual había también dejado parte de la gente que tenía por guarnición de aquella tierra. Hábiales sido á éstos mandado que pusiesen á seis estadios de Jerusalén su cam-

po, en aquella parte donde está el monte llamado Eleón, delante de la ciudad por la parte del Oriente, y se aparta de ella con un hondo valle llamado Cedrón.

La disensión y revuelta que los de dentro de la ciudad tenían, fué apaciguada y refrenada por la gran guerra que vieron sobrevenirles por defuera; y mirando aquellos alborotadores con espanto el campo y asiento de los Romanos, los que estaban divididos entre parcialidades se juntaron é hicieron muy amigos: trataban entre sí y requerían la causa por qué se detenían ó qué miraban, sufriendo que tres campos ó tres muros se hiciesen para destrucción y ruina de sus vidas; y que viendo ya la guerra tan encendida, se estuviesen ellos mirando lo que hacían, como quién mira algunas buenas obras útiles y provechosas para ellos, con los muros cerrados, dejadas las armas y aún cogidas las manos.

Dió voces aquí uno, y dijo: «Ciertamente nosotros somos fuertes y esforzados contra nosotros mismos: la ciudad se rendirá para bien y provecho de los Romanos, sin algún derramamiento de sangre, y esto todo por nuestras revueltas y sediciones.»

Con estas palabras juntaban á unos y á otros, y los encendían en furor, por lo cual tomando cada uno sus armas, dieron todos en la décima legión; y entrando por el valle con ímpetu, acometen á los Romanos con grandes clamores, los cuales estaban edificando su muro. Estando, pues, éstos muy puestos en el edificio y ocupados en ello, teniendo los más dejadas las armas por esta causa, fueron algo más de lo que pensaban desbaratados, porque no creían que se habían de atrever los Judíos á tal cosa, por mucho que hacer quisiesen, pensando que con las revueltas y sediciones que dentro tenían, estarían muy distraídos; de manera que dejando todos la obra que en-

tro manos tenían, unos se fueron con gran diligencia, y muchos otros que determinaban de tomar armas, antes que las alcanzasen y viniesen contra los enemigos, eran mal heridos.

El número de los Judíos se acrecentaba siempre, confiados en la victoria porque á los que primero habían acometido huyeron; y aun siendo pocos, parecía á ellos mismos, y aun á los enemigos también, ser muchos, por serles la fortuna entonces próspera y favorable.

Los Romanos, avezados á pelear con gran orden y diestros en hacer la guerra con honra y saber, viéndose tan perturbados, estaban con miedo, y los que eran acometidos, volvían las espaldas ciertamente; pero si alguna vez les volvían el rostro, queriendo resistirles, cercados por los que los perseguían, detenían á los Judíos y herían á los que menos con el gran ímpetu se guardaban. Creciendo el número y la persecución, fueron los Romanos desbaratados en gran manera, hasta ser echados de sus reales y parecia estar toda esta legión entonces en gran peligro, si habiendo llegado la nueva de este suceso á Tito, luego no les socorriera y les mandara volver, reprendiendo con muchas palabras la cobardia y poco ánimo de su gente; y si metiéndose él mismo entre los Judíos con la gente que consigo tenía muy escogida, no matara muchos, hiriera muchos más, é hiciera que todos los otros huyesen y se recogiesen con gran rebato en el valle que allí habia. En bajar y recogerse en este valle padecieron los Judíos gran daño; pero, en fin, pasando á la parte contraria de la que los Romanos estaban, volvían otra vez y peleaban con los Romanos, estando aquel valle en medio: de esta manera, pues, duró la pelea hasta mediodía:

Poco después, habiendo Tito puesto los que con él esta-

ban allí por guarnición y guarda, y otra gente de sus compañías contra los que salían á escarmuzar con ellos, envió toda la otra gente al monte para que acabasen de edificar en lo más alto el muro comenzado. Parecía esto á los Judios que los Romanos huían de ellos: y como la centinela y descubridor que habian puesto en el muro les hiciese señal moviendo su ropa, saltó con gran impetu mucha gente que parecia ciertamente ser bestias sin freno y muy crueles.

Ninguno pudo, en fin, resistir ni sostener la fuerza é impetu grande que traín, antes en la misma hora se derramaron y huyeron al monte como si fueran con alguna máquina grande muy heridos. En medio de aquella subida fué dejado Tito con algunos pocos; y aconsejándole mucho los amigos que por tener reverencia y acatamiento á su Capitán y Emperador, habian permanecido con él y menospreciando todos los peligros, que guardase su vida, pues los Judios lo perseguian tanto; y que por haber victoria de ellos no quisiese ponerse él en peligro, cuya vida era de tener en mucho más que la de todos los Judios, y que tuviese antes miramiento y consideración de su fortuna y dignidad, porque no usaba él de oficio de soldado, sino era señor no menos de toda aquella guerra que de todo el universo, y que en tan importante huida no se quisiese él detener, en quein cargaba y en cuya vida estaba todo el universo, Tito, fingiendo que no oía estas cosas, resistia á los que contra él venían; é hiriéndolos por delante, trabajando ellos en hacerle fuerza, eran por él muertos; y persiguiéndolos por lo bajo de aquel valle, echaba y turbaba toda aquella muchedumbre.

Espantados los Judios, parte por ver sus fuerzas tan grandes, y parte también por verlo tan constante, ni aun

entonces con todo esto huyeron á la ciudad ; pero apartandose de él por cada lado, comenzaron á perseguir otra vez los que huían, y entrando por un lado de ellos, refrenaba su ímpetu.

Estando en lo que tenemos contado, aquellos que fortalecían el campo que estaba en la parte alta, viendo que los de abajo huían, fueron muy turbados y muy amedrentados: esparcióse todo aquel escuadrón, sospechando y teniendo por muy cierto que no podrían sostener el ímpetu y fuerza de los enemigos, y que Tito había sido forzado de huir, porque quedando él, nunca los otros huyeran ni lo desampararan.

Rodeados, pues, por todas partes de temor muy grande, el uno se iba por una parte y el otro por otra, hasta tanto que algunos vieron al Emperador en medio del campo; y temiéndose mucho, le hicieron saber á grandes voces el peligro en que toda su legión estaba.

Vueltos de vergüenza otra vez á su orden, avergonzándose aún más por haber dejado á su Capitán y Emperador que por haber huído, peleaban con todas sus fuerzas contra los Judíos; y habiéndolos echado una vez, reforzaban en ello y echábanlos por los bajos de aquel valle.

Peleaban todavia los Judíos recogiendo poco á poco, y como los Romanos fuesen más poderosos y vencedores, por estar en mejor y más alto lugar, juntáronse todos en el valle.

Estaba Tito contra los que le cupieron, en un lugar alto, y mandó que la legión de gente volviese á acabar la obra y fábrica del muro; y quedando él con los que de antes tenía, resistía á los enemigos y aun los maltrataba.

Así, pues, si conviene que escriba la verdad sin adu-

lación alguna y sin hacer por envidia perjuicio, Tito libró dos veces toda la legión de peligro, y de esta manera dió facultad y poder á su gente para fortalecer su campo y acabar la obra que habían comenzado.

IV.

De una pelea ó revuelta que los Judíos tuvieron entre sí el día de la fiesta del pan cenceño.

Habiendo aflojado algún poco la fuerza y guerra que por de fuera se hacia, luego se levantó otra dentro de la ciudad. Y llegando ya el día de los panes cenceños, que era el catorceno del mes de Abril, porque en este tiempo piensan todos los Judíos que fueron librados de Egipto, Eleázaro, con sus compañeros y parcialidad, quiso abrir la puerta; deseaba que algunos del pueblo entrasen, los cuales querian adorar en el templo. Juan quiso cubrir sus engaños y asechanzas bajo nombre y cubierta del día de la fiesta, y mandó que viniesen algunos de los suyos, de los que menos fuesen conocidos, con las armas escondidas bajo sus vestidos, gente mala y muy impura, para ocupar y alzarse con el templo; éstos, después que hubieron entrado, echando sus vestidos, parecieron presto muy armados.

Había con esto gran muchedumbre de gente y gran ruido junto al templo: el pueblo, que estaba muy ajeno de toda sedición y revuelta, pensaba que eran puestas asechanzas á todos ellos; pero los Zelotas pensaban ser solamente puestas por ellos.

Éstos, dejada la guarda de las puertas, y saliendo algunos otros de los fuertes que tenían antes de trabarse y venir á la pelea se recogieron en los albañales del

templo. Los del pueblo, llegando hasta el altar, y por cerca del templo, eran derribados y pisados, siendo con palos y con otras armas heridos. Los enemigos de los muertos por odio y enemistad particular, mataban á sus compañeros mismos, no menos que si fueran de otra parcialidad; y cualquiera que antes de ahora hallase alguno de los que iban acechando, era luego llevado á morir como si fuera alguno de los Zelotas.

Pero los que con sobrada crueldad afligían y atormentaban á los que no merecían pena alguna, concedieron treguas á los malhechores; y habiendo salido de los albañales, adonde se habían escondido, dejáronlos ir, y teniendo ellos ya el templo y todas las cosas que dentro de él había, peleaban contra Simón con mayor atrevimiento y confianza.

De esta manera fué partida la gente en dos partes, y de las tres parcialidades fueron hechas dos.

Por otra parte, Tito, deseando mudar su campo de Escopon en parte que estuviése más cerca de la ciudad, puso gente de á pie y de á caballo por guarda de todas las salidas de los enemigos, y mandó que toda la otra gente de su ejército se ocupase en allanar el camino que había desde allí hasta la ciudad.

Destruídas, pues, todas las albarradas de piedras y otros impedimentos, los cuales habían puesto defensa y guarda á sus huertos y campos, y cortada toda aquella selva, aunque era muy provechosa, que les estaba de frente, llenaron todos los fosos y valles que había; y cortadas las mayores y más eminentes piedras con sus instrumentos, hicieron todo aquel camino desde Escopón adonde entonces estaban, hasta el monumento de Herodes muy llano, y todo el cerco del estaño que de las serpientes fué llamado Betara antiguamente.

V.

Del engaño que los Judíos hicieron á los soldados romanos.

En estos mismos dias los Judíos engañaron á los soldados romanos de esta manera. Los más atrevidos de aquellos revolvedores y sediciosos que habia, salieron fuera de las torres que llamaban de las mujeres, fingiendo que los que deseaban la paz los hacian salir; y por tener el ímpetu grande y la fuerza de los Romanos, estábanse con ellos; y el uno se escondia como recelándose del otro.

Otros, puestos con orden por los muros, y fingiendo que tenian la voz del pueblo, daban altas voces demandando la paz, y pidiendo concierto y amistad con los Romanos, convidándolos y prometiendo abrirles las puertas. Dando aqui estas voces, echaban también contra los suyos propios muchas piedras como por echarlos de las puertas, y fingian que querian abrir por fuerza las puertas y darles entrada, y rogar á los ciudadanos de la ciudad que los recibiesen.

Esta astucia y engaño no la entendian los Romanos, antes creian ser así muy ciertamente, por lo cual determinaban comenzar su obra, como si ya éstos estuviesen en sus manos para castigarlos, y confiasen que los otros les habian de abrir y dar entrada dentro de la ciudad.

Sospechábase con todo Tito de ver que tan voluntariamente los convidaban y movian á ello, porque no lo veia fundado en razón, pues dos dias antes les movió á concierto con Josefo, y no habia conocido en ellos algo que fuese razonable y justo, por lo cual mandó

que su gente quedase en su lugar, y que ninguno se moviese.

Habia ya algunos aparejados para efectuar esta obra; y arrebatadas las armas, habían comenzado á correr á las puertas. Los que se mostraban haber sido echados, al principio dábanles lugar, recogiénose poco á poco. Después, cuando ya se llegaban á las torres de la puerta, corren contra ellos, tomándolos en medio, y dan en ellos por las espaldas; los que estaban en el muro, tiraban contra ellos muchedumbre de piedras y dardos y otras armas dañosas, de tal manera, que mataban muchos y herían muchos más, porque no les era posible huir del muro: otros hacíanles fuerzas por las espaldas, y además de esto la vergüenza de ver que los regidores y capitanes principales habían pecado en esto, y el miedo juntamente les persuadía que permaneciesen en el delito. Por lo cual estando mucho tiempo peleando, y habiendo recibido gran daño, aunque no habían hecho menos en sus enemigos, al fin vinieron á hacer huir aquellos que los habían cercado; pero al recogerse, los Judíos los perseguían con sus armas y dardos hasta el monumento de Helena. Y después, maldiciendo con soberbia á la fortuna, vituperaban á los Romanos por haberlos engañado; y levantando en el alto sus escudos, hacían gestos y alegrías, y saltaban; y con placer daban grandes voces.

Los capitanes, y Tito, general de todos, reprendieron á su gente por aquel error cometido, con estas palabras: «Los Judíos que son regidos sólo por la desesperación, hacen todas las cosas muy de pensado y con mucha prudencia, armando los engaños y asechanzas que pueden, favoreciéndoles en ello la fortuna, sólo porque son obedientes y fieles los unos á los otros: y los Romanos, á los cuales les sirve la fortuna por el uso y disciplina militar, y por

la costumbre buena que tienen en obedecer á sus capitanes y regidores, pecan ahora en lo contrario, y son vendidos por no poder refrenar sus manos; y lo que es de todo lo peor, estando presente vuestro Emperador y Capitán, peleáis sin hombre que os rija ni gobierne.

»Ciertamente, dijo, mucho se dolerán y aun gemirán las leyes de la guerra y de la milicia; mucho se dolerá mi padre cuando supiere este desbarate y esta llaga que nos ha sido hecha. Éste, porque habiendo envejecido en la guerra, nunca le ha acontecido tal error; y las leyes, porque teniendo costumbre de tomar venganza muy grande, y dar la muerte á los que traspasan la ordenanza puesta, vean ahora todo un ejército haber faltado.

»Ahora podrán entender todos los que con soberbia y arrogancia han cometido esto, que entre los Romanos es tenido por gran infamia aun el vencer sin licencia y permiso de su capitán.»

Estas cosas dijo Tito, muy enojado, á los regidores, sabiendo bien el castigo que habia de usar con ellos, pues todos lo merecian. Perdieron éstos el ánimo todos como hombres que justamente merecian la muerte. Las legiones que estaban asentadas y derramadas por todo el campo, rogaban á Tito que perdonase á los compañeros, y suplicaban que tuviese cuenta con la obediencia general de todos, por lo cual olvidase el error particular y de pocos, porque el pecado que habian cometido entonces, trabajaban de enmendarlo y corregirlo con la virtud y esfuerzo que en lo que quedaba por hacer mostrarian.

Con los ruegos y con el provecho que en esto vió Tito, luego fué aplacado y vuelto muy manso: porque pensaba que el castigo que uno merecia, debíase ejecutar; pero el yerro general y á todos común, debía también ser perdo-

nado. Recogióse, pues, é hizo amigo de los soldados, amonestándoles y dando muchos consejos, que se remirasen todos en hacer sus cosas muy prudentemente, y él púsose á pensar de qué manera podría tomar venganza de aquel engaño y traición que los Judíos habían hecho á su gente.

Habiendo igualado el camino que había desde el lugar adonde tenía el campo hasta los muros de la ciudad, en cuatro dias, deseando pasar todo su bagaje y gente seguramente y sin algún peligro, ordenó los más esforzados y más valerosos de sus soldados, por la parte septentrional al Occidente, delante del muro, de siete en siete por sus hileras: los de á pie estaban en la delantera: y después, ordenada la caballería en tres escuadrones luego detrás, puso en medio los ballesteros y flecheros.

Estando con esta defensa tan grande muy seguros y sin temor que los corriesen los enemigos, pasaron todo el bagaje de las tres legiones, y toda la otra gente, sin algún temor.

Tito, estando no más de dos estadios lejos del muro de la ciudad, puso su campo en un lugar hacia la parte que está delante de la torre que se llama Psefinos, á la cual llega el cerco del muro por la parte aquilonal, y vuelve corriendo hacia el Occidente. La otra parte del ejército puesta hacia aquella torre que se llama Hipico, cercase de muro lejos también de la ciudad á dos estadios de camino; pero la legión décima siempre quedaba en el monte Eleon, adonde antes estaba.

VI.

De la descripción notable de la ciudad y templo de Jerusalén.

Estaba cercada la ciudad de Jerusalén de tres muros, excepto aquellas partes por las cuales era ceñida de valles hondísimos, porque por éstas solamente tenía un muro. Estaba edificada sobre dos grandes collados, de frente el uno del otro, pero apartados por un valle que había en medio, en el cual había muchas casas. El uno de estos collados, en el cual la parte de la ciudad más alta está asentada, es mucho más alto y más derécho á lo largo; y por ser tan fuerte, era llamado antiguamente el castillo de David: éste fué padre de Salomón, el que primero edificó el templo, y nosotros lo llamamos el mercado alto.

El otro, que se llama Acra, sostiene la parte más baja de la ciudad, y está como en cuesta por todas partes. Había otro collado tercero contra éste, más bajo naturalmente que el de Acra, y dividido por otro valle muy ancho; pero después que los Afamaneos reinaban, llenaron el valle, por juntar con el templo la ciudad; y cortando de la parte alta del Acra, hicieronla más baja porque de ella pudiesen también ver el templo, levantado más alto y más eminente.

El valle que se llama Tiroplón, por donde dijimos que el collado alto se divide y aparta del de abajo, llega hasta Siloa: éste es el nombre de aquella dulce fuente y muy abundante.

Por defuera estaban aquellos dos collados ceñidos con valles y fosos muy hondos, y no podía llegarse á ellos

por alguna parte, prohibiéndolo las rocas y peñas grandes que allí habia. El muro más antiguo de los tres no podia ser tomado sino con gran dificultad, por causa de los valles y por el collado, que estaba muy alto, en el cual estaba fundado; y también por ser éste el mejor lugar, era fundado mejor y más fuertemente con los grandes gastos que David y Salomón y otros muchos reyes en esta obra hicieron.

Comenzando, pues, aquí en esta parte de la torre que se llama por nombre Hipicon, y llegando hasta aquella llamada Xisto, y juntándose después con la torre, venia á acabar en el portal del templo, que está al Occidente. Por la otra parte se alarga desde allí hasta el Occidente, por aquel que es llamado Betison, descendiendo á la puerta que llamaban de los Esenos; y torciendo hacia el Mediodia por encima de la fuente Siloa, y volviendo de allí al Oriente, por donde está el estafío dicho de Salomón, tocando el lugar que llaman Ofian, júntese con la puerta oriental del templo.

El segundo muro tenia principio desde la puerta que llamaban Geneth, la cual era del muro primero; y rodeando solamente la parte septentrional, subia hasta la torre Antonia. La torre de Hipicos daba principio al muro tercero, de donde, cercando por la parte aquilonal, venia á la torre Psefina, contra el monumento de Helena, que fué Reina de los Adiabenos, y madre del rey Izata, y por las cuevas del Rey extendió á lo largo: torcia su camino de la torre que está en aquel cabo, contra el sepulcro que dicen de Fulon; y juntado con el cerco viejo de la ciudad, venia á dar en el valle que llaman de Cedrón.

Con este muro había cercado Agripa aquella parte de la ciudad que él había añadido, como estuviese antes

abierta y sin cerco alguno, porque con la muchedumbre de gente que tenía, se salía poco á poco fuera de los muros, y se había alargado por la parte septentrional del templo cercana al collado y á la ciudad. También estaba poblado de gente el cuarto collado, que se llama Bezeta; tiene éste su asiento delante la torre Antonia, pero apartado con fosos muy hondos hechos adrede, porque si se juntasen la torre y fuerte de Antonia con los fundamentos ó pies del collado, no fuese más expugnable, y menos alta, por lo cual la hondura del foso hacía más altas aquellas torres.

Fué llamada la parte que añadieron á la ciudad, con vocablo natural, Bezeta, que quiere decir la nueva ciudad: y deseando que fuesen aquellas partes habitadas, el padre de este Rey, llamado también Agripa, había comenzado, según dijimos, el muro, y temiendo que el emperador Claudio, viendo la magnificencia y fortaleza del edificio, sospechase querer innovar algo, ó poner alguna discordia, cesó, y no quiso que su edificio pasase adelante, habiendo hecho solamente los fundamentos; porque ciertamente no fuera posible ganar esta ciudad si ésto acabara los muros que había comenzado.

Estaban unas piedras como entretejidas, de veinte codos de largo y diez de ancho, las cuales no podían ser cavadas ni rotas con hierro, ni movidas con todas las máquinas del mundo, y con éstas se ensanchaba el muro, pues de alto ciertamente más tuvieran, si la magnificencia de aquel que había comenzado y emprendido el muro no fuera forzado á cesar en su obra, y le fuera prohibido pasar adelante.

Otra vez fué edificado este muro por voluntad y deseo de los Judíos, y creció veinte codos más que ser solía; tenía á cada dos codos unas como grandes tetas, y sus

torreones á cada tres, y toda la altura de él era de veinticinco codos; las torres estaban más levantadas y más altas que el muro, veinte codos, y otros veinte más anchas; era el edificio de éstas cuadrado, muy llenas y muy fuertes, no menos que el mismo muro; el edificio y gentileza de estas piedras no era menor que las del templo; en lo más alto de todas estas torres, que estaban veinte codos más levantadas, había unas cámaras y salas ó cenáculos, había aljibes que recibían en sí el agua del cielo y la lluvia; la subida de ellas todas como en caracol, pero era muy ancha en cada una; el tercer muro tenía de estas tales torres noventa; el espacio de una á otra era de doscientos codos; el muro que estaba en medio tenía catorce, y el muro antiguo estaba dividido en sesenta: tenía la ciudad toda de cerco treinta y tres estadios.

Como fuese, pues, cosa maravillosa el tercer muro, levantábase en un cantón hacia Occidente y Septentrión una torre llamada Psefina por la parte que Tito había asentado su campo; porque estando encima de ésta, que estaba levantada más de setenta codos en alto, nacido el sol, se descubría Arabia y la mar, y hasta los últimos fines de las tierras de los Hebreos. Estaba edificada con ocho esquinas; contra ésta había una otra llamada Hipicos, y luego cerca otras dos, las cuales el rey Herodes había edificado en el muro antiguo, y eran más excelentes, tanto en gentileza cuanto en grandeza y fortaleza, que cuantas hay en el universo: porque además de la natural liberalidad del Rey por amor y afición que á la ciudad tenía, quiso hacer esta obra señalada, y remirarse mucho en ella, poniéndoles á las tres los nombres de los amigos y personas que más amaba; la una nombró con el nombre de su hermano, la otra de un amigo suyo, y

la tercera dedicó á su mujer; á ésta por causa, como dice, que fué muerta por el grande amor, y á ellos por ser muertos en las guerras, después de haber peleado valerosamente.

La torre llamada Hipicós, que tenía el nombre de su amigo, tenía cuatro esquinas; cada una tenía veinticinco codos en ancho, y otros tantos en largo, y también tenía cada una treinta en alto, muy fuertes y muy macizas todas: encima de lo más fuerte, adonde están juntas las piedras con orden, había un pozo hondo de veinte codos para recoger la lluvia, y encima de éste había como una casa con dos techos de veinticinco codos en alto, partida en diversas partes, y en lo alto tenían á cada dos codos sus llenos como tetas, y los torreones ó defensas á cada tres, de manera que venía á ser toda la altura de ochenta y cinco codos.

La segunda torre, que había llamado Faselon, del nombre de su hermano, era muy igual en ancho, y largo de cuarenta codos; levantábase otros cuarenta redonda como una pelota, y firme: en la parte de arriba había una como galería levantada diez codos más alta, edificada con pilares y rodeada de sus defensas; en medio de esta galería había otra torre muy alta, en la cual había muy ricos aposentos y baños, porque no pareciese faltarle algo de lo que al Estado Real convenía: tenía la parte alta adornada con sus llenos y defensas, era toda la altura de ésta de casi noventa codos. Parecía al verla muy semejante á la torre de Faro, que muestra lumbre á los que navegan por Alejandría, pero su cerco era mayor y más ancho, y ésta era entonces recogimiento para la tiranía de Simón.

La tercera torre, llamada Mariamnes, porque éste era el nombre de la Reina, tenía de alto y macizo hasta

veinte codos, de ancho otros veinte, y los aposentos y recogimientos de ésta eran más magníficos y más adornados, porque pensó el Rey que esto le era propio á él, y digno de su majestad que la torre que tenía el nombre de su mujer fuese más linda de ver que no las que retenían el nombre de los amigos, no menos que eran las de ellos más fuertes que ésta, la cual tenía el nombre de una mujer, y cuya altura en todo era hasta cincuenta y cinco codos.

Aunque estas tres torres eran de tanta grandeza, parecían aún mucho mayores por el lugar adonde estaban fundadas, porque el muro antiguo adonde estaban era edificado en un lugar alto, y el collado estaba también treinta codos más alto, y siendo las torres edificadas sobre éste, estaban muy levantadas. Fué también maravillosa la grandeza de las piedras, porque no eran piedras de las que comunmente edificamos, ni que los hombres las pudiesen traer, pero eran cortadas de mármol muy blanco y reluciente, cada una de veinte codos de largo, diez de ancho y cinco de alto, y con tales habían sido edificadas; estaban tan bien juntas unas con otras, que cada torre de éstas no parecía más de una piedra, y estaban tan bien labradas y edificadas por aquellos oficiales, con sus muestras y sus esquinas, que no se parecía por ninguna parte alguna juntura.

Estando éstas edificadas en la parte septentrional, juntábase con ellas por de dentro el palacio del Rey, mucho más hermoso de lo que es posible declarar con palabras; porque no era posible exceder esta obra, ni en magnificencia ni edificio, en cosa alguna; estaba toda cercada de muro muy fuerte levantado en alto treinta codos, y también rodeada de torres muy lindas y muy dornadas, en igual distancia edificadas, con sus apar-

tamientos, que pudiesen recibir dentro muchos hombres y cien camas: la variedad de los mármoles que había en ella era maravillosa de ver, porque había puesto y recogido allí muchos que en pocas partes se hallan, los cuales hermoscaban el edificio, las alturas y cumbres, con la altura de las vigas, ornamentos y gentileza grande, dignos de admiración. La multitud de recogimientos, y las diversas maneras que había de edificios llenos de toda alhaja y de todo lo necesario, de lo cual era la mayor parte de oro y de plata, tenía también muchas galerías hechas en círculo una con otra, y en cada una sus columnas, y los espacios que estaban abiertos al aire, muy bien variados, con selvas y mucha verdura: tenía unas correderas y lugares de paseo muy largos, ceñidos de otras fuentes hechas con mucho artificio, y cisternas con muchas figuras de metal, por las cuales se vertía el agua, y muchas torres llenas de palomares alrededor de las aguas. Pero no es posible contar ni declarar la lindeza de este palacio, y da, cierto, gran pena acordarse de ello para contar cuántas cosas destruyó el fuego de los ladrones, porque no fueron estas cosas quemadas por los Romanos, sino por los naturales revolvedores y amigos de toda traición, según hemos contado arriba en el principio de la disensión y discordia de esta gente: y de la torre Antonia que comenzó el fuego, pasó también por el Palacio Real, y llevóse los techos de las tres torres.

El templo, pues, como dije, estaba edificado sobre un collado muy fuerte: al principio apenas bastaba para el templo, ni para la plaza, el llano que había en lo más alto del collado, el cual era como recuesto; pero como el rey Salomón, que había edificado el templo, hubiese cercado la parte de hacia el Oriente de muro, edificó allí un claustro junto con el collado, y quedaba por las otras

partes desnudo, hasta que, siglos después, añadiendo el pueblo algo á la montaña, fué igualada con el collado, y hecho más ancho; y roto también el muro de la parte septentrional, tomaron tanto espacio cuanto después mostraba el templo haber comprendido.

Cercado, pues, el collado de tres muros, vino á ser la obra mayor y más importante de lo que se esperaba: en lo cual se gastaron, por cierto, muchos años y todo el tesoro sagrado recogido de muchos dones que habían enviado de todas las partes del universo para ofrecer á Dios, tanto en lo que se había edificado en el cerco alto, cuanto en el bajo. De estas partes, la que era más baja estaba fortalecida y ensanchada de trescientos codos, y aun en algunos lugares más; pero la hondura de los fundamentos no podía verse toda, porque por igualar las calles estrechas de la ciudad, estaban todos los valles muy llenos: las piedras eran de cuarenta codos cada una, porque la abundancia del dinero y la liberalidad del pueblo se esforzaba á hacer más de lo que á mi al presente me es posible explicar; y lo que no pensaban poder jamás acabar, parecía que con el tiempo y continua diligencia se ponía por obra y acababa.

La obra que estaba edificada era ciertamente digna de tales y tan grandes fundamentos: los portales estaban dobles de dos en dos; cargaban sobre columnas de veinticinco codos cada una de alto, y todas cortadas de mármol blanco: era la cubierta de lazos de cedro muy excelente, cuya natural magnificencia, por ser de madera muy lisa, y juntar tan lindamente, era cosa mucho de ver, y de mucha estima á los que lo miraban; por defuera ninguna pintura tenían, ni obra de pintor alguno ni entallador: eran anchas de treinta codos, y el cerco de todo, con el de la torre Antonia, era de seis estadios.

Estaba todo el espacio del patio muy variado, enlosado de todo género y diversidad de piedras muy gentiles: por la parte que se iba á la segunda parte del templo estaba rodeado de barandas altas de tres codos, cuya labor deleitaba á cuantos las miraban, adonde había unas columnas puestas en iguales espacios, que mostraban la ley de la castidad, las unas con letras griegas, y las otras con latinas, que decían no deber ningún extranjero entrar, ni ser admitido en el lugar sagrado; porque esta parte del templo se llamaba el templo santo, y subíase á él por catorce gradas; el primero era en lo alto cuadrado y cercado de otro muro que tenía para sí propio, cuya altura, aunque por defuera pasaba de cuarenta codos, estaba cubierta con las gradas que tenía: la de dentro tenía veinticinco codos, porque edificada por gradas en lugar más alto, no se podía ver toda la parte de dentro, cubierta algún tanto con el collado: había después de estas catorce gradas un espacio hasta el muro, llano y de trescientos codos; y de aquí salían otras cinco gradas, y veníase á las puertas por unas escaleras, ocho de la parte septentrional y de Mediodía, cuatro de cada parte, y dos por la parte del Oriente; porque fué necesario que las mujeres tuviesen lugar propio apartado con muro, por causa de la religión, que lo mandaba, y parecía que era necesario hubiese otra puerta de frente. De frente de la primera había una puerta apartada de las otras regiones, puesta al Mediodía, y otra á la parte septentrional, por las cuales se podía entrar adonde las mujeres estaban, porque por otra parte entrar á ellas era prohibido: no les era lícito pasar su puerta por el muro; era abierto este lugar tanto á las mujeres naturales, cuanto á las extranjeras que venían por ver la religión que guardaban.

La parte que respondía al Occidente ninguna puerta tenía; pero había allí edificado un muro continuo y fuerte: entre las puertas había muchos portales dentro del muro, edificados casi enfrente del lugar á donde estaba recogido el tesoro, sosteniéndolos unas columnas muy altas y muy galanas; eran también muy sencillas, y no diferían en algo de las que estaban abajo, sino en sola la grandeza. Estaban unas de estas puertas guarnecidas y cubiertas todas de oro y plata, y no ménos los postigos de ellas y los umbrales; pero la una que está fuera del templo estaba guarnecida de cobre de Corinto, la cual tenía gran ventaja, y era de tener en más que no las de oro ni las de plata; cada una tenía dos puertas de treinta codos de alto y quince de ancho; después de haber entrado á donde se ensanchaban algo más, tenían á cada treinta codos de entrambas partes unas sillas magníficas á manera de torres, hechas largas y anchas, y levantadas en alto más de veinte codos: sostenían á cada una de éstas, dos columnas de doce codos de grueso: las otras puertas todas eran iguales; pero la que estaba sobre la Corintia, por la parte que las mujeres entraban, abríase por la parte de Oriente; la puerta del templo era sin duda mayor, porque era de cincuenta codos de alta, y tenía las puertas de cuarenta, y mucho más magníficamente adornadas, porque tenía más oro y más plata, lo cual había Alejandro, padre de Tiberio, puesto y repartido en las nueve puertas.

Las quince gradas del muro que apartaban las mujeres, venían á dar á la puerta principal, y eran cinco gradas menores que las que llevaban el camino á las otras puertas: estaba el templo, es á saber, el templo sacrosanto, en medio, y subían á él por doce gradas; la altura y anchura por de frente era de cien codos, y por la parte de

detrás era de cuarenta codos más angosto, porque las fronteras y entradas se alargaban como dos hombros, veinte codos por cada parte: la primera puerta tenía setenta codos de alto y veinticinco de ancho, y ésta no tenía puertas, con lo cual se significaba estar el cielo muy abierto para todos, y claro por todas partes: todas las delanteras estaban cubiertas de oro; la primera entrada estaba por defuera toda muy reluciente, y todo lo de dentro del templo se ofrecía muy lleno de oro á los que lo miraban; y como la parte de dentro estuviese partida, y hecha de tablas, la primera entrada se mostraba con una altura muy seguida levantada noventa colos, y tenía de largo cuarenta, y de ancho veinte. La puerta que de dentro había estaba toda dorada, según dije, y alrededor de ella había una pared muy dorada; tenía en lo alto de ella unos pámpanos de oro, de los cuales colgaban unos racimos grandes como estatura de un hombre, y porque con el tablado se dividia, parecía ser el templo más bajo que el que estaba defuera: tenía las puertas de oro altas de cincuenta y cinco codos y diez y seis de ancho; tenía más una cortina de la misma largura, es á saber, el velo que llamaban de Babilonia, variado y tejido de colores; es á saber, cárdeno y como leonado, de grana y de carmesí muy excelente, hecho y labrado con obra maravillosa, y que había mucho que ver en la mezcla de los colores, porque parecía allí una imagen y semejanza de todo el universo: con la grana parecía que se representaba el fuego, con el leonado la tierra, con el cárdeno el aire, y con el color carmesí se representaba el mar, parte de esto por los colores ser tales; pero el carmesí y el como leonado, porque la tierra lo produce y nace de ella, y de la mar el carmesí. Estaba pintado allí todo el orden y movimiento de los cielos, excepto los signos.

Los que entraban venían á dar en otra parte más baja, cuya altura tenía bien sesenta codos, de largo otros tantos, y la anchura veinte, divididos otra vez en cuarenta; la primera parte estaba apartada cuarenta codos, y tenía tres cosas muy maravillosas y dignas de ser por todos muy alabadas: un candelero, una mesa y un incensario: había en este candelero siete candelas, que significaban los siete planetas; en la mesa había puestos doce panes, que significaban el curso de los signos y de todo el año. El incensario con trece olores diferentes, con los cuales se llenaba, traídos de mares extraños y tierras inhabitables, significaba que todo era de Dios, y á Dios todo servía: la parte del templo más adentro era de veinte codos; apartábase de la de fuera con otro semejante velo, y en ésta no había algo: ninguno la podía ver ni llegar á ella, porque era muy inviolada, y ésta era la que llamaban Santa Santorum: por los lados del templo más bajos había muchos repartimientos y galerías hechas á tres, y á cada lado había entrada para recogerse en ellas: la parte del templo superior no tenía los mismos apartamientos, por donde era más estrecha, y de cuarenta codos más alta, y no tan ancha ni de tanto cerco como la inferior.

Toda la altura tenía cien codos, y por bajo no tenía más de cuarenta: lo que por defuera se mostraba estaba de tal manera, que no había ojos ni ánimo que lo viesen y considerasen, que no se maravillasen mucho. Estaba toda cubierta con unas planchas de oro muy pesadas; relucía después de salido el sol con un resplandor como de fuego, de tal manera, que los ojos de los que lo miraban no podían sostener la vista, no menos que mirando los rayos que el sol suele echar: á los extranjeros que venían de lejos solía parecer una montaña blanca de nieve, por-

que adonde el templo no estaba dorado¹, era muy blanco: había en la techumbre y altura unas púas muy agudas de oro, porque no pudiesen sentarse aves allí y ensuciarlo, y el largo de algunas piedras que allí había era de cuarenta y cinco codos, la altura de cinco, y la anchura de seis; el altar que estaba delante del templo tenía de alto quince codos, de ancho y de largo tenía por cada parte cuarenta, y siendo cuadrado se levantaba como con ciertas esquinas á manera de cuernos, y la parte por donde se subía aquí, hacia el Mediodía se levantaba poco á poco, y había sido edificada toda sin hierro, ni jamás hierro lo había tocado.

Estaba el templo y este dicho altar rodeado con un cerco muy agradable de piedra muy gentil que salía levantada hasta un codo, y apartaba la gente del pueblo de los sacerdotes: los gonorreos, que son aquellos que no pueden detener su simiente, y los leprosos eran echados de toda la ciudad, y á las mujeres también que tenían flujo de sangre les estaba cerrada, y les era prohibido el entrar, y aun las mujeres limpias de todo esto no podían, ni les era lícito llegar al lugar arriba dicho.

Los varones que no eran del todo castos no podían llegarse á esta parte de dentro, y los que lo eran, aunque muy puros, no podían llegar á los sacerdotes. Los que descendían del linaje sacerdotal, y no usaban el oficio por ser ciegos, podían estar dentro de aquel lugar adonde estaban los que eran de todo mal y enfermedad libres y sanos, y alcanzaban eso por vía del linaje del cual descendían: vestían vestidos populares y semejantes á los del pueblo, porque las vestiduras sacerdotales solamente eran lícitas á los sacerdotes que celebraban los sacrificios: los que se llegaban al templo y al altar habían de ser sacerdotes sin algún vicio, vestidos con

una vestidura de color como leonado, y principalmente aquellos que eran en el beber más templados, y que más se abstendian del vino, y eran más sobrios y recatados por el miedo grande que por su religión tenían, porque no pecasen en algo, ni faltasen celebrando sus sacrificios: subía con ellos el pontífice, aunque no siempre, pero cada siete días y el día de las calendas, que es el primero de cada mes, ó si algunas veces celebraba todo el pueblo la fiesta de la patria, que solía venir cada año, solía sacrificar ceñido con un velo y cubierto con él hasta la cintura y hasta los muslos, y tenía debajo un camison de lino que le llegaba hasta los pies, y encima una vestidura de color cárdeno, redonda, de la cual colgaban como unos rapacejos ó cintas: en un nudo colgaba una campanilla de oro, y en otro una granada, entendiéndose por la campanilla los truenos, y por la granada los relámpagos. El vestido de encima los pechos estaba ceñido con unas hazalejas ó toajas variadas de cinco colores, es á saber, de oro, de carmesí, de grana, de cárdeno y de aquel color como leonado, de los cuales dijimos ser tejido el velo del templo; y tenía un como sayo variado con las mismas colores, en el cual había más oro; y el hábito y manera era semejante á un jubón ancho con dos hebillas de oro, que se venían á atar á manera de serpientes, y estaban engastadas entre ellas piedras grandes y muy preciosas, en las cuales estaban escritos los nombres de las doce tribus de Israel: de la otra parte colgaban otras doce piedras partidas en cuatro partes, en cada una tres, y eran sardio, topacio, esmeralda, carbunco, jaspe, zafir, achates, amatista, lincurio, cornerina, beril y crisólito; y en cada una de ellas había escrito su nombre; cubríale la cabeza una mitra ó tiara con una corona hecha de jacinto; y alrededor de

ella había otra corona de oro, la cual traía las letras sagradas, que son las cuatro letras vocales.

No solía ir siempre vestido con esta misma vestidura, sino con otra que era también rica, mas no tanto, y vestíase de aquella cuando entraba en el Sagrario: solía aquí entrar una vez y no más en todo un año, y este día que entraba solía ayunar todo el pueblo; pero otra vez hablaremos de la ciudad, del templo, de las costumbres y leyes con mayor diligencia, porque no nos queda poco aun que declarar.

Estaba la torre Antonia edificada en una esquina ó canto de las puertas de la parte primera del templo, que estaba al Occidente y al Septentrión: fundada y edificada sobre una peña alta de cincuenta codos, y cortada por todas partes, lo cual fué obra del rey Herodes, en la cual mostró la magnificencia y alteza de su ingenio en gran manera. Estaba esta piedra cubierta á lo primero de una corteza algo ligera, como una hoja de metal, por dar honra á la obra, porque pudiesen fácilmente caer los que intentasen subir ó bajar: había delante de la torre, además de lo dicho, por todo su cerco, un muro de tres codos en alto; el espacio de la torre Antonia en alto dentro del muro, se alzaba hasta cuarenta codos; por dentro tenía anchura y manera de un palacio, repartido en todo género y manera de cámaras y apartamentos para posar en ellos; tenía sus salas, sus baños y cámaras muy buenas y muy cómodas para un fuerte, de tal manera, que en cuanto tocaba al uso necesario, parecía una pequeña ciudad, y en la magnificencia de ella parecía un palacio muy alindado; pero estaba muy á manera de torre edificada; y por los otros cantones rodeada con otras cuatro torres, las cuales eran todas de cincuenta codos de altas: la que estaba hacia

la parte de Mediodía y del Oriente se levantaba setenta codos de alto, de tal manera, que de ella se descubría y podía ver todo el templo; y por donde se juntaba con las galerías, tenía por ambas partes ciertas descendencias por las cuales entraban y salían las guardas, porque siempre había en ella soldados romanos, y estas guardas eran puestas allí con armas porque mirasen con diligencia que el pueblo no innovase algo de los días de las fiestas.

Estaba el templo dentro de la ciudad como una torre y fuerte, y para guarda del templo estaba la torre Antonia: en esta parte había también guardas, y en la parte alta de la ciudad, el Palacio Real de Herodes, el cual era como un castillo: el collado llamado Bezeta, según arriba dije, estaba apartado de la torre Antonia, el cual, como fuese el más alto de todos, estaba también junto con la parte nueva de la ciudad, y era el único opuesto al templo por la parte septentrional; pero deseando escribir de la ciudad y de los muros de ella otra vez en otra parte más largamente, bastará lo dicho por ahora.

VII.

En el cual se cuenta cómo los Judíos rehusaron rendirse á los Romanos, y cómo los acometieron.

La gente más de guerra y más esforzada estaba con Simón, y eran hasta diez mil hombres, sin los Idumeos: estos diez mil tenían cincuenta capitanes, á todos los cuales mandaba y era Simón superior. Los Idumeos tenían diez capitanes de su misma gente, y eran hasta.

cinco mil: mostrábanse principales entre éstos, Diego, hijo de Sosa, y Simón, el hijo de Cathla. Juan, que se había apoderado del templo, tenía seis mil hombres armados; y éstos eran regidos por veinte capitanes, y habíanse también entonces juntado con él dos mil cuatrocientos de los Zelotas, dejadas aparte las discordias que tenían, con los capitanes que antes solían tener Eleázaro y Simón, hijo de Arino.

Estando, pues, éstos puestos en guerras y discordias, como dijimos, por dominar el pueblo, á los que no hacían lo mismo que ellos, ambas parcialidades los robaban. Simón tenía toda la parte alta de la ciudad y el muro mayor hasta Cedrón, y tenía también del antiguo muro toda la parte de Siloa hasta el Oriente, y todo lo que baja hasta el palacio de Monobazo: éste era un rey y señor extraño de gente. Diabena, el que habitaba de la otra parte del Eufrates. Tenía también en su sujeción el monte de Aura, que es la parte de la ciudad inferior, hasta el palacio de Elena, la que fué madre de Monobazo.

Estaba Juan apoderado del templo, y de alguna parte de allí alrededor, tenía también á Ophla y el valle que se llama Cedrón; y puesto fuego á todos los lugares que había en medio, hicieron plaza en medio con sus armas y guerras que entre sí tenían: porque no cesaba la sedición y revuelta dentro de la ciudad, aunque veían el campo de los Romanos estar muy cerca de los muros; Al primer asalto é ímpetu que los Romanos quisieron hacer, ellos se reposaron algún poco; mas luego volvieron á su antigua enfermedad, y dividiéndose en partes otra vez, cada uno por sí peleaba, haciendo todo lo que los Romanos, que los tenían cercados, deseaban.

Porque no mostraron tanto rigor ni usaron los Ro-

manos de tanta crueldad con ellos, cuanta ellos mismos unos contra otros ejecutaban, ni experimentó en su daño algo de nuevo de los Romanos la ciudad: porque padeció ciertamente más graves casos antes de ser destruida, y los que la ganaron hicieron algo más y de más nombro, porque juzgo haber sido destruida por las sediciones y revueltas que dentro había, las cuales fueron combatidas y deshechas por los Romanos; y eran mucho más fuertes, cierto, que los muros, de lo cual se puede harto claramente conocer que la adversidad y destrucción se debe atribuir á ellos y la justicia á los Romanos, de donde se entenderá claramente que el tiempo mostró y pagó á cada uno según lo que merecía.

Pero pasando estas cosas de dentro, Tito iba mirando el cerco y rondando toda la ciudad con sus principales caballeros, por descubrir por qué parte le vendría mejor dar el asalto y combatir el muro. Estando, pues, en gran duda, por ver que no podía pasar por aquella parte por donde los valles estaban; y por el otro lado el primer muro parecía más fuerte que eran las máquinas que Tito tenía, parecióle bien acometerlo por el sepulcro de Juan, pontífice: porque esta parte sola era más baja, y era la primera y no estaba junto con el segundo muro, no habiendo tenido cuenta con guarnecerla; porque como era la nueva ciudad, no era tan frecuentada.

De esta manera, pues, tenían por aquí más fácil entrada en el tercer muro, por el cual pensaba poder tomar la parte superior y más alta de la ciudad, y por la torre Antonia el templo.

Mirando Tito estas cosas con diligencia, fué herido en el hombro izquierdo con una saeta uno de sus amigos, llamado por nombre Nicanor, hombre hábil y elocuente, habiéndose llegado juntamente con Josefo, por persua-

dirles la paz á los que estaban en los muros. Por lo cual conoció el Emperador lo que ellos trabajaban, viendo que aun no perdonaron á los que los amonestaban y buscaban su salud, y determinó de cercarlos de hecho. Dió juntamente licencia á sus soldados que diesen saco á los arrabales que la ciudad tenía; y juntando para ello el aparejo, mandó edificar un montezuelo. Partiendo su ejército en tres partes, para acabar aquella obra, puso los tiradores y flecheros en medio; delante de éstos, en la vanguardia, puso muchos ballesteros, y todas las otras máquinas é ingenios de guerra, con los cuales pudiese defender su gente de los enemigos, si por ventura salían á estorbarles á los muros é impedirlos mientras estaban ocupados en poner en orden sus obras.

Habiendo, pues, cortado todos los árboles, mostráronse descubiertos todos los arrabales, y traídos aquellos para acabar sus obras, estaba todo el ejército de los Romanos muy contento y muy puesto en acabarlas.

Los Judios no eran menos diligentes en este mismo tiempo. El pueblo, que estaba puesto entre tales ladrones y matadores, tenía grande esperanza que había algún tiempo de alcanzar algún poco de sosiego estando aquellos entretenidos contra los enemigos, y confiando que habian de alcanzar tiempo que pudiesen pedir venganza de tanto daño como les era hecho por sus mismos naturales, si los Romanos salían con la victoria.

Juan, con todo, estabase quedo sin moverse, temiendo á Simón, aunque su gente quería salir contra los enemigos extranjeros; pero con todo, Simón no reposaba, porque estaba muy cerca de los enemigos, antes con sus dardos en orden por los muros (los cuales había poco antes quitado á los Romanos) y aquellos que habían sido también tomados en la torre Antonia, les hacía guerra.

No era provechoso á muchos usar de éstos, porque siendo mal diestros en tirarlos, antes se dañaban á sí mismos, y pocos había que, habiéndolo aprendido de los enemigos que habían huído, no se lastimasen. Mas con piedras y con saetas daban encima de los que trabajaban en hacer el monte; y saliendo también por algunas callejas, peleaban con ellos. Cubrianse los que entendían en la obra como con unas mantas puestas contra el valle, y tenían todas las legiones unas máquinas y obras para su defensa muy maravillosas: los ballesteros de la décima legión eran principalmente mayores, y de mayor vehemencia y fuerza los ingenios también, con que echaban las piedras, con las cuales eran derribados, no solo los que osaban salir al encuentro, pero aun también aquellos que estaban sobre el muro, porque cada piedra pesaba un talento largamente, y tiraban más lejos y más largo de un estadio de camino, y el golpe que con estos ingenios y máquinas daban, era insufrible, no sólo á los primeros en quienes daban, sino aun alguna vez también era intolerable á los postreros.

Guardábanse los Judíos de las piedras, porque eran claras y blancas; y no sólo se conocían con el ruido ó sonido que hacían, sino aun también se veían con el color que tenían. Los que estaban, pues, de guarda y por centinelas en las torres, les avisaban cuando echaban sus golpes con las máquinas que para ello tenían; y cuando movían ó echaban el hierro, gritaban en lengua de la patria ciertas palabras, diciendo: «El hijo viene»; y de esta manera sabían antes contra cuáles aquellas armas viniesen, y así se guardaban de ellas; y de esto sucedía que, guardándose ellos, caían las piedras sin provecho y sin hacer algo.

Por tanto, pensaron los Romanos hacer las piedras

con tintas negras; y echadas de esta manera, no daban tan en vano como solian antes, y derribaban á muchos juntamente; pero por más maltratados que los Judios aquí eran, no por eso daban más licencia ni libertad á los Romanos que edificasen sus fuertes, antes les prohibian toda obra y todo atrevimiento, no menos de noche que de día.

Acabadas, en fin, las obras que los Romanos hacían, habiendo echado el plomo y la cuerda, midieron el espacio y distancia que había de donde ellos estaban hasta el muro, porque no podía esto hacerse de otra manera, por la resistencia que por arriba les hacian. Y habiendo hallado unos que llamaremos arietes, iguales, llegaronlos en parte cómoda; y ordenadas sus máquinas según quiso, mandó Tito que combatesen por tres partes el muro, porque no pudiesen impedirle ni causar algún estorbo á sus arietes. Era tan grande el ruido que se sentia con esto por toda la ciudad, que levantaron grandes voces todos los ciudadanos, y los sediciosos y revolvedores fueron muy amedrentados. Y porque pensaban que este peligro había de ser á todos común, determinaban todos ya resistirlo juntamente, aunque los que eran discordes y enemigos gritaban entre si que cuanto hacian era en provecho de los Romanos, y que ya que Dios no les quiera conceder perpetua concordia, por lo menos al presente tiempo les convenia á todos concordar y hacer generalmente resistencia á los Romanos.

Envió también Simón un trompeta, y dió licencia y facultad á los que quisiesen para salir del templo y venir al muro: lo mismo hizo Juan, aunque éste menos se fiaba. Olvidando ellos sus enemistades y discordias, júntanse en uno; y repartidos por el muro, echaban mucho fuego contra las máquinas de los Romanos, y

contra los que movían aquellos ingenios que los Romanos tenían hechos, y tirábanles sin cesar.

Saliendo también los más atrevidos á manadas, desahacían las cubiertas de las máquinas é ingenios de los enemigos; y poniéndose contra ellas, hacían mucho con el gran atrevimiento que tenían; pero poco con saber y destreza.

Estaba siempre Tito ocupado en ayudar á los que por él trabajaban: y habiendo ordenado la gente de á caballo cerca de aquellas máquinas é ingenios que había puesto, y sus flecheros, defendía y combatía á los que echaban el fuego, y hacía recoger de las torres á los que tiraban, dando espacio y tiempo á los que tenían puestos sus ingenios y máquinas, para que les hiciesen daño y efectuasen su intento: con todo esto no podían derribar el muro, sino que el ingenio de la quinta legión movió algún tanto la una esquina de la torre; y el muro permanecía siempre muy entero, porque no sintió luego su peligro, como hizo la torre, que era mucho más alta; y aunque ella cayese, no podía hacer daño alguno al muro.

Reposándose ya algún tanto, y dejando de salir contra los Romanos, tuvieron ojo á que estaban atentos y distraídos en sus obras y en su campo, porque pensaban que los Judíos se habían ido por el trabajo y miedo que tenían: salieron todos secretamente por la puerta adonde está la torre de Hipico, y echaron fuego á todas las obras que los Romanos habían hecho. Salían armados contra los Romanos, hasta llegarse á los fuertes que tenían éstos hechos delante de su campo; pero fueron movidos para mal de los Judíos, tanto los que allí estaban cerca, como los de más lejos. La disciplina y uso de las armas que los Romanos tenían, vencía el atrevimiento y audacia de los Judíos; y habiendo hecho huir los primeros

que hallaron, hacían fuerza contra los otros que se recogían. Trabóse una fiera pelea cerca de las máquinas é ingenios de los Romanos, procurando los Judíos ponerles fuego en sus ingenios y máquinas, resistiendo y trabajando los Romanos por defenderlos, y así se levantaban las voces hasta el cielo de ambas partes; y muchos de los que estaban en la vanguardia y delantera, murieron.

El atrevimiento de los Judíos era mayor, por lo cual eran superiores, y había ya tomado el fuego en las obras de los Romanos; y fuera ciertamente todo abrasado, si los más escogidos de Alejandria no hubieran resistido, peleando muchos de ellos más esforzadamente que lo que de ellos se esperaba; porque ciertamente se adelantaron en esta guerra á los más valerosos, hasta tanto que, el capitán y emperador Tito, acompañado con los más esforzados caballeros de los suyos, dió en los enemigos, y él por su parte mató doce hombres de la parte contraria que le vinieron delante; y por temor de la matanza que se hacia en los Judíos, forzados todos á huir, hizolos recoger dentro de la ciudad, y de esta manera libró sus máquinas é ingenios del fuego.

Acontció que en esta pelea fué preso un judío vivo, y mandó Tito crucificarlo delante del muro, por ver si por ventura los otros que dentro estaban, espantados con esto se rendirían.

Después de haber partido de aquí el capitán de los Idumeos, llamado Juan, estando hablando delante de los muros con un soldado conocido, fué herido en el pecho por un árabe con una sacta, y luego en la misma hora murió, y dejó por cierto gran dolor y llanto á los Judíos, y mucha tristeza á los revolvedores, porque era hombre pronto en sus manos, y esforzado y muy sabio.

VIII.

De cómo cayó la una torre, y cómo los Romanos ganaron los dos muros.

Y luego la noche siguiente se levantó grande alteración y alboroto entre los Romanos, porque habiendo mandado Tito que se hiciesen tres torres de cincuenta codos de alto, para que puestas éstas encima de cada una de las montañas que habían hecho, pudiesen mejor y más fácilmente derribar y hacer huir los enemigos, la una de ellas cayó una noche muy serena, sin hacerle fuerza alguna, y fué tan grande el ruido y estruendo que hizo, que amedrentó todo el ejército.

Sospechando que los Judios trabajaban por hacerles algo, tomaron luego las armas, y con esto se revolvieron las legiones y se alborotaron; y como ninguno pudiese decir algo de lo que había acontecido, echando muchas quejas, unos pensaban una cosa y otros pensaban otra; de esta manera temíanse todos de sí mismos sin ver enemigos, y los unos pedían á los otros alguna señal, como si los Judios ya les tuviesen ganado el campo.

Mostraban estar todos espantados no menos que de alguna visión, hasta tanto que Tito, habiendo sabido lo que pasaba, mandó que fuese descubierto y manifestado á todos lo que era, y cuando fué sabido se reposaron.

Sufrían los Judios toda fuerza cuanta les hacían, valerosamente; pero fueron maltratados desde las torres, porque desde allí los herían con las máquinas menores

y más ligeras, los tiradores, flecheros y los ingenios que echaban las piedras. Y no pudiendo ellos igualar la altura de estas torres, ni teniendo esperanza de poderlas destruir, pues no les era posible derribarlas por su gran peso, ni poner fuego en ellas por causa de que estaban cubiertas de hierro, huían más lejos que un tiro de saeta, y no podían aún guardarse de los golpes de aquellos ingenios que los Romanos tenían puestos; los cuales, perseverando en su obra é hiriendo siempre, ganaban y aprovechaban algo poco á poco.

Rompiendo ya de esta manera el muro por la parte que estaba aquel grande ingenio de los Romanos, el cual llamaban los Judíos Niconá, porque todo lo vencía, aunque estaban ya cansados de pelear y trasnochar, estando de guarda lejos de la ciudad, quisieron también con más negligencia ó por tener mal consejo, pensando tener un muro demasiado, pues les quedaban otros dos, y esos muy fuertes, dejar el primero; y así muchos, cansados, se alejaron y retrajeron al segundo muro.

Como los Romanos hubiesen subido por la parte del muro que había sido con aquella gran máquina derribada, abiertas las puertas, recibieron dentro á todo el ejército. Y habiendo ganado de esta manera este muro á los dos de Mayo, derribaron gran parte de él y la parte de la ciudad que estaba al Septentrión, la cual había ya antes Cestio destruido.

Habiendo Tito advertido adónde estaba el fuerte de los Asirios, pasó su gente, tomando toda aquella tierra que había entre Cedrón; y apartado más de un tiro de saeta del segundo muro, comenzó luego á combatirlo. Aquí resistieron los Judíos valerosamente, repartiendo entre sí el muro: Juan y los suyos peleaban de la torre

Antonia, hasta la puerta septentrional del templo y hasta el monumento de Alejandro. La gente de Simón había cerrado desde aquel monumento adonde Juan llegaba, hasta la puerta por donde entraba el agua en la torre de Hípico.

Muchas veces salían de las puertas y peleaban de más cerca; y siendo forzados á recogerse dentro de sus muros, al pelear eran vencidos por la disciplina militar y ejercicio que los Romanos tenían, en la cual eran los Judíos muy poco ejercitados; pero en pelear desde el muro, eran vencidos los Romanos; porque éstos vencían con la próspera fortuna que tenían y con la ciencia en las cosas de la guerra, y los Judíos se sustentaban y defendían con el atrevimiento, regido por el miedo grande, por ser muy fuertes en sufrir adversidades.

Tenían aún éstos esperanza de salud, no menos que los Romanos de alcanzar la victoria; ningunos por su parte se cansaban: eran muchas las acometidas y combates que daban al muro y las corridas que se hacían de ambas partes cada día; peleábase de todas maneras, esparciendo las peleas que en amaneciendo se comenzaban; la noche les era á todos más pesada que el día, porque no dormían, temiendo los Judíos que el muro sería ciertamente luego ganado, y los Romanos, por otra parte, temían que les acometiesen y entrasen por su campo. Estando, pues, toda la noche en guarda muy armados, luego al amanecer se mostraban aparejados para pelear.

Los Judíos contendían quién primero y quién más prontamente se ofreciese á los peligros, porque de esta manera alcanzasen favor de sus capitanes: movíalos principalmente la reverencia y miedo que tenían á Simón; y de esta manera todos los que le estaban sujetos, lo aca-

taban tanto, que estaban prontos para matarse ellos mismos si él lo mandase.

La costumbre que los Romanos tenían de vencerles, persuadía y levantaba su virtud, porque no eran acostumbrados á ser vencidos, y por las muchas guerras y por el continuo ejercicio de las armas y grandeza del Imperio, y lo principal por ver á su Capitán y Emperador éstar siempre presente: porque acobardarse en presencia de su Emperador y aun ayudándoles él, teníanlo por malicia muy grande, y estaba como testigo presente de aquel que bien pelease, para dar á la virtud el debido premio: había también provecho en esto, que por lo menos hacía manifiesto al Príncipe cuán valiente y esforzado varón fuese: por esto muchos se esforzaron más, y se mostraron prontos para hacer más de lo que sus fuerzas les bastaban.

Estos mismos días, finalmente, habiéndose ordenado delante del muro un escuadrón de los más esforzados Judíos y hombres de guerra, tirando muchas saetas y dardos de ambas partes, adelantóse uno del escuadrón de la gente de á caballo, llamado Longino, y echóse por medio del escuadrón de los Judíos; y haciendo camino por medio, mató dos de ellos los más esforzados: al uno, que le reencontró, dió en la cara, y sacando la misma saeta, dió con ella al otro, que se iba retirando, y luego saltó por entre los enemigos y se vino á los suyos. Éste, pues, por su virtud era muy señalado; pero hubo muchos que hicieron lo mismo.

No teniendo los Judíos cuenta con el daño que recibían, solamente tenían ojo á hacer daño á los Romanos, y despreciaban mucho la muerte, con tal que muriesen matando alguno de sus enemigos. Tito, con todo, no tenía menos cuenta con la salud de los soldados, que con la

victoria que esperaba alcanzar, diciendo que el ímpetu y fuerza temeraria y sin consejo, no era fuerza, sino desesperación; y que solamente era virtud trabajar en pelear prudentemente y con cordura, sin recibir daño, y que en esto se mostraba el ánimo del varón esforzado.

LX.

De cómo un judío llamado Castor se burlaba de los Romanos.

Así, mandó sentar en la parte septentrional aquel ingenio llamado ariete, delante de la torre, adonde un judío astuto y engañador, llamado Castor, se había escondido con otros diez soldados, después de huidos todos los otros por el gran miedo que de las saetas tenían. Habiendo éstos estado algún tiempo durmiendo armados, oyendo cómo combatían la torre, ellos se levantaban; y Castor, extendiendo sus manos, pedía el socorro y ayuda de Tito muy humilde, suplicando con voz de gran compasión que los perdonase.

Creyendo esto simplemente Tito, pensando ya que los Judíos se arrepentían de la guerra, y que les pesaba por ella, mandó que sus ingenieros y máquinas cesasen, y que no tirase su gente á los que le suplicaban, y permitió á Castor que dijese lo que quería.

Respondiendo él que quería salir á hacer concierto con él, dijo Tito que se lo tenía á bien y se holgaría mucho que todos fuesen del mismo parecer, porque él estaba muy pronto para tener paz con todos los de la ciudad. Pero como de aquellos compañeros de Castor, los cinco fingiesen que eran del mismo parecer, los otros cinco comenzaron á gritar que no habían de sujetarse jamás

á los Romanos, entretanto que pudiesen morir con su libertad. Estando, pues, ellos dudando sobre esto, cesaba en este tiempo la fuerza y combate que les daban.

Mientras en esto se detenían, enviaba Castor á Simón algunos mensajeros, por los cuales le decía que proveyesen mientras podía y mirase en lo que le era necesario; porque por un poco de tiempo él se burlaría de Tito, capitán de los Romanos: y mostrábase también persuadir y aconsejar á los suyos que contradecían esto mismo, entretanto que trataba aquello con Simón. Y no pudiendo sufrir lo que les decía, pusieron sus espadas contra sus corazas, y sacudiéndose con ellas, dejáronse caer como muertos.

Maravillóse Tito y sus compañeros cuando los vieron tan pertinaces, no pudiendo ver, á la verdad, del lugar donde estaban, por ser más bajo, lo que pasaba: maravillábase de ver su grande atrevimiento y osadía, y tenía también compasión de ver la ruina y destrucción que se les aparejaba.

En este medio tiró uno una saeta é hirió á Castor en una nalga; y sacándose él mismo de la herida la saeta, mostróla al Emperador, quejándose que sufría cosa indigna y muy injusta. Reprendió Tito al que la había tirado, y envió á Josefo, que estaba con él, que diese las manos á Castor y lo recibiese en su amistad; pero éste respondió que no lo haría, porque no pensaban algún bien en todo cuanto pedían y con humildad suplicaban, y detuvo los amigos que quisieron ir.

Diciendo uno de los que se habían huido, llamado Eneas por nombre, que iría á verse con él, moviéndolo á ello Castor, y diciéndole que trajese algo en que llevar la plata que tenía, corrió éste con las manos abiertas, con mucha afición y codicia: así como llegó dejóle caer

encima una piedra muy grande; pero no pudo herirlo, porque él se guardó, é hirió un otro soldado que allí también estaba.

Teniendo, pues, Tito conocido ya el engaño, conoció también claramente que la misericordia y amistad daña en la guerra, y que la crueldad es menos engañada con la astucia, por lo cual, airado por el engaño, mandaba con mayor diligencia usar de su ingenio contra la torre. Cuando Castor y sus compañeros vieron que la torre andaba ya con tantos golpes de caída, pusieronla fuego; y echándose por medio de las llamas en la minas que la misma torre tenía, alcanzaron otra vez nombre de hombres muy animosos entre los Romanos, porque se hubieran echado en el fuego.

Tomó, pues, por esta parte Tito el muro, cinco días después de tomado el primero, y haciendo huir de allí á todos los Judíos, entró dentro con mil hombres de los mejores que tenía junto á sí en las armas, adonde estaba la nueva ciudad, y aquellos que vendían la lana y los paños, y los herreros; aquí también estaba el mercado de los vestidos, é íbase de aquí al muro por unas sendas y calles muy angostas. Ciertamente que si él hubiera destruído la mayor parte del muro, ó hubiera arruinado lo que había tomado hasta allí, según ley y usanza de la guerra, no creo que hiciera con su victoria daño alguno; pero ahora, confiando que alcanzaría de los Judíos que se entregasen, dilató su partida, pudiendo partirse fácilmente; y esto, porque no pensaba que aquellos á los cuales él daba buen consejo, le habían de armar asechanzas.

X.

De cómo los Romanos ganaron por dos veces el segundo muro.

Ganado, pues, el segundo muro, y entrado que hubo Tito dentro, no consintió que su gente matase alguno de los que prendían, ni que quemasen las casas; antes daba tanta libertad á los revolvedores y sediciosos de la ciudad para pelear si quisiesen, cuanto prometía volver á todos sus bienes y posesiones si se rendían; porque muchos suplicaban que les guardase la ciudad, y que en la ciudad guardase y prohibiese que fuese destruido el Templo.

Estaba ya de antes el pueblo muy conforme con lo que él aconsejaba; pero la juventud y gente deseosa de guerra, tenían por cosa muy apocada la humanidad de Tito, y pensaban que por cobardía y poco ánimo, viendo que no podía alcanzar ni ganar lo que les quedaba de la ciudad, les proponía todas aquellas condiciones. Por lo cual denunciaron á todo el pueblo la muerte, si había alguno que osase hablar ó hacer mención de rendirse á los Romanos, ó de tratar paz con ellos; á los que habían entrado, resistían unos por las estrechuras de las calles; otros desde sus casas, y otros que habían subido por el muro, comenzaban á pelear; con las cuales cosas fueron los que estaban de guarda muy turbados, y echáronse por el muro abajo; y dejando las torres en cuya guarda estaban, recogieronse entre su gente.

Oíanse los clamores de los soldados que estaban dentro de la ciudad cercados de enemigos: los que estaban fuera cerrados en sus alojamientos y tiendas, por el

miedo que tenían, y creciendo el número de los Judíos, prevaleciendo también por saber mejor que los Romanos las calles y todos aquellos caminos, muchos Romanos eran muertos y despedazados: y cuanto más ellos por el aprieto y necesidad en que estaban resistían, tanto más eran echados. No podían huir por la estrechura del muro muchos juntos, y fueran muertos todos los que habían pasado, si Tito no les socorriera: porque habiendo ordenado por los cabos de las calles sus flecheros, y estando él allá donde estaba el mayor número de Judíos, echaba los enemigos con muchas saetas y dardos que les tiraban. Estaba también allí con él Domicio Sabino, varón muy bueno y probado por tal en esta guerra, y perseveró allí echándolos con sus saetas y armas hasta tanto que todos los soldados pudieron librarse.

Habiendo, pues, ganado de esta manera á los Romanos el segundo muro, que hubieron de recogerse por fuerza al primero, crecióles el ánimo y orgullo á los que dentro de la ciudad estaban, y mucho más á los que eran hombres de guerra; y con las cosas prósperas que les sucedían, estaban como locos y sin sentido, porque pensaban que, pues no les había sucedido bien á la primera, no habían de osar llegarse más á la ciudad; y que no podían ellos ser vencidos, si salían á pelear, porque Dios era contrario á los Romanos y á sus empresas, por ser tan malos como eran; y veían, por otra parte, no ser mucho mayor la fuerza que quedaba entre los Romanos, que era aquella que había sido rota poco antes; ni la hambre tampoco, la cual poco á poco entraba; pero no se acordaban de ella, porque aun se sustentaban con el mal público del pueblo, bebiendo la sangre de toda la ciudad.

Mucho tiempo había ya que todos los buenos padecían pobreza y necesidad, y muchos se habían ya consumido

de hambre, y por falta de mantenimientos Los revolvedores y sediciosos parece que se consolaban de los males que padecían con la muerte y destrucción universal del pueblo, deseando que aquellos solamente se salvaran, que no aprovecharan la paz ni la concordia, y los que quisiesen vivir en su libertad á pesar de los Romanos.

Holgábanse que la muchedumbre que en esto les era contraria, fuese consumida poco á poco, no menos que una carga muy pesada é importuna, y ésta era la buena afición que con sus propios naturales tenían.

La gente que había de armas allí, prohibió á los Romanos entrar en la ciudad aunque otra vez lo procuraban; y haciendo reparo de las partes derribadas del muro para su defensa, sostuvieron tres días peleando siempre valerosamente.

El cuarto día no pudieron sufrir á Tito, que los acometió con mayor fuerza, antes forzados se recogieron otra vez adonde antes habían hallado reparo; pero habiendo en este medio ganado Tito el muro, derribó toda la parte que estaba al Septentrión, y puso sus guarniciones por la de Mediodía, en las torres y fuertes que había.

XI.

De los montes que Tito mandó levantar contra el tercer muro. De la larga oración que Josefo hizo á los de la ciudad por que se rindiesen, y del hambre que los de dentro, estando cercados, padecieron.

Pensaba ya Tito de qué manera podría combatir el tercer muro, y parecía haber durado poco tiempo su cerco en lo que había ganado, por lo cual determinó dar tiempo á sus enemigos para que tomasen consejo entre

al, y ver si aflojaría la pertinacia de ellos viendo ya ganado el segundo muro, ó por lo menos por el miedo grande del hambre. Porque era imposible que lo que robaban bastase ya para más, y por esto él se estaba á su placer muy ocioso. Venido el día, cuando convenia repartir los mantenimientos entre los soldados, puestos los enemigos en un lugar que se mostraba á todos, mandó que los capitanes ordenasen su gente y pagasen á todos. Salieron entonces muy en orden con sus armas descubiertas; los caballeros traían sus caballos muy alornados, y todos aquellos arrabales relucían con el oro y con la plata desde muy lejos.

No había espectáculo ni vista por la cual los soldados más se alegrasen, ni había cosa que á los enemigos fuese tan espantable.

Estaban los muros antiguos y toda la parte septentrional llena de gente que los miraba; también estaban las casas llenas de gente que miraba lo mismo, y no había parte alguna ni rincón en toda la ciudad que no estuviese lleno é hirviendo de gente, aunque los más atrevidos habían sido con esta vista amedrentados, viendo la gentileza de las armas y el orden tan excelente de los soldados. Y pudiera ser que con esta vista mudaran aquellos sediciosos y révolvedores de su parecer, si no desesperaran de poder alcanzar perdón de los Romanos, de tantos y tan grandes daños y maldades como habían cometido contra el pueblo; teniendo, pues, por muy cierto que si dejaban de proseguir su fuerza adelante, no les había de faltar el castigo de la muerte, tuvieron por mejor proseguir la guerra y morir antes peleando.

Prevalecía también lo que Dios tenía determinado, es á saber, que muriesen tanto los sin culpa é inocentes

como los muy culpados, y que fuese la ciudad toda con todos los revolvedores destruída.

Duró, pues, el repartir de los mantenimientos entre los de cada legión cuatro días; venido que fué el quinto, habiendo entendido Tito que los Judíos no tenían pensamientos de concordar con él ni hacer paz, repartido su ejército en dos partes, comenzó á levantar montes contra la torre Antonia, cerca del monumento de Juan, pensando que por aquí podía tomar la parte alta de la ciudad, y que tomada la torre Antonia, después tomaría el templo, porque si no lo ganaba, era imposible tener seguramente la ciudad. Por esta causa en cada una de estas dos partes levantaba dos montes, cada legión el suyo.

Los que trabajaban cerca del monumento dicho eran combatidos por los Judíos y compañeros de Simón, que les hacían gran estorbo y daño; y los que trabajaban cerca de la torre Antonia eran desbaratados por los compañeros de Juan y por muchos de los Zelotas, no sólo por la ventaja que en el lugar, por ser más alto, tenían, sino también porque habían ya aprendido el uso de las máquinas é ingenios de guerra de los Romanos, con el uso y experiencia cotidiana: tenían trescientos balles-teros y cuarenta tiros de piedras, con los cuales impedían á los Romanos, y les hacían mucho estorbo porque no acabasen sus edificios y fuertes.

Sabiendo Tito que la fortuna le había de ser próspera, y que la ciudad había de ser destruída y perecer todos, hacía juntamente dos cosas: la una era dar diligencia y prisa grande en el cerco, y la otra era no cesar de aconsejar á los Judíos que se redujesen á la paz y obediencia romana; y representándoles sus hechos juntamente con su consejo, y entendiendo que muchas veces suele ser más fuerte y más poderosa con los hombres el habla y

tratamiento, tanto les rogaba que mirasen por su salud entregándole la ciudad, la cual era ya casi toda tomada, cuanto también les alegaba á Josefo, el cual les hablaría en lengua de la patria, confiando que por consejo y amonestación de un hombre natural, dejarían de pasar más adelante en su pertinacia.

Yendo, pues, Josefo por todo el cerco del muro, lejos cuanto un tiro de ballesta, por donde pensaba que sería oído más fácilmente, rogábales mucho que se guardasen ellos y todo el pueblo, que no fuesen causa de la destrucción del templo y de la patria, y que no quisiesen mostrarse más duros en esto y más pertinaces que eran los mismos enemigos extranjeros; porque los Romanos tenían reverencia á las cosas sagradas de los templos de aquellos con quienes no tenían una ley común, y que cuanto á esto, todos refrenaban sus manos grandemente; y que ellos, es á saber, los Judíos, estaban muy dados á echarse á perder de grado y á buscar la muerte, pudiéndose guardar de ella. Pero que mirasen ya á los muros más fuertes derribados á tierra, y que solamente los que menos eran quedaban.

Dijoles que conociesen no poder, sostener ni resistir á la fuerza de los Romanos, y que no era cosa nueva ni por experimentar de los Judíos estar sujetos á los Romanos. Porque aunque es linda cosa pelear por la libertad, esto se debe hacer en el principio; porque el que ha estado una vez sujeto y ha obedecido al Imperio mucho tiempo, si por ventura quería salir de esta carga y rehusar este yugo, no se mostraba ciertamente amador de la libertad, sino deseoso de morir malamente. Y que se debían afrentar de estar sujetos y tener por señores á los que fuesen de menor estado y condición que ellos, y no á los Romanos, á cuyo poder estaba todo sujeto. Porque

¿qué cosa hay tan fuerte que se haya librado de los Romanos ó no la hayan ellos sujetado á su imperio, sino lo que, ó por el calor ó por el frío, es intolerable y nunca habitado? Antes la fortuna de todas partes se les ha pasado, y el Dios que regía en todas las naciones el Imperio, ahora, si lo miráis, hallaréis que está en Italia.

Pues esta es ley general, á la cual están sujetas las bestias y fieros animales, que el más poderoso esté sujeto á aquel que es menos, y la victoria está siempre con aquellos con quienes está también la mayor fuerza de las armas. Por tanto, vuestros padres y antepasados, aunque eran muy más esforzados y animosos que ellos y mejor proveídos de toda cosa, no resistieron á los Romanos; antes les estuvieron siempre sujetos, á los cuales nunca sirvieran ni hubieran sufrido, si no fuera por saber que Dios les favorecía. ¿Pues en qué os confiáis ahora vosotros, siendo ya tomada la mayor parte de la ciudad? ¿Y aunque los muros estuviesen todos enteros, siendo los ciudadanos casi todos muertos?

Muy bien saben los Romanos el hambre que la ciudad padece, y cómo el pueblo es ahora consumido, y que de aquí á poco han de perecer aun los más esforzados: porque aunque los Romanos cesen y dejen el cerco, y aunque no hagan fuerza con sus armas, ni á vosotros ni á la ciudad, todavía tenéis, oh Judíos, de dentro guerra inexpugnable: la cual cada hora crece, si ya por ventura no tomáis también contra el hambre las armas, y podéis vencer la mala fortuna y desdicha vuestra.

Añadía también á lo dicho, cuánto mejor era, antes de la destrucción intolerable, mudar de parecer y seguir el consejo más saludable, entretanto que les era lícito y posible: porque los Romanos no se enojaban de lo hecho hasta el presente, si no eran pertinaces en lo que habían

comenzado: naturalmente son hombres que aman la paz, la mansedumbre, y prefieren á la ira lo que es más provechoso. Esto pensaban que era haber la ciudad no vacía de hombres ni la provincia desierta; y que, por tanto, quería el emperador Tito tener paz con ellos; porque si por fuerza y por asalto toma la ciudad, no había de perdonar á alguno, ni permitir que quedase hombre vivo, por ver principalmente que viendo tantas destrucciones, no le habían querido obedecer, rogándoles él mismo.

El muro tercero será presto ganado, de lo cual dan fe los dos que habían ya alcanzado; y cuando no pudiesen ganarles sus defensas, el hambre que habían de padecer pelearía por los Romanos.

Muchos que estaban en el muro vituperaban y decían muchas injurias á Josefo, que tan buenos consejos les daba: algunos también le tiraban sus dardos y saetas. Viendo él que con mostrarles claramente las desdichas y destrucciones que padecían, y las que se les esperaban, no podía doblarlos, púsose á contarles historias hechas entre gentiles y batallas ganadas por los Romanos; dijo gritando:

«¡Oh malaventurados de vosotros, olvidados de los que están prontos para ayudaros, guerreáis con vuestras armas y vuestras manos con los Romanos! ¿Pues qué gente hemos jamás vencido nosotros de esta manera? ¿Qué tiempo ha habido en el cual no defendiese Dios, criador de todas las cosas, á los Judíos si eran molestados? ¿No cobraréis, pues, sentido? ¿No miraréis de á dónde salís á pelear, y que hacéis injuria á tan grande ayuda como en todo tenéis? ¿No se os acuerdan las divinas obras de vuestros padres, y cuántas guerras nos excusó este santo lugar, á donde ahora estáis? Las hazañas grandes y maravillosas que Dios ha hecho con

nosotros, sabed que me amedrento de contarlas; pero oid todavía, para que conozcáis que resistis, no sólo á los Romanos, sino á Dios también con ellos.

»Nechias, rey de los Egipcios, llamado por otro nombre Faraón, vino con ejército infinito y hurtónos la reina Sara, madre de nuestro linaje. ¿Qué hizo, pues, su marido Abraham, bisabuelo nuestro entonces? Pues ciertamente que tenia trescientos diez y ocho capitanes, de los cuales cada uno tenía infinita gente que le obedecía. ¿Por ventura quiso más reposarse y no hacer algo sin Dios? Sino levantando sus manos puras y limpias de pecado, escogió para su milicia una ayuda invencible. El segundo dia después, ¿no le fué enviada su mujer á casa, sin padecer corrupción? El Egipcio huyó temblando, y amedrentado con sueños venidos en las noches, después de haber adorado ese mismo lugar que vosotros habéis ensangrentado con las muertes de vuestros propios naturales, después de haber dado y ofrecido muchos dones al templo y á los Judios, por ver que eran tan amigos de Dios.

»Diré algo de cómo el asiento de los nuestros pasó á Egipto; y como estando allí pudiesen hacer conocer con sus armas, si estaban sujetos á reyes extraños ó á tiranos, no quisieron mover algo, antes todo lo dejaron en las manos de Dios. ¿Quién no sabe haber sido llenado todo Egipto de serpientes de todo género y manera, y con toda dolencia corrompido? ¿Quién no sabe haber sido la tierra hecha estéril y sin fruto? ¿Quién no sabe cómo les vino á faltar el Nilo, y las diez plagas que recibieron, por las cuales salieron nuestros padres y antepasados sin derramar sangre con gran ayuda, guiándolos Dios como á sacerdotes suyos? ¿Por ventura Palestina y el ídolo de Dagón no gimieron el Arca del Señor, que

los Asirios nos habían quitado, y no ellos solos, pero aun también todos los que con ellos fueron? Y corrompidas todas las partes secretas y escondidas de sus cuerpos, y comidas sus entrañas con cuanto ellos comían, nos la volvieron con son de trompetas y tambores con sus manos propias, y muy culpadas, trabajando por alcanzar perdón con humildes súplicas y oraciones á Dios.

»Dios era, cierto, el que todo esto administraba y regía por nuestros padres: porque dejadas las armas y dejada la fuerza aparte, se sujetaron á su poder y mandamiento.

»El rey de los Asirios, llamado Senacherib, como hubiese puesto cerco á esta ciudad con toda el Asia, que consigo traía, ¿por ventura perdió éste lo que pretendía, por impedírselo las manos de los hombres? ¿No estaban todos en oración, dejadas las armas, y mató el Angel de Dios en una noche un ejército infinito? ¿Y luego al otro día, recordado el Rey asirio, halló ciento ochenta y cinco mil hombres muertos, y así huía con los que quedaron de los Judíos, que estaban desarmados y no los perseguían?

»Sabéis también la servidumbre y cautiverio que en Babilonia padecimos, adonde estuvo desterrado todo el pueblo sesenta años; y no cobró su libertad antes que Dios la diese por las manos de Ciro, el cual también los amó y dió licencia que saliesen de servidumbre; y los acompañó de tal manera, que volvieron en su estado y reconocieron á Dios, sirviéndolo según tenía de costumbre.

»Quiero, pues, concluir brevemente: ninguna cosa hicieron los nuestros señalada, ni de memoria, con las armas, ni dejaron tampoco de alcanzar cuanto pidieron con ruegos y con oraciones, dejándolo todo á Dios: vencían

los jueces nuestros como querían, estándose en casa, y peleando, jamás alcanzaron lo que deseaban: porque habiendo el Rey de Babilonia puesto cerco á la ciudad, quiso el rey Sedechías pelear con él contra el consejo y predicación de Jeremías, por lo cual fué él preso, y la ciudad toda y el templo fueron destruidos. Pues mirad cuánto era más justo y moderado aquel Rey, que lo son vuestros capitanes, y cuánto era más pacífico aquel pueblo, que sois todos vosotros.

» Finalmente, dando voces Jeremías, y diciendo que el Señor estaba enojado contra todos por los pecados grandes que habían cometido, y que había de ser tomada la ciudad si no la entregaban ellos mismos, fueron de esta manera ellos y la ciudad salvos.

» Pero vosotros, callando ahora lo que dentro se ha hecho, pues no puedo bastante contra vuestra maldad, andáisme buscando á mí que trabajo en persuadiros lo que os es tan saludable, y airados queréisme matar con vuestras armas, porque os amonesto que os acordéis de vuestros pecados, y no sufris que se digan las maldades que cometéis cada día todos.

» Lo mismo aconteció también entonces con Antioco, llamado Epifanes, el cual cercaba la ciudad; y saliendo contra él nuestros mayores y antepasados con las armas, habiendo ofendido á Dios de muchas maneras, todos fueron muertos peleando; y fué saqueada por los enemigos la ciudad, destruído y desolado el templo santo del todo, por espacio de tres años y seis meses.

» ¿Qué necesidad hay ya de más palabras? ¿Quién ha movido á los Romanos á venir contra los Judíos? ¿No os parece que ha sido la impiedad de los naturales de Judea? ¿De dónde nos vino el principio de toda nuestra servidumbre y cautiverio? ¿No sucedió por la discordia

de nuestros antepasados, cuando la riña y división entre Aristóbulo é Hircano movió á Pompeyo á que entrase en la ciudad, y sujetó Dios los Judíos á los Romanos como indignos de la libertad? Estando, finalmente, tres meses cercados, aunque no habían cometido algo semejante de lo que vosotros contra las leyes y contra el templo inviolado, y aunque tenían mayor poder y fuerzas que vosotros, todavía se rindieron.

»¿No sabemos el fin que hubo Antígono, el hijo de Aristóbulo? Rigiendo éste todo el reino, otra vez Dios perseguía á todo el pueblo por sus pecados; y Herodes, hijo de Antipatro, trajo el ejército de Sosio y el romano, con el cual cercado por espacio de seis meses, vinieron á ser presos y pagaron dignamente lo que por sus culpas merecían, y fué saqueada por los enemigos la ciudad: de esta manera jamás las armas fueron concedidas á los nuestros; pues ciertamente, combatida la ciudad, no puede faltar destrucción.

»Por tanto, según yo pienso, conviene que los que poseen ahora este santo lugar, dejen el juicio de todo lo que se ha de hacer á Dios, y entonces menospreciarán el poder y fuerzas humanas, cuando estuvieren conformes con lo que Dios quiere. Vosotros, ¿qué habéis hecho de todo cuanto bien dejó ordenado el que nos fundó la ley? ¿O qué habéis dejado sin hacer de todo cuanto aborreció y maldijo? ¡Cuánto ha sido mayor vuestra impía maldad, que la de aquellos que luego perecieron! Porque teniéndoos por apocados de cometer secretamente maldades y pecados, es á saber, hurtar, engañar y adulterar, contendéis ahora en quién hará mayores robos y quién mejor matará, y habéis pensado nuevas vías y maneras de hacer maleficios. Habéis hecho que el templo sea acogimiento de todos los tales, y ha sido ahora por los mis-

mos naturales malamente ensuciado el lugar que los Romanos de muy lejos adoraban, reverenciando nuestras leyes más que sus costumbres. Pues veamos: ¿esperáis que aquél os ha de ayudar, contra quien habéis sido todos tan impíos? Muy justos sois, por cierto; con las manos limpias y puras de pecado, ¿venís humildes á rogarle que os ayude?

»Con tales palabras y otras suplicó nuestro Rey á Dios contra los Asirios, cuando fué derribado en una noche y muerto tan grande ejército: semejantes cosas no cometen los Romanos ahora como hacían los Asirios, para que confiéis que habéis de ser así vengados: porque aquél, habiendo recibido mucho dinero de nuestro Rey, porque no viniese contra la ciudad, menospreció y quebrantó su juramento y vino á poner fuego al templo; pero los Romanos no piden otro, sino el tributo que les era por vosotros debido, el cual vuestros padres les pagaban. Y si esto hicieréis, ni destruirán la ciudad ni tocarán á vuestro templo, y concederán que tengáis vuestras familias y gentes libres y todas vuestras posesiones y bienes, consintiendo que vuestras leyes permanezcan salvas é invioladas.

»Locura es, pues, por cierto, confiar que Dios se ha de mostrar tal para los que son justos y no piden sino lo que es muy conforme á razón, cual se mostró en tiempo pasado á los que eran injustos, sabiendo que suele vengarse presto cuando es necesario y conveniente. Rompió, finalmente, el campo de los Asirios la primera noche que llegó delante de la ciudad. Si por ventura librase á toda vuestra generación, y juzgase que los Romanos eran dignos del suplicio y pena, luego mostrará su ira con obras manifiestas contra ellos, como hizo contra los Asirios, y en el mismo tiempo pagara Pompeyo la fuerza

que hacia, pagárala también Sosio, que después vino; Vespasiano, que destruyó á Galilea; finalmente, no osaría Tito llegar ahora á la ciudad; pero ni el gran Pompeyo, ni Sosio, recibieron daño alguno, y hubieron entrambos de la ciudad gran victoria; pues Vespasiano con la guerra que con nosotros hizo, alcanzó á ser emperador.

»Las fuentes, que á nosotros se nos habían secado, ahora nacen y manan mejor y más abundantes á Tito: sabéis que, antes de su venida, la fuente de Siloa y todas las otras que están fuera de la ciudad, se habían secado en tanta manera, que se compraba el agua para todo, y ahora son tan abundantes para nuestros enemigos, que no sólo bastan para ellos y para todas sus cosas, pero aun también para regar los huertos.

»De esta maravilla ya antes se tuvo experiencia en la destrucción de la ciudad cuando vino el Rey de Babilonia, de quien antes hemos hablado, el cual destruyó la ciudad después de haberla tomado, y quemó el templo; aunque, según yo pienso, no había cometido nuestra gente entonces lo que hemos nosotros osado impía y malamente.

»Quiero, pues, finalmente, decir que, dejando aparte los Santos, Dios mismo apartó los ojos de esta ciudad y los puso en éstos, con los cuales ahora vosotros guerreáis. ¿Por ventura huirá el buen varón de una casa adonde se cometen maldades, y aborrecerá la familia que las comete, y pensáis que Dios querrá estar junto con tantas maldades vuestras, sabiendo todo lo secreto y entendiendo todo cuanto se calla? Pero ¿qué cosa se calla entre vosotros? ¿Qué cosa se cubre? ¿Qué hay de todo cuanto hacéis, lo cual no entiendan los enemigos? Ninguno ignora vuestras maldades, y cada día contendéis

entre vosotros mismos por quién será peor; trabajáis en mostrar vuestra maldad y descubrirla á todos, no menos que si fuese alguna virtud; solamente os queda un camino para salvaros y libraros si quisiereis, y Dios se suele amansar y aplacar cuando está enojado; si ve que los que lo enojaron lo confiesan y se arrepienten por lo hecho.

»Dejad las armas y echadlas á una parte; avergonzaos de vuestra patria, que está ya toda destruída; volved vuestros ojos y mirad con diligencia cuál y cuán grande gentileza destruíis, qué ciudad, qué templo y dones ó presentes de gentes, cuántas y cuán diversas. ¿Quién trae el fuego y las llamas contra todas estas cosas? ¿Ó quién hay ya que no desee que todo quede salvo y muy entero? ¿Qué cosa hay más digna ni más excelente ó que más merezca no ser dañada ni destruída? ¡Oh endurecida gente y más sin sentido que lo son las piedras! Si no veis claramente ser así lo que os digo, tened á lo menos compasión y lástima de vuestra gente y familias. Vivan los hijos delante de los padres, vivan los padres y vivan las mujeres, los cuales han de ser todos, antes de mucho, ó vencidos y muertos en la guerra, ó consumidos por el hambre: bien sé que están juntamente con vosotros mi madre y mi mujer en el mismo peligro, y mi familia, harto noble, y mi casa, que solía ser en otro tiempo de gran nombre. Habrá, creo, alguno que pensará persuadiros de que digo estas cosas por salvar á los míos; matadlos á todos, tomad por premio y paga de vuestra salud mi sangre, y yo me ofrezco pronto y aparejado para morir, si después de mi muerte advertís y consideráis lo que os he dicho.»

Diciendo Josefo estas cosas llorando y dando voces, los malos y revolvedores de la ciudad no por eso se mo-

vieron, ni juzgaron serles cosa segura hacer alguna mudanza; el pueblo fué movido á huir lo más lejos que podía; por lo cual, unos vendiendo sus posesiones como mejor podían, y otros las cosas que mucho amaban; otros tragaban el oro porque no los hallasen con él los ladrones y los robasen, y después, en llegando á los Romanos, echábanlo del cuerpo y compraban con él lo que les era necesario.

Tito dejaba ir á muchos de ellos por los campos adonde quisiesen, y esto movía á huir á muchos más, por ver que estaban libres de los daños que dentro padecían, y también libres de toda servidumbre entre los Romanos.

Juan y Simón, con su gente, trabajaban en cerrar no menos la salida de éstos que la entrada de los Romanos, y el que daba señal de ello, por ligera que fuese, era luego por ello muerto: los ricos morían no menos por huir que por quedar, pues eran muertos por una misma causa, es á saber, por robarles el patrimonio no menos que si quisieran huir.

Crecía con el hambre la desesperación de los revoltosos y sediciosos, y cada día se acrecentaban mucho estos dos males: en lo público no había trigo alguno, pero entrábanse por fuerza en las casas y todo lo buscaban y escudriñaban; si hallaban algo, azotaban á los que lo negaban, y si no hallaban cosa alguna, también los atormentaban, como si lo tuviesen encerrado y escondido más secretamente. Por argumento y señal que tenían algo escondido, era ver los cuerpos de los misérables, pensando que no faltaba qué comer á los que no faltaban las fuerzas: los enfermos eran acabados de matar, y parecía cosa razonable matar á los que luego habían de morir de hambre; muchos de los más ricos daban se-

cretamente todos sus bienes por una medida de trigo, y los que no lo eran tanto, los trocaban por una medida de ordeo ó de cebada; y así, encerrados dentro de la más secreta parte de sus casas, comían escondidamente el trigo podrido; otros amasaban el pan, según mejor la necesidad y el miedo les permitía; en ninguna parte se ponía la mesa, antes sacaban del fuego las viandas, y mal cocidas las tomaban y se las comían.

Era esta vida muy miserable, y espectáculo muy digno de lágrimas, teniendo demasiado los más poderosos, y los flacos se quejaban de tan gran injuria y daño, porque el hambre mataba y estragaba más gente que los enemigos: no hay cosa que tanto dañe al hombre, ni lo eche á perder, como la vergüenza, porque lo que es digno de reverencia, en tiempo de hambre se menosprecia; de esta manera quitaban lo que comían, de la boca, las mujeres á los maridos, los hijos á los padres, y lo que peor y más miserable parecía, era ver las madres quitar de la boca de sus hijuelos la comida, y muriéndose de hambre los hijos entre sus brazos, no por eso lo dejaban de hacer, ni de tomarles la sangre con que habían de vivir, pues no faltaba luego quien sabía los que comían tales cosas y se las hurtaban; porque si veían cerrada alguna casa, luego con este indicio pensaban que comían los que estaban dentro, y rompiendo en la misma hora las puertas, se entraban y casi les sacaban los bocados medio mascados de la boca, ahogándolos por ellos.

Los viejos eran heridos si querían defender esto; las mujeres eran despedazadas porque escondían lo que tenían en las manos; no había misericordia, ni del viejo, por cano que fuese, ni del niño, por niño que era; sino apartaban á los niños que estaban colgados del bocado de la madre, y echábanlos á tierra, y si alguno se les

adelantaba, y se comía lo que ellos habían de robar, eran contra éste no menos crueles que si hubieran sido por él muy dañados.

Pensaban nuevas maneras de tormentos, por sólo hallar y descubrir mantenimiento para sustentarse: unas veces atormentaban las partes secretas y vergonzosas de los hombres, otras pasaban por las partes de detrás unas varas muy agudas, y uno padeció cosas espantables de oír, por no confesar que tenía escondido un pan, y porque mostrase un puñado de harina que tenía. Aquellos crueles atormentadores no tenían hambre, porque no pareciera cosa tan cruel ni mala si lo hicieran por necesidad; pero prosiguiendo su locura desenfrenadamente, y aparejando mantenimiento y provisión para seis días, y saliendo con esto al encuentro á los que de noche se habían escapado de las guardas de los Romanos por buscar algunas hierbas y cosas agrestes, cuando pensaban haberse ya librado de los enemigos, daban en ellos, y robábanles cuanto traían, y rogándoles mucho que les diesen algo para ellos, por el nombre de Dios, de lo que habían traído y alcanzado con tanto peligro, no lo querían hacer, y aun les parecía recibir merced si después de haberles quitado todo lo que tenían, no los mataban.

Estas cosas, pues, sufrían los del pueblo de aquellos que todo lo revolvían: los más honrados y más ricos eran llevados delante de los tiranos, y los unos eran muertos por ser acusados falsamente de asechanzas, y los otros diciendo y levantándoles que querían entregar la ciudad á los Romanos. Salía el mismo acusador, sobornado á ello muchas veces, á probar con acusaciones falsas que habían querido huir: y cuando Simón había robado á alguno, luego lo enviaba á Juan, y á quien éste desnudaba de lo que tenía, enviábalo de igual modo á Simón; y de esta

manera se hacían fiesta los unos á los otros con la sangre de los del pueblo, y repartíanse entre ellos los cuerpos muertos de los miserables y desdichados.

No faltaba entre estos dos disensión grande por quién sería el señor de todo; consentían solamente y concordaban ambos en solas sus maldades. Era tenido por muy mal hombre el que todo se lo guardaba y tomaba para sí, sin dar de ello parte al otro del mal que hacía, y el que no la tomaba, porque carecía de parte de la crueldad, como que se doliese del mal y daño hecho á algún bueno.

No podré contar particularmente las maldades de todos éstos, y para decir de lo mucho que querría lo menos que podré, no pienso que hubo ciudad en algún tiempo en todo el mundo que tal sufriese, ni creo que hubo nación en el mundo tan feroz y tan bastante para toda maldad y bellaquería: maldecían también, finalmente, á los mismos Judíos, por parecer menos impíos y menos malos contra los extranjeros; pero confesaron todavía lo que eran, es á saber, siervos, esclavos y gente bastarda, sin honra y sin nobleza; no Judíos naturales, sino generación mala y muy perversa.

Ellos mismos, en fin, destruyeron la ciudad, y fueron causa de que los Romanos hubiesen esta triste victoria, y asolaron ellos mismos la ciudad, y trajeron el fuego al templo, que no viniera tan presto, casi con sus propias manos.

Habiendo, pues, éstos visto arder la parte alta de la ciudad, ni se dolieron, ni por ello les salió lágrima, hallándose entre los Romanos quien por ello se dolía y le pesaba de tal destrucción: pero estas cosas dejémoslas ahora para cuando tratemos de otras á donde vendrán mejor.

XII.

En el cual se trata de los Judíos que fueron crucificados, y de los montes que fueron también quemados.

Aprovechábanle mucho á Tito los montes levantados, aunque sus soldados eran maltratados desde los muros, y enviando parte de su caballería, mandó que se pusiesen de guarda y en asechanzas por aquellos valles contra aquellos que salían á tomar la provisión y mantenimientos.

Venían entre éstos algunos de la gente de pelea de los Judíos, por no bastarles ya lo que robaban; pero la mayor parte era de la gente más pobre y popular, los cuales no osaban huir á los Romanos por miedo de los suyos, porque no veían manera para huir escondidamente, sin que los que buscaban las revueltas y sediciones los sintiesen con sus hijos y mujeres, temiendo dejarlos en poder de ladrones tales, para que fuesen por causa de ellos degollados.

Dábales atrevimiento para salir la gran hambre que padecían, y no faltaba sino que los que estaban escondidos en guarda de ellos saliesen, y fuesen todos presos: los que aquí eran presos habían de resistir necesariamente por miedo del castigo, porque parecían rendirse tarde: de esta manera, pues, azotados cruelmente después de haber peleado, y atormentados de muchas maneras antes de morir, eran finalmente colgados en una cruz delante del muro.

No dejaba de parecer esta destrucción muy miserable al mismo emperador Tito, prendiendo cada día sus qui-

nientos, y aun muchas veces más; pero no tenía por cosa segura dejar libres á los que prendía: y por otra parte, guardar tanta muchedumbre de Judíos, parecía requerir más gente para hacer esto. No quiso, con todo, prohibirlo, por pensar que viendo los de la ciudad esto, aflojarían y doblarían en terneza sus ánimos, poniéndose delante que habían de padecer aún peormente si no se rendían.

Los soldados romanos ahorcaban á los Judíos de diversas maneras; con ira y con odio, hacíanles muchas injurias: habían ya tomado tanta gente, que faltaba lugar donde poner las horcas, y aun faltaban también horcas para colgar á tantos como había.

Pero estuvieron los revolvedores de Jerusalén tan lejos de moverse, ni doblarse con esta tal matanza de los suyos, que aun fué lo hecho para efecto contrario, es á saber, para espantar á los que quedaban: porque sacaban al muro los amigos de aquellos que habían huido, y los del pueblo que estaban más inclinados á la paz, y mostrábanles desde allí lo que padecían de los Romanos los que á ellos huían: y los que estaban presos, no decían que eran cautivos, pero muy siervos y muy despreciados. Con esto espantaban todo el otro pueblo que había.

Esto fué causa de que muchos de los que querían pasarse á los Romanos, se detuvieron, hasta tanto que entendieron la verdad de lo que era. Hubo algunos que luego huyeron, aconhortados de todo, no menos que si hubieran deseado morir: porque padecer la muerte por manos de los enemigos parecía que les era reposo, antes que perecer de hambre.

A muchos de los cautivos mandó Tito que les fuesen cortadas las manos, y enviólos á Juan y á Simón, porque no pareciesen haber huido, ni aun osasen pensar tal de

ellos, amonestándolos que quisiesen ya cesar y romper su pertinacia, y no forzarlo á que destruyese la ciudad; pero que ya ahora, estando en el fin y extremo tiempo, quisiesen ganar sus almas, trocando la voluntad, y conservasen tan gran patria y ciudad como perderian, y el templo, cuyo ni par, ni igual, había en todo el universo.

No dejaba con esto de hacer diligencia en mirar por su gente, rodeando los montes hechos para combatir la ciudad; y animando á los que trabajaban, dábales gran prisa, como quien había de poner presto en efecto las palabras que decía.

Los que estaban en el muro, maldecían á Tito y á su padre: decían con voces muchas injurias, y que preciaban mucho más la muerte que venir en servidumbre de ellos. Confiando, pues, que habían de hacer mucho mal á los Romanos, no teniendo cuenta consigo mismos, ni con su patria, aunque Tito les decía que habían todos de perecer, porque era mejor que el templo quedase sin alguno de ellos, aunque sabían que Dios lo había de guardar; mas pensando ellos que les había de ayudar tambien, no tenían en algo ni preciaban todas sus amenazas, pues no habían de tener el efecto que pensaban, porque el fin de todo lo que había de suceder estaba en las manos de Dios. Eso gritaban los Judios, mezclándolo con muchas injurias y denuestos que decían.

Estando en esto, vino Antioco Epifanes con mucha gente de armas que trajo consigo, y con muchos de su guarda, los cuales eran Macedonios, todos iguales en edad, muy mancebos, enseñados y hábiles en las cosas de las armas, de la misma manera que suelen ser los de Macedonia, de donde tambien retenían el nombre, y

muchos había que no se podían igualar con la virtud y fuerzas de esta gente: porque de todos los reyes que obedecían y reconocían el Imperio de los Romanos, el más principal y más feliz fué el de los Comajenos, antes que la fortuna se les mudase. Mostró también éste en su vejez, que ninguno, por viejo que sea, antes de la muerte se puede llamar bienaventurado; pero estando allí en su presencia su propio hijo, decía que se maravillaba por qué causa no osaban los Romanos llegarse á los muros. Éste, de su natural era muy hombre de guerra, y muy pronto para pelear, y de tan grandes fuerzas, que era demasiado atrevido y audaz. Y como oyendo esto Tito se riese disimuladamente, y dijese que había de ser este trabajo común entre todos, Antioco luego arremetió con su gente de la misma manera que estaba, con todos sus Macedonios. Él, con sus fuerzas y destreza, guardábase muy bien de todos los tiros de los Judios, tirándoles muchas saetas; pero todos los mancebos fueron derribados y muertos, excepto muy pocos; porque por vergüenza de lo que habían prometido, habían peleado más tiempo de lo que convenia; y al fin, los más se hubieron de recoger muy heridos, pensando y teniendo por muy cierto que queriendo vencer los Macedonios, era necesaria la próspera fortuna de Alejandro.

Comenzados aquellos montes que levantaban los Romanos á los doce del mes de Mayo, apenas fueron acabados á los veintinueve del mismo mes, habiendo trabajado todos los diez y siete días, porque fueron levantados cuatro muy grandes: el uno en aquella parte adonde está la torre Antonia, el cual había levantado la quinta legión, de frente de aquel medio estanque que llamaban Estruthio; el otro la legión duodécima, á veinte codos del susodicho. La décima legión, que era la mejor, había edi-

ficado su obra en la parte septentrional, adonde está el estanque llamado Amigdalón. Estaba edificado el de la legión décimaquinta á treinda codos lejos, cerca del monumento del Pontífice.

Llegando, pues, ya sus montes é ingenios, Juan minó por bajo hasta llegar á los montes de los Romanos, que estaban en la parte de la torre Antonia: puso unos maderos gruesos, que sostuviesen la obra, y dentro mucha leña untada de pez y betún; lo cual hecho, dióle fuego, por lo cual, quemados los fundamentos que la sostenían, se hundió la mina muy repentinamente, y los montes cayeron con gran sonido de la mina; levantóse un humo grande con el polvo hacia arriba, porque lo que había caído tenía cerrado el fuego, y consumida la materia que lo cerraba y cubría, la llama comenzó á parecer y descubrirse más claramente.

Viendo los Romanos aquello, sobrevenido tan de repente, espantáronse mucho y tenían gran pesar por lo que los Judíos habían hecho, por lo cual, pensando que ya habían vencido, resfrióseles con este caso la esperauza y parecíales que sería cosa sin provecho resistir al fuego, pues aunque lo apagasen del todo, había de aprovecharles poco, pues estaban ya destruidos los montes é ingenios que habían hecho.

Dos días después, Simón, con sus compañeros, acomete á los otros, porque por esta parte habían comenzado á combatir y derribar el muro los Romanos con los ingenios suyos, llamados arietes ó vaivenes; y un hombre llamado Tepheo, natural de Garsa, ciudad de Galilea, y Megasaro, criado de la reina Mariamna, y con éstos un adiabeno, hijo de Nabateo, llamado por caso Agiras, que quiere decir cojo, arrebatando fuego en sus manos, fueron corriendo á ponerlo en las máquinas de Tito. No hubo

quien se mostrase más valiente que estos soldados, más atrevido para toda cosa, ni tampoco más espantoso: porque así arremetieron como si fueran á verse con amigos suyos, y no se detuvieron, como que fuesen contra enemigos; antes entrando con ímpetu y con fuerza por medio de todos los enemigos, dieron fuego á las máquinas que Tito había mandado hacer: echados con muchos dardos y saetas, con las espadas no los pudieron derribar, ni hacer volver atrás antes de haber puesto fuego á todo lo que pretendían quemar.

Levantada la llama en alto, salían los Romanos de sus tiendas para socorrer al fuego; y los Judíos, desde el muro adonde estaban, se lo impedían, y trabábanse á pelear con los que venían á defender que no entrase en todo el fuego, no perdonando en algo al trabajo y peligro de sus cuerpos: trabajaban los Romanos en sacar sus ingenios que llamamos arietes, de en medio del fuego, viendo que la cosa con que estaban cubiertos ya se quemaba; y los Judíos, por el contrario, mostraban sus fuerzas en retenerlos, sin tener miedo ni al fuego ni á las armas; y aunque alcanzasen con sus manos el hierro ardiente, no por eso lo dejaban, ni perdieron los arietes. De aquí pasó el fuego á los montes, y antes eran quemados y hechos todos fuego, que pudiesen socorrerles ni defenderles. De esta manera, pues, rodeados de fuego los Romanos y de llamas, pensando no poder ya defender sus obras, desesperados se recogieron á su campo y tiendas.

Los Judíos, viendo esto, más los perseguían: acrecentábaseles mucho cada hora el ejército, viniéndoles gran ayuda de los de la ciudad. Confiados en la victoria que les sucedía, descuidábanse algo más de lo que debían; y saliendo hasta los fuertes del campo de los Romanos

peleaban allí con los que estaban de guarda. Había guardas diversas de gente de armas, repartidas por sus horas sucesivamente: las leyes que los Romanos tenían en esto, eran muy severas y muy exactamente guardadas, de tal manera, que quien quiera que se moviese de su lugar, por cualquiera causa que fuese, era muerto: por lo cual, preciando y teniendo éstos en más morir gloriosamente y con buen nombre, que haber de morir así como así por haber huido, estuvieron muy firmes, y por verlos en trabajo y en tan gran necesidad, muchos de los que huían volvieron; y ordenando sus ballesteros por el muro, impedían que la gente que venía de la ciudad sin armas algunas para defenderse y guardar sus vidas y cuerpos, osase llegar.

Peleaban los Judíos con todos los que les venían delante, y echándose á las lanzas de los enemigos, heríanlos con sus mismos cuerpos; pero no vencían éstos más por sus hechos, que por la esperanza que tenían: por otra parte, los Romanos les daban lugar, más por ver el atrevimiento grande de los Judíos, que por el daño que les hacían.

Había ya venido Tito de Antonia, adonde había ido por ver en qué lugar fuese mejor levantar los otros montes: y hubo de reprender gravemente á sus soldados, por ver que, teniendo los muros de los enemigos en su poder sin peligro, eran dañados en los suyos propios, y por ganar lo ajeno perdiesen lo que era de ellos, y dejando salir de su poder á los Judíos como de la cárcel, para que salidos les hiciesen daño y les quebrasen las cabezas, haciéndoles padecer lo que padecerían si estaban cercados.

Tito, pues, con gente muy escogida cercó á los enemigos por un lado; y como éstos fuesen heridos por

delante, estaban muy firmes todavía, peleando contra los Romanos; y trabada la gente y la pelea, el polvo que levantaban quitaba la vista de los ojos; y eran tan grandes los clamores, que no había quién se oyese, ni podían conocer quién era de los suyos, ni quién de los contrarios, quién amigo, ni quién enemigo.

Perseverando los Judíos, no tanto por confiar mucho en sus fuerzas, cuanto por estar ya del todo desesperados, también los Romanos se esforzaron, y tomaron gran ánimo por la vergüenza de las armas y de su honra de ellos y gloria, y por estar su Capitán y Emperador presente en el mismo peligro. Por lo cual osaría pensar que pelearan hasta el fin con la ferocidad de ánimos que tenían, y que acabaran y consumieran entonces toda la muchedumbre de los Judíos que había salido, si éstos no se recogieran presto á su ciudad, huyendo el peligro de la batalla.

Todavía, aunque esto les había sucedido bien, estaban muy tristes los Romanos por ver sus máquinas y cuanto habían hecho en tanto tiempo, y con tanto trabajo, destruidas tan presto y tan prontamente, y aun había muchos que, viéndolo, desesperaban de poder tomar la ciudad en algún tiempo.

XIII.

Del muro que los Romanos levantaron en el cerco de Jerusalén en espacio de tres días.

Estaba Tito deliberando y tomando parecer de sus capitanes sobre lo que se debía hacer: á los más viejos y más ejercitados, parecíales que con toda la gente con-

batiesen el muro; porque aunque los Judíos habían peleado con alguna parte del ejército, á todo junto no lo podrían sostener ni sufrir, con tal que les cubriesen de saetas. Los más prudentes persuadíanle que levantase otra vez sus montes y fuertes. Otros decían que podían combatirlos y asentar su campo sin hacer esto, teniendo solamente cuenta y miramiento con que no saliesen, aconsejando mucho que se hiciese gran diligencia en procurar que en ninguna manera pudiesen ser proveídos de mantenimientos, dejándolos perecer á todos de hambre: porque no convenia trabarse á pelear con los enemigos, cuya pertinacia era invencible, los cuales no deseaban sino morir peleando ó aun matarse ellos mismos sin hierro, lo cual es más cruel y más desenfrenada codicia.

No le parecía cosa honesta á Tito estarse sin hacer algo, teniendo tan grande ejército consigo; y por otra parte, parecíale también ser trabajo perdido pelear con gente que no podía ella misma dejar de perderse muy presto. Tenía por muy trabajoso edificar otra vez sus fuertes y montes, por la falta de aparejos para ello, y por mucho más difícil impedir que los Judíos pudiesen salir de la ciudad: porque no podía cercarla con su ejército por la grandeza y lugares ásperos y difíciles que en algunas partes de su cerco había, ni podía proveer que no saliesen á correr; porque ya que él les quisiese cerrar el camino hecho, los Judíos hallarían siempre otras vías secretas, tanto por la necesidad que de ello tenían, cuanto también por saber muy bien la tierra: pues si hacían algo secretamente, sería para más alargarles el cerco; y era cosa digna de temer que por detenerse mucho tiempo se disminuyese la gloria de la victoria. Todo era posible hacerlo; pero antes de alcanzar esta honra, convenia hacer su diligencia: y para poner ésta en efecto y usar

en todo de buen consejo y prudencia, conoció que debía cercar de muro la ciudad. Porque de esta manera estaría cerrado el paso y todas las partes, porque los Judíos no saliesen; y que entonces, viéndose de todas maneras desesperados, habían, ó de entregarles la ciudad, ó vencidos por la gran hambre que padecerían, serían presos muy presto y muy fácilmente: porque de otra manera era imposible que ellos reposasen.

De levantar los montes también dijo que se acordaría, pero no antes que los enemigos que lo prohibiesen fuesen menos. Y si alguno le parecía obra demasiada y muy difícil, debía considerar que no convenía á los Romanos detenerse en cosa tan poca; antes les era propio poner trabajo en cosas importantes, pues sin trabajo no es posible hacer cosa grande. Habiendo con tales palabras aconsejado y animado á sus capitanes, mandó que cada uno ordenase y dispusiese su gente en la obra. Tomáronla los soldados maravillosamente muy á pechos; y repartiendo entre sí el cerco, no sólo contendían entre sí los mismos regidores por quién más diligentemente trabajaba, pero aun también las órdenes y compañías de la gente. Estaban repartidos de tal manera, que el que mandaba á diez hombres tenía cuenta con satisfacer y contentar á su cabo de escuadra; éste al caporal; el caporal á los capitanes de mil hombres; éstos á los coroneles y general del campo, de los cuales venía después á Tito, el cual cada día iba mirando á todos y reconociendo la obra que hacían. Comenzado el muro del campo de los Asirios adonde él había puesto su campo, trájolo hasta la nueva villa baja, y luego de aquí, volviendo por Cedrón al monte Eleón; tomó el monte de las olivas por la parte del Mediodía, hasta la piedra que llamaban Peristereonos, y por el collado que le está

cerca, encima del valle de Siloa; y volviendo de aquí el edificio á la parte occidental, descendió al valle de la fuente; y de aquí entrando por el monumento del pontífice Anano, rodeando el monte adonde había puesto su campo Pompeyo, volviendo hacia el Septentrión, de donde, alargándose por el lugar llamado Erebinthónico, cerró después de éste el monumento de Herodes, por el Oriente, y juntólo con su campo hasta donde había comenzado. Era el cerco del muro un estadio menos grande de cuarenta: edificó por defuera, cerca de él, trece castillos, los cuales tenían cerco de diez estadios.

Fué edificada toda esta obra en tres días; y siendo cosa que parecía requerir muchos meses, apenas era creible que hubiese sido posible acabarse tan presto. Cercada, pues, ya la ciudad con el muro, y puesta gente de guarnición en los castillos, él mismo hacía la primera guarda de la noche; la segunda hacía Alejandro; la tercera cupo á los capitanes de las legiones. Tenían también las horas de guarda ordenadas por fuertes, é iban toda la noche guardando y mirando muy diligentemente todo el cerco de los castillos.

XIV.

Del hambre que los de Jerusalén padecían, y de cómo fué el segundo monte levantado.

Fuéles quitada á los Judíos la licencia y facultad que tenían de salir, y con esto perdieron la esperanza de alcanzar salud ni poder salvarse: el hambre había ya entrado en todas las casas generalmente y en todas las familias. Estaban las casas llenas de mujeres muertas

de hambre, y de niños, y las estrechuras de las calles estaban también llenas de hombres viejos muertos: los mozos y mancebos andaban sin color, casi como muertos, por los mercados y plazas; y cuando sucedía que alguno muriese, todos quedaban muy amedrentados, pues no podían sepultar los muertos por el gran trabajo: y aquellos en quien aun alguna fuerza quedaba, avergonzábanse y no podían hacerlo, parte por ver tanta muchedumbre, y parte también porque no sabían el fin que ellos mismos habían de alcanzar.

Morian, finalmente, muchos encima de los que sepultaban; muchos huían á sepultarse vivos antes de que llegase el fin de sus días, y no se oían en tan grandes males llantos ni gemidos, porque la grande hambre que padecían no daba lugar para ello. Los que morían postreros miraban á los muertos primeros con los ojos muy secos y sin virtud para poder echar una lágrima, y con las bocas y vientres corrompidos.

Estaba la ciudad con gran silencio, toda llena de tinieblas de la muerte, y aun los ladrones causaban mayor amargura y llanto que todo lo otro. Vaciaban las casas, que no eran entonces otro que sepulcros de muertos, y desnudaban los muertos; y quitándoles las ropas y coberturas de encima, salíanse riendo y burlando. Probaban en ellos las puntas de sus espadas, y por probar ó experimentar sus armas, pasaban con ellas á algunos que aun tenían vida. Cuando alguno les rogaba que le ayudasen ó que acabasen de matarlo, por librarse del peligro del hambre, era menospreciado muy soberbiamente.

Los que morían volvían sus ojos hacia el templo, pesándoles y sintiendo mucho que dejaban vivos á los revolvedores solamente.

Estos, al principio, con gastos públicos tenían cuidado

de hacer sepultar los muertos, no pudiendo sufrir el hedor grande; pero no bastando después á ello, por ser tantos, no hacían sino echarlos por el muro en los valles y fosos.

Como Tito, que andaba rodeando la ciudad, los viese tan llenos de cuerpos muertos, y la corrupción que de ellos salía por estar podridos, condolióse mucho y gimió, y extendiendo las manos altas á Dios, decía con alta voz que no era él causa de tanto daño: de esta manera, pues, estaba toda la ciudad.

Viendo los Romanos que ninguno de aquellos revolvedores osaba salir, porque ya la tristeza y hambre también les tocaba, pasaban sus días con placer, teniendo abundancia de trigo y de todo mantenimiento, el cual traían de Siria y de todas las otras provincias vecinas y cercanas de allí. Muchos de los que estaban cerca de los muros, mostrándoles la gran abundancia que tenían de pan y mantenimientos, encendían más con esto el hambre de ellos. Con estas destrucciones y daños no se movieron aquellos revolvedores y sediciosos que dentro de la ciudad estaban, y sintiéndolo mucho Tito y teniendo compasión de todo el pueblo que vivo quedaba, dábase prisa por librar á lo menos los que quedaban. Por lo cual comenzaba otra vez á levantar sus montes, aunque dificultosamente podía alcanzar el aparejo y materia, á lo menos la que era para ellos necesaria, porque en levantar los primeros habían ya gastado todas las selvas vecinas de la ciudad; pero los soldados proveían todavía á ello, lo cual traían de noventa estadios de allí lejos, y levantaban sus montes por cuatro partes delante de la torre Antonia, mayores que habían sido los primeros.

Iba Tito rodeando la obra, animando su gente; y dán-

doles prisá á todos, mostraba claramente á los ladrones que ya estaban en sus manos. Pero ellos habían ya perdido todo su arrepentimiento, y servíanse de sí mismos como de cosas extrañas y ajenas, é como si no tuvieran ambas cosas juntas, es á saber, sus almas y sus cuerpos; porque ni ellos tenían en sus almas señal alguna ni afición de mansedumbre, ni sentían en sus cuerpos el gran dolor que los atormentaba; antes despedazaban como perros los muertos y encarcelaban á los enfermos que se quejaban.

XV.

De la matanza que fué hecha en los Judíos de fuera y dentro de Jerusalén.

Simón, en fin, mató á Matías, el que le había entregado la ciudad, después de haberle hecho padecer muchos tormentos. Era éste hijo de Boetho, el más fiel y más amado por el pueblo de todos los pontífices. Éste, siendo el pueblo maltratado por los Zelotas, con los cuales se había ya juntado Juan, había persuadido á todos que tomasen en su ayuda á Simón, sin hacer con él pacto ni concierto alguno, y sin temer algún mal.

Habiendo éste entrado, después de haber sojuzgado á su mando casi toda la ciudad, decía que Matías era enemigo no menos que todos los otros: habiendo éste con su consejo favorecido á Simón, decía que lo hacía por simpleza; y así, sacándolo en público, y acusándolo, diciendo que consentía con los Romanos, condenó á muerte á él y á tres hijos suyos, sin darles tiempo para excusar ni defender su causa; el cuarto había antes huído

á Tito. Y como le rogase que lo matase á él primero que á sus hijos, pidiendo esto por merced de la que le había hecho en recibirlo dentro de la ciudad, por acrecentar más su dolor, lo mandó matar postrero.

Así fué muerto sobre sus hijos, los cuales fueron muertos en su presencia, y fué sacado delante de los Romanos: porque así lo había mandado hacer Simón á Anano, hijo de Bamado, que era el más cruel de todos los de su guarda, diciendo con mentira, que los viniesen á ayudar aquellos á quienes Matías quería ayudar; y que fuesen los cuerpos sepultados.

Después de esto mandó matar al pontífice llamado Ananías, hijo de Masbalo, varon noble, escribano de la Corte y valeroso, el cual descendía de Amaunta; y con estos otros quince los de más nombre de todo el pueblo.

Guardaban muy encerrado al padre de Josefo; y enviando un pregonero, publicaron que ninguno de los que vivían en la ciudad hablase ni se juntase con él, so pena de ser tenido por traidor: y á los que veían quejarse por esto, antes de venir en pleito los mataban. Viendo esto un hombre llamado Judas, hijo de Judas, que era uno del número de los adelantados de Simón, el cual estaba en guarda de la torre que le habían encomendado, movido, por ventura, de lástima y misericordia de los que cruelmente perecían, pero principalmente por proveerse él y salvarse, convocando diez de los suyos los más principales, les dijo:

«¿Hasta cuándo hemos de sufrir nosotros tantos males, ó qué esperanza tenemos de salvarnos, guardando la fe, y guardando lealtad con tan mal hombre? Ya veis que nos combate el hambre; los Romanos están casi dentro, Simón se nos muestra justamente infiel con lo que merecemos; veis el miedo que tenemos si quedamos con él,

y la certidumbre también de la amistad de los Romanos. Ea, pues, ahora rindamos el muro, y guardemos de esta manera nuestras vidas, y juntamente con ellas la ciudad: no por eso sufrirá Simón algo peor de lo que mereco, si desesperando fuere más presto muerto.»

Habiendo los otros diez conformado con éste, luego en la mañana, porque no se descubriese algo de lo tratado, dejó ir todos los que consigo tenía por diversas partes, y quedando él en la torre, llamaba con voz alta á los Romanos: éstos lo menospreciaban; los unos con soberbia, los otros no lo creían; otros se afrentaban, como que presto hubiesen de tomar la ciudad sin trabajo alguno.

Como en este medio llegase Tito al muro con gente de armas, entendió Simón antes el negocio, y vino á ocupar luego la torre, y mirándolo los Romanos, mató á todos los que estaban de dentro, y echó los cuerpos de los muertos por el muro abajo: andando por allí Josefo, porque no dejaba de irles rogando, hiriéronlo en la cabeza con una piedra, y atónito y sin sentido cayó. Viendo los Judios que habia caído, luego diligentes corrieron por cogerle, y fuera, por cierto, preso y llevado dentro de la ciudad, si no fuera porque Tito envió presto gente que lo guardase y defendiese: peleando, pues, ellos con los Romanos, fué sacado de allí en medio Josefo, sin sentir algo ó muy poco lo que se hacia, y los sediciosos y revolvedores dieron muchas voces con alegría, como que fuera muerto aquel á quien todos matar deseaban: esparcióse esta nueva y rumor por la ciudad, y todo el otro pueblo, ciertamente, con ella se dolió mucho, pensando que á la verdad habia sido muerto aquel por cuyo medio pensaban ellos escapar.

La madre de Josefo, que estaba en la cárcel, habiendo

oído que su hijo era muerto, dijo á las guardas, que era gente de Jotapata, que ella sin duda lo creía, y que ya no podía gozar de él vivo: dijo también llorando secretamente, á sus criadas, que éste en el fruto de su parto había tenido, que no le era lícito sepultar á su hijo, de quien esperaba ella ser sepultada; pero no fué mucho tiempo engañada ni acongojada con la mentira, ni aquellos ladrones de la ciudad con ello se convirtieron, porque luego curada la herida de Josefo, cobró el sentido y sanidad, y saliendo á ellos, gritaba que antes de mucho sería vengado de la herida que ellos le habían hecho.

Aconsejaba otra vez al pueblo que se rindiese, y viéndolo el pueblo, tomó nueva esperanza, y los revolvedores y amotinados también se espantaron mucho por la misma causa: los que habían huído saltaban, los unos por los muros, por serles necesario; otros tomaban en sus manos piedras, y fingiendo que iban á pelear, se salían, y venían á los Romanos; pues más grave y más adversa fortuna les sucedía entonces, que la que de dentro de la ciudad habían endurecidamente sufrido; la hartura que en poder de los Romanos hallaban les causaba más presto la muerte, que no el hambre que dentro de la ciudad habían sufrido: venían hinchados y llenos de cierta acuosidad entre el cuero y la carne por causa del hambre que habían padecido, y llenando los cuerpos que habían antes tenido tan vacíos de viandas, reventaban. Algunos de los más discretos templaban sus deseos en el comer, y avezaban poco á poco sus cuerpos á lo que estaban tan desacostumbrados; pero aun estos que de esta manera se guardaban, fueron llagados de otra llaga.

Entre los de Siria fué hallado uno que sacaba dinero y oro de su cuerpo, porque, según antes dijimos, se lo tragaban de miedo que los amotinados y revolvedores

lo robasen, mirando y buscándolo todo, y hubo dentro de la ciudad gran número de tesoros, y solían comprar entonces por doce dineros lo que antes compraban por veinticinco. Descubierto esto por uno, levantóse un ruido y fama de ello por todo el campo, diciendo que los que huían venían llenos de oro: sabido por los Arabes y Sirios que había, amenazábanles que les habían de abrir los vientres: no pienso, por cierto, que tuvieron matanza más cruel los Judíos entre todas cuantas padecieron, como ésta; porque en una noche abrieron las entrañas á dos mil hombres.

— Sabiendo Tito tal injusticia como se había hecho, casi quisiera mandar á su gente de á caballo que alancease á todos los que tal habían cometido, si no fuera por ver la muchedumbre grande que tenía culpa en lo hecho, y habían de ser castigados muchos más que habían sido los muertos; mas convocando los capitanes de la gente romana, y de la que por ayuda le era dada de reyes extranjeros, porque también habían entendido en esto algunos de los soldados romanos, decia á todos muy airado: Si algunos de mis soldados cometieran tal por alguna ganancia incierta, se avergonzarán de haberse armado y valido de sus armas por ganar oro y plata; pues los Arabes y Sirios, en guerra que por otros hacen, cometen cosas con demasiada licencia, y atribuyen la crueldad en el matar, y el odio contra los Judíos, á los Romanos.» Dijo también que sabia haber algunos de sus soldados que tenían parte en esta matanza, á los cuales amenazó de hacer matar si alguno de ellos fuese otra vez hallado en semejante caso y atrevimiento; mandó á sus legiones que hiciesen diligencia en saber quiénes habían entendido en este caso, y que se los trajesen delante; pero, en fin, la avaricia todo suplicio

menosprecia, y los hombres que de si son crueles, todos son muy deseosos de ganar, y no hay adversidad ni daño tan grande, que se pueda comparar con la avaricia y deseo de tener más, porque todas las otras tienen término, y con el miedo se refrenan.

Dios omnipotente, que tenía ya condenado á este pueblo, hábales hecho que todos los caminos que para salvarse tenían, les fuesen convertidos en destrucción grande; y si alguno se huía á ellos, antes que los Romanos lo viesén, lo despedazaban, y secretamente ejecutaban lo que el Emperador les había á todos prohibido, y así sacaban un provecho muy ilícito y nefando de las entrañas de otro: pero el oro en pocos era hallado, aunque con la esperanza eran los más de ellos consumidos y muertos. Este caso, pues, hizo que muchos de los que huían se volviesen.

XVI.

Del sacrilegio que se hacía en el templo, del número de muertos en la ciudad, y de la gran hambre que dentro padecían.

No habiendo ya qué robar en el pueblo, Juan se puso á hacer sacrilegios y dar saco al templo, y hurtó muchas cosas de las que habían presentado, y muchos vasos de los necesarios para el servicio y honra divina, muchas copas, tazas y mesas, y aun tampoco dejó de tomar aquellos jarros que Augusto César, emperador, había presentado.

Los emperadores romanos habían siempre honrado mucho el templo, y habían presentado muchos ornamentos, y entonces un natural judío los destruía y sacaba:

decía á sus compañeros, sin miedo alguno, que debían usar mal de las cosas sagradas, y que los que guerrean por la honra de Dios y por la del templo, debían ser alimentados y mantenidos con las riquezas que él tenía, y que, por tanto, les era cosa muy lícita derramar el aceite que los sacerdotes para sus sacrificios guardaban y conservaban, tomar el vino sagrado; por lo cual lo repartió entre toda su gente, y ellos se untaban y bebían de él sin algun acatamiento.

No dejaré de decir lo que el dolor me fuerza que no calle. Pienso que si los Romanos se detuvieran algún tiempo, y tardaran de venir contra esa gente tan mala, ó que la tierra se abriera y tragara la ciudad, ó pereciera por diluvio, ó que había de padecer y ser abrasada con el fuego de Sodoma, porque muy peor y más impía era esta gente, que aquella que lo había padecido; murió finalmente todo el pueblo, y pereció por la pertinacia y desesperación de éstos.

¿Qué necesidad hay ahora de contar particularmente las muertes que dentro se hicieron? Manneo, hijo de Lá-zaro, habiéndose pasado á Tito, dijo que por una puerta la cual le había sido á él encomendada en guarda, habían sacado de la ciudad ciento quince mil ochocientos ochenta hombres muertos; desde el día que fué puesto el cerco á la ciudad, es á saber, desde los catorce de Abril, hasta el primero de Julio. Este número es ciertamente muy grande, y no estaba él siempre en la puerta; pero repartiendo y pagando á los que sacaban los muertos, habíalos de contar por fuerza, porque los otros que morían eran sepultados por sus parientes y allegados; la sepultura que les era dada, era echarlos fuera de la ciudad.

Además de esto, los nobles que habían huido, decían

que era el número de todos los pobres que habían sido muertos, de más de seiscientos mil, y que el número de los otros no era posible decirlo; pero no pudiendo bastar á sacar los muertos pobres, habían sido los cuerpos recogidos en casas muy grandes. Añadían que la medida del trigo había sido vendida por un talento.

Cuando fué la ciudad cercada de muro, no siéndoles ya lícito ni posible coger ni aun las hierbas, fueron algunos necesitados y forzados á escudriñar los albañales, y se apacentaban con el estiércol antiguo de los bueyes, y el estiércol cogido, cosa indigna de ver, les era mantenimiento.

Oyendo los Romanos estas cosas, fueron movidos á misericordia grande y compasión; pero los bellacos revolvedores y sediciosos, por verlo no se arrepentían, antes sufrían que tal necesidad llegase hasta este punto: su ventura y suerte los había cegado, y la destrucción, que ya estaba muy cerca, la iban á sufrir ellos y la ciudad.

LIBRO SEPTIMO.

I.

De cómo fueron minados los muros y quemados los montes de los Romanos, y de cómo Sabino combatía el muro.

Las muertes de los Judíos cada día iban de mal en peor, encendiéndose los revolvedores cada día más, viéndose cercados con tanta adversidad, pues estaban ya ellos, con todo el pueblo, aquejados del hambre. La muchedumbre de los muertos que dentro de la ciudad había, era espantable de ver, y daba un hedor muy pestilencial, el cual detenía la fuerza y corridas de los que peleaban; porque eran forzados á pisar los muertos, no menos que si estuviesen en el campo ó en la batalla, de los cuales era el número muy grande, y los que los pisaban, ni se compadecían de ello, ni se amedrentaban, ni aun tenían por mal agüero ver la afrenta de los muertos.

Ensuciados con las muertes de sus propios ciudadanos, preparábanse ya y aparejábanse para la guerra con los extranjeros, casi como injuriando á Dios, según á mí me parece, porque tardaba tanto en darles el suplicio y castigo que ellos merecían; porque la mayor parte de ellos peleaban, no porque tuviesen esperanza de alcanzar salud, sino solamente por verse desesperados, y esto era parte para pelear más ferozmente.

Los Romanos, aunque trabajaban mucho en juntar el aparejo para lo que edificaban, todavía levantaron sus

fuerter en espacio de ventiún días; derribados todos los bosques para ello y cortados todos los árboles que había noventa estadios alrededor de la ciudad.

Lo que se mostraba de la tierra movía á gran compasión, porque lo que antes solía estar lleno de árboles y tan adornado que parecía un paraíso, entonces se mostraba desierto, cortados todos los árboles que movían deleite grande; ni había extranjero alguno que hubiese antes visto la ciudad y los arrabales que tenía muy lindos, que viendo en este tiempo la soledad y destrucción, pudiese dejar de llorar ó gemir, por ver cuánto daño habían hecho las revueltas y mutaciones al estado que los antiguos allí solían tener.

Había destruido la guerra todas las cosas señaladas y de gentileza que tenían, de tal manera, que si alguno viniera de nuevo que hubiese visto esta ciudad antes, cuando estaba en su integridad floreciente, no la conociera ciertamente, antes estando con sus ojos presente, la buscara.

La obra acabada de los fuertes era principio de temor nuevo, no menos á los Romanos que á los mismos Judíos; porque éstos pensaban ya ser sin duda presa la ciudad, si no ponían diligencia en ponerles otra vez fuego; y los Romanos, por otra parte, no tenían, por ventura voluntad de hacer otros si les destruían éstos, porque ya la materia para ellos les faltaba, y faltaba también el esfuerzo á los soldados para otro tanto trabajo, porque ya habían perdido parte del buen ánimo que antes solían tener, con haber sido tantas veces ofendidos.

La matanza que dentro de la ciudad se hacía causaba mayor dolor y tristeza á los Romanos que á los mismos ciudadanos que en la ciudad vivían; porque para los ma-

les que de allí les nacian tenían también gente de guerra no menos diligente que los Judíos mismos, de la cual se servían; pero perdian la esperanza, viendo que sus fuerzas eran deshechas con las asechanzas que les hacian; las máquinas, con la fortaleza de los muros y sus manos, eran vencidas en las peleas con el atrevimiento grande de los Judíos, y principalmente por ver que, con tener tantas revueltas dentro de la ciudad, tanta hambre y tanta guerra, estaban los Judíos más animosos, por lo cual pensaban serles imposible acabarlos de vencer, y que la grandeza del ánimo que se cria y sustenta con adversidades, es invencible: porque ¿quién podrá resistir con prosperidad á los que con males y adversidades se muestran y levantan con mayor ánimo y virtud? Por lo cual los Romanos se proveian de guardas más diligentemente.

La gente de Juan estaba en la torre Antonia, y proveíase para lo que tenían si por ventura era el muro derribado; y antes que las máquinas y carneros dichos se asentasen, daban diligencia en resistir á ello; pero todo el trabajo que en ello ponian era perdido, porque habiendo acometido el fuerte de los Romanos con fuego que en él quisieron poner, engañóles la esperanza y hubieron de volver atrás y recogerse; porque al principio parecía que no tenían un consejo ni estaban entre sí concordes, saliendo poco á poco y á sus tiempos con miedo; y en conclusión, no según los Judíos tenían por costumbre, porque les faltaba todo lo que antes les solía ser propio, es á saber, la audacia, el correr, la fuerza general y el no volver atrás sin hacer daño á los enemigos; pero habiendo salido con menos fuerza que antes solían, ofendieron todavía á los Romanos más prontamente que tenían antes acostumbrado; porque tenían

éstos cercados sus fuertes con tanta diligencia con sus cuerpos y armas; que no dejaron camino ni vía alguna para ponerles fuego otra vez en ellos; y confirmados sus ánimos, se esforzaron tanto, que ninguno se movía de su lugar antes de ser derribado y muerto; porque además de estar desesperados ya de toda cosa, si les eran quemadas aquellas obras y fuertes que habían hecho, quedaban todos muy avergonzados si la virtud de los Romanos era vencida por la astucia de los Judíos, ó sus fuerzas y armas por la temeridad y atrevimiento de éstos, ó la experiencia y saber que ellos tenían en las cosas de la guerra, por el número y muchedumbre de los Judíos, ó, finalmente, por ser ellos Romanos y éstos ser Judíos.

Ayudábanse con sus saetas, dardos y lanzas, las cuales tiraban contra los que delante venían; y el que caía primero era impedimento al que lo seguía, y el peligro de los primeros amedrentaba y enternecía á todos los que seguían postreros. Pues los que osaban llegarse á un tiro de saeta, los unos espantados por ver la disciplina y uso que los enemigos en la guerra tenían, otros heridos con las lanzas, habían de volver atrás y recogerse; y al fin, reprendiendo el uno al otro de cobarde, volvíanse todos sin acabar.

A algo primero de Julio comenzaron á combatir; pero habiendo ya partido de allí los Judíos, pusieron los Romanos todo lo que tenían hecho y aparejado; aunque les tiraban muchas piedras y otras armas y mucho fuego de la torre Antonia, y allegaron también todas las armas que pudo la necesidad darles contra sus enemigos; porque aunque los Judíos confiaban mucho en sus muros, los cuales eran muy fuertes, y aunque menospreciaban las máquinas todas de los Romanos, todavía trabajaban en impedirles y hacer que no llegasen á ellos.

Pensando, pues, los Romanos que los Judíos trabajaban en hacer que la torre Antonia no recibiese daño alguno por estar ya los muros menos fuertes, y pensando que los fundamentos de esta torre no eran tan fuertes como quisieran, trabajaban en resistirles. Con todo esto, no se hacía señal ni se mostraba algo de todos los golpes que daban en los muros; y los Judíos, aunque les tiraban y recibían muchos golpes de saetas y dardos, procuraban defenderse y destruir los fuertes de los Romanos, sin temor alguno de peligro; pero como pudiesen menos y fuesen más flacos, porque eran quebrantados con las piedras, haciendo los unos paveses de sus escudos, por guardar sus cuerpos, con las manos y con hierros trabajaban en minarles los fundamentos.

Quebrantadas cuatro piedras con el continuo trabajo, sobrevino la noche y hubieron todos de dejar lo comenzado y reposarse; y roto el muro con los arietes por aquella parte que había Juan primero minado por derribar los fuertes primeros, cayó súbitamente, por haberse roto el asiento en que se sustentaba; pero ambas partes recibieron alegría sin esperarla, por este suceso: porque los Judíos, que debían haber tristeza por haberles sucedido tan gran ruina sin haberse proveído contra ella, confiábanse, pues veían que les quedaba la torre Antonia: la alegría que los Romanos tuvieron por ver los muros derribados, sin pensarlo fué presto perdida, cuando vieron el nuevo muro que Juan había por dentro edificado; mas todavía les parecía que sería más fácilmente combatido y derribado, que no el primero: porque por el que estaba derribado era más fácil la subida, y el muro era menos firme y menos fuerte, por ser reciente y nuevamente edificado, que la torre Antonia, por lo cual pensaban que podría ser más pronto destruido. Ninguno,

con todo, osaba subir por él, sabiendo que el primero que á ello se atreviese tenía muy cierta la muerte.

Pensando Tito animar á sus soldados y levantarles con la esperanza y razonamiento, y que con amonestaciones y promesas muchas veces los hombres suelen olvidarse y despreciar todo peligro, y muchas veces también la muerte, haciendo juntar todos los más esforzados, hablaba con ellos, experimentando sus ánimos, de esta manera:

«Reprendidos merecen ser, ciertamente, como cobardes y hombres de poco ánimo, los que aconsejan y animan á sus compañeros para cosas de poco, y que no hay peligro en alcanzarlas; y no menos los rogados, que los que los ruegan: por lo cual yo saco que solamente es necesario el consejo en las dudosas; y la amonestación á tal hora es buena, porque conviene entonces mostrar cada uno por sí particularmente sus fuerzas. Bien veo y aun digo que tenéis gran trabajo en subir este muro, porque la subida es muy difícil; pero quiero probar ahora y mostraros claramente cómo á los que desean alcanzar nombre y gloria, conviene mucho que peleen con trabajo; y alcanzar las cosas dificultosas con dificultad y morir con gloria, es gentil cosa y no de poco provecho, si los primeros lo hicieren valerosamente. Pues, levante vuestros ánimos esto: cuanto á lo primero, que podrá causar espanto á otros algunos, ver el ánimo paciente de los Judíos y la firmeza y constancia endurecida que en sus adversidades tienen.

»Los Romanos, y más los soldados que tienen costumbre de ejercitarse en la guerra, estando en paz, y vencer cuando están en ella, que sean vencidos por los Judíos, ó con sus manos, ó con su ánimo, es cosa muy fea, principalmente estando ya en el fin de la victoria, y te-

niendo en todo la ayuda de Dios por nuestra parte: porque debéis entender todos, que cuantos daños de los Judíos recibimos, de desesperación proceden. Y con el favor de Dios y virtud y esfuerzo vuestro, cada día crecen sus muertes y destrucciones: porque las sediciones y revueltas, el hambre, el cerco, el caerse los muros sin hacerles fuerza, ¿qué otra cosa pensáis ser, sino la ira de Dios contra ellos, y por ayuda nuestra? No conviene, pues, mostrar que valemos menos que los que no valen; y tampoco conviene ser perezosos á lo que Dios nos ayuda y promete. ¿De qué manera no os parecerá cosa torpe y fea que los Judíos, gente que no se afrenta mucho de ser vencidos, avezados á estar sujetos y en servidumbre, menosprecian ahora la muerte y todos los peligros por libertarse y excusarse de ello, y vienen á correr entre nosotros, no por tener esperanza de victoria, pero sólo por mostrarse; y nosotros, vencedores de casi todo el universo y de las mares, á quienes no vencer es gran injuria, estarémonos sentados, ociosos y sin osar acometer una vez á los enemigos atrevidamente, aguardando que perezcan por el hambre y su fortuna, pudiendo principalmente con poco peligro acabarlos todo?

»Si, finalmente, subimos á la torre Antonia y si la ganamos, tenemos ciertamente ganada la ciudad: porque si conviniere pelear contra los que están dentro, lo que yo no creo, nos promete manifiestamente gran victoria sobre todos nuestros enemigos.

»Dejaré de alargarme ahora en aquellos que perecieron en la guerra, y en contaros el nombre inmortal de los que peleando murieron; yo ruego y deseo la muerte en tiempo de paz á los que al contrario sienten, cuyas almas y cuerpos, juntamente en morir ellos, perecen y son cubiertos en la sepultura. ¿Quién hay, si es valeroso, que no sepa

que las almas libradas con esfuerzo con las armas en la guerra de la cárcel de sus cuerpos, el cielo purísimo y muy claro las recibe, y les da asiento entre las estrellas, adonde después se muestran generosos, buenos y muy favorables á sus descendientes? Pero los que mueren por enfermedad del cuerpo y podredumbre, aunque sean muy limpias de todo pecado y muy santas, son cubiertas de tinieblas debajo de la tierra; son muy olvidadas, consumiendo sus cuerpos, acabando sus vidas y pereciendo toda la memoria de ellos.

»Si la muerte es común á todos, y es necesario pasar todos por ella, ya sabéis que morir con las armas es más ligero, y de tener en mucho menos que morir por enfermedad; porque no le parece malo, ni se acobarda de pagar de grado sirviendo, lo que después así como así había de satisfacer por deuda y obligación.

»Tratado he de esto como que fuese imposible guardarse por más que en ello se trabaje, pues esperanza deben tener de salud en peligros, por grandes que sean, los que tienen ánimo y esfuerzo varonil. Cuanto á lo primero, lo que veis caído del muro, puédese fácilmente andar; lo que está entero, y no ha sido aún combatido, puede ser muy fácilmente derribado, y saliendo muchos de vosotros á efectuar esto, los unos animaréis á los otros, y seréis gran ayuda: vuestra constancia y firmeza en el pelear quebrantará fácilmente el ánimo y audacia de los enemigos, y podrá ser que si tomamos esta torre, habremos toda la ciudad sin algún derramamiento de sangre. Subiendo nosotros, ellos trabajarán en resistirnos é impedir que subamos; pero si una vez les hacemos algún ardid, ó si les mostramos nuestras fuerzas, procurando hacer con ellos lo que nos fuere posible, no podrán, por cierto, defenderse ni sostener nuestra fuerza. Pues de mí os

hago saber, que quiero ser tenido por muy ruin y muy afrentado hombre, si al primero que viere atreverse á esto, no le satisfago de tal manera sus trabajos, que le tengan todos envidia: y el que quedare con la vida, sea capitán de sus iguales, y los que murieren en ello, alcanzarán premio muy bienaventurado.»

Diciendo esto Tito, todos los suyos temieron la grandeza del peligro que claramente veían: uno de ellos, que estaba en una compañía de las suyas, llamado por nombre Sabino, natural de Siria, se mostró muy esforzado, no menos en el ánimo que en sus propias fuerzas, aunque si alguno lo viera antes cuanto á su manera, no lo tuviera, cierto, por soldado: era un hombre negro, flaco; mas en flaco sujeto tenía, por cierto, un ánimo grande y muy heroico, y en pequeño cuerpo tenía grandes fuerzas encerradas. Levantándose, pues, éste primero, dijo:

«A ti, oh César, me entrego de muy entera y alegre voluntad, y quiero subir primero de todos al muro; y deseo que sean mis fuerzas y voluntad no menos prósperas que es tu fuerte y buena dicha: si mi dicha no fuere tal cual es mi ánimo, y si el suceso no me corresponde prósperamente, sepas que quiero por ti morir, no porque espere haber de aquí bien alguno ó librarme salvo, pero sólo por haberlo así determinado.»

Cuando hubo dicho estas palabras, levantó su escudo, haciendo con él amparo á su cabeza; y con la espada en su mano, á las seis horas del día venía para el muro; seguianlo de todos los otros algunos que querían serle iguales y semejantes en la virtud, hasta número de once hombres. Iba Sabino muy adelante, y delantero de todos, movido con fuerza é ímpetu divino; y los enemigos le tiraban dardos y saetas infinitas; dejaban tam-

bién caer piedras muy grandes, las cuales derribaron algunos de los once dichos.

Poniéndose Sabino delante de todo lo que los enemigos tiraban, aunque iba cubierto de saetas, no cesó hasta ganar lo más alto del muro y hacer huir á todos los enemigos que allí estaban: porque amedrentados por ver sus fuerzas tan grandes, y pensando que venían muchos allí con él, no osaron detenerse. ¡Quién, pues, no maldecirá á la fortuna en este caso, que contrasta y trabaja siempre con envidia de resistir á la virtud, é impide todas las hazañas memorables! Porque este varón no erró en lo que había emprendido; y sacudiéndole con una gruesa piedra, cayó á tierra. De lo cual sucedió, que volviendo los Judios cuando lo vieron solo y derribado á tierra, tiráronle infinitas saetas. Arrodillándose él como mejor podía, y cubierto con su escudo, al principio vengábase de los enemigos, é hirió á muchos de los que á él se llegaban; pero con las muchas heridas que tenía, hubo de aflojar su fuerza, y al fin, antes de morir, fué cubierto de saetas. ¡Varón digno y merecedor, por su esfuerzo, de mejor prosperidad y dicha! Cayó, empero, y pereció habiendo acometido una cosa no menos alta que fué su ánimo. Había otros tres que estaban ya casi en lo más alto, y perecieron á golpes de piedras, y los ocho fueron sacados de allí y puestos en sus tiendas muy heridos: todo esto pasó el tercer día del mes de Julio.

II.

De cómo los Romanos acometieron á la torre Antonia, y cómo fueron de allí echados por los Judíos.

Dos días luego después, juntándose veinte hombres de los que estaban de guarda por las trincheras, llamaron un alférez de su compañía, y otros dos de una compañía de gente de á caballo, y un trompeta, y á las nueve horas viénense poco á poco por la parte derribada á la torre Antonia, y degollando á las primeras guardas que hallaron durmiendo, ganan el muro y mandan dar señal luego á su trompeta, con la cual fueron todos los demás que había despiertos, y dan á huir antes de ver la muchedumbre que había subido al muro; porque el temor que tenían, y el sonido de la trompeta, les representó, y fué causa que creyesen haber subido gran muchedumbre de enemigos.

Oyendo Tito la trompeta, ordena presto su ejército y sube él con los principales capitanes acompañado, y con mucha gente de su guarda; pero como los Judíos se hubiesen recogido dentro de la ciudad en el templo, entraron también los Romanos por las minas que Juan había abierto cuando derribó y deshizo las trincheras de sus enemigos. Ordenados los amotinados y revolvedores de entrambas partes, trabajaban en echar á los Romanos, tanto la gente de Simón, cuanto la de Juan, con fuerza y ánimo grande; porque creían ser llegado ya el fin y destrucción general de todos, si los Romanos alcanzaban á entrar en el muy santo lugar, el cual les fué principio de la victoria.

Trabóse en la misma entrada una brava pelea, trabajando los Romanos por ganarles por fuerza el templo, y los Judíos por hacerles recoger con las armas que de la torre Antonia tiraban. Las saetas y lanzas ninguna de ambas partes aprovechaban; pero peleaban todos con las espadas desenvainadas.

Estaba la gente tan mezclada, que no se podía conocer peleando de qué parte eran; y eso por ser el lugar muy estrecho, confundiendo también las grandes voces que se daban el entendimiento y los sentidos; y eran tantos los muertos de entrambas partes, y las armas y cuerpos derribados por tierra, que impedían á los que peleaban.

Siempre que la una parte era más débil y la otra más fuerte, los más débiles echaban al cielo muchas quejas, y los más fuertes, con esto mucho más se animaban y esforzaban unos á otros. No habia lugar ni tiempo para huir, ni aun tampoco para pelear, pero habia muchas mudanzas de los que peleaban; y una vez la victoria se inclinaba á una parte, y luego después á otra.

Los que estaban primeros, eran forzados á matar ó á morir: no podian volver atrás, porque los postreros de cada parte impedían á los suyos que pasasen primero, y no habían dejado lugar alguno vacío entre los que peleaban; pero como el ánimo obstinado de los Judíos venciese la destreza de los Romanos en pelear, tenían ya casi echado todo el escuadrón, porque desde las nueve de la noche hasta las siete del otro día habían peleado. Todos los Judíos tenían por estímulo de la virtud el peligro de la muerte, y á los Romanos porque no habían subido aún las legiones, y la esperanza de los que entonces peleaban cargaba sobre ellas; parecióles que por entonces les bastaba haber ganado la torre Antonia.

III.

Del esfuerzo y fortaleza de un soldado romano llamado Julián.

Un capitán de cien hombres, varón noble de Bitlinia, llamado Julián, el cual fué el más fuerte de ánimo, y más diestro en las cosas de la guerra, y más esforzado en las fuerzas de sus brazos de cuantos yo conocí en esta guerra, cuando vió que los Romanos resistían tan mal y que ya volvían atrás (estaba éste por causa de Tito en la torre Antonia), saltó muy presto en medio, y persiguió él solo á los Judíos que ya iban venciendo, hasta la parte de más adentro del templo. Huíanle todos delante, pensando que no era aquello fuerza de uno, ni que tan gran atrevimiento era suyo; pero echándose él por medio de los enemigos, los unos echaba por una parte, y á los otros cuantos le venían á su encuentro, todos los mataba.

No se maravilló tanto César por cosa alguna, cuanto por ver esto; ni toda su gente vió cosa tan espantable y horrible. Perseguián también á éste los hados, de los cuales no hay quien se pueda guardar: porque traía unos zapatos con muchos clavos y muy agudos, como suelen tener todos los otros soldados; y corriendo por un enlosado, resbaló y cayó, derribado, con gran sonido de las armas, y volvieron entónces contra él los que antes iban huyendo.

Levantóse un alarido grande en este medio, viéndolo los Romanos que estaban en la torre Antonia, temiendo mucho que fuese muerto. Heríanlo los Judíos con espadas y con lanzas por muchas partes: amparábase él de muchos tiros y golpes con su escudo; y trabajando mu-

chas veces por levantarse, fué á la postre, con la muchedumbre de los que le herian, derribado: y aun estando en tierra hirió á muchos, porque no pudo ser presto muerto, por estar todos sus miembros, por donde lo hubieran podido matar, cubiertos de armas. Había encogido su cabeza mucho tiempo, hasta tanto que, cortados ya todos los otros miembros suyos, perdió sus fuerzas, no osando alguno de los suyos socorrerle.

Tito fué con esto muy lastimado, por ver que un varón tan esforzado y valeroso era muerto á vista de tanta gente, viendo que el lugar era causa de no poder socorrerle, y que á todos los otros soldados detenialos el miedo. Habiendo, pues, Julián luchado con la muerte mucho tiempo, habiendo dejado muchos de sus matadores muy heridos, fué muerto tristemente, con gran gloria suya, y no sólo esto entre los Romanos y delante de Tito, pero aun también dejando gran nombre de sí entre los enemigos: los Judíos arrebataron el cuerpo del muerto, é hicieron recoger á los Romanos, huyendo á la torre Antonia.

Pelearon aquí valerosamente Alejas y Gyphtheo del escuadrón y gente de Juan; de la parte de Simón, Malachías y Judas, hijo de Mertón, y Diego, hijo de Sosa, capitán de los Idumeos, y dos hermanos zelotas, hijos de Jairo, el uno llamado Simón, y el otro Judas.

IV.

De la habla y razonamiento que Josefo hizo á los Judíos por que se rindiesen, y de los que de ellos se pasaron á los Romanos.

Mandó Tito á su gente que derribase la torre Antonia desde sus fundamentos, por aparejar por allí subida

fácil á todo el otro ejército. Él, llamando ante sí á Josefo, porque habia oído que aquel día, que era el décimo-séptimo de Julio, habían cesado los sacrificios divinos que se llaman Entelechismos, por falta de hombres, y que el pueblo por ello se dolía mucho, mandó que dijese otra vez á Juan lo que antes le habia mandado; y que si alguno habia entre su gente que tuviese tan gran deseo de pelear, era contento que saliese á pelear con quien quisiese, con tal que no muriese y feneciese con él la ciudad y templo juntamente; pero que se dejase de violar el santo templo, y no cometiese tal mal contra Dios, y que poder tenia también, si lo deseaba, para tornar á celebrar con los Judios que quisiese escoger, las fiestas acostumbradas.

Josefo, pues, porque no se imputasen á Juan solo estas cosas, sino aun también á muchos otros, púsose en lugar de donde pudiese ser de todos bien oído, y declaróles en lengua hebrea, lo que Tito queria y le habia mandado. Rogábales mucho que tuviesen cuenta con su patria y no quisiesen destruirla, y echasen el fuego, que estaba ya muy cercano, al templo, é hiciesen sus sacrificios y ofrendas á Dios acostumbradas.

Dichas estas cosas, estaba el pueblo muy triste y muy callado escuchando: habiendo dicho muchas injurias el tirano á Josefo en respuesta de lo que le habia dicho, á la postre añadió que no tenia él causa para temer su muerte ni destrucción, porque aquella ciudad era de Dios.

Entonces respondió Josefo con grande exclamación: «Ciertamente por eso tú se la has conservado pura y limpia de toda mácula y pecado, y han quedado todas las cosas santas sin ser violadas, y tú no has cometido algo contra aquel cuyo socorro y ayuda esperas ahora;

mas sus acostumbrados sacrificios se celebran. ¿Pues si alguno te quitase lo que has de comer cada día, tú lo tendrías ciertamente por capital enemigo, y confías que Dios, á quien tú has privado de toda la honra que á él le es debida, te haya en alguna manera de ayudar? ¿É imputas á los Romanos la causa de ello, los cuales guardan y defienden aún ahora nuestras leyes, y trabajan porque sea vuelta á Dios la honra y sacrificios de que tú lo has privado? ¿Quién, pues, no llorará la causa de tan gran destrucción y mudanza tan sin pensar, y quién no lamentará la destrucción de la ciudad? ¿Cómo? ¿Vemos que los extranjeros y tus propios enemigos trabajan por corregir tu impiedad, y tú, siendo judío, criado entre sus leyes, te muestras más cruel que no son ellos contra ellas? Pues sepas, Juan, que no es malo ni cosa torpe arrepentirse de los males hechos, viéndose ya al fin; y buen ejemplo tienes si quieres guardar y conservar tu patria, el del rey Jeconías, el cual antiguamente, moviéndole guerra los de Babilonia, y queriendo combatirle y tomarle la ciudad, se salió de ella de grado, y quiso sufrir cautiverio voluntariamente con toda su gente, por no entregar las cosas santas de la ciudad á los enemigos, y por no ver quemar la casa y templo de Dios. Por esta causa celebran los Judíos sus loores y memoria, y de un tiempo en otro pasa su inmortal memoria por todos los siglos nuevos á sus descendientes: buen ejemplo es éste, Juan, aunque esté el peligro tan cerca, pues yo te prometo perdón de parte de los Romanos, con tal que te acuerdes que te doy este consejo como natural judío, y lo prometo á los Judíos; y conviene mirar quién es el autor y de adónde procede todo esto, porque no quiera Dios que viva yo jamás tan cautivo, que me haya de olvidar de mi linaje y de las leyes

de mi patria. ¿Y aun en paga de esto te enojas, gritas y me maldices? Pues sepas que merezco aún cosas más amargas y peormente dichas, pues gasto tiempo en persuadirti estas cosas contra lo que tu ventura y tus hados tienen determinado, y trabajo por defender y conservar á los que están condenados por sentencia y divino juicio.

»¿Quién ignora lo que dejaron escrito los profetas antiguos y las amenazas hechas á esta miserable ciudad? Entonces profetizaron que había de ser esta destrucción cuando la conjuración de dentro comenzase á trabarse entre los mismos ciudadanos, y unos á otros se matasen: pues de vuestros cuerpos muertos está llena, no sólo la ciudad, pero aun también todo el templo: Dios, por cierto, Dios mismo pone el fuego en la ciudad con los Romanos por limpiarla, y quíerela quemar por estar llena de tan enormes maldades.»

Contando Josefo estas cosas con muchas lágrimas y llantos, faltóle la voz por el dolor, del cual teniendo compasión grande los Romanos, todos se maravillaron.

Juan y sus compañeros, con estas cosas más se movían y eran incitados contra los Romanos, deseando prender también á Josefo; mas hubo todavía muchos de los Judíos nobles que fueron movidos con su habla y razonamiento: y algunos de los sediciosos y revolvedores, temiendo á las guardas, no osaban moverse, teniendo ya mucho habia por muy cierta la destrucción de ellos mismos y de toda la ciudad: hubo algunos que, aguardando con diligencia la ocasión y tiempo para ello, huyeron á los Romanos: entre los cuales era el uno el pontífice Josefo y Jesús; hubo algunos hijos de pontífices también, es á saber, de Ismael tres, el cual fué en Cirene degollado; cuatro de Matías, y de otro Matías uno, el cual habia huído des-

pués de muerto su padre, á quien mató Simón de Giora con tres hijos suyos, según arriba dijimos. Con los pontífices se pasaron también muchos de los nobles, á los cuales recibió Tito muy humanamente, haciéndoles cortesía en muchas cosas, y principalmente, sabiendo que les era molesto y enojoso tratar con gente extraña y hacerse á costumbres de gentiles, enviólos á Gofna, adonde pudiesen estar en este medio tiempo, prometiéndolos volver á muchos sus posesiones acabada la guerra; ellos se fueron muy seguros á recoger al dicho lugar.

Cuando los sediciosos y revolvedores que estaban dentro de la ciudad supieron los que habian huído, divulgaron otra vez un ruido, diciendo que los Romanos habían muerto á todos lo que se habían pasado, para que los otros con esta fama amedrentados se detuviesen; aprovechóles algo esta astucia como la de antes, porque atemorizados con esto, no hubo quien osase huir, ni aun moverse; pero después que Tito les mandó volver de Gofna, é hizo que se paseasen todos por el cerco del muro, de tal manera que los cercados los pudiesen ver, juntamente con Josefo, muchos de los que dentro estaban se pasaban huyendo á los Romanos: juntándose después todos en uno, rogaban con muchas lágrimas y gemidos á los revolvedores, que quisiesen, cuanto á lo primero, guardar la ciudad y recibir dentro á los Romanos, y si esto no los contentaba, que saliesen por lo menos del templo y guardasen su templo para ellos; porque sabían no haber de osar poner fuego los Romanos en el templo, sino con necesidad y fuerza muy grande.

Cuanto éstos más los rogaban, tanto más los de dentro contradecían; y habiendo dicho muchas injurias á los

que habían huido á los Romanos, ordenaron y dispusieron encima de las puertas del sagrado templo sus ballesteros, arcos y sus tiros de piedra, y esto para que el cerco del templo con la muchedumbre de muertos pareciese sepulcro, y el templo castillo fuerte.

Entraban en los santos lugares, y adonde ninguno solía antes entrar ni aún llegar, llegaban ellos con las manos sacrílegas, ensangrentadas aun de las muertes de sus mismos ciudadanos y naturales; y atreviéronse á hacer á su ley tal injuria, que la indignación y enojo que los Judíos habían de tener contra los Romanos, si tal cometieran, como ellos entonces cometían, la misma tenían los Romanos entonces contra los Judíos, por ver que locamente usaban mal de las cosas sagradas de su propio templo; porque ninguno hubo de éstos que no honrase y acatase mucho el templo y que no lo adorase, deseando que los ladrones se convirtiesen y reconociesen lo que hacían, antes que aconteciese algún caso que no fuese posible remediarlo; y Tito, doliéndose de la desdicha y suerte de ellos, reprendía otra vez á Juan y á sus compañeros de esta manera:

«Decid, hombres perversos y llenos de toda maldad, ¿no habéis vosotros cercado el santo lugar de rejas? ¿No habéis hecho tablas escritas en letras griegas y romanas, con las cuales vedáis y prohibís que ninguno ose pasar de lo que está cercado? ¿No os concedimos que mataseis á cuantos lo contrario hiciesen, aunque fuesen romanos? ¿Pues para qué ¡oh gente muy dañada! habéis puesto debajo de vuestros pies y hollado los muertos en este mismo lugar? ¿Pues por qué causa habéis ensuciado el sagrado templo de sangre y muertes, no menos de vuestra gente natural que de extraña y gentil? Por testigos llamo á los dioses de mi patria, y si hubo alguno

que antes tuviese cuenta con esta ciudad, porque hasta ahora no sé yo alguno, llamo también por testigo á todo mi ejército, á los Judíos que están aquí conmigo y á vosotros mismos, que no soy yo el que os mueve y os fuerza á violar vuestras cosas santas; antes si vuestra gente muda su asiento y se pone en otro lugar, ni se llegará al templo alguno de los Romanos, ni hará cosa alguna que sea para su afrenta; antes, aunque vosotros no queráis, yo guardaré el templo.»

V.

De cómo se renovó la pelea, cómo otra vez se ordenaron las trincheras, y de lo que los Judíos hacían.

Haciéndoles Josefo saber lo que el Príncipe mandaba, los ladrones y tiranos, pensando que lo decían no por voluntad buena que tuviesen, sino por temor y miedo que tenían, levantábanse más soberbios: Tito, que veía no tener ellos mismos de sí compasión ni misericordia y que no querían excusar la destrucción del templo, determinó efectuar su guerra; pero no podía, por ser pequeño el lugar, poner aquí toda su gente; mas escogiendo de cada ciento de su gente treinta los más esforzados, de más experiencia y escogidos capitanes, dió á cada uno el número de mil hombres, y dando por capitán general de todos á Cerealo, á las nueve de la noche mandó que acometiesen las guardas. Y estando él mismo tambien armado y determinado á bajar con ellos juntamente, los amigos lo detuvieron por el grande peligro que había, y por las palabras que sus capitanes le dijeron, que mucho más provecho haría poniéndose como

presidente de la gente en la torre Antonia al tiempo de la pelea, que si se ponía en el mismo peligro, porque ante los ojos de su Emperador, todos habían de pelear valerosamente.

Obedeció Tito á lo dicho: dijo después á los soldados, que solamente quedaba por juzgar y conocer cuál de todos más valeroso se mostrase y más fuerte en pelear, y esto por no dejar sin hacer mercedes á todos los tales, quienesquiera que fuesen, y porque ninguno de los que cobardemente pelease dejase de ser castigado, antes quería ser juez y testigo de todo, pues era el que tenía el señorío y mando para castigar y remunerar á todos, según lo que mereciesen; así los envió y dejó salir á la pelea á la hora que dijimos, y poniéndose en la torre Antonia en una ventanilla como atalaya, estaba mirando lo que se hacía; pero la gente que fué enviada no halló durmiendo, según confiaban, á los que estaban de guarda, antes con voces que dieron todos muy grandes, trabaron su pelea, haciendo con las voces que las guardas dieron, y con el gran ruido que hicieron, que todas las otras compañías saliesen.

El ímpetu y fuerza de los primeros lo recibían los Romanos, y los que más atrás de éstos venían daban en su misma gente y herían á muchos de ellos, no menos que si les fueran enemigos: la grito y clamores de entrambas partes era causa que no se pudiesen conocer los amigos ni los enemigos, y la noche y obscuridad era también causa que los ojos perdiesen su conocimiento; y como hubiese algunos ciegos con el furor grande que tenían, otros por la ira y otros por el temor, era esto causa que á quienquiera que encontrasen, sin discreción lo herían.

Esta ignorancia menos daño hacía á los Romanos,

cubiertos con sus escudos y peleando en compañías, porque todos se acordaban de la seña que tenían: los Judíos, que venían derramados, arremetiendo y recogéndose loca y temerariamente, muchas veces los unos se mostraban enemigos á los otros en la fuerza que se hacían, recibiendo como enemigo romano cualquiera de los suyos que entre tan grande obscuridad venir veían. De esta manera, pues, fueron muchos más heridos por sus compañeros mismos que por los enemigos, hasta tanto que, salido el sol, ya se veían los unos á los otros que peleaban, y estando con orden en su escuadrón, tiraban saetas y otros muchos tiros: ninguno declinaba ni se movía de su lugar, y ninguno tampoco con el trabajo se cansaba; pero los Romanos, algunos por sí y otros en compañía, peleaban delante de su Emperador, mostrando su esfuerzo y valentía; pensaba cada uno que le había de ser este día principio para levantarse si peleaba valerosamente, y para ganar nombre. Esforzábanse los Judíos y tomaban audacia por temer cada uno su propio peligro, y por temer también la ruina y destrucción del templo, porque estaba el tirano rogando á unos y sacudiendo á otros, é incitando á algunos con amenazas á que peleasen. Peleóse aquí lo más de muy cerca, pero presto y en muy poco espacio se mudaba el estado de la gente, porque ninguna parte de ambas tenía mucho espacio ni lugar para huir, ni para perseguir tampoco.

Había ruido en la torre Antonia por el buen suceso de las cosas de su gente, confiando que habían de ser vencedores; y por los que les animaban y gritaban que se detuviesen si acaso huían, y peleasen animosamente; y era, cierto, esta torre como un teatro para juzgar la guerra; porque no ignoraban algo de cuanto se hacía, Tito ni los que con él estaban.

Finalmente, la pelea fué comenzada á las nueve de la noche, y á las cinco del día se separaron, no habiéndose partido alguno del lugar á donde había comenzado á pelear, para haber de huir; pero habian dejado la victoria entre medio de ambas partes por ser la guerra por ambas partes tan dudosa y tan igual.

Muchos de los Romanos pelearon aquí muy valerosamente. Pelearon así también los Judíos de la parte de Simón, Judas, hijo de Mertón, y Simón, hijo de Josías, y dos idumeos, el uno llamado Diego, y el otro Simón; éste era hijo de Cathla; y Diego era hijo de Sofa. De los compañeros aliados con Juan, Gyphteo y Alejas, y de los Zelotas, Simón, hijo de Jairo.

Toda la otra gente de los Romanos, el séptimo día, derribados los fundamentos de la torre Antonia, hizo camino muy ancho hasta el templo; y acercándose las legiones al muro, comenzaron luego á hacer sus montes ó caballeros: el uno contra la parte del templo interior, que estaba al Oriente y Septentrión, y el otro contra la parte donde los sacerdotes tenían su aposento, á la parte aquilonal, entre las dos puertas: de los otros, el uno estaba contra la puerta de la parte del templo exterior occidental, y la otra contra la parte septentrional; pero proseguían su obra los Romanos con gran trabajo y necesidad, porque traían el aparejo para poner este en orden, de más de cien estadios lejos de allí.

Algunas veces les hacían mucho daño las asechanzas de los Judíos, porque no se guardaban ellos, por ver tan claramente la victoria en sus manos; y los Judíos, por otra parte, se atrevían mucho más, viéndose desesperados de toda salud: porque cuando algunos de los jinetes salían á traer leña ó heno, mientras esto hacían, quitaban los frenos á sus caballos y dejábanlos pacer; y saliendo

por las minas y cuevas que los Judíos tenían hechas, los hurtaban.

Viendo César que tantas veces se hacía esto, pensando, y era así la verdad, que aquellos robos se hacían más por ser los Romanos negligentes y de poco cuidado, que por tener los Judíos poder ni esfuerzo para ello, castigó rigurosamente este caso; y quitando la vida á uno de los soldados que había perdido su caballo, hizo que los otros se remirasen en guardarlos mejor, y de esta manera guardó y conservó todos los caballos de los otros: porque no los dejaban ya más salir á pacer, antes salían con ellos á sus necesidades como si estuvieran atados á ellos naturalmente. Hacían, pues, sus caballeros, y combatían el templo juntamente.

Al otro día después de la subida de ellos, muchos de los revolvedores de Jerusalén, no teniendo ya qué hurtar, aquejados por el hambre que padecían, juntándose en un cuerpo, dieron en la guarnición de los Romanos que estaba asentada junto al monte Eleón, á las once horas del día. Al principio confiaban cogerles desprevenidos y sin pensar en ello; y que además de esto, estando ocupados en rehacerse del trabajo, estarían algo descuidados, y que así serían engañados fácilmente. Pero entendiendo los Romanos lo que esta gente pretendía hacer, recogiendo la gente propia que estaba de guarda, trabajaban en resistirles por más que trabajaban en romper el cerco con su fuerza; y trabándose aquí una fiera escaramuza, ambas partes hicieron muchas cosas valerosamente: los Romanos con su destreza y arte en el pelear, además de la fuerza y fortaleza que mostraron, y los Judíos también con ímpetu inmoderado, y con ánimo desenfrenado, movidos ya con desesperación. Los Romanos tenían por capitán la vergüenza y empucho grande, y los Ju-

dios la necesidad que á ello les forzaba. Porque escarpar los Judíos, que estaban ya como puestos en un lazo, parecia cosa muy torpe y muy fea á los Romanos: y los Judíos ponian la esperanza de su salud y vida en romper aquel muro.

Uno de los de á caballo, llamado Pedanio por nombre, habiendo huido de los Judíos, y recogídose en un foso, pasado que hubo con su caballo ligero corriendo en el monte que está de frente por un lado, arrebató por el pie uno de los enemigos que huía, mancebo de cuerpo grande y muy bien armado; tanto se bajó corriendo el caballo, y tanta era la fuerza de su brazo y de todo su cuerpo, y tanta destreza mostró en su manera de cabalgar, que trajo en sus manos el cautivo, como si fuera algún rico don, delante de Tito.

Maravillándose mucho Tito por ver las fuerzas del que lo había preso, mandó matar al cautivo por haber osado acometer el muro: él tenia cuidado de dar orden en que combatesen el templo; y daba gran prisa y diligencia en que los montes ó caballeros fuesen acabados.

Viéndose los Judíos tan maltratados en tantas escaramuzas, y tomando mayores fuerzas la guerra, para mayor destrucción del templo, como vemos que sucede en un cuerpo podrido, cortaban los miembros y partes de él como llenas de pestilencia, queriendo con esto guardarse, que no pasase más adelante: porque habiendo puesto fuego á una parte de la galería del templo, la cual se juntaba con la torre Antonia, viniendo por la parte aquilonal al Oriente, cortaron después hasta veinte codos, poniendo con sus propias manos fuego á todos sus santuarios. Dos dias después, que fueron á los veinticuatro del dicho mes, los Romanos pusieron fuego á todo el portal; y pasando el fuego hasta atorce codos de largo,

los Judíos derribaron también la techumbre, no dejando, con todo, de hacer algo: cortaban por todas las partes que se pegaba con la torre Antonia, pudiendo y debiendo prohibir que el incendio pasase más adelante. Puesto, pues, el fuego, medían lo que se había de quemar por provecho de ellos propios.

No cesaron jamás las escaramuzas cerca del templo, antes poco á poco nunca faltaba quien á pelear saliese contra ellos.

En estos mismos días, uno de los Judíos, varón pequeño de cuerpo, y de gesto feo, hombre de poco, no buenos en linaje que en hacienda, llamado por nombre Jonathas, saliendo hasta el monumento del pontífice Juan, habló muchas cosas soberbiamente contra los Romanos; y además de esto desafió al principal y más esforzado de todos ellos, que saliese á pelear con él. Los que se pusieron contra él, muchos se tenían por afrentados; había también algunos, como suelen hallarse, que temían: algunos se movían con razón bien pensada, diciendo que con un hombre que venía desesperado y con deseo de la muerte, ninguno debía pelear; porque los que han desesperado ya de alcanzar vida, no tienen fuerza de hombres de seso, ni tienen reverencia á Dios; y venir en contienda con hombres de cuya victoria no se puede sacar gran honra, y con quienes es el ser vencido muy peligroso y deshonorado, no parecía cosa de hombre fuerte y valeroso, sino de fiero y loco. Y como estuviese mucho tiempo sin que alguno saliese, y el judío, hombre muy soberbio y arrogante, se burlase con muchos escarnios, por ver á los Romanos tan medrosos y cobardes, salió un romano de una compañía de gente de á caballo, aborreciendo mucho el atrevimiento y soberbia de éste; levantado por ventura á ello, por ser también de pe-

queño cuerpo y baja estatura, salió inconsideradamente; y trabando su pelea con él, dió á todos que reir engañado por la fortuna: porque en cayendo, Jonathas lo mató; y poniendo luego los pies sobre el muerto, teniendo su escudo en la mano izquierda, y reluciendo su espada ensangrentada en su mano derecha, y haciendo gran ruido con sus armas, soberbio contra el ejército y contra el muerto que á sus pies tenía, reprendía é injuriaba á los Romanos que lo miraban; hasta tanto que, estando bailando y diciendo vanidades, un capitán ó centurión llamado Prisco le pasó con una saeta; y por este hecho se levantaron pareceres diversos entro los Judios y Romanos. Pero lastimado éste con gran dolor, dando vueltas alrededor, vino á caer encima del cuerpo de su enemigo, y mostró cuán presto sigue la venganza á la prosperidad y dicha que en la guerra procede sin razón.

VI.

De cómo los Romanos perecieron en las llamas y fuego engañados por los Judíos, y de lo que un hombre llamado Artorio hizo.

Estando los sediciosos y amotinados en posesión del templo, cada día resistían manifiestamente á los soldados ordenados en sus trincheras. A los veintisiete días del dicho mes, pensaron hacer este engaño y maldad.

El espacio y patio de la puerta del Occidente, que estaba vacío y sin algo entre la techumbre y vigas, llenáronle de leña seca, de azúfre y pez. Después, como vencidos, ibanse retrayendo: por lo cual muchos, con temeridad y sin más miramiento, perseguíanlos y aun trabajaban

en subir á la puerta, poniendo muchas escalas para ello: los que eran más prudentes y sagaces, viendo y pensando que los Judíos no habían tenido causa ni ocasión alguna para huir, estábanse quedos y sin moverse; pero cuando la puerta estuvo llena de aquella gente que había subido, los Judíos pusieronla fuego; y levantada la llama súbitamente por todas partes, los Romanos, aun aquellos que estaban fuera del peligro, fueron muy espantados, y los que eran presos dentro del fuego, desesperaban: porque cercados de fuego y de llamas, los unos se echaban atrás en la ciudad; otros en medio de los enemigos; muchos, confiando de esta manera salvarse, echábanse en los pozos y luego perecian; otros, trabajando por defenderse, eran tomados del fuego; otros se mataban ellos mismos con sus armas antes de ser abrasados con el fuego, y estaba ya el fuego tan encendido y tan derramado, que aun á los que huían alcanzaba.

César, aunque se enojaba mucho por ver que tanta gente moria por haber subido al portal sin haberlo él mandado, todavía tuvo gran compasión y misericordia de ellos. Y como ninguno pudiese atajar ó prohibir el fuego que ya tan encendido estaba, tenían todos los que morían por consolación grande, ver el gran dolor que sentía el Emperador, por quien ellos morian; el cual, gritando y dando muchas voces, corría delante de todos, y rogó á sus compañeros que todos le ayudasen. Y tomando cada uno su voz y buena voluntad por gloriosa sepultura, morian de buena gana.

Mas todavía algunos, recogidos en la más ancha parte de la puerta, libráronse de las llamas y del incendio; pero cercados después por los Judíos, resistieron con trabajo, aunque muy heridos, mucho tiempo; pero á la postre todos perecieron.

Además de muchos otros, hubo un mancebo entre éstos, llamado Longo, que honró toda esta adversidad y destrucción acontecida; y aunque fueron todos los que murieron dignos de nombre y memoria, éste fué el que se mostró más fuerte y más esforzado: al cual persuadían los Judíos que bajase á ellos; prometiéndole fe y amistad, porque era varón muy esforzado, y porque deseaban mucho quitarle la vida. Su hermano Cornelio, que estaba de la otra parte, rogábale mucho que no deshonrase la gloria que había ganado, y que no afrentase la milicia de los Romanos, á quien él satisfizo y obedeció más firmemente; y levantando en alto su espada, porque fuese visto de entrambas partes, él mismo se mató.

De los que estaban cercados por el fuego, uno llamado por nombre Artorio, guardó y conservó su vida con astucia y sagacidad. Porque llamando á un compañero suyo nombrado Lucio, díjole: Yo te hago heredero de todo mi patrimonio si me recibes; como este saliese á recibirlo muy prontamente, el que se echó en sus manos, vivió; y Lucio oprimido con el peso, y resbalando á tierra porque estaba empedrado todo aquello, luego murió.

Esta adversidad entristeció algo á los Romanos; pero hizolos más prudentes para otra vez, y ayudóles mucho contra los engaños y asechanzas de los Judíos, con las cuales eran muchas veces engañados, por no saber el lugar ni la costumbre de ellos.

Quemada ya toda la galería y todo el patio también hasta la torre de Juan (la cual había el edificado en el tiempo que tenía guerra con Simón, encima de los maderos tan labrados que iban á dar en la lonja ó plaza del Templo) todo lo que más quedaba, los Judíos lo cortaron, después de quemados y consumidos todos los habían subido.

Luego el siguiente día los Romanos pusieron también fuego á la puerta que estaba por la parte Boreal, y quemaron hasta la parte de Oriente; y esto contenía la torre llamada Cedrona, edificada encima del valle de adonde también se hacía muy alta y muy horrible su altura.

VII.

Del hambre de los Judíos.

Las cosas del Templo de esta manera pasaban, y en este estado estaban. Moría infinita muchedumbre de los que por toda la ciudad se corrompían de hambre. De esto sucedían muertes infinitas, y muy innumerables: porque en cada casa adonde se descubría haber algo que comer, se movía gran guerra; y los que eran muy amigos peleaban y venían á las manos, por solo quitar los unos á los otros el mantenimiento: pues aun no querían dar crédito del hambre y necesidad que pasaban á los mismos hombres que morían; antes á los que veían que se les salía el alma, iban escudriñando los ladrones, porque no muriese alguno por ventura escondiendo lo que tenía para comer en su seno.

Y la esperanza que de hallar algo tenían, con la hambre grande que como perros muy habrientos padecían, los engañaba y hacían fuerza á las puertas, como si estuvieran borrachos, y entraban una y otra vez á buscar y escudriñar una misma cosa, como ya desesperados, y la necesidad grande que padecían les hacía á sus bocas buena toda cosa; y recogiendo todo lo que sucios animales no quisieran comer, ellos mismos lo comían.

No dejaron finalmente de ejecutar su hambre en las correas y zapatos, y quitaban á los escudos sus cueros y se los comían. Tenían también por mantenimiento, el ajeo y podrido heno, y aun había algunos que vendían la libra de ello, por cuatro aticos, que era cierta moneda que tenían. ¿Qué necesidad hay ahora de declarar ni contar la hambre que padecían, diciendo que comían las cosas sin ánima y sin sentido?

Un hecho he de contar no oído jamás entre Griegos ni Bárbaros, increíble á los que lo oyeren; espantable y horrible al que lo cuenta. Cierto que dejaría de grado tal adversidad, porque no pensasen los que después de mí serán, que cuento mentiras y cosas que no pasaron, si no tuviese muchos testigos de ello; y haría por ventura poco servicio á mi propia patria, si quería callar ó cubrir en algo, todo lo que por sus hados y desdichas tristemente padeció.

VIII.

De una mujer que había cocido un hijo suyo por causa de la gran hambre.

Una mujer de las que vivían de la otra parte del río Jordán, llamada María por nombre, hija de Eleazaro, natural del lugar ó barrio llamado Vetezobra, que quiere decir la casa de Isopo, noble en linaje y rica; huyendo con toda la otra gente, recogióse dentro de Jerusalén, y allí estaba cercada no menos que todos los otros.

Todos los bienes que esta había traído de su tierra habíanselos ya robado los tiranos de Jerusalén; lo que le quedaba escondido y todo el mantenimiento que halla-

ban, se lo llevaban los amotinados que en su casa cada día entraban. Enojábase con esto la mujer gravemente, porque maldiciendo cada día á los ladrones que en su casa entraban, ellos se movían contra ella más ásperamente: viendo también que ninguno, por enojado que estuviese ni por misericordia que hubiese, la quería acabar de matar; antes buscando de comer para ella, lo buscaba para otros. Érale quitada también la libertad y poder de tomar algo, y moríase ya de hambre no menos que los otros; y la ira que tenía la encendía mucho más cierto que no hacía la hambre. Con la fuerza, pues, que su ánimo sufría, y con la necesidad movida, levantóse á hacer cosa contra toda humanidad y naturaleza; porque arrebatando un hijo que á sus pechos tenía, dijo: ¡oh desdichado y miserable de tí! ¿para quién te guardaré yo entre tanta guerra revuelta, sedición y entre tan gran hambre? Ya que vivas, has de ser puesto en servidumbre debajo de los Romanos, y los tuyos son aún más crueles que éstos. Sirveme, pues, á mí con tus carnes de mantenimiento, á los malos revolvedores de furia; y sirve de cuento en la vida humana de los hombres, lo cual sólo falta en tan grandes destrucciones y adversidades de los Judíos.

Diciendo esto mató á su hijo y coció la mitad, y ella misma se lo comió, guardando la otra mitad muy bien cubierta. Los amotinados entran en su casa, y habiendo olido aquel olor tan malo y tan dañado de la carne, amenazábanla que luego la matarian si no les mostraba lo que había aparejado para comer. Respondiendo ella que había aun guardado la mayor parte de ello, entrególes lo que le sobraba del hijo que había muerto. Ellos viendo tal cosa, les tomó un tan temeroso horror y perturbación, que perdieron el ánimo con ver cosa tan per-

versa y tan nefanda. Dijo, empero, la mujer: Éste, pues, es mi hijo y ésta es mi hazafia: comed vosotros, porque yo ya he comido mi parte. No quiero que seáis más tiernos que una mujer, ó más misericordiosos para el niño que ha sido su propia madre. Si vosotros tenéis piedad y honráis la religión y desecháis mis sacrificios, yo ya he comido; quede también para mí lo que sobra.

Amedrentados ellos sólo por haber visto cosa tan fiera, saliéronse temblando, aunque apenas pudieron dejar que la madre sola se hartase de esta vianda.

Fué luego la ciudad llena de esta maldad, y divulgóse entre todos; y poniéndose cada uno delante de aquella matanza, estaba amedrentado no menos que si él mismo hubiera acometido aquella maldad tan grande.

Todos los que estaban hambrientos corrían buscando quien los matase, y eran llamados bienaventurados los que antes de padecer tal morían.

Presto supieron también los Romanos esta desdicha y adversidad, de los cuales unos no lo creían, otros se condolían y compadecían grandemente; y muchos tomaron de aquí nuevo aborrecimiento á los Judíos.

Tito en esto estaba haciendo sus ruegos á Dios, si quería dar paz á los Judíos, haciéndoles olvidar libremente todo el daño que habían cometido: pero los Judíos en lugar de paz deseaban guerra; y por concordia, sedición y revuelta; por hartura y abastecimiento, hambre; y habiendo ellos con sus propias manos comenzado á quemar el templo, el cual él les había guardado, entendió claramente que eran muy dignos de estos mantenimientos: pero la maldad de esta comida tan ilícita y tan nefanda habíase de cubrir con la ruina y destrucción de la propia patria, ni había de sufrir que el sol saliese ni diese luz á la ciudad, en la cual las

madres comían sus propios hijos. Los padres debían primero servirse de tales viandas antes que las madres, los cuales no dejaban las armas después de tales muertes. Diciendo estas cosas, pensó que ya todos los enemigos estaban desesperados, y que no habían de cobrar ya seso, pues habían padecido todo lo que antes que lo padeciesen pensaban haber de hacerles mudar sus ánimos y propósitos.

IX.

Cómo fué combatido el muro, y del incendio del templo.

Como á los ocho días de Agosto hubiesen acabado las dos legiones de hacer sus montes ó caballeros, mandó Tito que llegasen todos sus ingenios á la parte del templo exterior, por la parte occidental, porque seis días antes combatiendo la pared sin cesar con el ariete ó ingenio más fuerte, no pudieron hacer algo, ni habían con todo aprovechado.

Pero la grandeza y edificio de las piedras vencía la fuerza de éste y de todos los otros arietes: unos minaban los fundamentos de la puerta que estaba al Septentrión, y habiendo trabajado en ello mucho, solamente pudieron quitar las piedras que por defuera estaban, y las puertas cargaban y se sostenían sobre las que estaban por de dentro y duraron mucho tiempo en quererlas derribar, hasta que, pensando ó no confiando que podrían derribarlas jamás con todos sus ingenios y fuerzas, determinaron llegar con escalas; pero los Judíos, que para defender é impedir esto estaban apercebidos, salían á pelear con los Romanos y así derribaban á los unos

ntrás, mataban otros que corrían á socorrer á los que caían, y muchos que subían por las escalas que habían puesto antes de concederles tiempo para cubrirse y ampararse con sus escudos eran muertos; y algunas escalas llenas de gente armada, volviéndolas á un lado, las derribaron. De lo cual no pequeño daño y matanza sucedía entre la gente romana. Otros había también que peleaban por cobrar sus banderas, las cuales los Judíos les quitaban, poniéndose por muy afrentados que tales cosas les quitasen. Á la postre los Judíos se las ganaron todas y mataron además de esto toda la gente que había subido; los demás, espantados por ver la matanza grande que hacían, bajábanse muy amedrentados; pero ninguno de los Romanos murió en esta pelea que no hiciese primero alguna cosa señalada y digna de nombre.

Los revolvedores y amotinados de la ciudad, que antes en las primeras escaramuzas habían peleado bien, mostraron aquí también su esfuerzo, y principalmente Eleazar, el hermano del tirano Simón. Como, pues, Tito viese que trabajando en guardar y no echar á perder un templo que era ajeno y de otra gente, perdía sus soldados y se había de guardar con pérdida de tantos Romanos, mandó que pusiesen en la misma hora fuego á las puertas.

Viniéronle delante, estando en esto, huídos Anano el de Amaunta, cruelísimo hombre de los de la guarda de Simón, y Archelao, hijo de Magadato, confiando que por verse los Romanos vencedores habían de alcanzar perdón de Tito. Oyendo Tito la crueldad que éstos habían usado contra los Judíos mismos, determinó matarlos á entrambos, porque decía haber venido á él no cierto por voluntad ni de grado, mas por verse ya á ello forzados, y que no eran dignos de la vida hombres que

desamparaban á su propia patria, abraçada por causa de ellos. Y aunque la fe y promesa que les había hecho refrenó su ira y los dejó ir, no quiso que los dejaran donde los otros estaban, por no tenerlos en la misma reputación. Habían, pues, los soldados puesto ya fuego á las puertas, y derretida la plata, presto las puertas fueron quemadas; y pegándose más el fuego, dió luego á los otros portales del templo.

Viéndose los Judíos cercados de fuego, perdieron no menos las fuerzas que los ánimos que tenían, y atónitos y muy espantados, ninguno hubo que osase ni trabajase en impedir ni matar el fuego: estábanse pasmados mirándolo y con todo no se dolían de lo que se destruía, con tal que pudiesen salvar lo que de más tenían y les quedaba, por lo cual cobraban ánimo.

Creció el fuego todo aquel día y toda la noche siguiente, porque no pudieron poner fuego juntamente ni poco á poco á todos los portales; esotro día luego mandando á parte de su gente que matase el fuego é incendio hecho y allanase el camino hacia las puertas, porque más fácilmente pudiese llegar su ejército, mandó llamar á sus capitanes, y escogiendo seis de los más principales caballeros, Tiberio Alejandro, capitán de todo el ejército, Sexto Cerenlo, capitán de la quinta legión; Largio Lévido, de la décima y Tito Frigio de la décimaquinta, con los cuales estaba también Eternio Fronto, maestro de dos legiones de Alejandría, y Marco Antonio Juliano, procurador de Judea; y juntando también todos sus capitanes, aquellos que tenían á su mandado mil hombres cada uno, y todos los procuradores, propúsoles que determinasen el mejor consejo sobre lo que convenía hacer del templo: parecía á unos que se debía guardar la ley de la guerra en todo, porque los Judíos no cesarian

entretanto que el templo estuviese entero, alonde todos los que podían de todas partes se recogían; algunos otros decían: que si los Judíos dejaban el templo y no querían defenderlo con las armas, ellos debían conservarlo, y que si lo ganaban pelcando, debía ser quemado; porque ya cierto no parecía templo sino un castillo, y que quien lo quemase no cometería mal alguno ni cosa contra Dios, pues tendrían la culpa de ello aquellos por cuya causa era quemado.

Diciendo Tito que aunque los Judíos trabajasen en pelear, no por eso se debían ellos vengar de las paredes y piedras sin alma, y que no había él de quemar obra tan excelente y tan magnífica, porque el daño sería ya de los Romanos, así como sería, quedando entero, ornamento muy señalado de todo el Imperio romano; estando ciertos, y entendiendo los que estaban juntos lo que pretendía, fueron de su parecer Fronto, Alejandro y Cerealo.

Despidió su Consejo entonces, y mandando á los soldados que ninguno moviese algo contra el templo, antes que todos se sosegasen y los capitanes también, porque estuviesen todos aparejados para cuando fuese necesario, escogió de todo el ejército los que allanasen el camino, y mandóles que matasen todo el fuego; el trabajo y el temor que los Judíos tuvieron, les detuvo para que no hiciesen aquel día algo; pero al siguiente, recogiendo luego y juntando sus fuerzas, y tomando nuevo ánimo y esperanza, salieron contra los que estaban en guarda del templo ó de la parte de fuera, á las dos horas después de mediodía: la primer fuerza valerosamente ellos la sostuvieron, y cubiertos con sus escudos, hacíanse muro delante de los enemigos, en tan espeso escuadrón se pusieron. Todavía tenían por muy cierto que los Romanos

no podrían resistir mucho tiempo, porque eran vencidos por el número de gente y por la audacia y animosidad; pero Tito, antes que su gente volviese las espaldas á los enemigos (estaba en la torre Antonia mirando lo que se hacía), vino con la gente de á caballo más escogida á socorrerles; no pudieron resistir ni sostener tanta fuerza los Judíos, antes muertos los que primero estaban, los demás huyeron, y retrayendo su fuerza los Romanos volvían á atacarles, y como los Romanos otra vez viniesen contra ellos luego huían, hasta que cerca de las cinco horas, forzados los Judíos, se recogieron al templo y fueron allí encerrados.

Tito se volvió á Antonia, determinado combatir el templo luego por la mañana con todo su ejército y poder; pero por juicio de Dios ya antes era condenado á fuego mucho tiempo habia, y habia ya pasado y corrido muchos tiempos, y estaba ya presente el día determinado á ello, que era el décimo día de Agosto: en el día mismo fué también antes quemado por el rey de Babilonia, pero todavía fueron causa y principio de este incendio los domésticos y naturales; porque habiéndose reposado algún poco los sediciosos y revolvedores, por haber partido Tito, acometieron otra vez de nuevo á los Romanos, y trabóse gran pelea entre los que trabajaban por defuera en matar el fuego y los que estaban por guarda del templo, y habiendo los Romanos hecho huir á los Judíos, llegaron hasta el templo.

X.

Cómo fué encendido y quemado el templo contra la voluntad de Tito.

Aquí, pues, entónces un soldado, sin aguardar que alguno se lo mandase, y sin vergüenza de tal hecho, antes movido parece de furor é impetu divinamente, fué animado por uno de sus camaradas, y tomando parte del fuego, que aun había, echólo á una ventana de oro por donde había entrada y pasó á las otras partes del templo, hacia la parte del Septentrión. Levantándose la llama, levantóse aquí un llanto y clamores dignos ciertamente de tal destrucción y ruina, y venían con prisa á socorrerle; determinando ya exponer sus propias vidas y no poner fin á sus fuerzas viendo que habían perdido aquello que ellos para defenderse en tanto tenían.

Fué llevada presto esta nueva á Tito por cierto hombre: él, que acaso estaba reposando en su cámara, por haber venido cansado de la pelea, luego en la hora saltó á caballo, y vino corriendo al templo para impedir el incendio; seguíanlo todos los Capitanes y todo el ejército muy amedrentado: el ruido que tan gran ejército, viniendo sin orden y con gran grito, movía, era muy grande, y Tito, dando voces, y haciendo señal con su mano á los que peleaban, mandaba matar el fuego; pero ni oían su voz, porque las voces que todos daban les cerraban los oídos, ni miraban las señales que él les hacía con sus manos, estando los unos distraídos en el pelear, y otros por la ira grande que tenían.

Las amenazas y los mandamientos de Tito no eran

bastantes para detener el ímpetu de los que adentro corrían, antes iban adonde el furor airado que tenían los llevaba; y muchos quedaban muertos y pisados en el estrecho por donde entraban, queriendo entrar todos juntamente, y muchos cayendo en lo quemado de los portales, que aun ardían y abrasaban, padecían como los mismos enemigos.

Cuando hubieron llegado al templo, fingiendo que no oían lo que Tito les mandaba, cada uno persuadía al que le iba delante que pusiese fuego al templo: no les quedaba ya esperanza alguna á los amotinados y revolvedores de poder socorrer ni prohibir lo que se hacía, porque era la matanza general por todas partes, y huía cada uno segun mejor podía: la gente que no podía defenderse ni hacer algo doquiera que era presa y hallada, allí era muerta.

Amontonábase gran muchedumbre de muertos al rededor de donde estaba el altar, por las gradas del templo corría la sangre, y los cuerpos que por allí caían nadaban con la mucha sangre, y corrían abajo.

Cuando Tito vió que no podía detener el ímpetu furioso de sus soldados, y que el fuego lo señoreaba todo, entró con sus Regidores dentro, y miró todo el templo, y lo que se llamaba el lugar Santo, lo cual ciertamente excedía la fama que tenía, y aun era más excelente, y no menos que lo que la gloria y loores que los Judios por ellos se daban, merecía: pero como no hubiese llegado aun por parte alguna la llama ni el fuego á lo interior del templo, ni hubiese tocado aun en algo de cuanto estaba al rededor, pensando, como era la verdad, que podría aun conservarse, saltó en medio de ellos, y comenzó á rogar á su gente que matasen todos el fuego, y envió un Capitán de cien hombres de los de su guarda, para

que castigase á todos los que no cesasen ni quisiesen obedecerle y refrenarse: pero el furor embravecido de la gente, la fuerza é impetu grande que traían, y el odio que contra los Judíos tenían, era causa que menospreciasen el mandamiento de su Emperador con menos reverencia y acatamiento de lo que convenía, y que no temiesen al que había venido por defender y detener el fuego: algunos, ó los más se movían á esto por pensar que dentro estaria todo lleno de dinero, viendo que las puertas estaban hechas de oro.

Un soldado de los que habían entrado, antes que Tito corriese á impedir y prohibirles que pusiesen fuego, lo había ya puesto á una puerta, y entonces presto, viendo ya que la llama por de dentro relumbraba, partieron Tito y sus capitanes con él, y ninguno hizo más fuerza á los que por defuera ponían el fuego.

De esta manera, pues, fué quemado el templo contra la voluntad de Tito; pero aunque haya alguno que pienso haber sido esta destrucción muy digna de lágrimas y de ser muy llorada, porque la obra era la mejor, más excelente y más maravillosa de cuantas hemos visto ú oído, tanto en su edificio, quanto en su grandeza y magnificencia en cada cosa; y en la gloria y honra que á las cosas santas aquí se daba y hacía, todavía sé que se consolará mucho por saber que así estaba por Dios determinado, de lo cual ni hay hombre, ni animal, ni edificio ni cosa alguna que pueda evitar ni guardarse.

Maravillaránse también por ver y saber la orden y verdad de los tiempos, por que fué quemado ahora el mismo día y el mismo mes que los Babilonios antiguamente lo quemaron. De la primera edificación, comenzada por el rey Salomón, hasta esta final destrucción, la cual aconteció el segundo año del Imperio de Vespas-

siano, se cuenta haber pasado mil ciento treinta años, siete meses y quince días, y de la postrera edificación y renovación que hizo Ageo el segundo año del Reino de Siro, hasta la destrucción acontecida, imperando Vespasiano, pasaron seiscientos treinta y nueve años, un mes y quince días.

XI.

De los sacerdotes y destrucción del Gazofilacio ó tesoro del templo.

Ardiendo el templo, cuanto á las manos les venia á los soldados y podían haber, todo lo robaban, y la gente que mataban era infinita de cuantos hallaban. No hubo misericordia de edad, por vieja que fuese, ni hubo reverencia alguna á la castidad, antes niños y viejos, sacerdotes y gente profana todos eran muertos y puestos á cuchillo, igualmente eran todos perseguidos de una misma manera, así los que les suplicaban, como los que les resistían: y el ruido del fuego con los gemidos y llantos de los que morían hacíase siempre mayor; pues por ser aquel collado muy alto, y la obra que se quemaba ser muy grande, parecía ciertamente que toda la ciudad ardía y estaba llena de fuego, y no hay clamor ni voces tan horribles y espantosas como aquí se oían; porque las legiones de los Romanos levantaban ruido grande, y las voces de los sediciosos que estaban cercados de fuego y de armas, subían al cielo: Huía el pueblo que de fuera hallaba á los enemigos con miedo grande, y las quejas que daban por tal destrucción pasaban al cielo.

Los que estaban en el collado hacían retumbar el

ruido por toda la ciudad: muchos que estaban marchitos y medio muertos, por la grande hambre que padecian, cerrados ya sus ojos por estar muy cerca de la muerte, viendo el fuego del templo, y las quejas que por todas partes daban, cobraron fuerzas, recobraban el habla, y comenzaron á dar grandes voces.

Resonaba con el ruido toda la región que estaba de la otra parte del rio; y los montes que alrededor habia, hacian retumbar más los alaridos, y los hacian más graves, y todavia eran, cierto, las muertes que dentro se hacian mayores que no eran las voces y el ruido: porque quien lo viera pensara que el collado, en el cual estaba edificado el templo, se abrasaba de raíz: tan lleno estaba por todas partes de fuego.

Pues la sangre que manaba se mostraba aun mucho más que no el fuego, y fueron muchos más los muertos que los matadores; estaba toda la tierra cubierta de muertos, y los soldados perseguían á los que huían corriendo por encima de los cuerpos muertos. Eran en fin, los ladrones en tanto número, que hicieron recoger á los Romanos en la parte de fuera del templo, y ellos acometieron para entrar en la ciudad, porque todo el pueblo que habia quedado habia huido á la puerta que estaba en la parte exterior.

Habia también algunos sacerdotes, que al principio con unas puntas de hierro, y después con sus propias sillas, adonde se asentaban, las cuales siendo de plomo las atrancaban, y tirábanlas á los Romanos; pero viendo á la postre que nada aprovechaba, y que el fuego ya llegaba á ellos, apartábanse á una pared ancha de ocho codos, porque el fuego no pudiese tomarlos, y estabanse allí.

Dos de los nobles, como pudiesen librarse, y guar-

clarse de todo peligro huyendo á los Romanos, ó permanecer en el mismo estado y fortuna de los otros, ellos mismos se echaron en el fuego, y fueron quemados juntamente con el templo: el uno era Meyro, hijo de Belga; el otro Josefo, hijo de Daleo.

Los Romanos viendo que vanamente y por demás les era querer conservar los edificios que alrededor del templo estaban, ardiendo el templo, pusieron fuego á todo juntamente, y á cuanto quedaba aun de los portales y puertas, excepto una que había por la parte de Oriente, y otra por la parte de Mediodía, las cuales después del todo derribaron y destruyeron. Dieron fuego también á las arcas donde estaba el tesoro, llamadas con propio nombre Gazofilacio, las cuales estaban llenas de dinero, de ropas y de muchos otros bienes; y concluyendo con esto brevemente, estaban dentro de ellas todos los bienes y riquezas de los Judíos: porque todos los ricos habían vaciado sus casas en ellas y habían recogido allí sus tesoros.

Vinieron también contra un solo portal que quedaba entero fuera del templo, adonde se habían recogido todas las mujeres y los muchachos, y otra muchedumbre á la revuelta, hasta seis mil personas. Pero antes que Tito determinase algo sobre las cosas que convenían hacerse de esa gente, y antes de mandar algo á sus capitanes, los soldados que ardían con la ira grande que tenían, pusieronle fuego. De aquí sucedió, que los unos murieron queriendo echarse de allí abajo, y otros fueron con el fuego quemados, de manera que de número tan grande, ninguno se libró con la vida.

Causa de la muerte de éstos había sido un falso profeta, el cual había predicado el mismo día en la ciudad, que Dios los mandaba subir al templo por darles señal

y respuesta de su salud y salvación; porque muchos profetas sobornados entonces por los tiranos, denunciaban al pueblo que esperasen el socorro de Dios y no tuviesen cuidado de guardarse y menos de huir de ellos; y los que no tenían, ni se guardaban, se detuviesen también mucho mejor con la esperanza que les daban estos falsos profetas. Porque cuando un hombre está en adversidad, fácilmente se le persuade de toda cosa: y si el que quiere engañar, promete haber de ser librado del mal que al presente padece, necesariamente el que lo padece es forzado á tener esperanza.

XII.

De las señales principales que precedieron y se mostraron antes de la ruina y destrucción de Jerusalén.

El miserable pueblo, así pues, creía á los engañadores de Dios y del mundo: mostráronse señales muchas y prodigios, los cuales manifestamente declaraban la destrucción presente; pero ni las advertían ni aun las querían creer, antes como atónitos y sin sentido, como hombres ciegos y sin almas, disimulaban y cubrían todo cuanto Dios les mandaba y descubría: una vez cuando pareció la estrella como una espada ardiente encima de la ciudad, y duró la cometa todo el espacio de un año entero; también cuando antes de la guerra y rebelión primera, el día de la Pascua, juntándose el pueblo, según tenían de costumbre, á ocho días del mes de Abril, á las nueve de la noche, se mostró tanta lumbré alrededor del altar y alrededor del templo, que parecía ciertamente ser un día muy claro, y duró esto media hora larga; y aunque

los ignorantes y la gente que no lo entendía lo tuviesen por muy buena señal, todavía los que lo entendían tuvieron por cierto y juzgaron lo que había de ser.

Este mismo día, y en la misma fiesta, un buey que traían para sacrificar, parió un cordero en medio del templo. La puerta Oriental del templo interior, siendo de cobre muy grande y muy pesada, la cual apenas podían cerrar cada noche veinte hombres, y tenía los cerrojos todos de hierro y las aldabas muy altas, las cuales daban en lo hondo de una piedra muy grande, que estaba en el umbral de la puerta, se mostró abierta una noche á las seis horas, sin que alguno llegase á ella. Cuando las guardas que estaban en el templo llegaron á hacer saber esto á los sacerdotes, á quienes el negocio pertenecía, vinieron todos y apenas la pudieron cerrar: pero esta señal parecía también buena á la gente idiota y popular. Decían que había Dios abierto la puerta de los bienes. La gente más prudente y los sacerdotes del templo pensaban que sus fuerzas de grado se rompían y deshacían; y que abrirse las puertas era don y merced grande que los enemigos les hacían, y de esto significaban haber de suceder gran destrucción y soledad.

Pocos días después de los días de las fiestas, á los veintiuno del mes de Mayo se mostró otra señal increíble á todos muy claramente. Podría ser que lo que quiero decir fuese tenido por fábula, si no viviesen aún algunos que lo vieron, y si no sucedieran los fines y muertes tan grandes como eran las señales: porque antes del sol puesto, se mostraron en las regiones del aire muchos carros que corrían por todas partes y escuadrones armados, pasando por las nubes derramadas por toda la ciudad: pues al día de la fiesta que llamau de Pentecostés, habiendo los sacerdotes entrado de noche en la parte del

templo más cerrada, para hacer, según tenían de costumbre, sus sacrificios, al principio sintieron cierto movimiento y cierto ruido; y estando atentos á lo que sería, oyeron una súbita voz que decía: Vámonos de aquí.

Y lo que fué más horrendo y aún más espantoso que todo lo dicho, hubo un hombre rústico y plebeyo llamado Jesús, hijo de Anano, que, cuatro años antes de comenzarse la guerra, estando la ciudad en gran paz y en gran abundancia, habiendo venido á la fiesta que entonces se celebraba, en la cual tienen por costumbre ataviar y adornar las cosas sagradas del templo por honra de Dios, comenzó á dar voces grandes repentinamente. Voz por Oriente, voz por Occidente, voz por las cuatro partes de los vientos, voz contra Jerusalem y contra el templo, voz contra los recién casados y recién casadas, voz contra todo este pueblo. Y dando tales voces rodeaba todas las plazas y calles de la ciudad.

Algunos de los varones de más nombre y más señalados, pesándoles mucho por saber la suerte adversa y desdicha que aparejada les estaba, prendieron al hombre, y diéronle muchos azotes porque callase. No dejó él por esto de dar gritos de la misma suerte, sin tener cuenta, ni consigo, ni con aquellos que lo maltrataban, ni habló algo secreto; antes perseveraba dando las mismas voces y diciendo lo mismo.

Pensando los regidores de la ciudad lo que verdad así era, que era este movimiento y voz divinamente enviada, trajéronlo al presidente romano, á donde fué desollado hasta los huesos con azotes que le dieron; pero con eso no rogó jamás que lo dejaran, ni le salió lágrima alguna, sino que como mejor podía á cada azote ó golpe que le daban, bajaba algo su voz muy lamentablemente y decía: ¡Ay, ay de ti, Jerusalem! Como Albino, que era entonces

juez, le preguntase quién era, ó de dónde ó por qué razón daba tales voces, no le respondió. Pues no cesó de gritar, ni llorar la desdicha de la ciudad miserable, hasta tanto que juzgando Albino que estaba loco, le dejó libre: hasta el tiempo de la guerra no se veía con ciudadano alguno, ni hubo tampoco quien lo viese hablar; antes se estaba cada día como elevado orando, y como casi quejándose, decía: ¡Ay, ay de ti Jerusalén! No maldijo á alguno como fuese cada día maltratado, ni decía bien tampoco á los que le traían de comer. Solamente tenia estas palabras en la boca, las cuales eran tristes nuevas y señales para todos. Daba voces principalmente los días de fiesta, y perseverando en esto siete años y cinco meses á la continua, nunca enronqueció ni jamás se cansó: hasta tanto que llegado ya el tiempo, cuando fué la ciudad cercada, entendiendo todos claramente lo que significaba, él se reposó. Y rodeando otra vez la ciudad por encima del muro, gritaba con la voz alta: ¡Ay, ay de tí ciudad, templo y pueblo! Como llegando ya el fin de sus días dijese: ay de mí también; una piedra echada con uno de aquellos tiros, luego lo mató, y le hizo salir el alma que aún lloraba todo el daño y destrucción que tenía presente.

El que pensar, pues, á questo, hallará ciertamente, que Dios aconseja bien á los hombres, y les muestra en todas las maneras cómodas y posibles, lo que les es saludable y conveniente, y ellos mueren y perecen con males que ellos mismos por su locura y falta de entendimiento se acarrean. Pues los Judíos, después que les fué tomada la torre Antonia, habían hecho cuadrado el templo, teniendo en sus libros sagrados escrito, que la ciudad y templo había de ser tomado y destruído si el templo se hacia cuadrado.

Pero lo que á ellos principalmente les movió á ser

percinacos y guerrcar, era una respuesta dudosa, hallada también en los libros y escrituras sagradas, la cual decia: que había de ser en aquel tiempo, cuando un hombre nacido entre ellos había de tener el imperio del Orbe universo. Tomaron esto como propio, y muchos sabios se engañaron en declarar lo que esto significaba. Y esta profecía declaraba el imperio de Vespasiano, el cual fué elegido emperador estando en Judea. Pero no pueden los hombres excusar lo que ha de ser, aunque antes lo vean y lo entiendan. Estos interpretaron parte de estas señales, según su codicia y lujuria: parte también menospreciaron, hasta tanto que con la muerte y destrucción, así de ellos, como de su patria, fué descubierta y castigada la maldad de esta gente.

XIII.

Del Imperio de Tito y de cómo los sacerdotes fueron muertos.

Viendo los Romanos que todos los sediciosos habían huído á la ciudad, pues el templo y todo lo que alrededor había estaba hecho brasa, pusieron sus banderas en el templo delante de la puerta del Oriente; y habiendo celebrado allí grandes sacrificios, declaraban por Emperador con grandes voces á Tito; pero hurtaron tanto los soldados, que no valía en Siria un peso de oro sino la mitad de lo que antes solía valer.

Entre los sacerdotes que habían permanecido y salvándose en la pared del templo que arriba dijimos, había un muchacho que, muriéndose de sed, pedía á los Romanos que lo recibiesen con paz, y confesaba la gran sed que tenía; y dándole la mano los Romanos, movidos á com-

pasión, no menos de su edad que de su necesidad, habiendo ya bebido y llenado el cántaro que consigo trajo, retiróse huyendo á los suyos, y no hubo guarda alguna de las que allí había que lo pudiese alcanzar, pero maldecían y vituperaban su poca fe y su gran infidelidad. Respondiales él que no había hecho algo contra lo que les había prometido, porque la promesa que él les había hecho no era que hubiese de quedar con ellos, sino para que solamente descendiese y tomase agua; y habiéndolo él hecho así, no tenían por qué decirle quebrantador de la fe, pues antes había guardado todo lo prometido. Los que habían sido engañados maravillábanse de ver un muchacho de tan poca edad tan astuto.

Cinco días después descendieron los sacerdotes muertos ya de hambre, y los que estaban de guarda llevaronlos á Tito, los cuales solamente le pedían les guardase la vida y dejase salvos. Respondiendo éste, que ya el tiempo para alcanzar el perdón se les había pasado, y había perecido ya todo aquello por lo cual él les había de perdonar y dejarlos méritamente con la vida; y que convenía que los sacerdotes pereziesen con el templo, pues éste era ya consumido, mandólos llevar á que fuesen todos degollados.

Los tiranos con sus compañeros, por verse cercados por todas partes, sin manera ni esperanza de poder huir ni librarse, movieron á Tito que les hablase. Deseando éste, por su benignidad natural, conservar lo que de la ciudad quedaba, y persuadiéndole lo mismo sus amigos, porque pensaban que los ladrones se habían ya algo moderado, paróse en la parte occidental del templo. Había aquí, encima del portal, unas puertas y una puente que juntaba la ciudad por la parte alta con el templo, y ésta estaba entonces en medio de Tito y de los

tiranos. Había también muchos soldados de entrambas partes; los Judíos miraban á Juan y Simón confiando alcanzar perdón, y los Romanos á su Emperador, por ver y conocer con cuánto amor los recibiría.

Habiendo mandado pregonar que refrenasen sus soldados la ira y las armas, puso Tito uno por lengua que les hablase: esto era lo que manifestaba ser él señor, y él mismo les dijo y comenzó á hablar primero de esta manera:

«¿Estáis ya, pues, hartos del daño y males, oh varones, que han acontecido á vuestra patria, habiéndoos olvidado de la mucha virtud de los Romanos y de vuestra poca fuerza? Pero con ímpetu mal considerado y furioso echáis á perder la ciudad, el templo y todo el pueblo, y á la postre pereceréis vosotros también muy justamente; pues que primero, después que Pompeyo os venció valerosamente, nunca habéis dejado de buscar novedades é innovar vuestro estado; después levantásteis también y movisteis guerras contra el pueblo romano, por ventura confiados en que eráis gran número de gente. Pues un escuadrón pequeño de romanos os resistió, ¿acaso esperabais que os habían otros de ayudar? ¿Qué gente no hay sujeta á nuestro Imperio que desee ayudar más y servir á los Judíos que á los Romanos? ¿Confiasteis, pues, en vuestras fuerzas y valentía? ¿No sabéis que los Germanos nos sirven y reconocen por señores? Os confiasteis en la fortaleza ó firmeza de vuestros muros, ¿pues qué mayor muro que todo el mar Océano, y qué mayor obstáculo ó impedimento, con el cual estaban fortalecidos los Britanos y muy rodeados, y nos sirven ahora y adoran las armas de los Romanos? ¿Pensasteis que habíais de vencer por ser de ánimo más constante y firme, y tener capitanes más prudentes y

más experimentados? ¿Sabéis todos haber sido presos por fuerzas nuestras los Cartagineses? Os movió, pues, por cierto solamente contra nosotros la benignidad que en los Romanos habéis experimentado; porque primeramente os dejamos libremente habitar en estas tierras; porque os dimos reyes de vuestra propia y natural gente; porque os hemos guardado y conservado las leyes de la patria; porque hemos permitido que vivieseis, no sólo apartados de la comunidad de las otras gentes, pero aun viviendo vosotros con otros os hemos dejado vivir á vuestra voluntad, y os concedimos, lo que es de tener en más, tomar tributo en nombre de Dios y recoger dones en vuestro templo, sin detener y prohibir á los que los ofrecían, y todo esto para que fueseis más ricos enemigos nuestros, y con el dinero nuestro pudieseis armaros contra nosotros.

»Habiéndoos, pues, hecho tantos beneficios, quisisteis mostrar cuán abundantes y hartos estabais de todo contra aquellos que os los habían concedido; y como suelen las fieras serpientes, echasteis la ponzoña de vuestros ánimos contra aquellos que os halagaban y tanto bien hacían, pues así menospreciasteis la negligencia de Nerón; y como si se os hubiese quebrado un miembro de vuestro cuerpo ó se os hubiese encogido, no pudiendo bien reposar, descubristeis y fuisteis hallados en mayor vicio, y os alargasteis á tener esperanzas más altas y peores de lo que os convenían, y á codiciar cosas muy grandes y demasiadas.

»Vino mi padre á vuestras tierras, no por tomar castigo de lo que merecíais por lo que contra Cestio habíais hecho, sino por enmendaros y corregiros con consejo. Y como debiese, si tuviera intención de destruir vuestra nación, perseguiros á todos y desolar esta ciudad

toda, quiso más destruir á Galilea y á los lugares vecinos de allá, por daros tiempo para proveeros y pedir la paz, y para que mostraseis señal alguna de arrepentimiento de todo lo hecho.

»Esta humanidad y clemencia suya os parecía cobardía y poca fuerza, y con nuestra mansedumbre habéis criado vuestro atrevimiento.

»Muerto Nerón hicisteis lo que acostumbran hacer todos los malos; y de las discordias que habéis sabido que había entre los nuestros, tomasteis esperanza y nuevo atrevimiento: y habiendo yo partido con mi padre para Egipto, pensasteis que era este tiempo el propio y conveniente para mover la guerra.

»No tuvisteis vergüenza de perturbar y desordenar los príncipes y regidores que os dejamos declarados, á los cuales habíais experimentado todos por capitanes muy humanos y mansos.

»Viniendo finalmente el Imperio á poder de mi padre, siendo todos en ello muy conformes; y enviando embajadores de todas partes extrañas para darle el parabién, según se acostumbra hacer, luego otra vez los Judíos se levantaron como enemigos: enviasteis luego de la otra parte del Eufrates embajadas por mover novedades; cercasteis nuevamente vuestros muros; levantáronse motines y revueltas entre vosotros, y también contiendas de tiranos y guerra entre vosotros mismos: cosas son éstas, ciertamente, que no convienen sino á hombres muy llenos de toda maldad.

»Habiendo yo venido muy mandado y contra voluntad por mi padre con tristes mandamientos para vuestra ciudad, alegrábame ver que el pueblo tenía intención de haber la paz.

»Antes de comenzar la guerra, yo os rogaba que cesa-

seis; y peleando también, en parte os perdonaba, no ejecutando en vosotros mis fuerzas, según pudiera, ni negando libertad á los que de grado se rendían y pasaban á mi parte: guardé mi fe y mi palabra con todos los que á mí se acogían, y refrené á los que movían y encendían la guerra con azotes y castigo: traje forzado y contra mi voluntad las máquinas y tiros míos á vuestros muros; refrené siempre á mis soldados que deseaban todos daros la muerte. Cuantas veces yo vencí, tantas trabajé por moveros y atraeros á pedirme paz, no con menor ánimo que si yo fuera el vencido.

»Habiéndome llegado después cerca del templo, olvidándome adrede de lo que la ley de guerra manda, yo os suplicaba que quisieseis excusar tal destrucción, y guardar y conservar vuestro templo y vuestras cosas sagradas; dábaos facultad y licencia para salir libremente, y para pelear en otro tiempo y en otro lugar si pelear queríais.

»Todas estas cosas menospreciasteis, quemasteis vosotros mismos, y pusisteis fuego con vuestras manos al templo. Ahora, malvados, moveisme á que hable: ¿Qué hay ya que guardar que sea tal como lo que ha sido destruido? ¿Qué salud pensáis merecer vosotros mismos, después de haber sido causa que un templo tal fuese destruido? ¿Aun ahora os mostráis armados con las lanzas enristradas; y estando ya en vuestra final destrucción, no sois aún para humillaros? ¡Oh miserables! ¿Con qué esperanza hacéis esto? ¿Por ventura todo vuestro pueblo no está ya muerto y consumido? ¿No es destruido ya el templo, y la ciudad es ya mía? Vuestras almas y vidas están ya en mis manos, ¿y aun con todo esto pensáis que es gloria de vuestra fortaleza morir pertinaces? No quiero contender ni pelear con vuestra pertinacia.

»Dejadas las armas aparte, entregándoos á mi poder, yo os perdono las vidas: y habiendo el Señor tomado venganza con mansedumbre, como en una casa privada ó particular suele acontecer de las cosas más graves y que más ofendían, quiero conservar todo lo otro.»

Respondieron ellos á todo lo que había dicho, que no podían ellos tomar la fe ni la palabra de Tito, porque habían jurado no hacer jamás tal cosa; y que sólo pedían licencia para salir por entre sus fuerzas y municiones por la parte que había cercado el muro: con sus hijos y mujeres, prometían irse á un desierto ó soledad, y dejarles la ciudad.

Enojóse por esto Tito gravemente, viendo que siendo sujetos á reconocerse como vencidos, pedían condiciones de vencedores: mandó que les fuese declarado con son de trompeta, que ninguno de ellos acudiese más á él, y que ninguno esperase ya alcanzar fe, ni promesa alguna porque á ninguno había de perdonar; y que peleasen con todas sus fuerzas y trabajasen en hacer lo posible por guardar y conservar sus vidas: porque había determinado ejecutar en ellos el derecho y furor de la guerra.

Entonces dió licencia á sus soldados para que saqueasen la ciudad y le pusiesen fuego; pero ellos no lo hicieron en todo aquel día: el siguiente pusieron fuego al Archivo adonde estaban todos los libros: á la Corte del Consejo Real y á la villa alta y al lugar que llamaban Oña. Llegaba el fuego hasta el palacio real de Elena, el cual estaba en medio la villa alta: y no ardían menos las calles y las casas de la ciudad llenas de cuerpos muertos.

El mismo día los hijos del Rey Izata y sus hermanos y muchos nobles del pueblo juntos, suplicaron á Tito que los perdonase y les diese su palabra: pero él, aunque estaba enojado con todos, no mudó su costumbre, antes

los recibió. Mandó ponerlos á todos por entonces en guarda, y llevóse los hijos del rey y parientes atados después á Roma, para tomar allí rehenes de la palabra y fe que le habian prometido.

XIV.

De los robos que los sediciosos hacían, y cómo fué la ciudad interior quemada.

Habiendo venido los sediciosos y amotinados de la ciudad á la casa Real, adonde habian muchos, por ser casa muy segura, puesto todos sus bienes, echaron de aquí á los Romanos; y mataron todo el pueblo que allí se había juntado, que era bien hasta ocho mil y cuatrocientos, y robaron todo el dinero que aquí hallaron.

Prendieron dos soldados Romanos vivos, uno de á caballo y otro de á pie: al infante mataron y arrastraron por toda la ciudad, como casi tomando de todos venganza en el cuerpo de un Romano: el caballero por haber prometido descubrirles algo muy conveniente para la salud y amparo de todos, fué llevado delante de Simón: y no teniendo allí qué decir, fué entregado á uno de los capitanes llamado Ardaba por nombre. Éste mandóle atar las manos atrás y tapar los ojos con una venda de lienzo, y sacólo delante de los Romanos, en parte que pudiese ser de todos visto, y tenía lo como si lo quisiese degollar. Mientras el Judío sacaba su espada de la vaina, huyóse á los Romanos: no sufrió ni quiso Tito que fuese muerto, pues había huido de los enemigos; pero uzgólo por indigno de ser contado entre los soldados Romanos, pues había sido preso vivo; y quitándole las

armas, echólo de las compañías, lo cual parecía á todos los prudentes más grave y peor de sufrir que la muerte.

Al día siguiente los Romanos, habiendo hecho huir los ladrones de la parte baja de la ciudad, quemaron todo cuanto delante les vino hasta Silca: y holgábanse de ver consumir la ciudad; pero no les quedaba algo á que dar saco: porque los ladrones que lo habían ya vaciado todo, se recogían á la parte alta de la ciudad.

Ningún arrepentimiento tenían de tanto mal cuanto hacian, y no tenían menos soberbia, que si les fuera todo muy próspero. Mirando, pues, con alegre cara cómo la ciudad ardía y se abrasaba, decian con voz muy alegre, que no deseaban sino la muerte; porque consumido el pueblo, quemado el templo, y ardiendo toda la ciudad, no habían de dejar algo para los enemigos.

Trabajaba Josefo estando ellos en la extrema necesidad en rogar por lo que de la ciudad salvo restaba. Habiendo, pues, hablado muchas cosas contra la impiedad y crueldad de esta gente, y habiéndoles dado muchos consejos sobre lo que hacer les convenia para salvarse, todo fué vano; porque no querian entregarse ni rendirse por causa del juramento que habían hecho, ni podían ya pelear igualmente con los Romanos cercados por ellos como por guardas: estaban tan avezados á morir y á ver matar, que ya no se les daba nada por ello.

Íbanse esparcidos por toda la ciudad, escondiéndose entre lo que estaba derribado y destruído, acechando por donde mejormen te podrian huir. Muchos eran presos y muertos, porque con el hambre que padecian no tenían fuerzas para huir, y los muertos echábanlos á los perros. Parecíales, pues todo género de muerte que padeciesen, mucho mejor que era el hambre que los atormentaba: la

cual era tan grande, que muchos sin licencia y sin tener esperanza de alcanzar misericordia huían á los Romanos, y venían á dar en manos de los sediciosos y amotinados, los cuales no cesaban de matar: y no había lugar vacío en toda la ciudad, que todo estaba lleno de muertos, consumidos, ó por la gran hambre, ó por las manos de aquellos ladrones amotinados, y estaba todo muy lleno de cuerpos muertos, de los que, ó por hambre, ó por la revuelta de esta maldita gente, habían perecido.

Consolábanse los tiranos y los ladrones amotinados con la esperanza que tenían de salvarse en los albañares cuando todo les faltase; porque confiaban que si aquí se recogían, no serían hallados: pues acabada de destruir la ciudad, y partidos ya de allí los Romanos, pensaban poder salir y huir todos: pero esto no era sino un sueño: porque no podían esconderse, ó de Dios ó de los Romanos. Confiados, pues, como dije, de salvarse en los albañares y cavas que debajo de tierra tenían, quemaban ellos mucho más que los mismos Romanos; y los que huyendo del incendio se escondían en las cuevas, matábanlos malamente y los desnudaban.

También donde quiera que hallasen que comer, por más lleno que estuviese antes de sangre, se lo tragaban. Tenían ya guerra entre si sobre quién robaría más, y creo que si no fueran destruidos y muertos, quisieran con su sobrada crueldad gustar y comer la carne de los muertos.

XV.

Cómo fué combatida la superior ó más alta parte de la ciudad, y cómo algunos de los Judíos se pasaron y huyeron á Tito.

Viendo Tito que era imposible tomar la parte alta de la ciudad sin haber sus caballeros, por estar edificada y fundada en lugar enhiesto por todas las partes, á los veinte días del mes de Agosto ordenó su gente en la obra.

Traer la materia para esto era cosa muy dificultosa y de gran trabajo, por haber sido gastados todos los ingenios y aparejos que para ello tenían de cien estadios alrededor en los primeros montes ó caballeros que habían hecho.

Levantaron su obra las cuatro legiones en la parte occidental de la ciudad delante del Palacio Real, el escuadrón y gente de socorro con todos los demás, hacia el Xisto, y hacia la puente y torre de Simón: la cual había él antes edificado para defenderse cuando guerreaba con Juan.

Habiéndose juntado estos mismos días los capitanes de los Idumeos secretamente, tomaron consejo sobre la manera que tendrían para rendirse á los Romanos: y enviando cinco hombres de los suyos á Tito, suplicábanle que quisiese concederles perdón, y pedían les concediese las vidas.

Confianto Tito que partidos los Idumeos los tiranos se habían de rendir, porque eran éstos gran parte en la guerra, todavía, aunque tarde, les prometió la vida y les devolvió los embajadores que le habían enviado.

Estando éstos ya aparejando su partida, stupo Simón, y mató luego los cinco varones que habían salido á hablar con Tito y encarceló á los capitanes y al más noble de ellos también, el cual era Diego, hijo de Sofa. Quitados los capitanes á esta muchedumbre de Idumeos, los cuales no sabían lo que hiciesen, por no tener quién los rigiese, no quiso dejarles sin capitanes, antes los puso debajo de guarda más diligente; y con todo no podían las guardas impedir ni detener á los que huían; porque aunque muchos eran por esto muertos, había muchos más que huían.

Á todos los recibían los Romanos, por haber Tito menospreciado las amenazas que antes les había hecho por su demasiada mansedumbre y amistad; y los soldados, con la esperanza que de ganar tenían, y también por estar ya muy hartos, templábanse en matar á los que huían á ellos. Porque dejados aparte los nobles y principales, todo el otro vulgo, así hombres como mujeres, vendían por poco precio; y como fuesen muchos los vendidos y hubiese pocos que los comprasen, aunque Tito había mandado pregonar que ninguno huyese solo, porque tuviesen cuidado de traer consigo también todas sus familias, todavía como quiera que viniesen, él los recibía, puesta diligencia y guarda que mirasen los que eran dignos de castigo, y luego les matasen.

Así, pues, fué gran número el de la gente que fué vendida. Fueron juntados y guardados más de cincuenta mil de los ricos del pueblo, los cuales Tito dejó después ir como cada uno quiso.

Estos mismos días uno de los sacerdotes, hijo de Tebuto, llamado por nombre Jesús, tomando la palabra del Emperador en su seguridad, porque entregase algunas de las cosas que habían sido ofrecidas al templo,

salió y entrególe de la pared del templo dos candeleros semejantes y muy parejos á los que estaban en el mismo templo, y muchas mesas, platos y tazas hechas todas de oro muy macizo y de gran peso. Entrególe también muchos velos y ornamentos de pontífice llenos de perlas y riqueza, y con esto muchos vasos y aparejos que para hacer sus sacrificios tenían muy ricos.

Fuó también preso el tesorero y guarda del dinero y riqueza del templo, llamado Fineas, el cual mostró los vestidos sacerdotales; mostróle también mucha púrpura y grana que estaba todo guardado en sus almaris para el uso necesario. Con éstos habia algo de cinamomo de casia y otra muchedumbre de olores, de los cuales cada día mezclando parte la ofrecían á Dios, y la quemaban en su nombre. También le entregó éste de otras riquezas mucha parte, y no pocos ornamentos hechos para el culto divino; por respeto de las cuales cosas, aunque fué preso por fuerza, le fué todavía concedido perdón, no menos que á los que huían.

XVI.

Cómo los Romanos ganaron toda la otra parte que de la ciudad quedaba.

Acabadas ya las trincheras y puesta en orden toda la gente, á los siete de Septiembre, diez y ocho días después de comenzada la obra, acercaban ya los Romanos sus máquinas y tiros que para combatir tenían.

Parte de los sediciosos, desesperando ya de salud y de poder guardar su ciudad, desamparados los muros, recogíanse á la villa alta; otros se echaban por los alba-

ñares; otros muchos, ordenándose, querían impedir á los Romanos que pusiesen sus máquinas y sus tiros como querían; pero vencíanles los Romanos no menos en esfuerzo que en el número grande de la gente que tenían; y lo que es de tener en más, que éstos estaban poderosos y alegres, y los Judíos flacos y muy tristes.

Siendo, pues, ya una parte del muro derribada, y habiendo caído algunas torres combatidas con las máquinas ó ingenios llamados arietes, luego los que estaban para defenderlos huyeron. Y los tiranos fueron entonces más amedrentados de lo que la necesidad les compelia; porque antes que los enemigos entrasen, estaban ya entorpecidos y también suspensos, sin saber si huyesen ó qué debían hacer: verais aquí los que poco antes solían ser muy soberbios y muy arrogantes en sus obras y hechos muy impíos, estar en este tiempo tan humildes y tan temblando, que aunque eran muy bellacos y malos, movieran á compasión á quien los viera.

Trabajaron por echar á los que guardaban el muro, roto el cerco que ceñía los muros de la ciudad, y por salir; pero no hallando ya el socorro de todos aquellos que hasta allí les habían sido fieles, huía cada uno adonde la necesidad y fuerza lo echaba. Y como viniesen otros y les hiciesen saber que todo el muro, hacia el Occidente, estaba ya derribado y por tierra; otros que les denunciaban cómo los Romanos habían entrado y llegaban ya buscándoles; otros que afirmaban que veían los enemigos estar en las torres, engañándoles la vista el grande miedo que tenían, echábanse boca abajo en tierra y quejábanse de sí mismos y de su locura, y estaban como cortados sin saber á donde mejor huir y poder salvarse.

En esto conocerá cualquiera la potencia y virtud de

Dios contra los malos, y la dicha y gran prosperidad de los Romanos.

Priváronse aquí estos tiranos ellos mismos de su guarda y defensa, y bajáronse de su voluntad y de su grado de las torres que tenían, adonde no podían ser, por fuerza grande que les hiciesen, presos, si no era por hambre solamente; y los Romanos, que habían trabajado en solo los muros primeros y más bajos, prendieron ahora, por dicha y por su fortuna, los que antes no pudieron prender con sus artes ni sus fuerzas.

Las tres torres que antes dijimos eran ciertamente más fuertes que todas cuantas máquinas é ingenios los Romanos tenían. Desamparándolas, pues, todas tres, ó, lo que es más cierto, echados de ellas por voluntad de Dios, huyeron luego al valle de Siloa, y habiendo perdido, por estar aquí, algo del miedo grande que tenían, dieron por esta parte contra la guarnición que cercaba el muro; pero fueron rechazados, más por haber acometido con poca fuerza, que por la necesidad y fuerza que los que estaban en guarnición les hicieron, porque cierto de decir es, que tenían ya las fuerzas muy quebrantadas por el trabajo grande que pasaban, por el miedo que tenían, y por la gran destrucción y calamidad que delante sus ojos veían claramente, escondiéronse como mejor pudieron en diversos albañares y lugares de suciedad.

Habiendo ganado los Romanos los muros, pusieron en las torres sus banderas, celebrando su victoria con grande alegría y cantares, por ver que había llegado el fin de aquella guerra mucho más fácil que les había sido el principio.

Habiendo, pues, alcanzado sin derramamiento de sangre el muro, que no pensaban por cierto fuese el postrero, y no viendo alguno que les resistiese, maravillábanse

como de cosa muy incierta: derramados, pues, por las estrechuras de las calles y plazas con las espadas desenvainadas, mataban sin hacer diferencia alguna á cuantos hallaban, y quemaban todas las casas con los que en ellas se recogian juntamente. Destruyendo también muchas de las en que habian entrado por robarlas, hallaban en ellas las familias muertas, las cámaras y suelos llenos de muertos consumidos por el hambre: y así huían sin tomar algo con las manos vacías con horror de ver tan horrenda cosa; pero aunque de los muertos de esta manera tenían compasión y lástima, no la tenían semejante de los vivos, antes matando á cuantos delante les venian, y llenando las calles angostas de cuerpos muertos, manaba toda la ciudad sangre, de tal manera, que gran parte del fuego se mataba con la sangre que de los muertos corría: de noche cesaba el matar, y crecía el fuego.

Ardiendo, pues, y quemándose Jerusalén, amaneció el día octavo del mes de Septiembre, y si ésta se hubiera bien servido desde el tiempo que fué fundada de todos los bienes que Dios le había dado, así como se sirvió de tantas muertes cuantas experimentó, siendo cercada, hubiera sido ciertamente envidiada por todas las del universo: digna de tan grandes desdichas, no ciertamente por otra cosa, sino por haber engendrado y sufrido dentro de sí generación tal, y tan perversa, que le causase tal y tan grande destrucción.

Entrado que hubo Tito dentro de la ciudad, maravillábase de muchas cosas, y de ver principalmente las guarniciones, la altura y fortaleza de las torres, las cuales habían por su locura desamparado los tiranos. Habiendo mirado la firme altura de ellas, y la grandeza y la labor que cada piedra por sí tenía, cuán altas y cuán anchas

fuesen cada una, según el lugar que ocupaba, dijo: hemos peleado ciertamente con ayuda particular de Dios; y Dios es el que sacó de estos fuertes á los Judíos: porque ¿qué máquinas, ó qué manos de hombres, por fuertes que fuesen, bastarian para tanto?

Habló también entonces muchas cosas con sus amigos, y dió libertad á los que halló atados y presos en los castillos por los tiranos. Y como derribase todas las otras fuerzas de la ciudad y todos los muros, quiso dejar estas torres por memoria de su buena fortuna y victoria, por cuyo favor y ayuda habia alcanzado aquello que sin ellas no pudiera ser jamás tomado.

Porque los soldados se fatigaban ya de matar, y quedaba aún gran muchedumbre de vivos, mandó Tito que fuesen solo muertos los que quisiesen resistirles, y que dejasen salvos y libres á todos los otros; los soldados mataban y despedazaban juntamente con los que Tito habia mandado, cuantos viejos y débiles hallaban, no aptos ni buenos para pelear, é hicieron recoger los mancebos y hombres más útiles dentro del templo, y encerráronlos en el lugar á donde solian estar las mujeres. Puso Tito por guarda de esta gente un liberto suyo y amigo, llamado Frontonio, el cual diese á cada uno el castigo ó galardón que mereciese; este mató todos los ladrones, porque el uno acusaba al otro, y á todos los revolvedores sediciosos y amotinados, y guardaba para el triunfo los mancebos más escogidos, y de más alto y lindo cuerpo, y todos los otros que hubo mayores de edad de diecisiete años, enviólos muy atados con buena guarda á Egipto á que trabajasen.

Distribuyó la mayor parte Tito por todas aquellas provincias para que fuesen muertos en los espectáculos y fiestas por las bestias fieras; los que se hallaron de

menor edad de diecisiete años fueron vendidos, y en los mismos días que Frontonio hacia esta elección, murieron de hambre doce mil de ellos, á los cuales, parte por odio que los guardas les tenían, no les daban que comer, y parte de ellos también porque estaban con hastio grande, sin poder comer lo que les daban: y era tanta la muchedumbre de la gente, que tenían necesidad y mucha hambre de trigo.

XVII.

Del número de los que tomaron cautivos, y de los que murieron.

Llegó el número de cautivos que fueron presos en toda esta guerra al número de noventa y siete mil, y los que murieron durando el tiempo del cerco de la ciudad, llegaron á once veces cien mil hombres. Los más de éstos fueron naturales Judíos, pero no todos naturales de Jerusalén, porque juntados de todas partes para los días de las fiestas ó de su Pascua, fueron súbitamente cercados de guerra, y primero por estar tan apretados les cercó gran pestilencia, y luego después el hambre.

Que la ciudad pudiese tener tanta gente, está claro y manifiesto de lo que dijimos haberse hallado en tiempo de Cestio, Presidente y Gobernador de Jerusalén; porque deseando éste entonces hacer que Nerón supiese la fuerza y poder de esta ciudad, viendo que menospreciaba mucho esta nación, pidió á los pontífices, que si fuese posible en suerte alguna le diesen cuenta del número de la gente, y ellos un día solemne de sus fiestas, el cual

llaman Pascua, estando ocupados en matar animales para sus sacrificios desde las nueve hasta las once, estaban repartidos de diez en diez, no menos porque no les era lícito matar uno, sin que fuesen por lo menos diez, aunque se podían bien juntar veinte, y así contaron doscientos cincuenta y seis mil y quinientos animales muertos para los sacrificios; y montan éstos, no contando por cada uno más de diez varones, dos millones y setecientas mil personas, siendo todos puros y limpios, porque los leprosos ó alvarazados, que es otro género de lepra blanca, y los que no pueden detener su simiente, los cuales se llaman Gonorroicos, y las mujeres no limpias por estar con su regla, ni todos los otros enfermos no podían participar en los sacrificios; ni los que eran extranjeros, sino sólo los que por causa de la religión hubiesen venido: y tan gran muchedumbre, claro está que de los de fuera se juntaba; pero entonces parece que por sus hados y ventura toda la gente se había juntado como en una cárcel, y estaba cercada la ciudad muy llena de gente.

Vence, pues, y excede en gran manera toda pestilencia, así humanamente venida, como por Dios enviada, el número grande de los que murieron públicamente, y de los que prendieron los Romanos; porque escudriñando los albañares, y desenterrándolos de los sepulcros, degollaban á cuantos hallaban.

Fueron también aquí hallados más de dos mil, de los cuales los unos se habían ellos mismos por sus propias manos muerto, y los más se habían muerto unos á otros, y algunos otros corrompidos por el hambre y trabajo que padecían: salía un hedor tan hediondo al encuentro de los que entraban, que hacía volver atrás á muchos de ellos; otros con el cuidado que de ganar más tenían, pi-

sando los cuerpos muertos que por el suelo había juntos, no curaban sino de entrar, porque hallábanse muchas riquezas escondidas en aquellas cavas, y la codicia de ganar hacía camino por todas partes, y lo allanaba todo. Libraban á muchos que los tiranos habían atado y encarcelado malamente, porque estando en su extrema necesidad, no habían aún dejado de mostrar su crueldad y tiranía; pero Dios tomó venganza de entrambos justamente; porque Juan, oprimido con el hambre y puesto con sus hermanos en los albañares, suplicaba y pedía á los Romanos lo que tantas veces había desechado con menosprecio, es á saber, que le perdonasen. Simón, habiendo luchado cuanto podía con la necesidad grande, como después mostraremos, se rindió.

Fué el uno de éstos guardado para el triunfo de Vespasiano, y Juan fué puesto en cárcel perpétua; y los Romanos quemaron las partes postreras de la ciudad, y derribaron los muros del todo.

XVIII.

En el cual se escribe brevemente una historia de las cosas de Jerusalén.

Así, pues, fué tomada la ciudad de Jerusalén el segundo año del imperio de Vespasiano, á ocho días del mes de Septiembre; y habiendo sido antes tomada cinco veces, ahora fué del todo destruida.

El Rey de Egipto Asocheo, y después Antioco, luego Pompeyo, y después Sosio y Herodes, la tomaron también y la conservaron; pero primero fué destruida antes por el Rey de Babilonia, después de mil trescientos se-

sesenta años, ocho meses y seis días después que fué fundada.

El primero que la edificó ó fundó fué un poderoso cananeo llamado Melchisedech, que quiere decir varón justo en lengua de la patria, y era ciertamente tal; por lo cual fué el primero que sirvió y administró á Dios el sacerdocio, y comenzando éste á edificar el templo, llamó la ciudad Jerusalén, porque antes se llamaba Solima.

Echado después el pueblo de los Cananeos, el rey David la entregó á su pueblo, y cuatrocientos sesenta y cuatro años después y tres meses más fué destruida y derribada por los de Babilonia.

Después del rey David, que fué el primer rey judío que reinó en ella, hasta esta destrucción hecha por Tito, pasaron mil ciento treinta y nueve años, y de su primera fundación hasta su última destrucción, dos mil ciento setenta y siete años; pero no le valió, en fin, su antigüedad, ni sus riquezas, ni la fama divulgada por todo el universo, ni la gloria grande de su religión, para que no fuese destruida y pereciese; éste fué, pues, el fin del cerco y destrucción de Jerusalén.

No teniendo ya el ejército á quién matar, ni qué robar, porque á la ira que en sus ánimos contra los Judíos tenían todo parecía faltarles, pues por más que tuviesen otra cosa en qué ocuparse lo dejaran de hacer, mandóles Tito que acabasen de destruirla toda y todo el templo también, dejando solamente aquellas torres que eran más altas que todas las otras; la una de Faseló, la otra de Hipico, y la tercera la de Mariamma; y tanto también del muro, cuanto cercaba la ciudad por la parte de Occidente. Éste por que sirviese de fuerte á los que quedasen allí de guarnición, y las torres para que mostrasen á los que habían de suceder en los siglos

por venir, qué ciudad y cuán guarnecida y abastada de toda cosa hubiesen ganado y sujetado los Romanos.

Derribaron todo el otro cerco de la ciudad, y de tal manera la allanaron toda, que cuantos á ella se llegasen apenas creerían haber sido habitada en algún tiempo.

La imprudencia y locura de los revolvedores del pueblo y de los que amaban innovar las cosas, fué el fin y destrucción de Jerusalén, ciudad muy principal y de gran nombre, loada y predicada entre todos los hombres del mundo.

XIX.

Del premio y remuneración que los soldados hubieron por haber peleado bien.

Determinó Tito dejar en guarnición la décima legión, y alguna compañía de caballos y escuadrones de á pie.

Habiendo, pues, administrado todas las cosas de la guerra muy bien, deseaba loar todo el ejército generalmente por haber hecho todas las cosas valerosamente y con grande ánimo, y deseaba dar el premio á los que se habían en esta guerra mostrado principales.

Mandando poner en orden un gran tribunal, en medio y delante de todos, salió él con la gente noble más principal, y de la parte que podían todos los soldados oírle, hizoles muchas gracias, diciendo que había conocido el ánimo y benevolencia que habían con él usado y perseverado. Loábales principalmente porque le habían en todo obedecido, y por haber mostrado gran esfuerzo y fortaleza en muchas y muy grandes cosas, ensanchando con ello el Imperio de la patria, y haciendo manifiesto á todos los hombres, que ni la muchedumbre de los ene-

migos, ni el abastecimiento de las tierras, ni la grandeza de las ciudades, ni el atrevimiento y audacia sin consideración, ni las crueldades fieras y muy desenfrenadas pueden jamás huir de las manos ni de las fuerzas de los Romanos, por más que hayan algunos tenido por favorable la fortuna en muchas cosas; dijo también ser cosa muy gentil poner fin á las guerras, que mucho tiempo habían durado, porque no les había él deseado cosa alguna mejor desde que se comenzaran, y que esto era mejor y más digno de todo loor é inmortalidad; que los capitanes romanos y administradores del Imperio reciben con toda honra y muy dignamente al que ellos por Emperador declaran; y piensan ser cosa justa y razonable tenerse todos á lo que ellos habían determinado. Dijo que se maravillaba de todos é igualmente á todos los amaba, porque ninguno se mostró menos alegre en el trabajo que esforzado á su tiempo; pero á los que con mayores fuerzas habían más valerosamente peleado, y habían ganado con sus hechos valerosos nombre é ilustrado su fama, ennobleciendo más su milicia con mayores hazañas, dijo que él les satisfaría según merecían y los galardonaría también; y que ninguno de los que habían trabajado más que los otros sería sin justísimo premio y galardón; porque él tenía gran diligencia puesta sobre ello, lo tenía muy á cargo, porque más quería honrar la virtud y esfuerzo que habían mostrado en perseverar, como buenos compañeros, en la guerra, que no en castigar los yerros de los otros.

Mandó entonces que aquellos que tenían de ello cargo, luego á la hora los nombrasen y declarasen, y llamando á cada uno por su nombre, loábalos á todos en su presencia como alegrándose por ver buen suceso en sus cosas, y poníales coronas de oro en sus cabezas,

cadenas en sus cuellos y lanzas largas, daba otras insignias también hechas de plata, y mudaba las órdenes, adelantando á cada uno más del estado que tenía.

Repartió también del despojo y sacó de la ciudad mucho oro y mucha plata, muchos vestidos y mucho de todo el otro robo liberalmente.

Habiendo, pues, galardonado á todos, según lo que cada uno merecia, y habiendo hecho él con todo su ejército sus ruegos á Dios, haciendo gracias, descendió con gran aplauso y favor de todos, y púsose á celebrar sus sacrificios á Dios por causa de la célebre victoria, y estando gran muchedumbre de bueyes allí alrededor de las aras, habiéndolos todos sacrificado, diólos después á su ejército, para que celebrasen con ellos sus banquetes y regocijos, y habiéndose él holgado también por espacio de tres días con los más principales que con él estaban, dió licencia á toda su gente para que cada uno se fuese á donde mejor le pareciese.

Encomendó la guarda de Jerusalén á la décima legión, poniéndola toda allí de guarnición sin enviarla al Eufrates, á donde antes solía estar; la duodécima, acordándose que había sido vencida por los Judíos, la mandó salir toda de Siria, porque antes solía estar con los Rafaneas, y enviola á Meliten, una villa ó ciudad así llamada: está ésta edificada en la raya, ó en los confines de Armenia y de Capadocia, y pensó que le bastaba á él por entonces tener consigo dos, hasta que llegase á Egipto; es á saber, la quinta y la décimaquinta.

Y habiendo de allí descendido á Cesárea, que es ciudad marítima, puso allí, y dejó todo lo que de Jerusalén consigo traía, y mandó que fuesen muy bien guardados todos los prisioneros y cautivos que consigo traía, porque por ser ya invierno érale imposible navegar para Italia.

XX.

De la navegación de Vespasiano, y de la prisión de Simón, y espectáculo que fué hecho en su fiesta.

En el tiempo que Tito estaba en el cerco de Jerusalén detenido, Vespasiano vino en una nao hasta Rodas, y partiendo de aquí con galeras, después de haber visitado todas las ciudades, por las cuales pasó navegando, y después de muchos recibimientos que le fueron con toda alegría y solemnidad hechos, pasó de Jonia á Grecia, y saliendo después de Corcyra, llegó á Japigia, desde donde comenzó á caminar por tierra.

Vuelto Tito de la ciudad marítima de Cesárea, vino á la ciudad que se llama Cesárea de Filipo, á donde se detenía mucho por hacer fiestas y espectáculos diversos, en los cuales murieron muchos de los Judíos que presos traían; los unos echados á las fieras; otros forzados á pelear entre sí, no menos que si fueran enemigos.

Aquí halló preso á Simón, hijo de Giora; este Simón, durando el cerco de Jerusalén, y teniendo la parte alta de la ciudad bajo su mando, después que habiendo entrado el ejército había comenzado á destruir toda la ciudad, llamando los más fieles que tenía por amigos, y los oficiales para ello necesarios cuantos le bastasen, escondióse con todos ellos dentro de un albañal muy secreto, y caminaban todo lo que por dentro podían, y cuando no, mandaba á los oficiales que cavasen, confiando que pasando más adelante hallarian camino y facilidad para salir, y de esta manera se salvarian; pero el peligro del negocio les mostraba ser esta esperanza muy

vana; porque apenas habían alargado los oficiales algo adelante el camino, cuando el mantenimiento, por mucho que se habían templado en el comer, ya les faltaba; entonces pensando poder con algún espanto engañar á los Romanos, vistióse con unas túnicas, ó como blancas camisas, trabadas con sus hebillas, y con una ropa larga de grana, salió de allí debajo de tierra por la parte á donde el templo fué edificado, y apareció delante de la gente de aquella manera.

Al principio los que lo vieron se espantaron mucho, y ninguno osaba moverse de su lugar. Llegándose después más cerca, pidieronle que dijese quién era: Simón á esto no respondía, pero mandaba que le llamasen delante al capitán, y llamado luego por los que se lo fueron á decir, vino Terencio Rufo, porque éste habia sido dejado por regidor de toda aquella gente, y sabida toda la verdad, guardábalo muy bien atado, é hizo saber á Tito como habia sido este hombre preso.

Así, pues, de esta manera puso Dios á Simón, para que se tomase en él venganza de la crueldad que habia con los suyos amarga y tiránicamente usado, en poder de sus enemigos, que tanto lo tenían aborrecido y mal querían, no sujetándolo á las manos de éstos por fuerza, pero traído de su grado á recibir digno castigo, según sus merecimientos por haber él muerto á muchos cruelmente, acusándolos con acusaciones falsas, y diciendo que querían pasarse á los Romanos; porque en fin la maldad no puede huir la ira y castigo de la mano de Dios, ni es cosa de poca fuerza la justicia, ántes alguna vez bien sabe tomar venganza de los que la violan y quebrantan, y da mayor y más grave pena á los culpados, cuando ya piensan estar del todo libres, por no haber sido luego castigados por lo que han cometido; esto aprendió

también Simón después de haber caído en desgracia ó ira de los Romanos.

Su salida á muestra sobre la tierra fué causa que muchos de aquellos revolvedores y gente sediciosa fueran presos por ser hallados en aquellos albañares.

Habiendo vuelto Tito á la ciudad de Cesárea, que llamamos marítima, fuéle presentado Simón muy bien atado, y mandó que le fuese muy bien guardado para el triunfo que había de hacer en Roma; deteniéndose aquí, celebró la fiesta del nacimiento de su hermano, matando por su honra en sus juegos gran parte de los cautivos que allí consigo tenía: porque el número de los que pelearon con las fieras, de los que fueron puestos al fuego, y el de los que perecieron peleando entre sí en sus luchas y escaramuzas, llegó á más de dos mil y quinientos hombres; aun todo esto parecía á los Romanos mucho ménos de lo que todos ellos merecían, por más que fuesen de mil maneras muertos y consumidos.

Vino después Tito á Berito. Es ésta una ciudad de la provincia de Fenicia, poblada por los Romanos, y detúvose aquí también algún tiempo; haciendo mayor fiesta el día que celebró el nacimiento de su padre, tanto en la magnificencia de los espectáculos, cuanto en muchos otros gastos nuevos, pereciendo también esta vez no menos gente de los Judíos cautivos que en las fiestas por el hermano.

XXI.

De la destrucción de los Judíos hecha en Antioquía.

Aconteció en este mismo tiempo, que los Judíos que quedaban en Antioquía padecieron gran mal y gran

matanza, levantándose contra ellos toda la ciudad de Antioquia, tanto por las acusaciones que al presente dieron contra ellos, cuanto por las que habían poco antes entendido, y habían sido hechas, de las cuales me parece necesario contar algo, para que después sucesivamente podamos dar razón y cuenta de todo lo que sucedió; porque los Judíos fueron muy esparcidos por todas las ciudades del universo; pero por la vecindad, había en Siria en la ciudad de Antioquia gran parte, siendo también la ciudad muy grande, y los reyes que habían sido después de Antioco les habían dado gran libertad y poder para habitar en ella; porque Antioco, el que fué llamado Epifanes, destruyendo la ciudad de Jerusalén dió saco á todo el templo, y los que le sucedieron después en el reino, cuanto habían habido de los dones de cobre ofrecidos al templo, volviéronlo todo á los Judíos que vivían en Antioquia, dedicándolo á su Sinagoga, y concediéronles tanta libertad y derecho en la ciudad como tenían los mismos Griegos.

Siendo tratados asimismo por todos los reyes que después sucedieron, creció el número de esta gente, y levantaron muchos más solemnes edificios en su templo, enriqueciéronlo con muchos dones que le ofrecieron muy magníficos, y llegando siempre á sí por su religión gran número de la gente pagana, hiciéronlos casi como parte ó naturales Judíos; pero siendo proclamada y denunciada la guerra públicamente, y habiendo entonces llegado con una nao Vespasiano á Siria, y creciendo el odio de los Judíos en todas partes, entonces uno de ellos llamado Antioco, varon digno de mucha honra por causa de su padre, porque era principe de los Judíos, que estaba en Antioquia, estando todo el pueblo de Antioquia junto en un teatro, salió en medio de todos acusando á su padre

y á todos los otros, fingiendo que querian todos poner fuego una noche á toda la ciudad, y descubrió algunos Judíos de los que se habían hospedado allí como sabedores y partes de esto.

Oidas estas cosas, no podía el pueblo contener su ira, antes luego mandaron traer mucho fuego y quemar á los que les habían sido entregados, y fueron todos quemados en el mismo teatro; y dábanse prisa por venir contra toda la muchedumbre de Judíos que allí había, pensando que tomando castigo de ellos, guardarían y defenderían á su patria.

Pensó también Antioco mover más la ira y saña de los paganos, con mostrar que había mudado su voluntad en lo de su religión; porque sabía que aborrecía esta gente mucho las costumbres de los Judíos, sacrificó él según los paganos acostumbraban, y mandó que todos los Judíos hiciesen lo mismo, porque los que rehusasen hacerlo serían tenidos por traidores.

Habiendo los de Antioquía hecho experimento de esto, hubo muy pocos que en ello consintieron, y todos los otros que no quisieron fueron muertos. Tomando Antioco gente del capitán de los Romanos, mostraba con ella su crueldad contra sus compatriotas, no dejándolos celebrar su fiesta el séptimo día de la semana, segun tenían por costumbre, antes los forzaba á que hiciesen todo lo que los otros días hacer acostumbraban, y forzólos á hacer esto en tanta manera y con tanta fuerza, que no sólo fueron quebrantadas ya las fiestas en Antioquía solamente; sino tomando de aquí principio, en breve tiempo fué hecho lo mismo en todas las otras ciudades.

Habiendo, pues, padecido tanto daño en Antioquía, acontecióles otra nueva destrucción; y con propósito de

contarla, hemos relatado todo lo dicho: porque quemándose el mercado y las arcas adonde las escrituras y procesos públicos estaban y otras cosas, apenas pudo ser detenido el fuego ni muerto antes de quemarse toda la ciudad; tan gran poder había tomado, y Antioco acusó luego á los Judíos como culpados en este hecho. Los naturales de Antioquia cuando no tuvieran de mucho antes enojo alguno contra los Judíos, fácilmente fueran movidos con la nueva acusación del fuego; y con esto les persuadió mucho más, y fué causa de que le diesén mayor crédito, de tal manera que pensaban y creían todos haber visto Antioco que los Judíos ponían fuego á la ciudad, y como furiosos vinieron con gran fuerza é ímpetu contra los que Antioco acusaba. Apenas se pudo reprimir ni sosegar el alboroto levantado.

Cólega el embajador y mancebo, pidió que le dejarén hacer saber á César el alboroto levantado (porque ya Vespasiano les había enviado el regidor de Siria, Sesenio Peto; pero éste aun no había llegado.) Haciendo después Cólega gran pesquisa y diligencia, por saber la verdad de lo que pasaba, halló lo que buscaba; y descubrió como ninguno de los Judíos de los que eran acusados por Antioco tenían culpa alguna en todo aquello: porque unos hombres perdidos y bellacos habían cometido todo aquello por causa de muchas deudas que tenían, pensando que quemada la Corte y escrituras ó procesos públicos serían libres de toda exacción y demanda.

Todavía los Judíos, por saber las acusaciones grandes que les levantaban, aguardaban lo que sería de ellos, pero con temor muy grande, sin saber que consejo en ello mejor tomasen.

XXII.

De qué manera, volviendo Vespasiano, fué recibido por los Romanos.

Habiendo sabido Tito por un embajador que su padre le había enviado, cómo había llegado muy deseado y con gran fiesta á todas las ciudades de Italia, y principalmente la gran alegría y aplauso con que toda Roma lo había recibido, recibió por ello muy gran placer, librado ya de todos los cuidados que de él tenía, como deseaba.

Amaban á Vespasiano, aunque de él estuviesen ausentes y muy lejos todos los de Italia, no menos que si á todos les estuviera presente, confiando que la esperanza que de verlo tenían, por la impaciencia con que lo deseaban, lo hacía ya ver presente, teniendo todos de su grado voluntad y deseo franco, sin ser á ello forzados; porque el Senado, acordándose bien de las revueltas pasadas, que por la variedad y mutación de los Príncipes habían acontecido, deseaba ver un Emperador de madura edad, con hechos y memorias dignas de honra en las cosas de la guerra, cuya presencia sabía haber de servir mucho, y ser muy buena para la salud de todos sus vasallos y sujetos; y el pueblo, fatigado de los trabajos que había hasta entonces pasado, deseaba mucho más su venida, confiando que con su presencia sería acabado de librar de toda sujeción y tiranía, y que recibirían otra vez y recobrarían su antigua libertad con toda prosperidad.

Tenían, principalmente los soldados, los ojos puestos

en él, porque éstos conocían y sabían bien la grandeza de sus hazañas en las cosas de guerra; y habiendo experimentado el poco saber y poca arte de los otros capitanes, deseaban ser librados de tan feo y torpe nombre como habían alcanzado, y suplicaban á Dios les dejase ver y recibir á aquel, el cual sólo los podía librar, guardar y honrar á todos.

Como, pues, todos lo amasen y deseasen juntamente de esta manera, á los más nobles y honrados parecíales cosa intolerable esperar tanto tiempo; pero todavía trabajaban en salir fuera de Roma á recibirlo con toda la honra posible. Y no había alguno que pudiese bien sufrir su larga ausencia; así se salían todos juntamente, que parecía á todos cosa más fácil irlo á buscar que detenerse en algún lugar; de tal manera, que la ciudad mostraba holgarse en ver que la gente por algún tiempo disminuía; los que quedaban eran ciertamente mucho menos que los que salían.

Cuando fué descubierto que él ya llegaba, contaban todos con cuanta mansedumbre y afabilidad había recibido á los que habían ido primero, por lo cual toda la otra muchedumbre de gente lo esperaba por las calles y caninos con sus mujeres é hijos; y por donde pasaba loaban la voluntad que tenía de ver á todos, y declaraban con grandes voces la mansedumbre y alegría que en el rostro mostraba, llamándolo todos á una voz muy merecidamente conservador de la patria y dador de la salud, y Príncipe solo digno de los Romanos.

Estaba toda la ciudad como suele estar un templo lleno de ramos, flores y olores. Y pudiendo á gran pena llegar al palacio por la gran muchedumbre de gente, celebró él su buena venida, dando el parabién por ella á los dioses de su patria.

El pueblo celebró públicos banquetes de alegría haciendo convites por linajes, y entre amigos y vecinos, y sacrificaban á Dios solemnemente; y rogábanle todos y suplicábanle muy humildemente que perseverase mucho tiempo y lo conservase en el Imperio á él y á su hijo y á todos sus descendientes, para que fuesen Príncipes grandes y dignos de memoria.

Recibido, pues, en Roma Vespasiano de esta manera, sucedíale todo muy prósperamente.

XXIII.

En el cual se cuentan los hechos de Domiciano contra los Germanos y Galos.

Antes de estos tiempos, estando aun Vespasiano en Alejandría y Tito en el cerco de Jerusalén, rebeláronse gran parte de los Germanos, con los cuales juntándose los Galos, que les son vecinos, habíales dado gran esperanza que los librarían del imperio de los Romanos.

Movió á los Germanos á que se rebelasen y moviesen guerra contra el Imperio su naturaleza de ellos, muy ajena é inhábil de todo buen consejo, y que desea, con poca esperanza de bienes, verse puesta en peligros; además de esto el odio de los Príncipes, porque esta gente no sabe servir por fuerza, sino solo á los Romanos.

Dióles tambien grande esperanza ciertamente para esto el tiempo presente; porque como viesan que el Romano Imperio padecía tantas mutaciones en los Emperadores con las discordias civiles, y conociendo que casi

todo el universo que les era sujeto y los reconocía estaba en peligro, y sondeando á qué parte se tendria, pensaron que este tiempo que por las discordias y mutaciones tantas que habian entre sí padecido se les ofrecia, era el mejor y más cómodo para rebelarse.

Dáhales este consejo y engañábalos con esta esperanza uno llamado Clasico, y otro llamado Civil; los más poderosos de aquellos que en otro tiempo deseaban innovar y revolverlo todo; movidos, pues, con aquella ocasión descubrieron lo que sentían y lo que tenían determinado hacer.

Habian ya deliberado sobre el consejo de experimentar que ánimo tuviese el pueblo y la gente común; pero habiéndoles prometido también la mayor parte de los Germanos rebelarse juntamente, sin que alguno por ventura de todos los otros discordase, pareció que, por divina providencia, Vespasiano envió cartas á Petilio Cercalo, el cual había sido antes regidor de Germania, con las cuales le declaró por cónsul, y mandóle partiese á administrar las Bretañas.

Partiendo, pues, éste para donde le había sido mandado, haciendo su camino, y habiendo oido que los Germanos se habían rebelado, acometiéndolos estando ya muy grande ejército junto, é hizo en ellos gran matanza; y haciéndoles perder aquella locura y vanidad que habían concebido, hizolos recobrar sentido y sobriedad, pero si éste no llegara á estas partes antes, todavía poco después fueran bastantemente castigados: porque en la misma hora que vino la embajada de esto á Roma, Domiciano, que era hijo de Vespasiano, habiéndolo oido y entendido, hizo, no como hiciera otro si fuera de su edad, porque era muy mozo, rehusando emprender tan gran cosa, antes con la fortaleza y esfuerzo que naturalmente de su padre

tenía, y ejercitado más y mejor de lo que su edad sufría, partió luego contra los bárbaros.

Entendiéndolo éstos, y amedrentados por saber la gente y ejército que consigo traía, todos se rindieron, sacando de aquello esta gran ganancia, que fueron sujetos otra vez y puestos debajo del mismo yugo que antes estaban, sin algún derramamiento de sangre.

Ordenadas, pues, todas las cosas de la Galia como convenia, porque no pudiesen moverse jamás así tan fácilmente, Domiciano, venciendo con su consejo muy señalado y esclarecido con sus obras y hechos á su edad, los cuales levantaban hasta el cielo el nombre de su patria, volvióse á Roma.

Habíase juntado en este concierto de los Germanos el atrevimiento y osadía de los Scitas; porque aquellos que se llamaban Sármatas, pasando gran muchedumbre de ellos el río Istro, que llamaban Danubio, con gran crueldad y fuerza, por haber arremetido con ímpetu y furor, sin pensar en ello, mataron muchos de los Romanos que hallaron de guarnición en las ciudades que entraron; y el Legado ó embajador que el cónsul enviaba, viniéndoles al encuentro, y habiendo con ellos peleado valerosamente fué muerto, y entrábanse en todas las ciudades y regiones que al encuentro les venían, prendiendo, robando, matando y quemándolo todo, donde quiera que hallaban resistencia.

Entendiendo esto Vespasiano, y sabiendo la destrucción hecha en Mesía, envió allá á Rubrio Galo, para que tomase castigo de ellos, el cual mató en diversos combates muchos de ellos; y los que pudieron salvarse y huir recogieronse á sus tierras muy atemorizados.

El general, acabada esta guerra, tuvo por bien proveer, para que no pudiesen en otro tiempo rebelarse; porque

puso en todos aquellos lugares más guarniciones y mayores, de tal manera que no dejó paso, ni les era ya posible á los bárbaros pasar á aquellas tierras.

Esta fué la diligencia con que se dió fin á la guerra de Mesía.

XXIV.

Del río Sabático que pasa por el reino de Agripa, y del triunfo celeberrimo hecho en Roma á Vespasiano y á Tito.

Deteníase algún tiempo en Berito el príncipe Tito, como arriba dijimos; pero volviendo de allá, por todas las ciudades donde pasaba de Siria, celebrando magníficos espectáculos, usaba mal de los Judíos que cautivos tenía, por mostrar la matanza hecha en ellos, y la victoria habida.

Vió en su camino un río muy digno que de él hablemos: pasa éste por entre arcas y Rafanea, ciudades del rey Agripa. Y tiene una cosa muy maravillosa, porque siendo cuando nace y cuando corre muy abundante, de seis á seis días falta de su manantial y lugar donde nace, y viene á mostrarse seco, sin correr más. Luego después como si no hubiese pasado mutación alguna, el día septimo nace muy abundante como solia, y hase hallado muy ciertamente, que guarda siempre este orden en su nacimiento: por lo cual fué llamado este río Sabático, por causa que la sagrada fiesta de los Judíos es también el sábado.

El pueblo de la ciudad de Antioquia, entendiendo que ya Tito llegaba, era tan grande el gozo que por esto tenía, que no podía detenerse dentro de los muros de la

ciudad; antes todos se daban prisa grande por salir: y saliendo treinta estadios ó más fuera, esperábanlo, no sólo los varones todos, sino también las mujeres y muchachos; y como después ya vieses que llegaba por ambos lados del camino, levantaban todos sus manos, saludándolo y regocijándose por ver el gran favor que él á todos hacia y todos también le hacían; volvíanse juntamente con él acompañándolo.

Y entre muchos loores que de él venían diciendo y celebrando, suplicábanle que echase los Judíos de la ciudad: pero Tito no se movió por mucho que se lo rogaron; es bien verdad que oía muy reposado todo cuanto de ellos se decía.

Los Judíos estaban muy amedrentados por no saber lo que determinaba ni lo que había de hacer. No se detuvo Tito en Antioquía mucho tiempo, antes puso luego en orden su camino hácia el Eufrates á una ciudad llamada Zeugma: vinieron aquí embajadores enviados por Vologeso, rey de los Parthos; y presentándole la corona por la victoria que de los Judíos había habido, recibida que la hubo, hizo un convite muy célebre á los del rey, y así se volvió para Antioquía.

Suplicándole mucho el Senado y todo el pueblo de Antioquía que entrase en el teatro, adonde lo estaban todos aguardando, él les obedeció muy fácilmente.

Rogándole otra vez mucho, é importunándole muchas veces que echase de la ciudad á los Judíos, respondiéndoles muy aguda é ingeniosamente, diciendo que había ya perecido la patria donde ellos se podían recoger siendo echados, y que no había ya lugar en parte alguna adonde fuesen recibidos. Visto esto, suplicáronle los de Antioquía otra cosa, por no haber podido alcanzar lo que antes le rogaban, y era que quitase las tablas de cobre en las

cuales tenían escritos los Judíos sus privilegios y franquicias; pero ni esto quiso Tito concederles, antes dejando los Judíos en Antioquía como estaban primero, y en su mismo estado, partió de aquí para Egipto.

Y como haciendo su camino hubiese llegado á Jerusalén y comparase la triste soledad y desierto que allí entonces veía, con la gentileza que antiguamente esta ciudad solía tener, acordándose de las obras grandes y de la hermosura con que en otro tiempo la había visto, tenía por cierto gran compasión por verla tan destruída, no alegrándose ni regocijándose por haber destruído ciudad tan grande, antes bien maldiciendo á los que de ello fueron causa y á los que lo movieron y forzaron que así la destruyese. Tan determinado estaba y cierto en no querer mostrar su virtud y esfuerzo en destruir y arruinar á los que tan destruídos habían sido.

Hallábase aun de las grandes riquezas que esta ciudad tenía, no pequeña parte entre lo que estaba derribado. Algunas cosas descubrían y sacaban los Romanos, y muchas más tomaban, mostrándoselas los que tenía cautivos, tanto de oro como de plata y otras cosas muy preciosas, las cuales habían enterrado y escondido en lo más hondo de la tierra, por no saber el fin y suceso que habían de tener en la guerra comenzada.

Después, prosiguiendo su camino Tito para Egipto, como tenía determinado, pasando presto la soledad y desierto, llegó á Alejandría, y determinando navegar de aquí á Italia, teniendo en su compañía dos legiones, enviolas otra vez cada una al mismo lugar de donde habían venido: la quinta á Mesia y la décimaquinta á Pannonia; y mandó que los capitanes de los cautivos, Simón y Juan, y setecientos hombres escogidos que excediesen á los otros, tanto en la grandeza del cuerpo como en la

gentileza, fuesen llevados á Italia, deseando servirse de ellos en el triunfo que en Roma esperaba hacer.

Habiendo acabado su navegación como descaba, estaba Roma esperándolo con gran deseo, y envióle los mismos recibimientos que había antes enviado á su padre.

Fué causa de mayor honra á Tito su padre, que le vino al encuentro y lo recibió con triunfo grande. Los ciudadanos tenían muy grande alegría por ver tres Príncipes tales juntos.

No muchos días después determinaron hacer un triunfo común por las cosas sucedidas y hechas, aunque el Senado había determinado hacer particularmente á cada uno el suyo.

El día que había de ser el triunfo y pompa de la victoria, no hubo alguno de tan infinita muchedumbre como había en la ciudad que quedase en casa. Habiendo salido todos, ocupó cada uno no más lugar de lo que era necesario para ver el triunfo y para ver los Emperadores, dejando el lugar necesario para que pasasen.

Saliendo, pues, antes de amanecer toda la gente de guerra con sus capitanes y regidores, todos en compañías muy en orden y puestos todos cerca de la puerta, no del palacio sino del templo de Isis, porque allí dormían los Príncipes aquella noche, llegando ya la mañana y comenzando á reir el alba, salieron Vespasiano y Tito coronados de laurel y vestidos con ropas de grana, según la costumbre de su tierra, pasaron á los paseos que se llamaban de Octavio Augusto, porque aquí esperaban su venida el Senado y los principales capitanes y caballeros de honra.

Habían hecho delante de la puerta un tribunal como un grande y magnífico cadalso, y estaban con gran orden

aparejadas en él sillas de marfil. Subiendo, pues, aquí ellos, se sentaron; fueron luego recibidos con gran regocijo y alegría de todos los soldados, los cuales loaban la virtud de entrambos y la levantaban como testigos de todo.

Estaban los Principes desarmados, vestidos muy ricamente de seda, y coronados con sus coronas de laurel.

Habiendo recibido Vespasiano muchos loores de ellos, como quisiesen aun decir más, hizo señal que cesasen y tuviesen silencio.

Estando, pues, todos con gran silencio y reposo, levantóse Vespasiano de la silla adonde estaba sentado, y descubriendo casi toda su cabeza, hizo sus votos y solemnidades, y lo mismo también hizo Tito. Acabados sus votos y gracias que á Dios hicieron, Vespasiano habló con todos comunmente; envió los soldados al banquete que el Emperador acostumbraba darles y partióse él hacia la puerta, la cual, por entrar siempre por ella toda la pompa de los triunfos, tiene por ello nombre.

Aquí primero comieron, y vestidos de vestiduras triunfales, habiendo sacrificado á los dioses que estaban puestos á las puertas, pasando por medio de todos los espectáculos que había, llevaban el triunfo muy solemnemente, porque el pueblo y gente común lo pudiese ver fácilmente.

No podría ahora contar como conviene la muchedumbre que habia de espectáculos ni la magnificencia de ellos, en todo cuanto se puede pensar; ora miremos los hechos artificiosos y galanes, ora la abundancia de riquezas, ora las nuevas invenciones que traian; porque casi cuantas cosas se hallaron entre hombres riquísimos, y que algún tiempo triunfaron de todo cuanto puede causar maravilla y magnificencia, todas ellas mostraron en este día la grandeza del Imperio Romano.

Porque ciertamente podría decirse, viendo la abundancia de oro, plata y marfil, labrada toda de tan gentiles maneras, que no la llevaban como en pompa y por muestra, sino que todo estaba lleno de ello naturalmente.

Traían vestiduras de diversos géneros de escarlatas y granas, las unas adornadas con pinturas, hechas á la manera y arte de Babilonia; y piedras excelentísimas tantas y tan grandes, unas puestas en coronas de oro, y otras fueron traídas puestas en otras cosas muy gentiles, de tal manera, que parecían tantas, y tan ricamente las llevaban, que no habían de ser ya preciadas en algo.

Traían también muchos ídolos de los que esta gente tiene y adora por dioses, hechos de maravillosa grandeza y arte, y de todo esto no había algo que no fuese de muy excelente materia. Salían también diversos géneros de animales, ornados á su natural cada uno: venía también muchedumbre de hombres para traerlos, todos vestidos de púrpura y de oro; los que venían apartados de los otros para esta pompa, venían con vestidos mucho más ricos y más magníficos: después de éstos los cautivos venían muy ornados y muy bien tratados, en tal manera, que la variedad y gentileza de vestidos que consigo traían quitaba la fealdad que sus cuerpos por el cansancio grande tenían: pero era maravilloso de ver la fábrica y pinturas de castillos y torres levantadas que traían; las cuales eran tan grandes y de tanta excelencia, que los que salían á verlas se tenían les faltasen las fuerzas á los que las traían, porque muchas de ellas venían más altas y más levantadas que de tres suelos y estados, y aun algunas otras de cuatro; y la magnificencia y fábrica movía, por cierto, gran admiración á los que las miraban, y deleitaba mucho la vista, y había entre ellas gran cantidad de oro y mucho marfil.

Venia pintada toda la guerra con pinturas y muestras muy excelentes diversamente: porque era de ver, aqui destruir una tierra muy fértil y muy abundante, y ver matar los escuadrones enteros; otros huir; otros ser cautivados, y los muros excelentes en grandeza verlos derribar con las máquinas é ingenios: ver quemar los fuertes y guarniciones de los castillos, y romper los muros de las ciudades muy populosas; ver entrar el ejército dentro de los muros; verlo todo lleno de matanza y de muertos; ver los ruegos que los que no podían pelear les hacian; el fuego puesto en los templos; el derribar y destruir las casas encima de sus mismos señores, después de haberlas robado y dado saco; ver el rio cuánta tristeza mostraba, por correr ya, no por su acostumbrado camino, ni para hartar la sed de los hombres y animales brutos, antes corriendo por toda la tierra.

Todas estas cosas padecieron los Judios en la guerra; pero el arte y la grandeza de las cosas hechas mostraba claramente lo que había pasado, á todos los que no lo sabian. Venia en cada torre ó castillo de éstos el capitán de aquella ciudad, que había sido tomada de la misma manera y orden con que fué preso.

Seguian también después muchas naos, y traian muchos otros despojos; pero más se mostraban los que habían sido ganados en la ciudad de Jerusalén, y hallados en el templo; la mesa de oro de más peso que un gran talento, y el candelero también, todo hecho de oro; pero trocada venia ya su obra y manera de lo que solia servirnos á nosotros, porque la columna de en medio de él estaba junta, y recalcaba sobre su pie, y salian de ella unos como cañutos delgados, hechos á manera de un arriete, y cada uno parecia como una lámpara; es bien verdad que eran siete, y esto por mostrar la honra

del séptimo día, que es el que los Judíos celebran y guardan.

Seguía después de esto la ley de los Judíos, que era la postrera de todos los despojos. Pasaban después muchos, trayendo imágenes y representaciones pintadas muy al vivo de esta victoria, todas hechas de oro y de marfil. Iba luego después Vespasiano, y luego también seguía con orden Tito. Venía Domiciano á caballo juntamente, muy adornado de toda gentileza, con un caballo muy digno de ser visto.

Acabóse la pompa al llegar al templo de Júpiter, el que llamaban Capitolino; luego todos allí pararon. Tenían por costumbre esperar allí hasta tanto que hubiese alguno que denunciase la muerte del capitán de los enemigos.

Era éste Simón, el hijo de Giora, el cual venía entre los cautivos en medio de la pompa, pero muy bien atado con una cuerda, con la cual había de ser ahogado por los mismos que lo llevaban, y era así llevado por medio de la plaza: y los que merecen la muerte por ley de los Romanos, han de ser aquí en este lugar ó plaza muertos.

Después que le fué denunciado de qué manera había de acabar la vida, y hecha la exclamación por todos, comenzaron sus sacrificios, y siendo ya acabados éstos la segunda vez muy solemnemente, fuéronse al palacio: y recibieron con convites á los unos y á los otros; todos tenían aparejados muy magníficos y solemnnes banquetes.

Celebraba gran fiesta la ciudad de Roma este día, por alegría de la victoria habida de los enemigos, por el fin de las guerras civiles, y por la buena esperanza de la prosperidad de los príncipes.

Después de los triunfos y después de confirmado el estado del Imperio romano, determinó Vespasiano edi-

ficar un templo de la paz, el cual con presteza y diligencia maravillosa, mayor aun de la que es posible pensar, fué acabado: porque habiendo usado de gran largueza y liberalidad, lo quiso ornar de pinturas maravillosas y dignas de ser muy vistas: porque todas las cosas que antes movían á verlas á todos cuantos había por el mundo universo, fueron puestas en este templo, deseando todos ver cómo estaba esto entre otra gente.

Puso también aquí todos los ingenios y cosas que los Judíos tenían con gran magnificencia suya. La ley y los velos que tenían en los lugares más secretos, mandó que fuesen muy bien guardados y puestos dentro del palacio.

XXV.

Cómo Baso tomó á Herodión y á Machero.

Enviado por embajador Lucio Baso á Judea, tomando el ejército de Cercalo Vctiliano, tomó el castillo de Herodión con la guarnición que tenía, porque se rindió.

Allegando después toda la gente que pudo, porque había mucha parte de ella esparcida, y juntándola con la décima legión, determinó combatir el castillo de Macherunta.

Parecíale muy necesaria cosa derribar este castillo, porque muchos, confiando en su fortaleza y guarda, serían movidos á rebelarse. La natural fortaleza del lugar daba grande esperanza y ánimo de libertad: los que allí estaban y á los que querían acometerlo, ponía gran miedo y duda: porque lo que está cercado de muro, es un collado alto y muy peñascoso, y por esto parece también muy difícil de ser tomado; pero tenía aún, para que á él no se lle-

gasen, ciertas guardas naturalmente, que era un valle ó foso que lo cercaba alrededor, cuya hondura era tanta, que no se podía ver el suelo de él, y así era muy difícil pasarlo, ni podía ser en alguna manera henchido de tierra ó de otra cosa para hacer paso: porque el valle que lo parte por la parte occidental se extiende más de sesenta estadios, y viene á dar casi en la laguna Asfalte, y por esta parte se levanta muy alto el castillo de Machero; ciñenlo por la parte de Septentrión y Mediodía los valles de la grandeza dicha arriba, y son también tan hondos y tan altos, que es imposible pasarlos ni combatirlos; y el valle que lo cerca por el Oriente, tiene, según lo que se halla, más de cien codos de alto, y viene á fencer y acabar saliendo á un monte que está contrario de Macherón.

Habiendo entendido y sabido el rey Alejandro que era este lugar tan fuerte, fué el primero que quiso fortalecer en él este castillo, el cual después Gabinio derribó en la guerra que con Aristóbulo tuvo. Pero reinando Herodes, parecióle que era lugar muy digno de tener cuenta con él, mucho más que todos los otros, y de fortificarlo, por estar principalmente vecino de Arabia, adonde tiene muy oportuno asiento, y está por fuerte delante de los términos de Arabia.

Habiendo, pues, cercado de muro todo el lugar y de torres muy fuertes, hizo allí una ciudad, de donde se subía fácilmente al castillo. Había también por lo alto del castillo hecho otro cerco de muro, y en los cantones había levantadas ciertas torres de sesenta codos en alto.

En medio de este cerco había edificado un palacio muy rico y muy grande, con muchas cámaras y aposentos muy gentiles. Había hecho muchas cisternas, para que en ellas se recibiese y recogiese el agua, y la pudiesen también sacar abundantemente en todos los lugares que

podieron hacerse cómodamente: parece que contendiendo con la dificultad y naturaleza de esta tierra, porque lo que ella había hecho de sí muy expugnable, quería vencer él, y hacer con sus fuerzas inexpugnable: porque puso aquí gran muchedumbre de saetas y otras máquinas é ingenios de guerra, é inventó toda la fuerza para fortalecer esta tierra, de manera que pudiese menospreciar cualquier cerco que delante se osase poner.

Había en el Palacio Real un árbol de ruda de maravillosa grandeza, porque no había higuera más alta ni que más grande fuese. Decían que aun duraba desde el tiempo del rey Herodes, y durara más ciertamente; pero los Judíos que se habían apoderado de aquel lugar, lo habían arrancado.

El un lugar del valle que cerca la ciudad por la parte septentrional, se llama Baaras, adonde nace ó se engendra una raíz semejante en el color á una llama de fuego, y cerca de la noche resplandece muy reluciente, y no se deja arrancar fácilmente cuando quieren ó desean los hombres arrancarla; antes siempre resiste, hasta tanto que le echan de las aguas de una mujer ó de su purgación, y aun entonces, si alguno la toca, tiene muy cierta la muerte si ya no se lleva la misma raíz en sus manos.

Tómase también de otra manera sin peligro alguno, la cual es ésta: cavan por todo alrededor, de tal manera que quede muy poco de la raíz debajo de tierra; atan luego en ella un perro, y queriendo el perro seguir aquel que lo ha atado allí, arranca fácilmente la raíz; el perro luego muere casi como en lugar de aquel que había de arrancar la hierba, y después se puede tomar por todos sin miedo.

Es hierba digna de ser tomada con tantos peligros como tiene, por una sola virtud que tiene muy grande:

porque los malos espíritus de los hombres, que por otro nombre llamamos demonios, cuando han entrado en el cuerpo de algún hombre, y lo atormentan de tal manera que le matan si no le socorren, esta hierba los hace huir con tal que la lleguen, por poco que sea, á los que tal adversidad padecen.

Nacen también de este mismo lugar fuentes de aguas calientes de muy diversos sabores: porque las unas son muy amargas, y otras tan dulces, que más no pueden ser.

Hay también muchas aguas que nacen muy frías, y tienen fuentes unas después de otras, no sólo en los lugares más bajos; pero aun hay otra cosa, de la cual ninguno se maravillará, que en un lugar muy cerca de aquí hay una cueva no muy honda, pero cubierta por encima de peña viva; y levántanse encima de ésta como dos mojones á manera de tetas, la una apartada de la otra algún poco, y de la una nace una fuente muy caliente, y de la otra, otra fuente muy fría; y mezclándose entrámbas aguas, se hace de ellas un lavatorio muy suave y saludable para curar muchas dolencias y enfermedades: aprovecha principalmente para curar los nervios: tiene este mismo lugar muchos metales de azufre y de alumbre.

Habiendo, pues, mirado Baso por todas partes muy bien toda esta tierra, determinó aparejar su entrada, hinchendo el valle que está por la parte del Septentrión, y así comenzó su obra trabajando en levantar un monte ó hacer un caballero que pudiese servirles de fuerte para combatir desde él fácilmente esta ciudad: los que fueron tomados dentro, apartando los Judíos de los extranjeros y gentiles, mandaron á éstos que guardasen la parte baja de la ciudad, y recibiesen ellos primero la fuerza de los enemigos y el peligro, pensando que era gente vulgar y

de poco: y ellos se recogieron en el castillo que estaba en lo alto, por estar muy bien guarnecido y por salvarse más seguramente.

Pensaban que si entregaban á los Romanos la ciudad, habían de alcanzar con esto perdón; pero querían primero experimentar si podrían apartar del cerco á los Romanos; y por tanto, con ánimos alegres, cada día hacían algunas corridas, y trabándose á pelear con los que al encuentro les venían, morían muchos de ellos, y mataban también muchos Romanos.

Del tiempo se les acrecentaba á entrambas partes la victoria: de los Judios, si arremetían algo menos provistos de lo que convenía, y de los Romanos, si recibían sus escaramuzas en orden y con destreza bien armados; mas no era éste el fin que había de ser del cerco.

Hizose una cosa acaso, la cual constriñó necesariamente á los Judios á que entregasen el castillo. Había un mancebo entre los que estaban cercados, valiente por sus manos, atrevido y feroz, llamado por nombre Eleázaro; éste había en las peleas y corridas mostrado á los enemigos su nobleza; no le detenía el miedo para hacer saber á los enemigos su fuerza, saliendo contra muchos y deseando echarlos del monte ó caballero que tenían levantado: maltrataba siempre á los Romanos, y ayudando con su gran audacia á sus compañeros, les causaba que la fuerza que hacían é ímpetu que traían al arremeter, les aprovechase; y también en el recoger solía ser el postrero que partía, y de esta manera les era causa que se recogiesen sin peligro.

Habiendo, pues, un día cesado la pelea entre ellos, y reuniéndose entrambas partes, pensando él que no habría ya enemigo que osase salir contra él, menospreciándolos á todos, quedóse fuera de la puerta, y hablaba con

los que estaban en los muros, mirando muy atentamente lo que dirían ó harían. Vió esta oportunidad un egipcio del campo de los Romanos, llamado Rufo, y viniendo contra él, cosa que ninguno lo pensara, tomándolo con todas sus armas muy repentinamente, maravillándose mucho de ver esto los que estaban en el muro, pasólo consigo al campo de los Romanos; pero después mandó el capitán que lo extendiesen desnudo, puesto en parte que pudiese ser visto por todos los de la ciudad, y que allí fuese muy rigurosamente azotado: los Judíos, viendo esto que al valiente mancebo había acontecido, estuvieron muy confusos, y toda la ciudad lloraba y se quejaba por la muerte de un tal varón.

Advirtió esto Baso muy bien, y tomó esto por principio de sus consejos contra los enemigos, y deseando acrecentar la compasión de los Judíos, porque forzados por guardar la vida al dicho mancebo, le entregasen el castillo, á la postre alcanzó lo que quería: porque mandó poner allí delante una horca, como si quisiese ahorcar á Eleázaro; y viéndola los que dentro del castillo estaban, fueron mucho más amedrentados, y quejábanse con muchas lágrimas, gritando y dando voces, que era aquella destrucción intolerable. Entonces Eleázaro les rogaba que no lo menospreciasen porque había de morir muy malamente, y mirasen ellos mismos á su salud, pues que ya todos estaban sujetos á las fuerzas y poder de los Romanos.

Concediéndolo los Judíos, parte por lo que éste les dijo, y parte también porque había dentro muchos que por él rogaban, porque estaba muy emparentado con todos, fueron vencidos de misericordia y compasión, cosa contra su naturaleza; y enviando algunos por embajadores que con diligencia hablasen, decían que ellos rendi-

rian el castillo, con tal que les volviesen á Eleázaro y los dejasen ir sin peligro y sin miedo.

Consintiendo en esto el capitán romano, habiendo hecho concierto con los Romanos, todo el pueblo que estaba en la ciudad baja determinó huir, venida la noche, muy secretamente.

Como ya hubiesen abierto las puertas, vino un mensajero á Baso de aquellos que le habían prometido rendirse, ó por envidia de la salud de ellos ó por miedo, por no dejarles ocasión para huir; pero los más valerosos que se habían adelantado se salvaron: de los que quedaron fueron muertos mil setecientos varones: las mujeres y muchachos fueron llevados cautivos. Pero Baso tuvo por bueno guardar su palabra y lo que había prometido á los que le habían entregado el castillo, y los dejó ir libres y les volvió á Eleázaro.

XXVI.

De los judíos que mató Baso, y de cómo la tierra de Judea fué vendida.

Acabadas estas cosas, trabajaba Baso en llevar su ejército á un paso ó bosque que se llama Lardes, porque se decia que estaban aquí muchos judíos juntos de los que huyeron antes en el tiempo del cerco de Jerusalén y de Macherunta.

Habiendo, pues, llegado al sobredicho lugar, y hallando ser así lo que le había sido dicho, cercó primero todo este lugar con su caballería, para que si algún judío tratase de huir, no lo pudiese hacer sin dar en las manos de la caballería, y mandó que la infantería cor-

tase una selva, en la cual se habían escondido. De esta manera fueron forzados á hacer algo que fuese nombrado y de hombres valerosos: porque peleando animosamente y con audacia, les fuese, por ventura, posible huir y librarse.

Juntos, pues, todos y á una voz, arremeten contra los que los habían cercado; pero ellos los recibían valerosamente, y atreviéndose á mucho los Judíos, y los Romanos resistiendo á todo, duró la pelea mucho tiempo, pero no fué el fin de ella semejante para todos, ni fué tampoco bueno: porque murieron solamente doce hombres de los Romanos, y fueron muy pocos los heridos; y ningún judío se salvó con la vida, antes no siendo menos de tres mil hombres, todos fueron muertos; y el capitán de ellos, que era un hijo de Jayro, llamado Judas, del cual arriba hablamos, que se había librado por un albañal, siendo capitán de un escuadrón de gente entretanto que Jerusalén estaba cercada, también fué muerto.

Escribió en este mismo tiempo César á Liberio Máximo, éste era procurador, que vendiese toda la tierra de los Judíos, porque no quiso edificar en ella ciudad para guardar el señorío de ella, ni toda la tierra. Mas dejando aquí ochocientos soldados solamente, dióles un lugar donde viviesen, llamado Amaus, el cual está á treinta estadios lejos de Jerusalén.

Mandó que los Judíos, dondequiera que estuviesen, pagasen sus parias y tributos, y que trajesen al Capitolio cada año dos dracmas, así como hasta aquí solían pagarlas al templo de Jerusalén.

En este estado, pues, estaban las cosas de Jerusalén en este tiempo.

XXVII.

De la matanza que fué hecha en los del rey Antioco, y de la salida de los Alanos contra Armenia.

A los cuatro años del imperio de Vespasiano aconteció que, estando en Comagenes el rey Antioco con toda su familia y casa, incurrió en grandes muertes, por la causa siguiente: Cesenio Peto, que administraba por entonces las cosas de Siria, ó porque á la verdad así fuese, ó por la enemistad que con Antioco tenía, porque lo cierto ciertamente no se supo, envió cartas á César diciéndole que Antioco se levantaba contra los Romanos con su hijo Epifanio, haciendo sus conciertos con el Rey de los Parthos, y que por esto debían ser antes presos; porque comenzando ellos á innovar las cosas y el estado, perturbarían y pondrían en revuelta y guerra todo el Imperio romano.

No había de tener en poco César tal embajada como ésta, porque ser estos Reyes tan vecinos, era causa que debiese proveerse en ello con mayor diligencia.

Es Samosata una ciudad muy grande en Comagenes, fundada cerca del Eufrates porque pudiesen los Parthos tener pasaje fácil, y no por otra causa, y porque les fuese recogimiento seguro. Habiendo, pues, tomado la palabra de ellos, y tomando poder para hacer lo que le parecía convenir al caso, pensó que era negocio del cual se debía tener mucha cuenta.

Súbitamente, sin que tal pensase Antioco ni su gente, entró por Comagenes con la sexta legión y algunas compañías más de infantería y de gente de á caballo;

tenia en socorro suyo el rey de Calcidia, Aristóbulo, y al de Emesa, llamado Sohemo.

Entraron dentro sin fuerza alguna, porque ninguno de los naturales podía contradecirles. Habiendo recibido Antioco tal nueva, la cual él no esperaba, no quiso mover guerra contra los Romanos ni aun pensar en ella. Antes determinó salir él, con su mujer é hijo, del reino y dejarlo en el estado en que estaba, pensando que con esto satisfaría y quitaria la sospecha que los Romanos de él tenían; y saliendo lejos de la ciudad, á casi ciento treinta estadios, puso su casa en medio del campo.

Envió Peto gente á Samosata que la tomase, y con ellos teniase la ciudad, y él, con todo el otro ejército, determinó ir contra Antioco; pero el Rey, con toda la necesidad que padecía, no se movió á querer hacer guerra ni resistir en algo á los Romanos, mas quejándose de su desdicha y adversidad grande, determinaba padecer toda cosa: los mancebos y los ejercitados en la guerra, y sus hijos, que eran mancebos muy esforzados, no podían sufrir aquello fácilmente; por lo cual, viniendo Epifanio y Calinico, juntamente quisieron salir por la virtud; y habiendo peleado todo el día muy valerosamente y con gran fuerza, mostraron su esfuerzo y partieron sin háberseles menguado en algo sus fuerzas.

No le parecía á Antioco, por próspera que hubiese sido esta pelea, quedar en su lugar; y tomando á su mujer é hijos, huyó á Cilicia, y con ausentarse él quitó el ánimo á sus soldados; de manera que, desconfiando poder haber el reino, se pasaron á los Romanos, estando todos muy desesperados.

Antes, pues, que les faltase todo socorro, era necesario que Epifanio se guardase de los enemigos, con todos los otros que también quisiesen, y juntáronse entre todos

diez caballeros, los cuales pasaron juntos el río Eufrates con sus caballos, y partiendo de aquí sin algún miedo, muy seguros, llegando á Vologeso, rey de los Parthos, no fueron despreciados ni tenidos en poco como gente que huía, antes fueron no menos honrados y estimados que si tuvieran todo su estado y permanecieran aún en su reino.

Llegando Antioco á una ciudad de Cilicia llamada Tharso, Peto lo prendió y enviólo preso á Roma con un capitán de cien hombres, al cual llamaban centurión.

No quiso Vespasiano que de esta manera le trajesen delante un Rey, teniendo por mejor y por cosa más digna tener cuenta con la antigua amistad suya, que guardar su ira fiera é inexorable por la ocasión y según la ley de guerra. Mandó, pues, que al venir le fuesen quitadas todas las ataduras con que venía atado, y dejando su partida para Roma en este medio, se detuviese en Lacedemonia, y proveyóle de gran dinero para que pudiese ser tratado, no sólo abundantemente, pero también con magnificencia Real.

Entendiendo estas cosas Epifanio y los otros, que antes tenían gran temor por los sucesos de su padre, fueron aliviados de muy gran cuidado, y tomaron ellos mismos esperanza de haber la paz y reconciliarse con César. Y como Vologeso hubiese escrito á César de estas cosas, porque aunque prósperamente les sucediese, no podían vivir fuera del Imperio romano; y como César con gran mansedumbre les permitió venir, vinieron á Roma; y trayéndoles de Lacedemonia á su padre, quedáronse allí por verse bien tratados.

La gente de los Alanos, que son los mismos de Scythia, que tienen sus asientos cerca del río Thanais, y el lago que se llama de Meothis, en otro lugar he-

mos hablado ya de ellos, tomando consejo en este mismo tiempo para entrar á robar la tierra de Media, y más adentro aun, hablaron sobre ello con el Rey de los Hircanos, porque éste es el señor de aquel pasaje, el cual le había entregado Alejandro y había hecho que se cerrase con unas puertas de hierro muy firmes; pero dándoles entrada, entraron todos sin que los Medos tal cosa sospechasen, y robaban todas las tierras, las cuales eran muy pobladas y estaban llenas de todo género de ganado, sin que hubiese alguno que les osase resistir; porque Pacoro, que era Rey de estas tierras, huyendo amedrentado por las partes más desiertas y ásperas de ella, les dejó todos sus bienes, y alcanzó de ellos con gran pena, dándoles cien talentos, que se llevase su propia mujer y sus mancebas.

Alcanzando, pues, tanto poder, y viendo que podían dar saco á toda aquella tierra sin que les costase sangre, pasaron hasta Armenia destruyéndolo todo.

Rey de esta tierra era Tiridates; el cual, como saliendo al encuentro de esta gente hubiese peleado, no estuvo muy lejos de ser preso en esta batalla, porque uno de sus enemigos le echó de lejos un lazo de cuerda para cogerle con él, pero con su espada presto le rompió y huyó.

Hechos los Romanos, por los sucesos que habían alcanzado, algo más fieros, destruyeron y despoblaron todas las tierras, y volvieron á sus recogimientos llevándose gran muchedumbre de gente, y otro robo de estos dos reinos.

XXVIII.

Cómo fué el castillo fuerte de Masada destruido y abrasado.

Muerto Baso en Judea, sucedióle en la administración del cargo Flavio Silva, y viendo éste que ya toda la tierra estaba sujeta al Imperio romano, excepto un solo castillo, juntó toda la gente que por allí halló, y vino con ejército contra él por haberlo.

El nombre del castillo era Masada, y el príncipe de aquellos matadores que lo habían ocupado y lo poseían, era un hombre muy poderoso, llamado Eleázaro, del linaje de Judas, el cual había antes persuadido á no pocos judíos, según dijimos, cuando Cirenio fué enviado á Judea, á que no le obedeciesen; entonces estos matadores se levantaron contra todos los que quisiesen obedecer á los Romanos, y no los trataban de otra manera que si fueran enemigos, robando y destruyéndoles todos los bienes y poniéndoles fuego en sus casas. Porque decían que no diferían ellos de los extranjeros, pues les habían entregado su libertad, por la cual debían antes pelear muy bravamente, y habían mostrado desear más estar debajo de la servidumbre de los Romanos.

Esto, pues, era su excusa, y con ella cubrían su crueldad y avaricia, la cual después claramente se mostró por experiencia, porque ellos mismos fueron los que los animaron á rebelarse, y emprendieron juntamente la guerra con los Romanos. La causa que para ello tuvieron, después se les empeoró, cuando vieron claramente que la ocasión por la cual decían haberse movido, y los achaques que daban, eran falsos, por lo cual trataban peor á

todos los que justamente reprendían la maldad de ellos.

Pareció este tiempo, y fué ciertamente entre los Judíos, el más abundante en todo género de maldades y bellaquerías, de tal manera, que nada se dejaba de cuanto se emprendía, sin acabar y sin dar remate á ello; y cuando alguno quisiera ponerse á innovar algo, no tendría, por cierto, en qué trabajar que entonces no se cometiese.

Tan conformes eran todos, no menos en particular que públicamente, y tanto trabajaba cada uno por sí en exceder y adelantarse en cometer toda maldad y toda impiedad contra sus prójimos; los poderosos maltrataban el pueblo, y el pueblo daba diligencia por arruinar y destruir á todos los poderosos; éstos tenían codicia de señorear, y aquéllos de resistirles y robar los bienes de los ricos; los primeros fueron matadores y autores de toda crueldad contra sus propios parientes, sin dejar de decir toda palabra injuriosa, ni sin dejar de cometer toda cosa para dar muerte y destruir del todo á los que les acechaban; pero Juan mostró que éstos eran algo más moderados, porque no sólo mataban á cuantos trabajaban en persuadirle lo que le era necesario y provechoso, dando en ellos como contra los más enemigos ciudadanos suyos, mas aun acarreó otros muchos daños y males á su patria, cuales hiciera cualquiera que ya se atreviese á menospreciar á Dios impiamente. Serviase de mesa que no le era lícita; había desterrado la castidad de la patria legítimamente debida, de tal manera, que no era ya de maravillar si no mostraba mansedumbre y trato humano con los hombres, el que había furiosa y locamente menospreciado á Dios, su religión y piedad.

Pues si consideramos lo que Simón Giora hizo, ¿qué maldad dejó de cometer, ó con qué injuria, por grande

que fuese, contra los suyos naturales, se tuvo por contento, habiéndolo ellos mismos criado y elegido por su señor? ¿Pues qué amistad, qué deudo ó parentesco no los hizo más feroces en darse unos á otros y buscarse la muerte? Porque maltratar los extranjeros, parecíales ser una maldad sin arte; pero pensaban que les nacía gloria muy esclarecida y grande si mostraban su crueldad contra sus mismos naturales.

Los Idumeos imitaron el loco furor de esta gente, porque aquellos malvados y llenos de toda impiedad, después de haber muerto los pontífices, porque no pudiese conservarse parte de religión ni piedad para con Dios, acabaron por cortar todo lo que de bueno quedaba en la ciudad, y desterraron toda la justicia, haciendo que reinase la injusticia solamente, en lo cual se mostró más aquel linaje de hombres que llamamos Zelotas, los cuales quisieron comprobar sus nombres con sus hechos, porque todo género de maldad cometieron, sin dejar de imitar cuantas maldades se retienen en memoria haberse cometido en tiempos pasados, aunque se habían puesto nombre á imitación de buenos, los cuales engañaban por su naturaleza fiera, con cavilaciones, á todos los que querían dañar, teniendo los males, por grandes que fuesen, por bienes, y recibéndolos por tales.

Hallaron, empero, el fin, que su vida merecía, dándoles Dios la pena conforme á lo que todos eran acreedores: porque todos los suplicios y penas que posibles son pasar por los hombres, pasaron por ellos juntamente, hasta que todos acabaron sus vidas con diversos tormentos.

Dirá, por ventura, alguno que sufrieron aún menos de lo que merecían, pero ¿qué pena les podía ser dada que fuese digna para compensar la maldades grandes que ellos habían cometido? No es éste lugar para quejarse

de la desdicha de aquellos que en este tiempo cayeron en medio de tanta crueldad.

Otra vez, pues, vuelvo á contar lo que había antes dejado: vino el capitán de los Romanos contra Eleázaro, y contra los que tenían con él el castillo de Masada, que eran todos matadores y gente mala: ganóles luego toda la tierra. puestas sus guarniciones en todas la partes y lugares que oportunos para ello le parecieron: cercó de muro el castillo, porque ninguno de cuantos allí había cercados pudiese huir ó escaparse, y mandó poner gente de guarda muy diligente, y él por otra parte tomó lugar para poner su campo, muy idóneo, cierto y bueno, el que había escogido para cercarlos, por la parte que las peñas del castillo se juntaban con el monte que estaba vecino, pero difícil para proveerse de las cosas necesarias para el uso y servicio del campo: porque no sólo eran traídos todos los bastimentos con trabajo muy grande de los Judíos y de parte muy lejos por aquellos á quienes era este cargo encomendado; sino aun también lo que el campo había de beber se traía de partes muy apartadas, porque cerca de aquel lugar adonde estaban, ninguna fuente nacía.

Ordenadas, pues, estas cosas, acometió Silva su cerco, que necesitaba de arte y no poco trabajo, por la fuerza del castillo, el cual estaba de esta manera edificado: una roca muy grande y redonda, muy alta, cerrada de valles muy hondos cortados de la misma roca, y en lo hondo que era imposible verse: tiene algunos riscos, y es imposible que animales algunos por ella puedan andar, nino que de dos mancras se pueda subir por esta roca, aunque muy dificultosamente.

Está el un caminó por el lago Asfalte hacia el Oriente, y el otro es algo más fácil por la parte de Occidente. El

uno se llama la culebra por ser muy angosto, y por las muchas vueltas que da á manera de culebra: porque la peña que se levanta, rómpese; y juntándose muchas otras veces, viénese á alargar poco á poco; pero el que por aquí camina, conviene que vaya muy recatado y mudando su camino; hasc de tener en un pie necesariamente, porque de otra manera el peligro está muy cierto y muy seguro para quien cayere: la altura de las rocas está enhiesta por entrambas partes, de tal manera, que el que más atrevido fuere, quedará en este paso muy espantado.

Por este camino, cuando habrás subido ya bien hasta veinte estadios, lo que demás queda no es trabajoso de andar, antes es harto llano por lo alto. Aquí edificó en esta roca el pontífice Jonatás el primero de todos un castillo, y llamólo Masada.

Después Herodes, rey, se remiró mucho en hermosear este edificio: porque por todo su cerco levantó un muro que tenía siete estadios, hecho todo de piedra blanca, alto de doce codos y ancho de ocho: había en él veintisiete torres de cincuenta codos cada una en lo alto levantadas, por las cuales tenían entrada en las casas que estaban edificadas por todo lo de dentro del muro: porque el Rey quiso que lo alto, que era más llano y más fértil y tan aparejado para todo fruto y árboles, como cualquier otra tierra llana, fuese lleno de toda clase de hortalizas, para que si alguna vez en algún tiempo por defuera sucediese alguna hambre ó necesidad, no la sintiesen los que se hubieran recogido á vivir en este castillo.

Habíase también edificado aquí un palacio por la subida de la parte de Occidente, puesto dentro del muro de la misma torre y vuelto hacia la parte de Septentrión; y el palacio estaba rodeado de un muro muy grande, y tenía cuatro torres en sus cuatro cantones, muy fuertes,

altas de sesenta codos cada una. Pues los apartamentos que por dentro había, los portales y pascos, los baños y todo lo demás, era muy bello y de edificio maravilloso: nacían las columnas de piedras grandes, las cuales estaban puestas por todas partes: las paredes y cuartos del palacio estaban edificadas de piedras muy firmes, y estaban variadas de diversos colores.

En cada habitáculo en lo más alto, y alrededor del palacio, y delante de las torres, había hecho grandes pozos cavados en aquellas peñas vivas, para que en ellos se pudiese guardar el agua: é hizo que tuviesen tanta abundancia de ella, como los que tenían muchas fuentes muy vecinas.

El foso llevaba camino desde el palacio hasta la torre grande, y por defuera ninguno lo podía ver, pero ni aun de los caminos, que eran manifiestos y estaban harto descubiertos, podían los Romanos ó los enemigos que viniesen, fácilmente servirse: porque el camino por la parte de Oriente es por su natural tal, que es imposible llegar á hacer camino por él, como arriba dijimos; y el que está en la parte del Occidente, aunque es muy difícil por sí mismo, quí solo cerrar con una gran torre, la cual estuviese lejos de la fortaleza y castillo no menos de mil codos, y así no era posible pasar por aquí, y era casi imposible tomarla por fuerza.

Era tan difícil de salir de ella, que aun los que con licencia paseaban, entrados que eran, no podían aún salir sino con trabajo y dificultad. De esta manera, pues, estaba fortalecido este castillo contra toda fuerza que los enemigos quisiesen hacer, parte por la naturaleza del lugar adonde estaba, y parte también por la obra de manos que había en él mandado hacer. Los aparejos y provisiones que dentro había guardados conservaron este

castillo más largo tiempo y más ocultamente: porque dentro de él había mucho trigo guardado, que pudiese bastar para mucho tiempo: había también mucho vino y mucho aceite, y además de esto frutas, y todas maneras de legumbres y muchos dátiles. Todas estas cosas, pues, halló maduras Elcázaro y á su tiempo, habiéndose apoderado del castillo con su gente con muchos engaños y traiciones; no era lo guardado peor que lo nuevo, aunque parece haber sido aparejado todo igualmente para la destrucción que los Romanos hicieron de todo; y habían bien pasado casi cien años del tiempo que fueron estas cosas aparejadas, hasta que los Romanos destruyeron el castillo: y los mismos Romanos hallaron algunos frutos, los cuales no habían sido jamás en otro tiempo tocados.

Quien pensare que la causa de guardarse esto tan largo tiempo era el buen viento que tenía, no errará, porque estaba la torre muy alta y muy apartada de todas las cosas que suelen engendrar en la tierra corrupción. Hallóse también aquí gran muchedumbre de toda manera de armas encerradas por el Rey, las cuales bastaban para armar más de diez mil hombres: había mucho hierro sin labrar, mucho plomo y mucho cobre, de tal manera, que si lo vieras, dijeras ciertamente haber sido hecho este aparejo con grandes causas. Dicen que Herodes había mandado edificar este castillo para su recogimiento, temiéndose ó sospechando dos peligros: el uno era del pueblo de los Judíos, por si quisiesen privarle de su reino, y llamar al principado á los que antes habían sido desechados, el otro, mayor ciertamente y más cruel, por temor á Cleopatra, reina de Egipto. Porque ésta no encubría lo que deseaba, antes hablando muchas veces con Antonio, le pedía que matase á Herodes, y le suplicaba que diese á ella el reino de los Judíos: y cau-

sarà á alguno maravilla saber que jamás la quiso obedecer Antonio, estando tan siervo y tan cautivo de su amor.

Por estar, pues, Herodes con miedo de estas dos cosas, dejó como trabajo postrero para los Romanos este edificio de Masada. El capitán de los Romanos, habiendo ya cercado por defuera todo el edificio del muro, según arriba dijimos, y habiendo puesto diligencia y guarda grande en que ninguno pudiese huir, comenzó á combatirlo, hallando solamente un lugar adonde pudiesen hacer señal los ingenios y máquinas que tenían: porque después de la torre, la cual por la parte del Occidente cerraba el camino para el real, y al collado del monte, había aquí una represa de una gran piedra muy ancha y muy larga, la cual estaba trescientos codos más baja que el castillo de Masada, y llamábanla Leucén.

Quando Silva la vió aquí arriba, mandó llegar su gente y que trajesen todos sus máquinas é ingenios; viniendo todos ellos con gran alegría y ánimo á la obra, levantaron un monte de doscientos codos en alto muy firme; pero no les parecía que sería bastante este monte ó caballero para subir y sostener todas las máquinas que tenían; hicieron encima como un tribunal á manera de teatro, con piedras muy grandes, alto y ancho de cincuenta codos. La fábrica ó manera de todos los instrumentos é ingenios y máquinas que éstos tenían era semejante á la de los que había tenido antes Vespasiano para combatir las tierras, y después de Vespasiano Tito, su hijo; y vino á hacer una torre de sesenta codos de alto, fortalecida y cubierta toda de hierro, desde donde los Romanos, con muchas saetas y golpes de sus máquinas, presto aumentaron á los Judíos que estaban peleando desde el muro, y les impidieron que osasen asomar la cabeza.

Juntamente también mandó hacer uno de aquellos que arriba llamamos arietes, muy grande, é hizo Silva que diesen en el muro, y á gran pena pudo derribar alguna parte de él. Los ladrones que dentro estaban presto proveyeron en esto, edificando por dentro otro nuevo muro, el cual no pudiese ser derribado con todos los ingenios de los Romanos, porque estaba aún nuevamente edificado y blando, de tal manera, que podía resistir á la fuerza de los ingenios, sin recibir daño por estar de esta manera edificado.

Ordenaron vigas muy grandes en lo alto que abrazaban todo el espacio: después, por donde eran aserradas estaban ordenadas parejamente por dos partes: la una de la otra distaba tanto, cuanto era bien la anchura del muro, y entrambas llenaban el espacio que habia de tierra como levantando un monte; pero porque no cayese la tierra, creciendo demasiado en lo alto este edificio, atábanla y fortalecíanla con otras vigas puestas á lo largo atravesadas. Érales, pues, semejante la obra á un edificio muy concertado. Los golpes que con sus máquinas y pertrechos daban eran baldíos y vanos; y como el lodo mejor se asentaba, tanto más se fortalecía esta obra.

Considerado que hubo Silva estas cosas, pensando tomar este muro con fuego más fácilmente, mandó que echasen muchos manojos de cosas encendidas, abrasando á los soldados que dentro estaban: el muro, cuya mayor parte era de madera, tomó el fuego presto, y encendiéndose hasta lo más hondo de él por lo ancho, levantó con gran llama lumbre muy grande.

Aun cuando el fuego comenzaba, ya los Romanos se espantaban con el gran viento que hacía, porque traía con su fuerza la llama hacia ellos, y habían ya desespe-

rado de salvar algo, casi como si todo se hubiese ciertamente de quemar; pero mudándose el viento, después levantándose otro más manso, como por divina voluntad, echó el fuego contra el muro que estaba contra éste y así todo se quemaba y ardía.

Teniendo, pues, los Romanos en su ayuda y favor á Dios, volvíanse á su campo muy alegres todos, determinados á dar asalto al castillo luego por la mañana, y hacer aquella noche mayor guarda, porque ninguno de los Judíos pudiese huir ó salvarse en la obscuridad.

No pensaba el mismo Eleázaro en huir, ni tenía determinado dar licencia, ni permitir que alguno huir pudiese; y viendo destruido y consumido todo con el fuego, y sabiendo que no le quedaba otra cosa, ni otro medio para librarse, ni otra virtud, antes poniéndose delante de los ojos lo que los Romanos habían de hacer con sus hijos y mujeres, si vencían, tomó consejo cómo los mataría á todos; y pensando ser esto la mayor vergüenza que podía hacer, juntando aquella misma noche todos los compañeros que él tenía por más valientes y de mayor ánimo, movíalos y convidábalos á esto con estas palabras:

«Habiendo determinado mucho tiempo ha, varones muy esforzados, no sujetarme á servidumbre, ni de Romanos, ni de cualquiera otra gente, sino servir á Dios solamente, porque éste es sólo el justo y verdadero Señor de los hombres, este es el tiempo en el cual conviene probar con las obras vuestros ánimos. No nos deshonremos, pues, habiendo sufrido antes servidumbre grande, y además de ésta, habiendo de padecer penas intolerables, si aconteciere que vengamos vivos en manos y poder de los Romanos. Somos los primeros que nos hemos rebelado contra ellos, y los postreros que con ellos guerreemos. Pienso que Dios nos ha concedido la gracia de

que podamos morir libres, lo cual no ha sido concedido á todos los otros que sin este propósito fueron vencidos y muertos. Nosotros tenemos la muerte y destrucción nuestra por muy cierta en amaneciendo. Libres, pues, somos en elegir el género de muerte para nosotros y los de nuestro afecto, porque no pueden esto prohibirnos los enemigos, que sólo desean prendernos vivos y vemos claramente sernos imposible vencerlos peleando; por ventura convenia conocer la voluntad de Dios al principio, cuando deseando defender la libertad nuestra, todas las cosas que emprendíamos nos sucedian mal, parte por nuestra culpa, y más aún por la de nuestros enemigos: y debíamos saber que el linaje y nación de los Judios, que le habia sido en otro tiempo tan amiga, estaba ya condenada á ser del todo destruida y arruinada: porque si quedara y permaneciera Dios como ayuda y favor nuestro, ó por lo más algún poco enojado contra nosotros, jamás hubiera permitido destrucción de tales y tan grandes hombres, ni pusiera su ciudad muy sagrada en las manos de los enemigos, para que la quemasen y destruyesen.

»Nosotros solamente hemos quedado de todos los Judios, confiando vencer y conservar nuestra libertad, como si no hubiésemos cometido algo, ni faltado contra Dios, y como si no fuéramos parte en alguna culpa ni pecado, habiendo mostrado y enseñádoslos á los otros. Ya veis, pues, claramente todos ahora cómo nos redarguye y muestra que éramos vanos y confiábamos en vanidades, dándonos peores daños y males de lo que era posible esperar de su mano por nuestros pecados.

»No nos ha aprovechado algo para salvarnos, estar en un castillo que es por su naturaleza fuerte é inexpugnable; antes hemos perdido toda la esperanza por la volun-

tad de Dios, quitándonos él mismo manifestísimamente todo el mantenimiento que teníamos juntado, la muchedumbre y abundancia de armas y todo el otro aparejo, que conservado estaba de todas las cosas necesarias. Veis que el fuego que antes dañaba é iba contra los enemigos, sin hacerle alguno fuerza se ha vuelto de su grado contra el muro que teníamos nosotros edificado; pero ahora pagamos lo mucho que hemos cometido, y lo que hemos como locos y furiosos osado contra nuestros mismos naturales, por las cuales cosas no esperemos nosotros que tomen de ello castigo los Romanos, sino tomémoslo antes nosotros mismos por nuestras propias manos. Éstas son más mansas y más moderadas que no las de los Romanos, porque morirán las mujeres sin ser injuriadas, y morirán los hijos sin experimentar qué cosa es servidumbre.

»Después de muertos éstos, sirvámonos los unos á los otros guardando nuestra libertad, y encerrándola con nosotros en nuestras sepulturas; pero primero quememos y demos fuego al castillo y al dinero que dentro de él tenemos: porque ciertamente sé que les pesará á los Romanos, si no pudieren haber nuestros cuerpos, y se vieren libres de este trabajo. Dejemos solamente las provisiones, porque ellas nos serán testigos buenos cómo no hemos sido muertos por falta de comer, ni por hambre, sino como habíamos antes determinado, preciando más y anteponiendo la muerte á la triste servidumbre y cautiverio.»

Estas cosas decía Eleázaro; pero los pareceres de los que presentes estaban, no concordaban de la misma manera. Unos se daban prisa por obedecer á todo lo que Eleazaro había dicho, y muy llenos de alegría, pensaban serles la muerte muy buena; pero los que eran más tiernos, con misericordia de sus hijos, mujeres y amigos, ó por espantarse todos de ver claramente que ellos mismos

se habían de matar y ser de sí mismos homicidas, y mirándose el uno al otro, mostraban con sus lágrimas cómo eran de voluntad y parecer contrario.

Como Eleázaro los viese amedrentados y con gran temor, y que sus ánimos no bastaban á ejecutar consejo tan grande, temió que aquellos mismos que habían antes entendido lo que había dicho, y querían ejecutarlo valerosamente, se afeminasen y perdiesen el ánimo, viendo á los que lloraban y estaban derramando muchas lágrimas. No dejó, pues, su amonestación; antes, más levantado y mucho más animoso, comenzó una habla más clara de la inmortalidad del alma, y usando de una grande exclamación, mirando los que alrededor estaban llorando, dijo:

»Mucho me he engañado, ciertamente, pensando que los varones esforzados y valerosos, peleando por la libertad, habían de querer mucho más morir bien que no vivir malamente. No tenéis, por cierto, ventaja, ni os adelantáis en algo vosotros, ni en virtud ni en audacia, á algún hombre; pues habiendo de libraros de males muy grandes, teméis la muerte cuando antes debieseis sobre esto ni tardar más, ni esperar quien os lo aconsejase ó persuadiese.

»Antiguamente acostumbraban las oraciones sagradas de la patria á enseñarnos, confirmándolo los hechos y ánimos de nuestros antepasados y padres primeros, que la vida es dada al hombre, pero que el no morir era pena muy grande; porque la muerte que da libertad á las almas, las envía al lugar que es propio de ellas y puro de toda revuelta, para que permanezcan allí, sin ser jamás corrompidas, antes duraderas eterna y felizmente. Pero mientras están atadas ó encarceladas en el cuerpo, y padecen los males y accidentes que el cuerpo padece,

están, cierto, como muertas; porque hágoos saber que mala compañía hace lo mortal con lo inmortal y divino.

»Mucho puede el alma junta con el cuerpo, porque sírvase de él como de instrumento; muévelo interiormente y hácele hacer cosas ajenas aun de su mortal naturaleza; mas librada de este grave peso que tanto la tira á tierra, y librada de esta carga pesada que de ella cuelga, cuando pudiere venir al lugar que le es propio y le está aparejado, entonces se fortalece y participa de la verdadera libertad y bienaventuranza, quedando no menos invisible á los ojos humanos, que el mismo Dios, porque ni aun estando en el cuerpo es posible verla. Viene á él ocultamente, y cuando de él se parte, tampoco parece ni se muestra: teniendo ella siempre una naturaleza libre y muy ajena de toda corrupción, pero da al cuerpo ocasión y causa de mutación, porque dondequiera que hubiere alma, allí habrá también vigor y vida, y de adonde saliere, esto queda marchito y muerto; tanto lo excede por su inmortalidad.

»Tomad por argumento de esto que digo al sueño, en el cual veréis que las almas que recogidas en sí, sin ser distraídas por ocupaciones del cuerpo, reposan con gozo grande muy descansadas, y viviendo con Dios por la semejanza y parentesco que con él tienen, están en todo lugar y profetizan antes muchas cosas que después han de ser; ¿por qué razón, pues, hemos de temer la muerte, deseando por otra parte el reposo del sueño? ¿No sería cosa muy loca y muy temeraria que nosuviésemos envidia de nuestra inmortalidad y quisiésemos seguir antes y amar más la brevedad de la vida, y que quisiésemos más gozar de lo mortal que de lo inmortal? Convenía, por cierto, que nosotros, criados é instituidos en nuestra ciudad domésticamente y como

conviene, fuésemos ejemplo á los otros para prontamente recibir y padecer la muerte; pero si conviene pedir de los extranjer^{os} aprobación y confirmación de esto que digo, veamos ahora los maestros de sabiduría entre los Judíos lo que dicen; porque éstos, como sean buenos hombres, el tiempo que viven súfrenlo forzados como don necesario y cargo de naturaleza; pero trabajan por librar sus almas de la pesada é importuna carga del cuerpo, y sin mal ni enfermedad alguna, por el deseo que de la inmortal conversión tienen, dicen á los otros que han de partir; ni hay quien resista ni lo impida, antes todos los llaman bien afortunados y dichosos, y envían á sus amigos y familiares mandados; tan ciertamente creen ser ésta la costumbre que los ánimos entre sí tienen; y habiendo ellos entendido y sabido lo que les encomiendan, dan al fuego sus cuerpos por morir con loores, porque se parta el alma del cuerpo pura, limpia y sin mácula; y los más amigos, más fácilmente y con mejor ánimo los acompañan á la muerte que ningún otro extraño acompaña sus propios ciudadanos, si han de partir para algunas tierras muy lejanas.

»Lloran después por sí mismos juzgando á los muertos por bienaventurados, por ver los que entran ya en el número de los que son inmortales. No nos hemos, pues, nosotros de avergonzar si nos mostrásemos aún menos sabios que los Judíos y más necios, y si despreciásemos por cobardía nuestra y falta de ánimo las leyes de la patria, las cuales parecen á todos dignas de imitar y ser muy honradas. Pues aunque fuéramos instituidos al contrario de lo que ahora somos, y nos fuera dado á entender que es sumo bien el vivir, y es sumo mal y daño el morir, todavía este tiempo nos muestra y enseña claramente que pasemos y suframos la muerte con buen

ánimo, habiendo de morir de una manera ó de otra, por la voluntad de Dios necesariamente.

»Esto lo tiene Dios de tiempo muy antiguo, según lo que parece, muy determinado contra todo el linaje de los Judíos, que muriésemos y fuésemos privados de la vida, porque no nos habíamos de servir de ella según convenía y era razonable. No oso atribuir la causa de ello á nosotros mismos, ni hacer las gracias de ello á los Romanos, porque la guerra que con nosotros han tenido nos ha consumido. No han acontecido estas cosas por las fuerzas y esfuerzo de ellos; pero otra causa intervino más fuerte, y ésta causó que pareciese ser ellos vencedores. Porque ¿con qué armas de los Romanos fueron muertos los Judíos que vivían en Cesárea? Cuando estando sin ánimo de rebelarse contra ellos, celebrando la fiesta del sábado ó séptimo día, les acometió todo el pueblo de Cesárea y matáronles á todos con sus hijos y mujeres, sin hacer los Judíos alguna resistencia; ni tuvieron vergüenza de los mismos Romanos, los cuales no pensaban haber otros enemigos entre nosotros, sino éramos nosotros, que nos habíamos contra ellos levantado.

»Pero dirá alguno que los de Cesárea siempre tuvieron discordia con los Judíos que allí dentro de la ciudad vivían, y alcanzando la ocasión, ejecutaron su odio y el aborrecimiento que contra ellos tenían: ¿Pues qué diremos de los Scitópolis? Atreviéronse aquéllos á hacer guerra con nosotros por causa de los Griegos, y no osaron juntarse con nosotros para tomar venganza de los Romanos. Mucho, pues, les aprovechó á éstos la fe y amistad de aquéllos: todos fueron, por cierto, despedazados y muertos con sus familias, hijos y parientes; y por haberles ayudado antes, estas gracias les hicieron; porque habiendo prohibido y estorbado que padeciesen

ellos esto de nosotros, hubiéronlo después de sufrir ellos de los mismos, como si fueran los que querían matarlos.

»Largo é importuno sería si me quisiera parar á contar particularmente todo le sucedido. Todos sabéis que ninguna ciudad hay en el reino de Siria, la cual no haya muerto todos los judíos que en ella vivían, mostrándose más enemigos todos con nosotros que no fueron los mismos Romanos: adonde también los Damascenos, no pudiendo hallar para ello causa que fuese razonablemente probable, llenaron su ciudad de cuerpos de hombres muertos sin razón ni justicia, degollando diez y ocho mil judíos con sus familias y mujeres; pues la muchedumbre que en Egipto murió de las llagas, sabemos haber pasado el número de sesenta mil. Murieron éstos, por ventura, estando en tierra extraña, sin hallar quien á los enemigos contradijese; pero á los que en nuestras tierras emprendieron guerra contra los Romanos, no les faltaba algo de cuanto les podía dar esperanza de alcanzar victoria muy cumplida; porque las armas, los muros, los castillos fuertes é inexpugnables y los ánimos valerosos y no amedrentados por defender la libertad, movieron á todos á que se rebelasen; pero habiéndoles durado todas estas cosas muy poco tiempo, y habiéndose ensoberbecido y levantado más de lo que que debían, fueron principio de mayores males. Todo ha sido tomado por los enemigos y todo ha venido á parar en manos de ellos, como si fuera aparejado para acrecentar y ennoblecerles más la victoria, y no para salud ni defensa de aquellos para quienes había sido edificado y puesto en pie.

»Los que murieron en la guerra debemos pensar que son bienaventurados, porque, en fin, murieron con su libertad, trabajando en defenderla peleando; pero de la

muchedumbre que ha sido sojuzgada por los Romanos, ¿quién no tendrá compasión y gran lástima? ¿Ó quién, antes que tal le acontezca, no se dará prisa por morir? De ellos fueron los unos atormentados y perecieron con azotes y con fuego; otros, medio comidos por las bestias fieras, son guardados para que de ellos se apacienten, y de todos, los más malaventurados y miseros son los que quedan aún en esta vida, los cuales, descando muchas veces la muerte, aun ésta no pueden alcanzar. ¿Á dónde está ahora aquella ciudad grande? ¿Ó á dónde está la que fué metrópoli y ciudad principal de toda la gente de los Judíos? Fortalecida con tantos cercos de muro y con tantas torres y castillos delante de los muros, en la cual apenas podía caber todo el aparejo que para la guerra había, que tanta muchedumbre tenía de gente que la defendiese. ¿Qué se ha hecho ahora la que pensábamos ser guardada y conservada por la mano de Dios y que Dios moraba en ella? De raíz ha sido destruida; solamente quedan algunas antigüedades y memorias, las cuales guardan los que quedaron allí de guarnición. Están los desdichados é infelices viejos, están entre las cenizas del templo, y algunas pocas mujeres reservadas por los enemigos, para afrenta muy torpe de la vergüenza de ellas.

»Pues pensando estas cosas y poniéndose ante los ojos todo lo que yo he dicho, ¿habrá alguno que pueda ú osa alzar los ojos á mirar el sol, aunque pueda vivir muy saguro y sin peligro? ¿Quién es tan enemigo de su patria, quién tan poco de guerra ó de tan poco ánimo, que no se arrepienta de haber vivido hasta el presente?

»¡Pluguiera á Dios, y ojalá fuéramos todos muertos antes que viéramos destruir y abrasar por manos de los enemigos aquella ciudad sagrada, antes de ver derribar

de su raíz aquel santo templo! Pero, pues nos había movido no mala esperanza, pensando que pudiéramos vengar lo hecho en ella, véis ahora que ya nos es imposible y nos ha dejado en nuestras necesidades solos nuestra desdicha ó desventura, demos diligencia en que muramos bien; tengamos nosotros mismos de nosotros compasión y misericordia, teniéndola de nuestras mujeres é hijos, entretanto que el tiempo nos lo concede. Nacidos somos para morir, y para lo mismo nacieron los que nosotros engendramos: no pueden huir la muerte los fuertes, por fuertes que sean; pero vernos injuriados y con servidumbre, ver que nos llevan nuestras mujeres é hijos con afrenta, no es este mal que se haya de sufrir naturalmente, antes lo sufren, por su temeridad y locura, los que pudiendo morir rehusaron y dejaron de ejecutarlo.

»Nosotros, confiados mucho en nuestro esfuerzo, nos rebelamos contra los Romanos, y aconsejándonos ellos mismos ahora lo que nos era saludable, no les obedecíamos. ¿Quién hay, pues, que ignore ó no le sea manifiesta la ira que contra nosotros tienen, si pudieran sojuzgarnos y prendernos vivos? Habráse de tener compasión grande de los mozos y mancebos, cuyas fuerzas bastarán ciertamente para sufrir muchos daños, y habráse de tener no menos de los que ya son de más edad, viendo que éstos no serán bastantes á sufrir la muerte que les será dada. Verá el uno que le quitan de su lado á su mujer; otro, atadas sus manos, oirá la voz del hijo que pide su socorro.

»Ahora, pues, entretanto que tienen su libertad, y tienen las espadas en las manos, sirvanos de oficio tan bueno, sin experimentar la servidumbre que en poder de los enemigos les está aparejada. Muramos libres, y partamos de esta vida con nuestros hijos y mujeres.

Las leyes nos mandan esto; estas cosas nos ruegan nuestros hijos y mujeres. Dios manda que pasemos por esto; los Romanos lo contrario querian, y temen que alguno de nosotros muera antes de la general matanza y destrucción. Démonos prisa, pues, y por el deseo que de gozar de nosotros tienen, dejémosles causa para que se espanten por habernos dado nosotros mismos la muerte, y memoria y ocasión de maravillarse por nuestro atrevimiento.»

Deseando Eleázaro decir más, todos le interrumpian é impedían; y con un ímpetu muy desenfrenado, movíanse á ejecutar lo que había sido dicho, y como movidos por furias, los unos trabajaban y deseaban adelantarse en dar la muerte á los otros, teniendo y pensando por muy cierto que era esto señal de grande esfuerzo y de buen consejo, hacer y trabajar cada uno por su parte por no ser el postrero. Tanto deseo les tomó á todos de matar á sus hijos y mujeres y á sí mismos, que ni aun viniendo á la obra, cosa que no pensaría, se detuvieron ó amedrentaron algo, antes todos quisieron ejecutar aquel parecer que tomaron cuando Eleázaro les hablaba. Retenían todos el afecto y amor propio que debían; pero dando lugar á la razón, y pensando que hacían en aquello lo que por sus hijos hacer debían, saludaban y despedíanse de sus mujeres, abrazándolas y quitándoles los hijos de las faldas y regazos: llorando en extrema manera, los besaban, y daban en ellos, como si fueran extraños, de propia voluntad, matándolos á todos como antes fué dicho, consolándose de todos los males que habían de sufrir sujetos que fuesen á sus enemigos, con pensar que les era necesario morir.

Ninguno, pues, se halló que no tuviese para esto atrevimiento. Mataron todos los más allegados y más ami-

gos. ¡Desdichados, que les fué necesaria tal cosa, y más desdichados, que tenían por el menor y menos mal, matar sus propios hijos y mujeres! No pudiendo, pues, ya sufrir el dolor de tales hechos, por lo cual, pensando que causaban tristeza á todos los muertos, quedaban ellos vivos algún tiempo: mas de pronto juntaron en uno todos los bienes que tenían, y pusieronles fuego; y escogiendo luego diez hombres de entre todos por fuertes que fuesen, diestros y esforzados para matar todos los otros, ordenándose encima de los cuerpos de sus mismas mujeres é hijos, y abrazándolos á todos, se ofrecían muy aparejados todos para ser muertos por aquellos que habían de ejecutar tan desdichado servicio.

Ellos entonces, pues, todos eran ya sin algún temor, antes muy atrevidamente, muertos; pusieron la misma ley para ser todos muertos, de manera que á quien la suerte le cupiese, cuando hubiese muerto á los otros, él mismo se hubiese de matar sobre los otros, y de tal manera se confiaban entre sí todos, que ninguno se tenía por inferior ni por más principal que otro, no menos en el atrevimiento que tenían en cometer cualquier crueldad, que en sufrirla.

A la postre todos se sujetaron á la muerte, y quedando el uno y el postrero viendo la muchedumbre de los muertos, porque no quedase, por ventura ó acaso, alguno que pudiese tener necesidad de sus manos, cuando entendió que todos eran muertos, puso fuego al palacio; y pasándose toda su espada con gran fuerza por todo su cuerpo, murió encima de los suyos. Así fueron éstos muertos, creyendo que ningún ánima quedaba sujeta á los Romanos.

Estuvo una mujer muy vieja encondida, y otra parienta de Eleázaro, mucho más docta y más sabia que

acostumbran ser las mujeres, y cinco muchachos, por las minas que tenían hechas, por las cuales traían por bajo tierra las aguas para beber, entretanto que los otros estaban ocupados en pensar de qué manera se darían ellos mismos la muerte, los cuales eran hasta número de novecientos sesenta entre mujeres y muchachos.

Esta destrucción fué hecha á los quince días del mes de Abril.

Los Romanos, que aguardaban aun y pensaban haber de pelear, venida la mañana juntaban sus montes con los puentes de las escaleras, y acometían el muro, pero no viendo alguno de los enemigos, y si por todas partes gran soledad, y el fuego con tan gran silencio, no podían descubrir ni saber lo que había sido hecho; y al fin, dando un gran golpe con mucho impetu con aquel ariete ó ingenio que tenían, dieron muy grandes gritos por saber si alguno había que les respondiese.

Oyeron los clamores las mujeres que estaban escondidas, por lo cual, saliendo de los albañales, adonde estaban, descubrieron á los Romanos todo lo que de dentro había sido hecho, contándolo una de ellas cómo había pasado todo manifestamente.

Los Romanos todavía no creían esto tan fácilmente, por no creer que se hubiesen atrevido á tanto los Judíos; pero trabajaban en matar el fuego, y siguiendo su camino por donde el fuego venia, llegaron al Palacio Real, y viendo tan gran muchedumbre de muertos, no se gozaron de ello, como debían, por ser sus enemigos; antes se maravillaban de ver un consejo y determinación de tanta crueldad, y un menosprecio tan obstinado en tan gran número de gente, para darse la muerte.

XXIX.

De cómo fueron muertos los matadores que habían huído
á Alejandría y á Thebas.

Acabada esta matanza de esta manera, el capitán dejó guarnición en el castillo, y él luego partió con su ejército para verse con César: porque ya no quedaba enemigo alguno en todas aquellas regiones; pero toda Judea había sido ya destruida con la guerra larga que había pasado, y aun muchos de los Judíos que vivían en tierras muy extrañas y muy lejos de allí, se habían perturbado mucho y muy amedrentado.

Aconteció que muchos murieron cerca de Alejandría, que es una ciudad de Egipto: porque todos los revolvedores que se pudieron allí salvar y recoger, no se tenían por contentos con estar seguros de peligros; sino aun allí trabajaban por levantar revueltas y novedades por defender su libertad, sin querer reconocer por mejores que ellos á los Romanos, diciendo que sólo Dios era el Señor. Y como algunos de los Judíos, no de los más bajos, les contradijesen, seguidamente los mataron; y á los otros les persuadían y daban prisa, diciendo y amonestándoles á que se rebelasen. Viendo los principales y más viejos la pertinacia que éstos tenían, no pensaban ya serles cosa segura querer refrenar en algo á esta gente; sino juntando á todos los Judíos en uno, publicaban la locura y temeridad de aquellos matadores, mostrando que ellos eran causa de todos aquellos males, y decían que aunque éstos huyesen, no les parecía que alcanzarían esperanza alguna de salud: porque en saber

ó conocerlos los Romanos, luego habían de perecer, y participarían ellos de lo que éstos merecían y se les debía, sin ser consentidores en algo, ni tener culpa alguna.

Aconsejaban, pues, que debían todos guardarse de la muerte que éstos les buscaban; y que entregándose y rindiéndose á los Romanos, satisficiesen ellos por su parte. Dichas estas cosas, y visto claramente el peligro grande que todos corrian, obedecieron á los que les rogaban; y acometiendo con gran impetu á todos aquellos matadores, refrenáronlos y prendieron luego seiscientos de ellos; y los que se escaparon huyendo hacia Egipto y Thebas, que está en la provincia y reino mismo, no mucho después fueron todos presos, por cuyo ánimo endurecido, atrevimiento y pertinacia de voluntad, no hay ciertamente alguno que no se maravillase y quedase atónito; porque con todos los géneros de tormentos que se pudieron contra ellos hallar ni pensar, no pudieron conseguir que llamasen señor á César, ni que lo confesasen, ni aun mostró alguno tener voluntad de decir tal cosa: antes todos, viéndose en tal necesidad, se mostraron más pertinaces, como si no sintiesen los tormentos ni el fuego hiciera otra cosa sino los cuerpos sucios, y no las almas.

Principalmente los muchachos movieron gran espanto y maravilla á cuantos los veían padecer, porque ninguno de ellos pudo ser jamás movido para que llamase señor á César: en tanta manera excedía y se adelantaba al poco esfuerzo, la audacia y atrevimiento grande que tenían.

X X X.

Cómo fué cerrado el templo de Onias, que estaba en Alejandría.

Regidor de Alejandría era en este mismo tiempo Lupo, y luego hizo saber á César esta revuelta que había pasado. Pensando éste que debía proveer en quitar la ocasión á los Judíos de innovar ó revolver algo, y temiendo se juntasen otra vez todos, mandó á Lupo que destruyese el templo de los Judíos que estaba en la ciudad que llamaban de Onias.

Esta ciudad está en Egipto, la cual por esta causa se comenzó de habitar, y tomó el nombre de un hijo de Simón llamado Onias, que siendo uno de los pontífices, fué forzado á huir de Jerusalén, teniendo en él tal tiempo guerra con los Judíos Antioco, rey de Siria, y vino á Alejandría, adonde fué recibido con grande amistad por Ptolemeo, porque era enemigo de Antioco, y dijo que juntaría en su ayuda toda la gente de los Judíos, si quería obedecer á lo que él le mandase. Como el Rey le concediese todo lo que fué posible hacer, rogóle que le permitiese edificar un templo en alguna parte de Egipto y servir y honrar á Dios segun en su patria acostumbraban: porque de esta manera Antioco sería más odioso y aborrecido de los Judíos, éstos le serían mucho más amigos, y con este motivo de la religión y templo, muchos Judíos se pasarían á su parte.

Fué de esto contento Ptolemeo, y le dió un lugar apartado de Menfis ciento treinta estadios. Llámase esta tierra Heliopolitana, adonde habiendo edificado un

castillo, edificó Onias un templo semejante al de Jerusalén. La torre hizo que fuese muy semejante, levantada sesenta codos en alto con piedras muy grandes. La fábrica y edificio de la torre hizo que fuese como era el de Jerusalén: puso allí muchos dones y ornamentos semejantes á los del otro templo, excepto la manera del candelero: porque no hizo candelero, pero puso colgada de una cadena de oro cierta manera de linterna, cubierta por defuera y dentro de oro, que echaba rayos, como si fuera una muy resplandeciente estrella. Cercó todo el templo de una piedra cocida, é hizo que fuesen las puertas también de piedra.

Concedióle el Rey mucha parte de tierra y rentas, para que tuviesen los sacerdotes abundancia de todo lo que el culto y honra de Dios requiriese.

Onias no hacia esto con voluntad sana, ni con buen ánimo, sino teniendo contienda con los Judíos que vivían en Jerusalén, por la ira y memoria que de su huida tenía, pensaba que, edificado este templo, había de revocar y juntar consigo todo el pueblo que en Jerusalén estaba.

Había habido cierta profecía antigua de novecientos y setenta años: decía Isaías que este templo había de ser edificado en Egipto por un varón judío, y así era este templo edificado.

Como Lupo, regidor de Alejandría, recibidas las cartas del Emperador, hubiese llegado al templo, sacó algunos dones y joyas que dentro de él había, y cerrólo.

Muerto Lupo, Paulino, que le sucedió en la administración, no dejó en él algo, porque hizo grandes amenazas á todos los sacerdotes, si no le descubrían cuanto había; ni quiso permitir que los que venían al templo por cumplir con su religión, entrasen dentro de él; sino cerradas las

puertas, hizo que no pudiesen llegarse á él, de tal manera que no quedase muestra ni señal alguna de haber sido jamás allí Dios honrado ni acatado.

Habían pasado desde el tiempo que fué edificado este templo, hasta que fué cerrado y arruinado, trescientos treinta y tres años.

XXXI.

De los Judíos que fueron muertos en Cirene.

El atrevimiento y audacia de estos matadores también había llegado por todos los lugares y villas que hay alrededor de Cirene, no menos que una enfermedad que todo lo inñiciona: porque huyendo allá Jonatás, hombre muy malo, urdidor de oficio, persuadió á muchos de los ignorantes que lo esperasen, y llevólos por las soledades y desiertos, prometiéndoles mostrarles señales é imágenes de las almas: unos, haciendo él esto y engañándolos de esta manera, ignoraban lo que hacía; pero los principales y de mayor dignidad de los judíos de Cirene, hicieron que Catulo, regidor de la Libia Pentapolitana, entendiese el aparejo que tenía y su partida también.

Habiendo éste luego enviado gente de á pie y de á caballo, fácilmente, por estar los Judíos desarmados, los prendieron, aunque la mayor parte murió peleando; pero presos algunos vivos, fueron presentados á Catulo.

Quiso su ventura que Jonatás, que era autor de aquel consejo y junta, se escapó esta vez; pero después buscado con diligencia grande por todas aquellas tierras, fué á la postre hallado, preso y llevado á Catulo: cuando aquí fué,

trabajaba en dilatar su muerte y castigo, y dió ocasión para que Catulo entendiese en maldades: porque acusando él á los principales de los Judíos, decía que ellos habían sido la causa para que tal emprendiese, y los que se lo habían aconsejado.

Oía con alegre ánimo Catulo todas estas acusaciones, y acrecentaba de muchas maneras las nuevas que había oído, exagerándolas y engrandeciéndolas con sus muy pesadas palabras en gran manera, por mostrarse que había él también scabado alguna guerra con los Judíos; y lo que es aún peor, además de ser fácil en creerlo, mostrábale también culpar á los sicarios ó matadores.

Habiéndole finalmente mandado que nombrase un judío que se llamaba por nombre Alejandro, con quien había ya mucho tiempo mostrado su odio, por estar con él enojado, envolviendo también en sus acusaciones á su mujer, llamada Berenice, mató primero á éstos, y luego después mató tres mil de los más ricos y más abundantes en dinero.

Pensábase hacer todo esto muy seguramente, porque juntaba el patrimonio de éstos con las rentas de César. Y porque algunos de los Judíos que en otra parte vivían, no pudiesen descubrir su bellaquería y maldad, divulgó más lejos la mentira, y persuadió á Jonatás y á algunos otros que tenía presos, para que acusasen á los judíos de más nombre que vivían en Roma y en Alejandría, y eran más pacíficos que revolvedores y amigos de novedades.

De los acusados por estas cosas, fué el uno Josefo, autor de esta historia; pero no le sucedió al mentiroso Catulo según deseaba: porque vino á Roma, trayendo consigo presos y atados á Jonatás y á todos los otros, y

pensaba que había él de dar remate á aquella contienda y levantamiento que había hecho.

Sospechando Vespasiano del negocio, requería y hacía gran pesquisa por saber la verdad; y conocido que hubo haber sido estos hombres acusados sin razón, por ruegos de Tito libró á todos los que habían sido acusados, y determinó con pública sentencia, que diesen el castigo merecido á Jonatás, el cual, después de muy azotado, fué quemado vivo.

Y sucedió que Catulo, por la mansedumbre y bondad de los príncipes, no fué castigado, pero no mucho después enfermó de dolencias varias é incurables, y sufrió tormentos, no sólo en su lastimado cuerpo, porque la enfermedad que en su ánimo padecía, era más grave ciertamente, y mucho más intolerable. Tenía ciertos espantos que lo amedrentaban mucho, y veía las almas ó las sombras de los que había malamente muerto, y daba voces: y como no pudiese ya más tenerse, saltaba de su cama, no menos que si lo atormentaran ó lo echaran fuego. Acrecentándose mucho de día en día este mal, y pudriéronsele las entrañas ó las tripas en el cuerpo: murió, conociéndose en esto la providencia y castigo de Dios en tomar venganza de los malos.

Este es el fin de nuestra historia, la cual prometimos contar con toda verdad, á los que desearan saber de qué manera pasó esta guerra entre los Romanos y Judíos: la manera y orden que en contar la verdad de ella se ha guardado, dejaremosla para que los lectores la juzguen; pero no me avergonzaré de decir, cuanto á la verdad de lo pasado, que no tuve otro intento, ni enderecé jamás toda mi escritura á otro fin.

Por maravilla grande y espanto general de todos, quise sacar aquí el número de todos los Judíos que murieron en estas guerras y final destrucción, que declarados, vienen á ser todos la suma de un millón cuatrocientos veinticinco mil seiscientos treinta, los cuales murieron por fuerza de armas, por fuego, por hambre y pestilencia.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

INDICE.

LIBRO TERCERO.

(Continuación.)

	<u>Páginas.</u>
IX.—Cómo Vespasiano combatió á Jotapata: de los ingenios y otros instrumentos de guerra que para ello tenía.....	1
X.—De otro combate que los Romanos dieron á los de Jotapata.....	6
XI.—Cómo Trajano y Tito ganaron combatiendo á Jafa, y la matanza que allí hicieron.....	11
XII.—Cómo Cercalo venció á los de Samaria.....	14
XIII.—De la destrucción de Jotapata.....	15
XIV.—De qué manera se libró Josefo de la muerte.	18
XV.—Cómo Jope fué tomada otra vez y destruída..	28
XVI.—Cómo se rindió Tiberiada.....	31
XVII.—De cómo fué cercada Tarichea.....	34
XVIII.—De la laguna Genasar, y de las fuentes del Jordán.....	41
XIX.—De la destrucción de Tarichea.....	43

LIBRO CUARTO.

I.—De cómo fueron cercados los Gamalenses.....	47
II.—Cómo Plácido ganó el monte Itaburio.....	55
III.—De la destrucción de Gamala.....	56
IV.—Cómo Tito tomó á Giscala.....	58

	<u>Páginas</u>
V.—En el cual se comienza á contar el principio de la destrucción de Jerusalén.....	64
VI.—De la venida de los Idumeos en socorro de Jerusalén, y de lo que hicieron.....	79
VII.—De la matanza de los Judíos hecha por los Idumeos.....	87

LIBRO QUINTO.

I.—De otro estrago hecho en Jerusalén, y cómo los Idumeos se volvieron, y de la crueldad de los Zelotas.....	95
II.—De la discordia que había entre los de Jerusalén.....	100
III.—Del estrago de los Hadarenses y cómo se rindieron.....	104
IV.—De ciertos lugares que fueron tomados, y la descripción de la ciudad de Hiericunta.....	111
V.—De la laguna del Asfalto.....	115
VI.—De la destrucción de Gerasa, y juntamente de la muerte de Nerón, Galba y Otón.....	117
VII.—De Simón Geraseno, principe de la nueva conjuración.....	119
VIII.—En el cual se cuenta el fin de Galba, Otón, Vitelio, y lo que Vespasiano hacia.....	124
IX.—De los hechos de Simón contra los Zelotas....	126
X.—De cómo Vespasiano fué elegido por Emperador.....	129
XI.—La descripción de Egipto y de Faro.....	132
XII.—Cómo el emperador Vespasiano dió libertad á Josefo.....	134
XIII.—De las costumbres de Vitelio y de su muerte.	136
XIV.—Cómo Vespasiano envió á su hijo Tito para acabar la guerra con los Judíos.....	140

LIBRO SEXTO.

	<u>Páginas.</u>
I.—De los tres bandos en que estaba dividida Jerusalén, y de los males que por ello se hacían.....	143
II.—Del peligro en que Tito se vió queriendo poner cerco á Jerusalén.....	150
III.—De las escaramuzas y salidas de los Judíos contra los Romanos, mientras éstos asentaban su campo.....	153
IV.—De una pelea ó revuelta que los Judíos tuvieron entre sí el día de la fiesta del pan cenceño.....	158
V.—Del engaño que los Judíos hicieron á los soldados romanos.....	160
VI.—De la descripción notable de la ciudad y templo de Jerusalén.....	164
VII.—En el cual se cuenta cómo los Judíos rehusaron rendirse á los Romanos, y cómo los acometieron.....	179
VIII.—De cómo cayó la una torre y cómo los Romanos ganaron los dos muros.....	187
IX.—De cómo un judío, llamado Cástor, se burlaba de los Romanos.....	191
X.—De cómo los Romanos ganaron dos veces el segundo muro.....	194
XI.—De los montes que Tito mandó levantar contra el tercer muro, y de la larga oración que Josefo hizo á los de la ciudad porque se diesen, y del hambre que los de dentro estando cercados padecieron.	196
XII.—En el cual se trata de los Judíos que fueron crucificados, y de los montes que fueron también quemados.....	213
XIII.—Del muro que los Romanos levantaron en el cerco de Jerusalén en espacio de tres días.....	220

	<u>Páginas.</u>
XIV.—Del hambre que los de Jerusalén padecían, y de cómo fué el segundo monte levantado.....	223
XV.—De la matanza que fué hecha en los Judíos de fuera y dentro de Jerusalén.....	226
XVI.—Del sacrilegio que se hacía en el templo, y del número de los muertos en la ciudad, y de la gran hambre que dentro padecían.....	231

LIBRO SÉPTIMO.

I.—De cómo fueron minados los muros y quemados los montes de los Romanos, y de cómo Sabino combatía el muro.....	235
II.—De cómo los Romanos acometieron la torre Antonia, y cómo fueron de allí echados por los Judíos.....	245
III.—Del esfuerzo y fortaleza de un soldado romano llamado Julián.....	247
IV.—Del habla y razonamiento que Josefo hizo á los Judíos porque se rindiesen, y el socorro que éstos tuvieron.....	248
V.—De cómo se renovó la pelea; cómo otra vez se ordenaron las trincheras, y de lo que los Judíos hacían.....	254
VI.—De cómo los Romanos perecieron en las llamas y fuego engañados por los Judíos, y de lo que un hombre llamado Artorto hizo.....	261
VII.—Del hambre de los Judíos.....	264
VIII.—De una mujer que había cocido un hijo suyo por causa de la gran hambre.....	265
IX.—Cómo fué combatido el muro, y del incendio del templo.....	268
X.—Cómo fué encendido y quemado el templo contra la voluntad de Tito.....	273

	<u>Página</u>
XI.—De los sacerdotes y destrucción del Gazofilacio ó tesoro del templo.....	276
XII.—De las señales principales que precedieron y se mostraron antes de la ruina y destrucción de Jerusalén.....	279
XIII.—Del imperio de Tito, y de cómo los sacerdotes fueron muertos.....	283
XIV.—De los robos que los sediciosos hacían, y cómo fué la ciudad interior quemada.....	290
XV.—Cómo fué combatida la superior ó más alta parte de la ciudad, y cómo algunos de los Judíos se pasaron y huyeron á Tito.....	293
XVI.—Cómo los Romanos ganaron toda la otra parte que de la ciudad quedaba.....	295
XVII.—Del número de los que tomaron cautivos, y de los que murieron....	300
XVIII.—En el cual se escribe brevemente una historia de las cosas de Jerusalén.....	302
XIX.—Del premio y remuneración que los soldados hubieron por haber peleado.....	304
XX.—De la navegación de Vespasiano, y de la prisión de Simón, y espectáculo que fué hecho en su fiesta.....	307
XXI.—De la destrucción de los Judíos hecha en Antioquía.....	309
XXII.—De qué manera, volviendo Vespasiano, fué recibido de los Romanos.....	313
XXIII.—En el cual se cuentan los hechos de Domiciano contra los Germanos y Galos.....	315
XXIV.—Del río sabático que pasa por el reino de Agripa, y del triunfo celeberrimo hecho en Roma á Vespasiano y á Tito.....	318
XXV.—Cómo Baso tomó á Herodio y á Machero...	326
XXVI.—De los judíos que mató Baso, y de cómo la tierra de Judea fué vendida.....	332

XXVII.—De la matanza que fué hecha en los del rey Antioco, y de la salida de los Alanos contra Armenia.....	334
XXVIII.—Cómo fué el castillo fuerte de Masada destruido y abrasado.....	338
XXIX.—De cómo fueron muertos los matadores que habían huído á Alejandría y á Tebas.....	360
XXX.—Cómo fué cerrado el templo de Onias, que estaba en Alejandría.....	362
XXXI.—De los judíos que fueron muertos en Cirene.	364

BIBLIOTECA CLASICA.

El precio de cada tomo en rústica es de tres pesetas, comprándolo á los libreros y correspondientes.

Haciendo el pedido directamente á la casa de Hernando y C.^a, Arenal, 11, Madrid, y remitiendo el importe al hacarlo, dos pesetas y cincuenta céntimos. Encuadernados en tela, en pasta ó á la holandesa, tres pesetas y cincuenta céntimos.

Todos los tomos se venden separadamente.

OBRAS PUBLICADAS.

Clásicos griegos.

Tomos.

HOMERO. — <i>La Ilíada</i> , traducción en verso de Hermosilla.....	3
— <i>La Odisea</i> , traducción en verso de Baraibar.....	2
HERODOTO. — <i>Los Nueve libros de la historia</i> , traducción del P. Pou....	2
PLUTARCO. — <i>Las vidas paralelas</i> , traducción de Ranz Romanillos....	5
ARISTÓFANES. — <i>Teatro completo</i> , traducción de D. Federico Baraibar..	3
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS. —(<i>Teócrito, Bión y Mosco</i> .) Traducción en verso, de D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares...	1
ODAS DE PÍNDARO. —Traducción en verso del mismo.....	1
ESQUILO. — <i>Teatro completo</i> , traducción de Bríeva Salvatierra.....	1
TUCÍDIDES. — <i>Guerra del Peloponeso</i> , traducción de Gracián.....	2
XENOFONTE. — <i>Historia de la entrada de Cyrus el Menor en Asia</i> , traducción de D. Diego Gracián, corregida por Florez Canseco...	1
— <i>La Cyropedia</i> , traducción del mismo.....	1
— <i>Las Helénicas</i> , traducción de Boms.....	1
LUCIANO. — <i>Obras completas</i> , traducción de Vidal y Baraibar.....	4
ARRIANO. — <i>Expediciones de Alejandro</i> , traducción de Baraibar.....	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS. —Traducción de los señores Baraibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Argüelles y Castillo y Ayensa..	1
POLIBIO. — <i>Historia Universal</i> , traducción de D. Ambrosio Rui Bamba.	3
PLATÓN. — <i>La República</i> , traducción de D. José Tomás y García.....	2
DIÓGENES LAERCIO. — <i>Vidas de los filósofos</i> , traducción de Ortiz y Sanz	2
MORALISTAS GRIEGOS. —(<i>Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes.</i>) Traducción de Díaz, López de Ayala, Brum y Abril.....	1

Clásicos latinos.

VIRGILIO. — <i>La Eneida</i> , traducción en verso de Caro.....	2
— <i>Las Eglogas</i> , traducción en verso de Hidalgo.— <i>Las Gérgicas</i> , traducción de Caro, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo..	1
CICERÓN. — <i>Obras completas</i> , traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena y F. Navarro y Calvo.....	14
Se han publicado 10 tomos.	
TÁCITO. — <i>Los Anales</i> , traducción de D. Carlos Colonia.....	2
— <i>Las Historias</i> , traducción del mismo.....	1
BALUSTIO. — <i>Conjuración de Catilina.</i> — <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
JULIO CÉSAR. — <i>Los Comentarios</i> , traducción de Goya y Munialn....	2
SUTONIO. — <i>Vidas de los doce Césares</i> , trad. de D. F. Norberto Castilla.	1
SÉNeca. — <i>Epístolas morales</i> , traducción de D. F. Navarro y Calvo.	1
— <i>Tratados filosóficos</i> , traducción de Navarrete y Navarro.....	2
OVIDIO. — <i>Las Heroidas</i> , traducción de Diego Mexía.....	1
— <i>Las Metamorfosis</i> , traducción de Pedro Sánchez de Viana....	2
FLORO. — <i>Compendio de la Historia Romana</i> , traducción de Díaz....	1
QUINTILIANO. — <i>Instituciones oratorias</i> , traducción de los PP. de las Escuelas Pías, Rodríguez y Sandier.....	2

QUINTO CURCIO. — <i>Vida de Alejandro</i> , trad. de Ibañez de Segovia.....	2
ESTACIO. — <i>La Tebaida</i> , traducción en verso de Arjona.....	2
LUCANO. — <i>La Pharsalia</i> , traducción en verso de Jáuregui.....	2
TITO LIVIO. — <i>Décadas de la Historia Romana</i> , traducción de Navarro.....	7
TERTULIANO. — <i>Apología contra los gentiles</i> , traducción de Manero..	1
ESCRITORES de la Historia Augusta, traducción de Navarro.....	3
MARCIAL Y FEDRO. — <i>Epigramas y fábulas</i> , traducción en verso de Suárez Capalleja.....	3
TERENCIO. — <i>Las seis comedias</i> , traducción de Pedro Simón Abril.....	1
APULEYO. — <i>El asno de oro</i> , traducción de López de Cortegana.....	1

Clásicos españoles.

CERVANTES. — <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	
CALDERÓN DE LA BARRA. — <i>Teatro selecto</i> , con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo.....	4
HURTADO DE MENDOZA. — <i>Obras en prosa</i>	1
QUEVEDO. — <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
QUINTANA. — <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
DUQUE DE RIVAS. — <i>Sublección de Nápoles</i>	1
ALCALÁ GALLIANO. — <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
MANUEL DE MELO. — <i>Guerra de Cataluña y Política Militar</i>	1
ANTOLOGÍA DE FUENTES LÍRICOS CASTELLANOS, ordenada por el Sr. Menéndez y Pelayo.....	12
Se ha publicado el tomo I.	

Clásicos ingleses.

MACAULAY. — <i>Estudios literarios.</i> — <i>Estudios históricos.</i> — <i>Estudios políticos.</i> — <i>Estudios biográficos.</i> — <i>Estudios críticos.</i> — <i>Estudios de política y literatura.</i> Traducción del Sr. Juderías Bänder....	6
— <i>Vidas de políticos ingleses</i> , traducción del mismo.....	1
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> , traducción de D. M. Juderías Bänder y D. Daniel López.....	4
— <i>Discursos parlamentarios</i> , traducción de D. Daniel López....	1
— <i>Historia del Reinado de Guillermo III</i> , continuación de la Revolución de Inglaterra, traducción del mismo.....	6
MILTON. — <i>Paraiso perdido</i> , traducción en verso, de D. Juan Escoliquiz.	2
SWANSPRANE. — <i>Teatro selecto</i> , traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de D. Eduardo Benot.....	4

Clásicos italianos.

MANZONI. — <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallego....	1
— <i>La Moral Católica</i> , traducción de D. Francisco Navarro....	1
GUICCIARDINI. — <i>Historia de Italia, desde 1494 a 1632</i> , traducida por el rey Felipe IV.....	6

Clásicos alemanes.

SCHILLER. — <i>Teatro completo</i> , traducción de D. Eduardo Mier.....	3
HEINE. — <i>Poemas y fantasías</i> , traducción de D. José J. Herrero....	1
— <i>Cuadros de viaje</i> , traducción de D. Lorenzo G. Agejas.....	2

Clásicos franceses.

LAMARTINE. — <i>Civilizadores y conquistadores</i> , traducción de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Bänder.....	9
---	---

Clásicos portugueses.

CAMOENS. — <i>Los Lusadas</i> , traducción en verso de D. Lamberto Gil...	1
— <i>Poesías selectas</i> , traducción del mismo.....	1